GEMAS DE HIELO Y FUEGO



K.T.STEEN

ÍNDICE

1. Patricia
2. Eyra
3. Patricia
4. Fayette
5. Eyra
6. Patricia
7. Eyra
8. Patricia
9. Eyra
10. Fayette
11. Patricia
12. Fayette
13. Eyra
14. Fayette
15. Patricia
16. Fayette
17. Eyra
18. Patricia
19. Eyra
20. Patricia
21. Fayette

Epílogo

Postfacio

GEMAS DE HIELO Y FUEGO

K.T.STEEN

Todos los derechos reservados.

Segunda edición, 2026

Autoedición a través de Amazon KDP (Kindle Direct Publishing)

Distribución exclusivamente en formato eBook y libro de bolsillo a demanda.

Editoría: **Mónica López**

Traducción: **WordCount.ink**

No se requiere número de ISBN ni depósito legal conforme a la legislación vigente, al tratarse de una publicación autoeditada distribuida exclusivamente mediante Amazon.

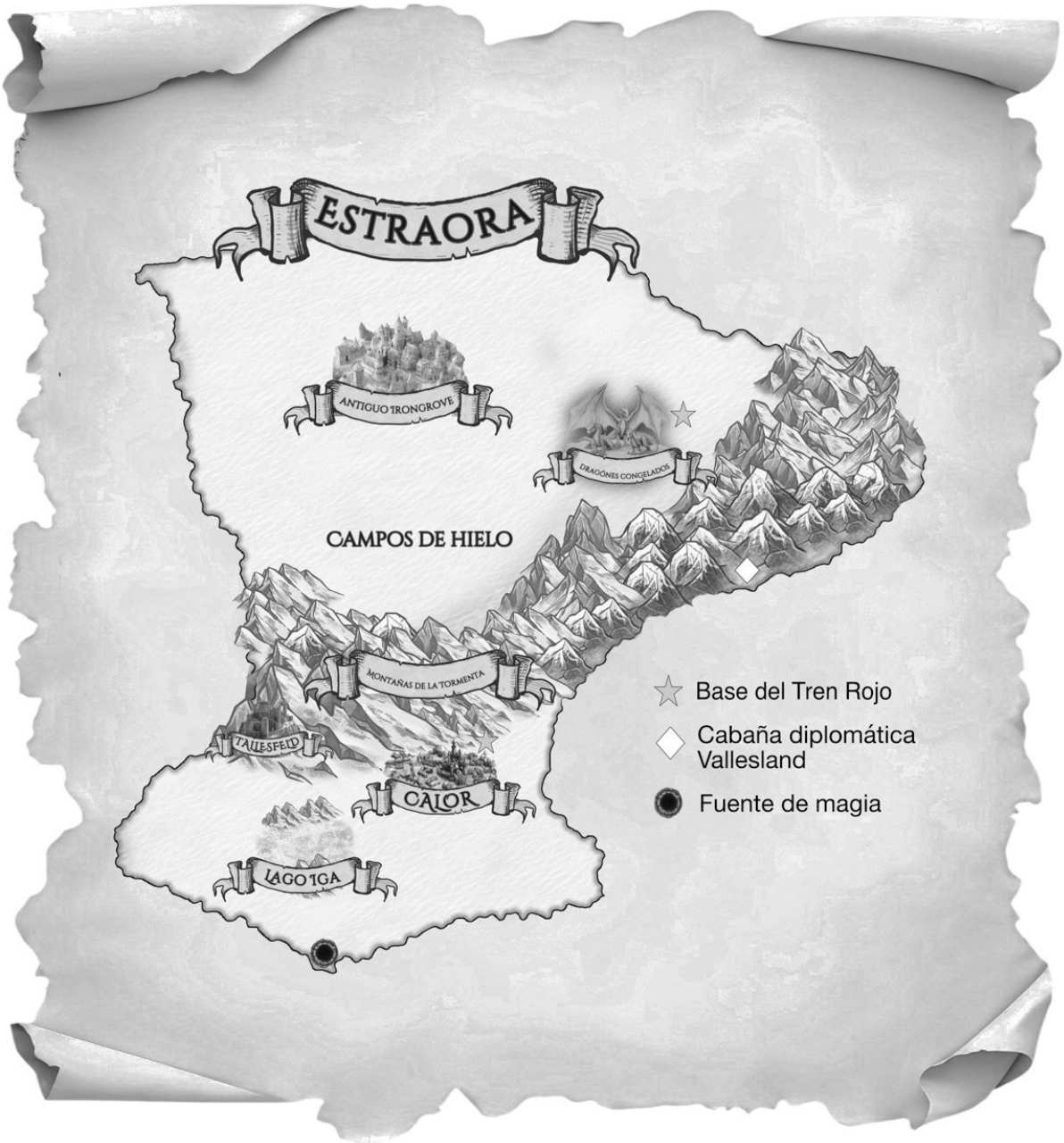
© 2026 K.T. Steen

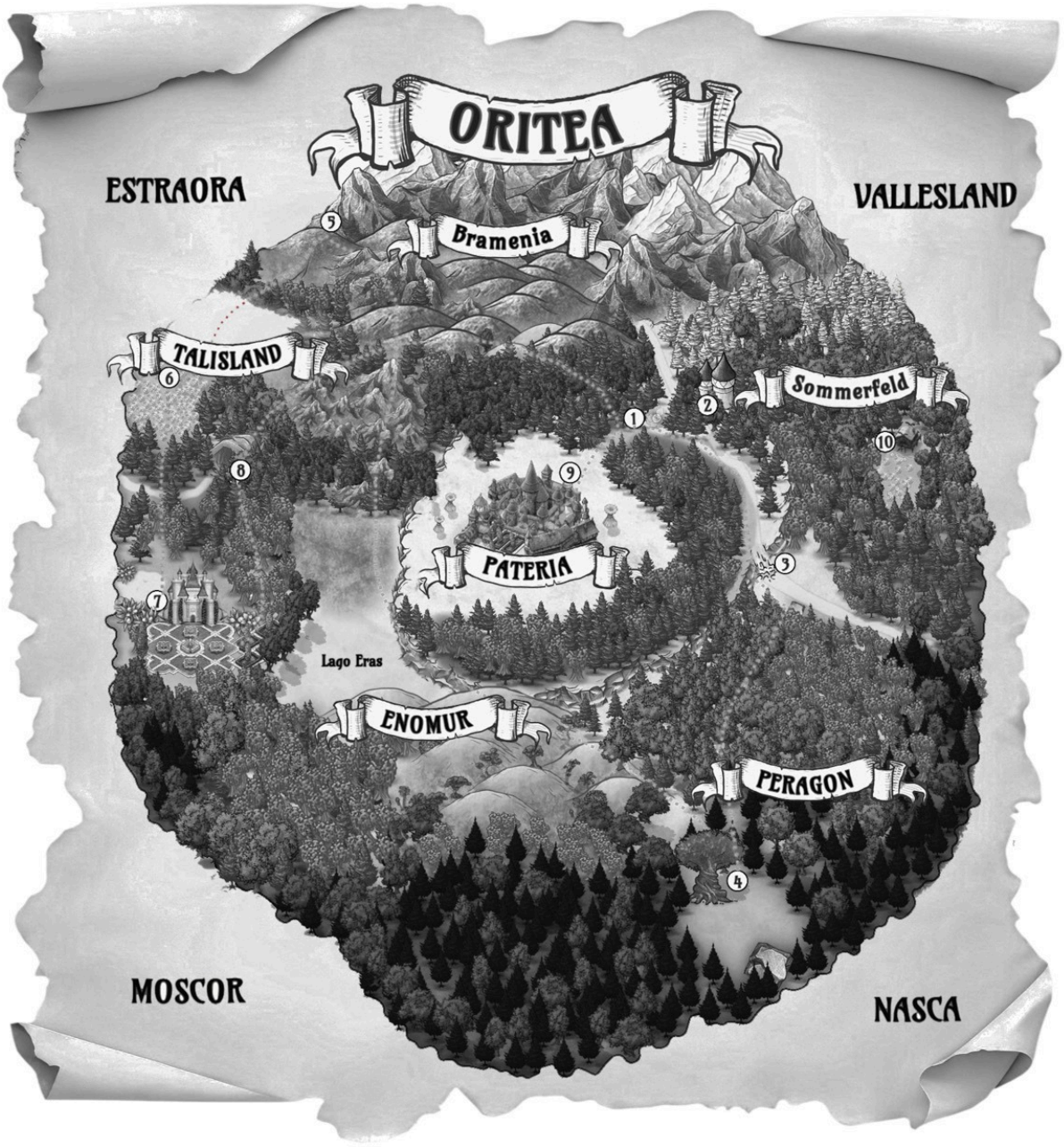
c/o IP-Management #8325

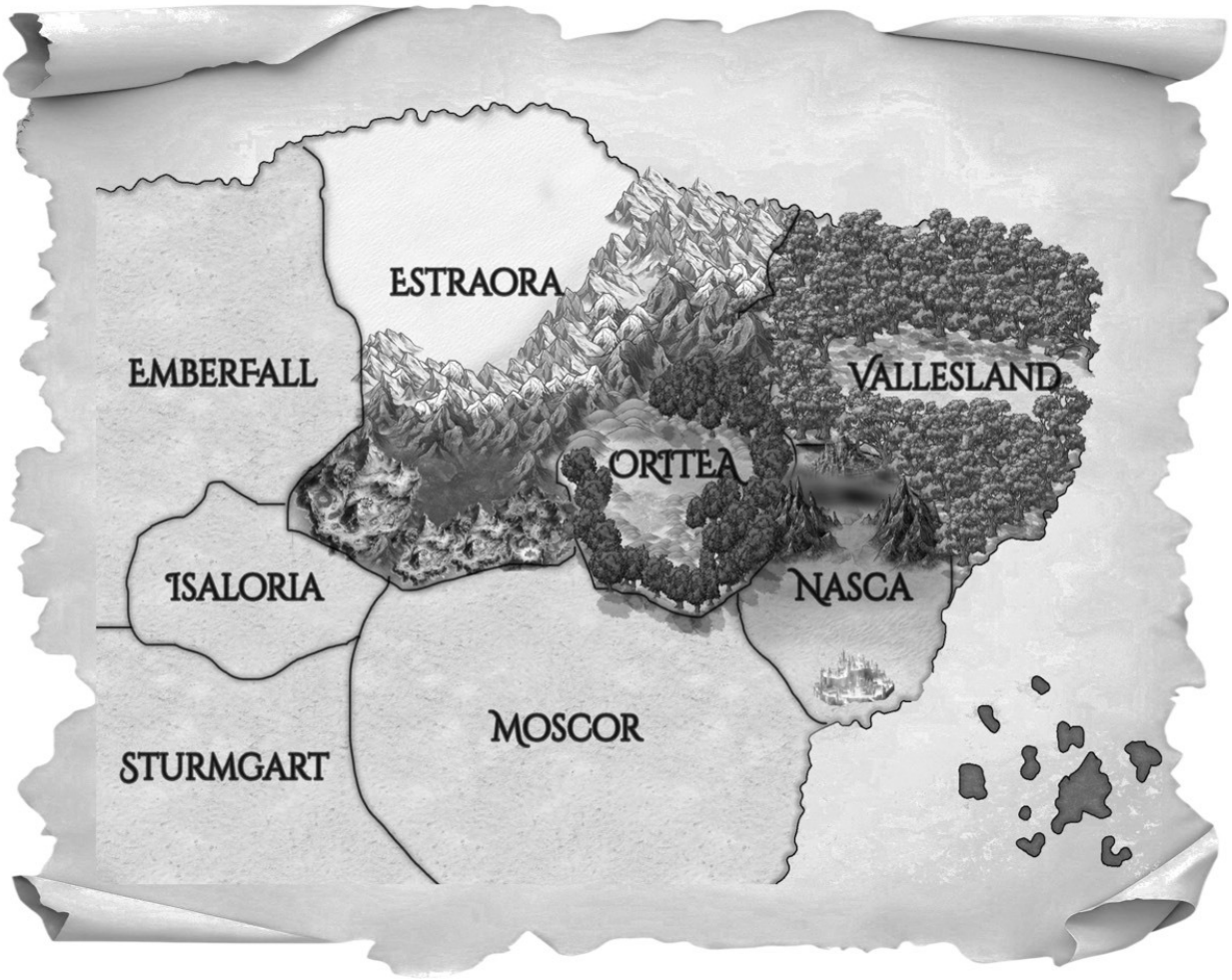
Ludwig-Erhard-Str. 18

20459 Hamburg

Alemania


ESTRAORA
ANTIGUO IRONGROVE
DRAGONES CONGELADOS
CAMPOS DE HIELO
MONTAÑAS DE LA TORMENTA
TALLESFELD
CALOR
LAGO IGA
Base del Tren Rojo
Cabaña diplomática Vallesland
Fuente de magia


ORITEA
ESTRAORA
VALLESLAND
Bramenia
TALISLAND
Sommerfeld
PATERIA
Lago Eras
ENOMUR
PERAGON
MOSCOR
NASCA
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10


ESTRAORA
EMBERFALL
VALLESLAND
ORTTEA
ISALORIA
NASCA
MOSCOR
STURMGART

1

PATRICIA



Pocos pueblos en Vallesland se atreven a rebelarse contra su rey. Probablemente los rebeldes más poderosos son los druidas.

Carta de Remond Everlight a Saul de Eisenburg, compañero de su hija

La puerta se cerró de golpe y Lianneh irrumpió en la casa del árbol que Patricia y Saul estaban compartiendo.

La chica de fuego, quien estaba jugando a las cartas con Saul mientras tomaban una copa de vino, levantó la mirada.

Después de que la elfa del bosque comprobara las ventanas y se asegurara con una mirada escrutadora de que no había plantas de interior, se plantó justo al lado de la mesa.

—Me han estado engañando.

Era de esperar que la tormenta estallara sobre ellos aquel día. Sedar no se había apartado de su lado durante todo aquel tiempo, y se habían visto obligados a dormir al aire libre. Sin embargo, esta noche lograron alojarse en una posada, y las habitaciones cerradas ofrecían protección no solo de todos los insectos que se habían arrastrado sobre ellos las noches anteriores, sino también de oídos indiscretos.

Con calma, Saul dejó sus cartas frente a él.

—Buenas noches a usted también. ¿Se ha despedido de su futuro prometido? —Inclinó la cabeza con sincero interés.

Lianneh parpadeó, desconcertada por su inesperada amabilidad.

—Sí, eh, se ha retirado al bosque para recoger hierbas. Dormirá al aire libre, ya que no le gustan las posadas. Las encuentra demasiado… ruidosas.

—Parece que se conocen desde hace mucho tiempo. —El elfo recogió su mano una vez más, la estudió y colocó un diez en una de las tres pilas.

Patricia refunfuñó; acababa de frustrar su siguiente movimiento.

La sutil sonrisa que jugaba en sus labios le indicó que lo hizo a propósito.

—¿Miraste mis cartas?

—No. Pero solo puede quedar una sota en juego, y si la tuvieras en la mano, ya estaría sobre la mesa.

—Zorro astuto.

Lianneh los estudió con ojos vigilantes y frunció el entrecejo.

—Ustedes dos parecen conocerse igual de bien. —Plantó las manos en sus caderas.

—Es cierto. Hemos pasado por mucho juntos, lo que inevitablemente trae consigo cierta familiaridad. Por eso no nos resultó difícil fingir ser un matrimonio estos últimos días. Pero ¿a quién le cuento esto? Usted se ve forzada a charadas similares. Es más fácil cuando uno se conoce, ¿no le parece?

Patricia reprimió un suspiro. Aunque se presentaron como una pareja muy reservada, Saul a menudo buscaba su compañía y colocaba su saco de dormir justo a su lado. Ya era hora de que esta farsa llegara a su fin.

—Desde que mi padre y el príncipe Reklaren decidieron este matrimonio, Sedar ha estado entrando y saliendo del castillo —informó Lianneh, con un tono ya bastante menos agresivo.

Patricia miró a Saul por encima de sus cartas, sinceramente impresionada por la facilidad con la que dio vuelta a esta conversación a su favor. De verdad era un zorro.

—Ah, ya veo. Patricia y yo nos conocimos a través de una amiga común. La conoció en Oritea. Eyra Everlight. Ella será esposa de mi

hermano Lazar. Patricia la entrenó —relató con naturalidad, como si no quisiera dar demasiada importancia a su relación.

Con los ojos entrecerrados, Lianneh la miró.

—Pero hay una pequeña diferencia entre ustedes dos y Sedar y yo. Nosotros nunca nos hemos besado.

—Ese fue nuestro primer beso, y no fue del todo voluntario, como sabe… fue su prometido quien exigió una prueba. Debo admitir que siempre imaginé el glorioso momento de un primer beso de manera diferente a estar atado y bajo amenaza de muerte… Pero como aprecio bastante mi vida, me alegro de que Patricia me sacara de mi miseria. —Le dirigió una mirada—. *¿Vas a jugar?*

—Estoy demasiado distraída por tu ingenio.

—Si tienes el rey de tréboles, puedes llevarte la pila de la derecha.

—*Mmm…* —La chica buscó una alternativa, pero en realidad ese era el mejor movimiento.

—¿Son… compañeros ahora? —indagó Lianneh, y su voz de verdad sonaba algo tímida.

—No, por fortuna. Como sabe, uno debe querer entrar en ese vínculo. Por supuesto, ocurren percances, por eso es aconsejable que un elfo no bese a otros en los labios. Pero le puedo asegurar que Patricia y yo no hemos entrado en un vínculo de compañeros. Ni hoy, ni nunca.

Patricia se alegraba de que no existiera tal juramento de fidelidad entre los seres de fuego. Si querías separarte, te separabas.

Lianneh dejó escapar un suspiro de alivio.

—Eso es bueno —caviló mientras alisaba su falda—. Deseo tanto que mi marido se comprometa conmigo. El voto de fidelidad es el regalo más preciado que se puede dar. Debería dedicarse a una persona con la que quiera pasar su vida.

Patricia tuvo que contenerse para no resoplar, y volvió a debatirse consigo misma. Durante días había estado preguntándose si debería contarle a Saul sobre la conversación de Lianneh con Sedar.

—*Me siento como un canalla…* —admitió el elfo—. *Si es tan importante para ella.*

Eso fue todo lo que necesitó para tomar una decisión. Saul merecía saber la verdad.

—Eso suena bastante optimista—le dijo a Lianneh—. Sus garantías a Sedar de que no *quería* casarse con Saul fueron bastante convincentes.

Saul frunció el ceño.

—¿Perdona?

Patricia se encogió de hombros.

—Lo siento. Debería habértelo dicho hace tiempo.

—Eso es… inconveniente, por supuesto. Pero de alguna manera me siento significativamente menos canalla ahora. —No había tristeza en su rostro; más bien, parecía estar sopesando esta nueva información, como si probara sus consecuencias igual que piedras preciosas en una balanza.

Lianneh fijó su mirada en ella. Si las miradas mataran, habría caído de su silla para no levantarse jamás. Sin embargo, cuando la princesa se volvió hacia el príncipe, la dureza de su rostro se desvaneció.

—No fue así en absoluto… —Adoptó ese tono cálido y accesible otra vez, que casi siempre iba seguido de una oleada de magia verde. Pero contuvo sus poderes, quizá porque no quería dar la impresión de estar manipulándolo—. Dije: «No quiero casarme con *él*». Cuando dije «él», estaba pensando en Sedar.

Saul arqueó las cejas.

—¿Es eso cierto?

Una súplica apareció en los ojos de la princesa.

—Ambos tuvimos que doblar la verdad para salvarnos. ¿Podemos olvidar estas cosas, por favor?

Saul la estudió durante un largo momento por encima del borde de sus cartas.

—De acuerdo. Borremos los últimos días de nuestra memoria.

—¿Está seguro? —preguntó, frotándose los brazos con inquietud.

—Por supuesto.

El agarre de Patricia sobre sus cartas se tensó. Esto estaba mal. ¡Demasiado mal!

—Venga, aprovechemos la ausencia de Sedar para conocernos un poco mejor. —El elfo señaló la silla vacía a su lado—. Únete a nosotros y juega la siguiente ronda de Haut-Bas.

Sin esperar su respuesta, llenó una tercera copa con vino tinto.

El rostro de Lianneh se iluminó.

—Con mucho gusto. Pero debo advertirles que soy demasiado buena en este juego. —Exhaló con alivio visible, mientras su magia verde fluía de ella e inundaba la habitación.

—¿Lianneh? ¿Podrías, por favor…?

—Oh, sí, mis disculpas. —La magia retrocedió de Patricia. Una neblina verdosa aún rodeaba a Saul, y como siempre, a él no pareció importarle.

Nunca lograría entenderlo en este punto. Detestaba esta sensación forzada de conexión, del mismo modo que odiaba fingir que aprobaba este matrimonio. Habría preferido retirarse, porque no podía relajarse bajo la atenta mirada de Lianneh, ni quería tener un asiento en primera fila mientras esos los dos coqueteaban o incluso discutían sobre la boda. La mera idea le apretó el nudo en el estómago. ¿Y si él no perdía su corazón por Lianneh y tenía que soportar un matrimonio de conveniencia? ¿Y si de verdad se enamoraba de ella…?

Se concentró en su mano de nuevo, pero Saul ganó la ronda en su siguiente turno.

—Me alegra que lleguemos a la capital mañana. —Recogió las cartas y las barajó de nuevo—. Esperaba estar en Reundaris antes. No tenemos mucho tiempo para hacernos con la esmeralda. ¿Ya tienes algo planeado?

—Primero, intentaré deshacerme de Sedar. Luego iremos al castillo para contarle a mi padre lo que te hizo. El rey estará furioso. En cuanto a nosotros dos, no deberíamos precipitarnos, sino mostrarle que nos tenemos afecto. Sería más fácil si él mismo sugiriera una unión entre nuestras casas. Y hay mucho que decir a favor de ello. Dos de los países más grandes de Mirilor acercándose mediante el matrimonio. Y tienes un gran ejército, ¿verdad? Menciona eso de vez en cuando.

—*Sobre el cual la corte no tiene mando* —comentó Saul en silencio—. *Así que probablemente debería mantener en secreto la ruptura con la Orden.* —Repartió nuevas cartas, hizo cuatro montones y le hizo un gesto a Lianneh para que comenzara—. Lo mencionaré cuando surja la oportunidad.

Patricia reprimió un gesto de negación con la cabeza. La montaña de secretos y verdades a medias que se acumulaba entre ellos dos era cada vez mayor. Esta no era forma de comenzar un matrimonio.

—*Qué desastre* —se le escapó.

—*¿Nuestra enemistad con Lorelai o este matrimonio?*

Patricia sonrió con malicia.

—*Ambos, por igual.*

—*Yo diría que uno pesa más que el otro.*

—*Solo puedo estar de acuerdo. Preferiría enfrentarme a Lorelai diez veces antes que casarme con Lianneh.*

Él le lanzó una mirada divertida.

—*Eso es un poco melodramático, ¿no crees? Bien, quizás no sea de tu gusto, a menos que prefieras a las mujeres.*

—*¿Eso es importante?*

Él jugó su siguiente carta, un movimiento increíblemente malo para él.

—*Al menos explicaría por qué eres inmune a mi encanto.*

Eso tenía que ser el error de juicio del siglo. Pero mostrarle a Lianneh que ella podía, de hecho, apreciar sus formas sería cualquier cosa menos prudente.

—*No te estás concentrando* —dijo para redirigir su atención de vuelta al juego.

—*Entonces deja de distraerme.* —Llevó la copa de vino a sus labios.

—*Te estás distrayendo tú solito al preguntarme sobre mis preferencias. Y, además, eres bastante presumido. No toda mujer que no cae rendida ante tus palabras encantadoras a la primera, está inclinada hacia el sexo opuesto.*

Saul se atragantó, dejó sus cartas boca abajo y tosió en su puño.

—¿A quién le toca?

—A mí. —Patricia, que había olvidado el juego por un momento, tomó una carta de su mano y la arrojó sobre el montón de la izquierda—. ¿Quién puede superar esto?

Las comisuras de los labios de Lianneh se elevaron.

—¡Ja! —Colocó un dos de picas encima. Patricia intentó no mostrar su fastidio y estudió sus cartas para que su próximo movimiento fuera mejor—. Mi padre querrá comprobar si tienes habilidad en el uso de la magia verde. Después de todo, te confiará la esmeralda del bosque. ¿Crees que estás a la altura? Me aseguraré de que sus expectativas sean bajas de antemano.

—Sí, eso creo. Debería poder arreglármelas de alguna manera. —Saul se rio a secas, lo que Lianneh recibió con una mirada interrogante.

La mujer de fuego, sin embargo, podía adivinar lo que pasaba por su mente.

—¿Qué sientes ante la idea de llevar la esmeralda del bosque?

Saul jugó su siguiente carta.

—Me asusta más cómo será tener que quitármela después.

—¿Porque su efecto se hace más fuerte cuanto más tiempo se lleva puesta?

No contestó. Pasaron tres rondas antes de que rompiera su silencio.

—Porque sé lo que es perder tanto poder.

Un sentimiento opresivo se apoderó de su corazón.

—Sí, eso duele. —Podía empatizar demasiado bien con su dolor *—. Te ayudaré a quitarte el collar. Te lo prometo.*

Lo vio tragar saliva.

—Cuando tenga el poder de la esmeralda del bosque, no podrás hacer nada contra mi voluntad. No, yo mismo tendré que ser fuerte por mi cuenta. Eyra puede enfrentarse a su dios, así que yo también lo conseguiré. —El ligero temblor en su voz traicionaba su determinación.

—Entonces te ayudaré a ser fuerte.

—Eso estaría bien. —Apretó los labios en una fina línea—. *¿Cuánta…?* —dudó—. *¿Perdiste mucha magia en casa de Madame Moryena?*

Esta vez fue su turno de dudar durante unas rondas. Perdida en sus pensamientos, jugó sus siguientes cartas mientras revivía la escena poco después de su llegada a Vallesland. Solo había podido invocar su fuego con el mayor de los esfuerzos, y no se había atrevido a hacerlo desde entonces. Oficialmente, era porque no quería darle a la naturaleza otra razón para atacarla. Pero en el fondo, sabía que había algo más. Era el miedo a enfrentarse a su propia insuficiencia lo que la retenía. Era demasiado fácil acostumbrarse a la fuerza; dejarla ir, en cambio, era mucho más difícil.

—Ya no puedo convertirme en fuego.

Los labios de Saul se entreabrieron, y su mano se estremeció como si estuviera conteniéndose de acariciarle el brazo.

—¡Ja! —exclamó Lianneh de nuevo, atrayendo la atención del elfo—. Dejaré pasar este grosero comportamiento de hablar en silencio en mi presencia, solo porque te ha hecho jugar tan mal. Y no te atrevas a negarlo. Tengo ojos en la cara. —Lanzó una mirada severa a Patricia y agitó un dedo hacia Saul—. Pero esta ronda es mía. —Jugó su última carta y sonrió—. Me encanta ganar.

—Enhorabuena. —Patricia inclinó la barbilla y se puso en pie—. Si me disculpan. El posadero mencionó una hoguera en el pueblo esta noche, y me gustaría verla.

Era justo el consuelo que necesitaba ahora mismo. Y ellos dos podrían aprovechar un poco de tiempo a solas.

La punzada que este pensamiento le produjo hizo que se apresurara hacia la salida un poco —demasiado— rápido.

—Los veo luego.

—¿Patricia? —la llamó Saul.

—¿Sí? —Se volvió hacia él y tragó saliva ante la ternura de su mirada. Su comportamiento no estaba ayudando, y no solo porque no deberían avivar más las sospechas de la elfa.

Saul pareció haber llegado a la misma conclusión, porque la despidió con un sobrio gesto de cabeza.

—Diviértete.

—Gracias. —Aunque quería alejarse lo más rápido posible, cerró la puerta tras de sí con demasiada lentitud y miró hacia la noche

desde el balcón.

El pueblo se extendía a través de varios niveles, una red de casas en los árboles que colgaban de las ramas más bajas y llegaban hasta lo alto de las copas de árboles antiguos. Luces mágicas iluminaban los puentes cubiertos de musgo y los estrechos pasadizos que conectaban las casas. Miles de luciérnagas flotaban a través de la oscuridad sobre ella, transformando el dosel de hojas en la ilusión de un cielo estrellado.

Patricia bajó la mirada: las voces y risas de los aldeanos resonaban desde el suelo. Pero no fue eso lo que la impulsó a buscar la escalera de cuerda más cercana. Era el aroma acogedor de la madera ardiendo. Este olor contenía un consuelo para ella que nada podía igualar, ni siquiera esa falsa magia verde de Lianneh.

Descendió y se dirigió hacia la hoguera, que ocupaba la mitad de la plaza del pueblo. A medida que se acercaba, aspiró el aire humeante en sus pulmones de una manera profunda, atrapó algunas chispas que le traía la suave brisa y las dejó girar alrededor de sus dedos.

Los lugareños se habían reunido, riendo y charlando mientras la luz parpadeante bailaba en sus rostros. Los niños corrían, persiguiéndose unos a otros alrededor del hoyo de la hoguera. El crepitar de las llamas y el calor de la comunidad le hicieron olvidar todas sus preocupaciones y le recordaron tiempos pasados. Imágenes de una época en la que ella y Merkan habían correteado alrededor de un fuego surgieron en su interior. Los líderes del Tren Rojo siempre procuraron desafiar el frío del solsticio de verano con una magnífica hoguera. Tal espectáculo solo ocurría una vez al año, ya que la leña era un bien raro y preciado en los reinos helados. Entonces, como ahora, no había nada más hermoso para ella que escuchar el crepitar y sentir el calor que calentaba sus mejillas.

Su mirada recorrió la reunión. El fuego era un símbolo de conexión, un lugar donde se transmitían historias y tradiciones, donde el pasado permanecía vivo y el futuro tomaba forma.

Se acercó con una sonrisa. Antes, las llamas se habrían inclinado en su dirección como si quisieran estar más cerca de ella; ahora tenía que atraerlas. Un vacío profundo se formó en su estómago,

pero no le dio espacio a ese sentimiento y extendió la mano. Le costó toda su concentración formar un pequeño círculo de fuego. Lo dejó girar por el suelo y luego lo envió de vuelta.

—¿Sola por aquí? ¿Dónde está su marido?

Patricia se estremeció.

—Saul debe de andar por aquí. Estoy segura de que se unirá a mí en cualquier momento. —Se volvió hacia Sedar y le sonrió mientras se dirigía a Saul con sus pensamientos—. *Deberías venir. El prometido de Lianneh está aquí y se pregunta por qué no estás con tu esposa.* —Esperaba que su conexión mental fuera ya lo bastante fuerte como para que sus palabras le llegaran a esa distancia.

—*Estoy en camino.*

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó, tratando de ganar algo de tiempo.

—Debe de ser difícil, como ser de fuego, vivir en una tierra donde no hay nada más que frío.

—Lo es, sin duda.

—¿Cómo es que eligió a un elfo invernal a pesar de todo? Y a uno de los príncipes, además, a quien se le puede culpar de este mismo estado de las cosas.

—Saul y yo tuvimos un comienzo un poco difícil, es verdad. Cuando descubrí quién era en realidad, me enfurecí. Pero una vez llegué a conocerlo mejor…

Pensó en el momento en que Rubén reveló las identidades de los príncipes. Se había mantenido tranquila, ya que sospechaba que Merkan la enviaría a la búsqueda con ellos a pesar de la revelación y era más prudente mantener la paz. Por dentro, sin embargo, hirvió de rabia.

—Es un hombre bondadoso.

—No quiero entrometerme, pero su relación no parece ser de un amor profundo. Más bien sospechaba que usted también era de alta cuna y que esta unión servía para aliviar las dificultades entre dos pueblos. Similar a Lianneh y a mí.

—Se equivoca. Los elfos invernales son… reservados con las muestras de afecto. —Al menos, cuando no estaban enfadados con sus compañeros y los sometían al silencio como respuesta.

Juntos miraron el fuego con fijeza, y Patricia esperaba que este acuerdo silencioso sirviera de puente hasta la llegada de Saul, pero el druida habló de nuevo.

—Puede que no entienda mis acciones, ¿cómo podría? Pero hay mucho que depende de este matrimonio.

—Oh, me subestima. Eso no fue particularmente difícil de entender. Al fin y al cabo, planea casarse con una princesa y así asegurarse el trono para usted.

—Mi gente cuenta conmigo.

No pasó desapercibido para Patricia que ya estaba hablando como un rey. *Su gente*.

—Hizo lo que creía necesario. —Sabía lo que era sentirse oprimida en el propio país—. Es solo que casi me arrebata a Saul, y me temo que, en cuanto a eso, me costará tiempo perdonarle.

—Intentaré compensarlo.

—¿Qué quiere compensar? —resonó la voz de Saul.

Estaba a punto de girarse hacia él, pero al momento siguiente ya la estaba rodeando con sus brazos por detrás.

A pesar del frío que irradiaba, un cálido escalofrío le recorrió la espalda. Se obligó a esbozar una sonrisa, pero esta flaqueó cuando el fresco aliento de Saul le rozó el cuello. Inmediatamente lamentó haberse recogido el cabello y, al mismo tiempo, en parte se alegró por haberlo hecho.

—La emboscada que les tendí —respondió, resistiendo el impulso de recostarse contra él y cerrar los ojos. Por Dios, ¿qué le pasaba?

Para su suerte, Saul dejó caer los brazos, pero se quedó de pie muy cerca, tras ella.

—Todos hacen lo que consideran correcto por su país —dijo Saul en tono conciliador.

—Es demasiado amable. —Sedar hizo una reverencia—. Les deseo una agradable velada. Voy a buscar algo para comer. —Se tocó la sien a modo de saludo y miró a su alrededor antes de dirigirse con paso decidido hacia la mujer que estaba sentada detrás de un caldero humeante, sirviendo estofado.

—*Quedémonos aquí un momento para que no sea tan evidente.*

—*Por supuesto.* —Asintió.

—¿Estás disfrutando del calor?

—Sí, mucho.

Sin saber qué decir, fijó la mirada en el fuego. Para su asombro, algunas chispas flotaron hacia ella por sí solas. Las fue recogiendo una a una, disfrutando de la breve oleada de calor que se filtraba en su interior con cada una.

—Lo que dijiste antes… —comenzó Saul.

—No es nada.

—Oh, pero sí lo es. Sé lo que se siente cuando tu propio poder se reduce a una fracción de lo que fue.

Patricia se mordió el interior de la mejilla.

—¿Cómo lo afrontaste?

Su pecho tocó la espalda de ella mientras reía con suavidad.

—Aún no lo he hecho.

—¿Se hace más fácil?

—Sí, mejora.

—¿Algún consejo sabio para acelerar el proceso?

—No sé si mi autocompasión y todo el mal humor contribuyeron a mi proceso de adaptación, o si terminé por acostumbrarme a mis poderes limitados con el tiempo. Al final de esa fase, sin embargo, fue un poco más sereno.

Patricia no sabía cómo conseguía hacerla sonreír incluso durante una conversación tan triste. Su encanto era su propia magia personal, y le parecía más poderoso que toda la magia verde del mundo.

—No he tenido tiempo de lamentar mi pérdida todavía. Han pasado tantas cosas.

—¿Sabes qué fue lo que más me afectó?

Patricia reflexionó sobre lo que a ella la perturbó.

—¿La impotencia? —No había podido defenderlo contra Sedar, al menos no con sus poderes.

—Eres asombrosa, Patricia Regotar. —Su pecho presionó contra la espalda de ella y su fresco aliento ahora le rozaba la oreja.

La piel se le erizó en los brazos.

Miró de forma discreta en dirección a Sedar para ver si Saul se había acercado a ella por causa de él. Y el druida, en efecto, estaba

mirándolos.

—¿Por qué?

—Porque a veces tengo la impresión de que puedes leerme como a un libro abierto. Tienes razón. Fue la impotencia, sobre todo porque no podía proteger a mi compañera. Eyra me regaña regularmente por ello, pero no puedo cambiar quién soy en ese aspecto. Se ha vuelto más fácil, desde que comencé a perseguir un objetivo propio.

—¿La esmeralda del bosque? —preguntó de manera innecesaria.

—Es la razón por la que me levanto cada mañana en lugar de quedarme en la cama regodeándome en la autocompasión. —Como ocurría a menudo, ella notó la sonrisa en su voz—*. Estoy contribuyendo a salvar Estraora. Nada es más importante.* — Mientras decía esto, dio un paso atrás, poniendo distancia entre ambos.

La pérdida de su frialdad debería haberla aliviado, pero en cambio, echó de menos su cercanía en cuanto se alejó. ¡Por los altos poderes, nada de esto era real! Solo estaban fingiendo.

—¿Deberíamos volver? —A su habitación de invitados, donde compartirían una cama, se dio cuenta un instante después. Eso no era mucho mejor.

—Podemos quedarnos junto al fuego un poco más, ¿si quieres?

Ella se dio la vuelta.

—No bajo la mirada vigilante de Sedar. —Fingir ser amantes era agotador, y parecía que la farsa estaba empezando a afectarle.

—Lamento si nuestra actuación te incomoda —respondió él como si le hubiera leído la mente—. *Y que no puedas disfrutar del fuego.*

Ella lo tomó por la mano para calmar sus preocupaciones.

—Es solo un fuego.

Él miró hacia las llamas.

—Uno bastante grande e impresionante.

Tiró de él para que se moviera.

—¿Estás hablando del fuego o de tu ego?

—Ambos se aplicarían por igual, pero en realidad estaba hablando del fuego.

Se detuvo, reteniéndola con tanta fuerza que Patricia chocó contra su pecho. Saul comenzó a apartarse, pero después de una mirada de reojo a Sedar, no lo hizo.

—Quédate aquí un poco más. Sé lo bueno que es para ti. Y si tenemos mala suerte, mañana necesitaremos toda la fuerza que podamos reunir.

—¿Qué quieres decir?

—Emberis ya no pudo seguir nuestras huellas porque cortaste tu conexión con él en casa de Madame Moryena. Mañana, sin embargo, nos reuniremos con el rey de Vallesland, que sirve a Veridion como portador de la esmeralda del bosque. Eyra aprendió de Belgor que las fuerzas malignas son enemigas entre sí. Lazar me lo confirmó. Sin embargo, cuando Celest Vestan intentó destruir las gemas, se unieron y actuaron contra ella como un solo enemigo. Nevalis aprovechó ese momento para engañar a Emberis y someter al pueblo del fuego. Así que, al parecer, Emberis ha descartado otra colaboración con las demás fuerzas malignas, pero nunca podremos saber si no sospechan algo o si se han comunicado.

—En ese caso, es probable que el padre de Lianneh nos eche a patadas, ¿verdad?

—Eso o algo peor.

La chica suspiró. No le gustaba este punto ciego, pero no había forma de explorar la situación de antemano. Tenían que entrar en ese castillo al día siguiente y ver cómo los recibía el rey.

—Entonces tú también descansa.

—Vi algunos libros en nuestra habitación. Quizás lea un poco.

Una vez más, Saul miró de reojo y le dio un beso en la punta de la nariz. Fue breve, casi casual, y, sin embargo, una sensación cálida y desconocida resonó en su pecho mientras estaban uno frente al otro, vacilando. Sus miradas se encontraron y por un momento, Patricia creyó ver un destello de anhelo en los ojos del príncipe.

Aun así, retrocedió casi con brusquedad.

—Nos vemos luego. —Saul se aclaró la garganta.

—No me esperes despierto.

Mejor si él ya estaba dormido cuando ella se metiera en la cama más tarde.

2

EYRA



En una ceremonia, me dirigí a los dioses con la pregunta de cuál de ellos era el más peligroso. Como siempre, no sé cuál de ellos me respondió. Pero todos y cada uno pronunció el nombre de Nevalis.

Nota de Vivienne Moryena
sobre Nevalis - Dios de los elfos invernales

Eyra nunca había visto una cordillera tan inmensa. Los picos nevados del fiordo se elevaban tan alto en el cielo que desaparecían tras un velo de nubes, y sus lisas paredes rocosas parecían como si los propios dioses las hubieran tallado del granito con martillo y cincel. La ciudad al pie de la montaña, en comparación, parecía un pequeño guijarro desprendido de los acantilados macizos que hubiera rodado hacia abajo.

Belgor no se dirigió hacia aquel pequeño punto, sino que viró hacia un valle entre dos estribaciones de las Montañas de la Tormenta, donde aterrizó en el borde de un glaciar. Si lo descubrían, la noticia del dragón se extendería como la pólvora y llegaría a Tallesfeld. Y ese era un riesgo que no podían correr.

Merkan fue el último en desmontar y seguirles. Como su grifo volaba mucho más lento, esta vez lo llevaron con ellos.

Desde la desaparición de Lyra, el hombre de fuego se mostraba pensativo y, por desgracia, el viento rugiente hizo imposible la conversación, por lo que Eyra no pudo interrogarlo sobre aquella mujer. Sin embargo, se propuso aprovechar la larga marcha hasta Erenis para compensarlo. Así que, quedándose rezagada, caminó junto a él en silencio durante un rato.

Merkan no mostró reacción alguna que delatara sorpresa por su compañía. En su lugar, colocaba un pie decidido delante del otro con estoicismo.

—No me has preguntado por qué Lyra huyó —dijo ella, iniciando la conversación.

—Se fue. La razón no importa. Se le da bien aparecer de la nada y desaparecer de la misma manera.

Sonaba indiferente, pero Eyra apostaría a que era todo lo contrario.

—Intentó robar el rubí de fuego. Pudimos detenerla en el último momento y arrebatárselo.

La consternación que cruzó el rostro de Merkan parecía genuina.

—No sabía nada de eso.

—Lo sé. Después de todo, me juraste lealtad.

El hombre se pasó una mano por la cara. Cuando la bajó, su expresión era aún más sombría que antes.

—No debería haber insistido en traerla.

Entonces ahora tendría su propio dragón, o estaría muerto, porque no habría podido domar a Zeros.

—Estoy segura de que volveremos a verla —murmuró para sí misma.

Merkan le había contado a Lyra su plan de infiltrarse en Tallesfeld. Era un riesgo desagradable, porque Eyra no sabía qué planeaba. Si quería frustrar sus planes por alguna razón, le resultaría fácil.

—He fracasado. Lo siento —dijo Merkan para su sorpresa, sobre todo porque no forzó la disculpa, sino que la pronunció con una voz completamente serena—. Subestimé a Lyra y permití que Zeros la eligiera. Al menos debería haber conseguido ganarla para nuestra causa.

Nuestra causa. Tal vez era el juramento lo que le obligaba a admitir aquello.

Eyra se encogió de hombros.

—Me he equivocado muchas veces con otras personas. Es difícil mantener la objetividad cuando se trata de aquellos que nos importan.

—Ella no es alguien que me impor… —Se interrumpió—. Lyra era la mejor amiga de Patricia. No pensé que me engañaría.

—¿Crees que planeaba quitarte a Zeros?

Los músculos de su mandíbula se tensaron.

—No lo sé.

Eyra casi pudo verlo cerrarse de nuevo.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría estar planeando? —preguntó de todos modos.

Él resopló.

—¿En serio me estás preguntando eso?

La réplica era justa. No había podido predecir las acciones de Lyra antes. ¿Por qué iba a poder hacerlo ahora?

—No tienes que acompañarnos a Tallesfeld. Creo que incluso es mejor si somos menos.

La lealtad de Merkan era importante para domar al Tren Rojo. Era el líder en el norte y la gente le escuchaba. Pero en cuanto a su misión, sería el eslabón más débil de la cadena.

Un gruñido retumbó en su garganta.

—Voy a ir con ustedes —respondió, con el tono del líder despiadado que había conocido en las cuevas del Tren Rojo.

Eyra lamentó haber hecho tan absoluto su juramento. Debería haber incluido una cláusula para liberarlo temporalmente de la obligación de protegerla.

—Eso es el juramento hablando. No te preocupes, Lazar y yo nos cuidaremos el uno al otro.

Los ojos de Merkan se estrecharon, y ladeó la cabeza como en una silenciosa amenaza.

—Voy. A. Ir. Con. Ustedes. —Enfatizó cada una de las palabras.

Eyra hizo un ruido con los labios, y ambos cayeron en un silencio amistoso. La chica dejó que la quietud se asentara sobre ella, y el

ritmo constante de sus pasos le trajo una reconfortante calma poco a poco.

Después de un rato, Theo revoloteó y aterrizó en su hombro.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Gracias, Theo, pero no podría estar más feliz.

—Bien… bueno… eh… ¿Está bien?

Eyra sonrió para sí misma, en especial cuando vio cómo Merkan miraba al esponjoso mirlo como si fuera un ave venenosa de las profundidades de Vallesland.

—Estoy un poco nerviosa por nuestro plan —respondió con sinceridad.

—El respeto por una tarea conduce a una cautela saludable —replicó el pequeño con sabiduría.

—Hay algo de verdad en eso. ¿Y cómo estás tú?

—Estoy listo para la aventura que nos espera. —Lo dijo con tanto orgullo que la chica sintió una punzada de remordimiento en su corazón por tener que rechazarlo. Pero quería saber que al menos él estaba a salvo.

—No nos acompañarás, Theo.

—No se abandona a los amigos. —Theo agitó sus alas enfadado, pero se volvió a detener en su hombro un momento después.

A Eyra le conmovió que argumentara con la amistad y no con su sentido del deber.

—Te necesitamos en la retaguardia. Te explicaremos los detalles más tarde. —Pensaría en una tarea importante para él para que no se sintiera inútil.

—Si eso es lo que desea. —Sin más palabras, salió volando enfurruñado.

Dejaron el valle y Erenis volvió a aparecer al frente. Aunque la llanura adyacente ofrecía a la ciudad todo el espacio del mundo, las innumerables estructuras de hielo se apiñaban, como si buscaran refugio bajo la imponente formación rocosa que se elevaba sobre ellas. Eyra levantó la mirada. En la roca sobre el pueblo ardían luces y desde la distancia, la pared de granito negro parecía una superficie lisa, pero cuanto más se acercaban, más detalles se revelaban: murallas almenadas serpenteando en largas hileras a lo largo de la

piedra. Torres, como si hubieran crecido de la roca misma, sobresalían de los bordes de la montaña y las estrechas ventanas desde las que brillaba una tenue luz parecían ojos entrecerrados. Los balcones de alturas y tamaños diferentes salpicaban la cara rocosa como si hubieran sido colocados de manera apresurada y aleatoria sobre la maciza piedra. Y la puerta, que se alzaba en una meseta rocosa muy por encima del pueblo, parecía lo bastante grande como para albergar a un dragón. Debajo de ella, un empinado sendero serpenteaba por la cara de la roca en curvas estrechas.

Había imaginado un castillo accesible desde todos los ángulos y que, por tanto, ofrecería algún resquicio. Sin embargo, Tallesfeld se asemejaba a una fortaleza inexpugnable, escondiéndose en la montaña de sus enemigos.

—*¿Cómo se supone que vamos a entrar ahí?* —le preguntó a su compañero, sin esperar que tuviera una respuesta preparada en realidad. Aunque pertenecía a la familia real, se le había negado el acceso a este lugar. O quizás era justo por eso.

Lazar se rezagó.

—*Leí un libro sobre Tallesfeld hace muchos años. Hay una conexión con la ciudad, si mal no recuerdo. Por desgracia, los mirlos de nieve no pudieron robar los planos una segunda vez. La Orden mantiene bajo llave los registros de los seres de fuego que construyeron esta fortificación para defenderse de Emberfall.*

A Eyra le sorprendió que esta fortaleza hubiera sido creada por los seres de fuego. Pero era obvio, ahora que lo pensaba. Estaban en el sur; por supuesto que los elfos invernales simplemente habían tomado este lugar, al igual que el Castillo de Fuego en Calor, tras la caída de estos seres. La palabra *fortificación*, sin embargo, no le infundió mucha confianza. Pero Gareez habría rechazado de inmediato su petición de introducirlos en Tallesfeld si no hubiera una entrada secreta.

Después de casi tres horas, llegaron a la ciudad, que estaba protegida por una muralla de hielo tan alta como una casa. Lazar les lanzó un hechizo a ella y a Merkan que hizo que su apariencia fuera similar a la de los elfos invernales. Aun así, Eyra se bajó la capucha

sobre el rostro para no destacar como una extraña. Pero esa preocupación se disipó con rapidez. Su compañero ya le había asegurado que la ciudad disfrutaba de un gran flujo de visitantes debido a sus famosos Jardines de Hielo, y se mezclarían con la multitud. Tenía razón en eso. Un inusual bullicio para los elfos invernales prevalecía en todas partes, aunque no era ni de lejos tan salvaje como en la calle Senter. Los movimientos de los transeúntes eran calmados, y los trineos cargados de pieles y alimentos, tirados por lobos blancos como la nieve, se deslizaban casi en silencio sobre los adoquines congelados.

Las voces tranquilas de la gente se mezclaban con el crujido constante de los pasos en un suave paisaje sonoro, y el efecto amortiguador de la Guardia Blanca que patrullaba todas las calles hacía el resto. La presencia de tantos guardianes blancos no era de extrañar, pues en Tallesfeld se entrenaban no solo las sacerdotisas sino también los guardias de la Orden. Sin embargo, gracias al hechizo de Lazar, no les prestaron atención.

No se veían seres de fuego, pero cuanto más se adentraban en el centro de la ciudad, más indicios revelaban que esta ciudad fue construida por los de su clase. Las simples cabañas de hielo de las afueras daban paso a edificios de piedra desgastados, cuyo antiguo esplendor solo se podía imaginar en el mejor de los casos. Aquí y allá, el antiguo pavimento de roca volcánica asomaba a través de la nieve aplanada en las calles. Los muros de lava solidificada brillaban en lugares con un rojo tan intenso, que era como si aún almacenaran el calor de una época pasada. Algunos edificios estaban decorados con ornamentos que semejaban llamas danzantes, y de vez en cuando un fénix estaba tallado en la piedra, el animal que había adornado el escudo de la Dinastía de Fuego.

El corazón de Eyra se volvió pesado ante aquella visión. Su ira se agitó, pero la transformó en una firme determinación de devolver algún día este lugar a los seres de su especie.

Siguieron las señales que les mostraban el camino hacia los Jardines de Hielo, donde Gareez los estaría esperando alrededor del mediodía.

Eyra se tensó bajo las miradas de los guardias apostados alrededor del arco, pero les dejaron pasar sin más, igual que hacían las patrullas.

El lugar que se escondía tras la puerta les abrió un mundo completamente diferente. Aquí nada atestiguaba la era de los seres de fuego; era obra de los elfos invernales. Un bosque de cristal se extendía ante ellos, con sinuosos senderos serpenteando entre árboles formados de hielo. Flores escarchadas brillaban por todas partes y sus pétalos resplandecían en todas las tonalidades desde el azul hasta el blanco. En el centro del jardín se hallaba un estanque helado, su superficie tan lisa que el cielo veteado de nubes se reflejaba en él y en el borde se alzaban delicadas estatuas de hielo.

Eyra se estremeció cuando reconoció tres de los rostros: las dos últimas Sumas Sacerdotisas, así como Lorelai, estaban inmortalizadas en este lugar, entre muchas otras que no logró identificar.

—*¿Quién creó este jardín?* —preguntó a Lazar.

—*Los estudiantes de Tallesfeld completan parte de su examen de maestría aquí*.

Miró con odio la imagen de Lorelai. Su fuego interino se agitó, suplicando que le permitiera derretir esa estatua. Pero eso, en el mejor de los casos, le concedería un momento de satisfacción y no valdría la atención que atraería hacia ella.

—Ahí están —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Eyra se giró hacia Gareez, quien la tomó desprevenida con un abrazo. Los estaban vigilando.

La chica le dio unas palmaditas algo torpes en el hombro y se sintió aliviada cuando la elfa la soltó de nuevo.

—No pienses ni por un segundo que disfruto con esto —susurró Gareez.

—Como si se me ocurriera semejante locura —respondió.

—Y, ¿puedo felicitarte ya por tu propio dragón? —preguntó, dirigiendo la conversación hacia Merkan, aunque aparte de su estatura, guardaba poco parecido con el hombre de fuego que se escondía tras el encantamiento.

La mano de Merkan se crispó como si quisiera agarrarla, pero se contuvo y en su lugar se ajustó el cuello de su abrigo.

—¿Qué sabes sobre eso?

Las cejas de Gareez se alzaron interrogantes.

—¿Nada?

Merkan resopló; al parecer Gareez le conocía lo bastante bien como para no insistir más.

Como un escuadrón de la Guardia Blanca se acercaba, Eyra preguntó:

—¿Has tenido un buen viaje?

Gareez siguió su mirada y asintió con conocimiento de causa.

—Sí, así fue. Y es agradable ver a mi familia —respondió, también en un tono conversacional.

Eyra se sorprendió. Gareez le había contado una vez, en uno de sus raros momentos de sinceridad, que era del norte. No podía mentir, así que quizás algunos parientes lejanos vivían aquí.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó, ya que no podía esperar mucha ayuda de la charla superficial de los dos hombres taciturnos a su izquierda y a su derecha.

La Guardia Blanca pasó justo por delante de ellos, pero la nieve que se condensaba a su alrededor ya no era capaz de amortiguar los sentimientos de Eyra.

—Creo que me marcharé de nuevo en unos días.

—Sí, lo mismo para nosotros. Tenemos algunas cosas que resolver en Erenis.

Los guardias patrullaban alrededor del estanque con tranquilidad.

—¿Escucharon? La Suma Sacerdotisa está en la ciudad —dijo la elfa, abandonando el terreno seguro.

Eyra tuvo que esforzarse para mantener su fuego bajo control ante esta información.

—Oh, qué maravilloso —mintió, porque los guardias aún no estaban fuera del alcance de donde estaban.

—¿La conoces? —preguntó Gareez, tal vez porque ella misma era incapaz de cualquier arrebato de entusiasmo.

—He tenido el placer.

—¿Cómo es?

Eyra fingió pensar mientras esperaba que la Guardia estuviera lejos.

—Gélida, calculadora e insegura hasta la médula —respondió con sinceridad, aunque solo en un susurro.

—¿Qué hace Lorelai aquí? —intervino Lazar, ahora que la cháchara había terminado.

Gareez, por su parte, miró a los guardias, luego sus hombros se hundieron de alivio.

—Dicen que quiere investigar los incidentes recientes. Dos novicias de Tallesfeld murieron aquí en la ciudad. —Miró apresurada a su alrededor y también bajó la voz—. Ambas, miembros de su consejo. Una completa casualidad, ¿no?

Eyra pensó en la supuesta profecía del espejo, cuya opinión Lorelai valoraba tanto. *Toda novicia que vote en tu contra morirá, tarde o temprano.* Esas palabras venían de Nevalis, como sabía ahora. El dios de los elfos invernales podía controlar a Lorelai con la ayuda de esa insignia, porque ella estaba firmemente convencida de que era un regalo de las fuerzas del bien. Lo más probable era que la hubiera incitado a cometer los asesinatos, y ahora fingía querer resolverlos.

—Los preparativos para la Ceremonia de Invierno están en pleno apogeo —continuó Gareez, y con una mirada intensa pareció añadir: *Si no la detenemos ahora, no podremos hacerlo.*

Eyra tragó saliva. De cualquier modo, no podían esperar hasta que la hermana de Lazar se marchara. Tenían que ir a la Fuente.

—¿Ya tiene sus poderes bajo control? —susurró Lazar.

—Sí. Al parecer ha estado viniendo aquí con más frecuencia para trabajar en sí misma. Este entorno le resulta familiar; aquí es donde encuentra su estado de mayor calma.

—¿Has podido averiguar si el cristal está en su habitación? —preguntó Eyra, igual de bajo.

—Ya no vive en su antigua habitación, sino en los aposentos reservados para las Sumas Sacerdotisas. Y sí, según los rumores, allí guarda el cristal. Por desgracia, mi contacto no pudo acceder a las estancias para confirmarlo.

Rumores. Eyra habría preferido pruebas, ya que aún existía el peligro de que Emberis les estuviera tendiendo una trampa. No tendrían más remedio que vivir con esa incertidumbre.

—¿Y tienes alguna idea de cómo podemos entrar? —Miró hacia arriba, a la fortaleza que se alzaba sobre la ciudad.

—Estoy trabajando en ello. Hay una entrada de servicio. Se puede llegar desde el pie de la montaña. Pero desde los asesinatos, está más vigilada.

Eyra se pasó una mano por la cara. Esto no podía estar pasando.

—Excelente. Un aumento de la presencia de guardias. Lorelai esperando para recibirnos. ¿Algo más? —Había una razón por la que quería deponer a la hermana de Lazar destruyendo el cristal de hielo en lugar de confrontarla.

—Esto tampoco es como yo me lo imaginaba —siseó Gareez.

—Tendremos que asegurarnos de que Lorelai no nos atrape —susurró Lazar.

Un poder ancestral surgió entre ellos, tan abrupto que el corazón de Eyra se hundió.

—Estás a la altura de Lorelai.

Había pasado tanto tiempo desde que Emberis no le hablaba que este momento la tomó desprevenida.

—Un discípulo los ayudará a llegar a Tallesfeld. No necesitan de esta elfa invernal.

—¿Quién es ese discípulo? —A Eyra le inquietaba no conocer la identidad de esa persona.

—Lo descubrirán cuando llegue el momento. Así que prepárense.

Esto para nada le gustó. Sí, Gareez no le caía bien, pero aun así preferiría confiar en la elfa que en el dios.

—Emberis nos ayudará. Va a empezar pronto —susurró, contenta de que Gareez no supiera de qué lado estaba su dios.

Sin embargo, Lazar y Merkan, que conocían los antecedentes, le dirigieron miradas sombrías.

—No me gusta depender de Emberis. —Lazar se acercó a ella.

—Si lo supiera, hace tiempo que habría acabado con nosotros, ¿no crees?

—O te está atrayendo a una lucha contra un oponente que es el único superior a ti.

Maldita sea, su compañero tenía razón. Pero, ¿qué otra opción tenían?

—Necesitamos un plan de escape sólido —meditó Lazar*—. Belgor podría recogernos de uno de esos balcones si Lorelai nos encuentra o la salida está bloqueada.*

—Deberíamos encargar a Theo que informe a Belgor. Tendría que estar preparado. —En aquel momento, la tarea adecuada para su amigo emplumado, le llegó.

—Bien. Además, nos llevamos a Gareez con nosotros. Así no estaremos completamente desorientados si esto resulta en una trampa.

Este plan se había improvisado en el último momento. Pero incluso con más tiempo, no se habrían podido preparar mejor, porque en realidad ni siquiera sabían lo que les esperaba dentro.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Eyra a Gareez.

—Con mi tía —confirmó, tal como Eyra asumió—. Vive hacia la montaña. —Un brillo que no prometía nada bueno se deslizó en sus ojos. Una vez más, Gareez miró a su alrededor y luego se volvió hacia ellos—. Sus Altezas seguramente pueden dormir en su establo.

3

PATRICIA



Los ataques de Vallesland contra sus vecinos siempre fueron insidiosos. La naturaleza cruzaba las fronteras e intentaba absorber las tierras fértiles y los recursos. Densos matorrales invadían los antiguos bosques de Oritea, mientras que ríos embravecidos inundaban el norte de Nasca. Incluso Estraora, separada de Vallesland por las imponentes Montañas de la Tormenta, no pudo escapar a su influencia. Extrañas plantas crecieron sobre los altos picos, antiguamente considerados inexpugnables, y se apoderaron de partes de la tierra.
Pero con el paso de los años, el Rey de Vallesland se cansó de luchar, tanto que no me sorprendería que Veridion quisiera deponerlo. Porque para las fuerzas malignas, la paz significa —sobre todo— una sola cosa: estancamiento.

Nota personal
De los registros de Remond Everlight

Cuando Patricia pensaba en un castillo, su mente evocaba enormes muros de piedra con torres altas y almenas recortadas contra el cielo, o un puente levadizo sobre un amplio foso. En Reundaris, sin embargo, encontró algo completamente diferente. El palacio parecía haber brotado directo del bosque. Un denso seto de

espinos mantenía alejados a los intrusos, un ornamentado enrejado de rosas reemplazaba la puerta, y viejos robles flanqueaban la entrada como dos gigantescos centinelas. Los contornos del castillo se perfilaban bajo una alfombra de plantas trepadoras salpicadas de flores coloridas. En lugar de un parque cuidadosamente arreglado, un prado de flores silvestres adornaba el patio, y ningún camino de grava conducía hasta la puerta, sino más bien un lecho de musgo que cedía bajo cada pisada con agradable suavidad.

La chica miró a su alrededor asombrada, pero a pesar de su fascinación por el entorno, una inquietud agobiante se extendió por su pecho. ¿El dios del rey que los recibiría aquí conocía sus planes? Si era así, ¿qué estaba a punto de suceder? Tragó saliva y se acercó a la puerta doble, decorada con tallas de madera, junto a Saul. Lianneh levantó la mano y, sin tocar, sus dos hojas se abrieron de par en par, revelando el interior del palacio; daba la impresión de que estaban entrando en el corazón de un bosque encantado. Intrincados patrones florales adornaban las paredes de madera, rosas entrelazadas que parecían moverse y retorcerse en el relieve si las mirabas durante demasiado tiempo. También aquí el suelo estaba cubierto de musgo, y un arroyo serpenteaba por el vestíbulo, mostrándoles el camino. Su borboteo se mezclaba con el susurro de las hojas que bordeaban las ventanas arqueadas y resonaba en la bóveda decorada con frescos, donde hadas y elfos desnudos posaban. Gigantescos cálices, en los que se reunían luciérnagas e insectos luminosos, colgaban del techo como candelabros naturales.

La tensión de Patricia disminuyó un poco mientras observaba cómo la mirada de Saul se elevaba y sus ojos se ensanchaban antes de apartarlos bruscamente de las imágenes. Una sonrisa se deslizó en las comisuras de su boca. Cuando llegó el sirviente y les dio la bienvenida, diciendo que ya eran esperados, su nerviosismo regresó.

—¿Sabía que veníamos? —preguntó Saul, que era justo lo que Patricia estaba pensando. ¿Veridion le habría advertido porque las fuerzas malignas sospechaban algo?

—A través de la esmeralda del bosque, está más conectado con la naturaleza que cualquier otra persona. Estoy segura de que supo desde ayer que llegaríamos hoy.

Eso significaba que debían tener cuidado en este castillo. Estaba tan impregnado de naturaleza que nada escaparía a su atención.

—¿Por qué Sedar no vino contigo? —preguntó Patricia.

—Su familia mandó por él. Dijo que vendría más tarde. Apenas puedo esperar. La ira del rey caerá sobre él cuando le cuente a mi padre cómo su yerno elegido dio la bienvenida a nuestros invitados a Vallesland.

El sirviente los condujo pasando junto a un estanque de nenúfares hasta el salón donde el soberano los esperaba.

La princesa enderezó los hombros y levantó la barbilla antes de entrar.

—Padre.

—Lianneh. Has tardado mucho.

Patricia la siguió vacilante hasta la habitación, que estaba inundada de magia verde. Al instante la invadió la sensación de que este rey, que se sentaba al final de una larga mesa, era un viejo conocido al que se alegraba de volver a ver. Sin embargo, su mente se aferraba a la realidad, y en esa realidad, veía a un extraño huesudo con cejas pobladas y una corona dorada en la cabeza.

—Tuvimos que enfrentarnos a dificultades inesperadas —respondió Lianneh—. Padre, estos son el príncipe Saul de Eisenburg, el hermano del heredero, y Patricia Regotar, una amiga de la familia.

Con eso, deslizó la información útil para su propósito. Saul no era el heredero al trono, ya que no podía heredar el puesto del rey de Vallesland como tal. Y Patricia no era su pareja ni mucho menos su esposa.

El rey se levantó de la mesa suntuosamente preparada donde acababa de estar cenando, aunque por su aspecto, la chica de fuego apenas podía imaginar que hubiera comido mucho. Su figura era escuálida, como si el tiempo mismo la hubiera dejado seca, con un mentón afilado y la piel estirada sobre sus prominentes pómulos. Aparte de eso, parecía bastante joven, con solo algunas arrugas marcando su rostro. Pero los elfos envejecían más despacio, así que eso no significaba nada.

—Me complace que haya emprendido este arduo viaje, príncipe Saul. Estoy seguro de que tenemos mucho de qué hablar —dijo con

la voz monótona de una persona a quien nada ni nadie impresionaba ya. Solo en sus penetrantes ojos verdes había un atisbo de curiosidad.

A Patricia le resultaba difícil interpretar al rey. Saul le había dicho que tenía fama de ser irascible y dominante. Después de esa advertencia, su actitud indiferente parecía una bomba incendiaria latente, amenazando con explotar en cualquier momento.

Sus ojos, hundidos en sus cuencas, se deslizaron por su figura de una forma desagradable, como si estuviera examinando un caballo al que consideraba comprar. Luego, sin un saludo personal, volvió a dirigirse a Saul.

—Siéntense. —Tomó asiento de nuevo y llamó con un gesto a un sirviente, que se apresuró a su lado—. Pongan lugares para nuestros invitados.

Patricia lo examinó buscando la esmeralda del bosque. Una cadena dorada brillaba bajo su cuello, pero el colgante estaba oculto bajo su ropa.

—Le agradezco que nos reciba. Las entregas de madera son de suma importancia para nuestro país.

El rey hundió los dientes en una pata de pollo.

—Si no estuviera cubriendo el sur con nieve, no tendrían problemas con la leña —respondió, masticando.

Saul retiró una silla tanto para Patricia como para Lianneh y luego se sentó él mismo entre padre e hija.

—Me gustaría cambiar ese estado de cosas. Sin embargo, no está en mis manos. No soy el heredero.

Si se consideraban esas dos informaciones por separado, cada una era correcta por sí misma. Sí, no podía cambiar la situación. Pero eso no era porque Lazar fuera el heredero y no él. Qué hábilmente conseguía siempre combinar retazos individuales de verdad de tal manera que sus oyentes sacaran conclusiones erróneas.

—Me complace oírlo. ¿Cómo es que ve las cosas de manera diferente a sus predecesores?

—El pueblo está sufriendo.

El rey gruñó en señal de acuerdo.

—Y también la naturaleza. Es hora de que vuelva a florecer. En ningún lugar de Mirilor se decía que hubiera rosas de fuego tan magníficas como en el sur de Estraora. —Dio otro bocado—. Parece más sabio que su padre, que los altos poderes lo tengan en su descanso. Siempre he sido de la opinión de que haría mejor en unir a los pueblos de su tierra bajo su mandato que en reprimirlos. Un ejército de dragones… ¿qué rey no sueña con eso?

—Una ventaja estratégica. Sin duda —respondió Saul con diplomacia—. Pero Estraora ya tiene un gran ejército por sí. Apenas hay uno que pueda compararse con la Guardia Blanca.

—No necesitamos tales cosas; la naturaleza nos protege de los intrusos. —El rey hizo un gesto despectivo con la pata de pollo, pero sus ojos brillaban de codicia—. Si no fuera por los enemigos dentro de nuestras propias filas.

—Eso es una buena introducción a algunos asuntos que debemos discutir, padre —intervino Lianneh—. Los Reklaren no brindaron una bienvenida especialmente amistosa a nuestros invitados. Fueron víctimas de un intento de asesinato casi en cuanto pisaron nuestra tierra. Sedar estaba preocupado de que el príncipe Saul hubiera venido a pedir mi mano. Está fingiendo estar celoso, pero me puedo imaginar que quería evitar que Estraora nos apoyara en la lucha contra ellos. —Hizo una pausa, tal vez para dejar que la idea tomara forma en la mente de su padre—. Por fortuna, llegué a tiempo para ayudarles, pero nos emboscó de nuevo y nos mantuvo a Saul y a mí cautivos. Si no hubiera sido por Patricia, habría llevado a cabo su plan. Ella tuvo que fingir ser su esposa; de lo contrario, habría matado al príncipe.

Con cada palabra, la cara del rey se fue poniendo más roja.

—¿Cómo se atreve?

Patricia temía que en cualquier momento perdiera los estribos y estuviera a la altura de su reputación, pero se contentó con apretar el hueso de pollo con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Desearía que nuestro primer encuentro con el futuro rey de este país hubiera sido mejor. Espero que nuestras relaciones de vecindad, que han estado marcadas por el respeto mutuo durante

los últimos siglos, no sufran bajo su reinado tanto como parece que sufrirán —continuó Saul, retorciendo el cuchillo mientras su voz seguía siendo tan encantadora como siempre—. ¿Puedo ofrecerte algo, Lianneh? —Sonrió de forma abierta a la princesa.

—Solo algo de beber, por favor. No tengo mucho apetito —indicó esta señalando una jarra de vino.

Saul se inclinó sobre un soporte escalonado. Su brazo rozó el de ella.

—Aquí tienes. —Después de servirle, le sostuvo la mirada por algunos segundos.

Tras unos instantes, ella se rio, como si hubieran mantenido una conversación silenciosa.

Inteligente.

¿O realmente confiaban el uno en el otro hasta tal punto que ahora podían hablarse de esta manera? Ante el mero pensamiento, se formó un nudo en el estómago de Patricia. ¡Pero no! Saul ni siquiera le había contado a Lianneh sobre su vínculo de compañero.

El rey no dejó de notar su pequeña actuación. Su cabeza no se movió mientras su mirada se desplazaba entre ellos. Sin duda, habían sembrado la semilla para su plan.

Mientras tanto, Patricia llenó su propio plato, aunque no tenía hambre.

—Hablaré con Sedar —soltó el rey.

—Este comportamiento demuestra una vez más qué bárbaros… —comenzó Lianneh.

—¡Silencio! —espetó su padre, arrojando el hueso sobre su plato y limpiándose las manos en su jubón verde bordado en oro.

Lianneh vació la mitad de su copa en dos grandes tragos.

—Discúlpenme. Me gustaría refrescarme un poco después del largo viaje. Quizás te gustaría tomar el té conmigo más tarde, Saul. —Tomó la servilleta de su regazo, la colocó de forma cuidada sobre la mesa y se levantó con una lentitud controlada.

La imagen de una princesa bien educada que pasaba sus días en el palacio bebiendo té no encajaba en absoluto con la Lianneh que los acompañó durante el viaje. Pero parecía que ese era el papel que le habían asignado en este castillo. Debía mantener la boca

educadamente cerrada y casarse con el enemigo de su propia tierra para suavizar las cosas. Patricia no sentía mucha simpatía por la elfa del bosque, pero en ese momento, sintió lástima por ella. Y ahora que había conocido al rey, estaba menos sorprendida de que intercambiara a su hija de esa manera. En cambio, se preguntaba por qué cedía el trono precisamente a un druida. De verdad debía estar muy desesperado. Eso, sin embargo, jugaría a su favor, ya que le estaban presentando la solución a sus problemas en bandeja de plata.

Saul, que se levantó con Lianneh, colocó su mano en la espalda de ella con un gesto galante.

—El té suena maravilloso.

El rey también se puso en pie.

—Siéntate de nuevo, Lianneh. —Sus huesudos dedos se deslizaron sobre sus túnicas, que colgaban de él como de un esqueleto—. Haz compañía a nuestro invitado mientras resuelvo este asunto. —Se dirigió a Saul—. Lo recibiré en mi estudio más tarde para discutir los detalles del acuerdo comercial.

Su mirada se posó por un breve momento en Patricia, y la resistencia en su pecho, la rebeldía contra este sentimiento impuesto de familiaridad, se alzó. Una vez más, el rey no consideró necesario dirigirle una sola palabra.

—Bien, hablaremos más tarde —respondió Saul, mucho más sobrio que antes—. *Qué cretino misógino* —comentó en su mente.

El rey pasó junto a ellos hacia la salida.

—Y muestra a nuestros invitados sus aposentos después de la comida —ordenó, sin mirar a Lianneh de nuevo.

—Por supuesto.

Patricia respiró aliviada cuando el rey abandonó el comedor. Resultaba que su dios no sabía nada de sus ambiciones. Todo estaba saliendo casi demasiado bien. Debería estar contenta por eso. De verdad debería. Pero… no podía.

4

FAYETTE



Puedes someterte a los dioses, o puedes manejarlos como yo lo hago. Puede que use su magia, pero escapo de su influencia antes de que puedan hechizarme por completo. Solo para los portadores de las gemas no hay escapatoria. Están indisolublemente vinculados a sus dioses. Incluso si están a kilómetros de las piedras, este vínculo permanece.

Nota personal de Vivienne Moryena

Volaron durante toda la noche y el día siguiente, pero no fue el agotamiento lo que hizo que Fayette entrara en la posada de la provincia de Talisland con una sensación de profundo alivio. Con la cantidad de magia que portaba, probablemente podría continuar durante noches enteras. No, en realidad se alegraba por el retraso. Había estado esperando con ansia el momento de volver a ver a su familia. Ahora su miedo crecía a medida que se acercaba ese reencuentro. Lo más probable era que ni siquiera viviría para verlo.

Toda conversación en la sala se apagó cuando caminaron entre las filas de mesas que llenaban la estancia común. Al principio, Fayette pensó que la reacción se debía a la llegada del rey, pero quizás se debiera a que todas las hadas presentes habían cambiado a sus formas más pequeñas.

Kian, quien caminaba por delante, miró la bolsa con la piedra que llevaba pegada al cuerpo y luego se giró hacia ellos.

—Un efecto asombroso. Si todos empiezan a brillar en azul, será todo un espectáculo.

Fayette se abstuvo de responder, pues sospechaba que su propio resplandor estuviera conectado con su estatus de Reina de las Hadas. El brillo azul de Aryana, en contraste con el suyo, casi se había desvanecido cuando se despidieron.

Siguió lentamente a Kian hasta la barra. Miraba hacia sus pies, pero aun así sentía la atención de sus compañeras hadas con demasiada claridad, al igual que esa extraña conexión con cada una de ellas, una especie de vínculo invisible que se fortalecía cada vez que levantaba la mirada y se encontraba con la de una.

—*Sienten que eres su reina* —resonó en su cabeza.

Reena había permanecido bastante callada hasta ahora. Estaba segura que haría sus exigencias tan pronto como llegaran a Calor. Solo que eso nunca iba a suceder.

Se volvió hacia Noah.

—Tengo frío. Si no te importa, me gustaría ir a nuestra habitación. ¿Podrías traerme algo de comer más tarde?

Fayette tuvo que esforzarse por no retorcerse bajo su escrutinio. Sin duda él notaba que algo no iba bien con ella. Era buena actriz, pero el elfo la conocía más que bien.

—Por supuesto. ¿Alguna preferencia?

—Algo dulce para picar. —Forzó una sonrisa juguetona, esperando que disipara sus preocupaciones. Pero pareció ocurrir lo contrario. Las líneas en su frente se profundizaron.

—Veré qué puedo hacer.

—El rey Kian de Sommerfeld y su séquito desean alojamiento y una cena —anunció Delayar en voz alta por toda la sala. A juzgar por su pecho hinchado, estaba más que feliz de alardear sobre su amigo.

Ahora quedaba claro, si no lo estaba antes, que nadie había reconocido a Kian. Un murmullo recorrió las filas de bancos, y todos los sirvientes se pusieron en movimiento. El elfo del bosque que estaba detrás de la barra se apresuró hacia ellos, una camarera

ahuyentó a unos pobres duendes de su mesa, y otra corrió a la cocina.

Kian aseguró las últimas cabañas disponibles para ellos, y Fayette aprovechó el ajetreo para escabullirse sin ser notada.

No era de extrañar que su comportamiento le pareciera extraño a Noah. Casi siempre le encantaba comer en compañía. Pero ya no podía mantener la fachada por más tiempo, así que siguió las indicaciones del posadero hasta una de las cabañas de madera en la parte trasera, donde, por fortuna, una criada ya estaba encendiendo el fuego. La frontera con Estraora no estaba lejos, y las temperaturas cada vez más bajas se hacían notar.

Mientras el aroma de pino fresco se mezclaba con un ligero olor a humo, se hundió en el gastado sillón de cuero junto a la chimenea. El cojín emitió un acogedor y suave crujido bajo su peso, y el calor del fuego se extendió lentamente por la pequeña habitación.

La joven que preparaba la amplia cama doble, no dejaba de mirarla de reojo. Tal vez nunca había visto a un hada mostrar su magia de manera tan abierta. Aunque quisiera, Fayette no podía suprimir ese brillo azul. Además, tenía otros problemas.

—Gracias por devolver la magia a nuestra tierra —susurró después de un tiempo.

Fayette no pudo ubicar sus palabras de inmediato, pero luego cayó en la cuenta.

—Oh, no, no soy la reina Aryana. Ella se quedó en el palacio.

La criada la estudió con incredulidad.

—Pero su magia… —Pasó una mano a lo largo de su cuerpo para mostrar a qué se refería—. Es hermosa.

—Sí, ¿verdad? —Fayette miró su brazo. Era cierto, aquella aura azul era una visión bastante hermosa. Por difíciles que fueran los tiempos, al menos ofrecía una bonita imagen.

—¿Cómo es que…? —La criada sacudió la cabeza, como si hubiera recordado justo a tiempo que no debía hacer tales preguntas a los huéspedes—. Terminaré en un momento, luego podrá descansar.

—Gracias.

Fayette bajó los párpados y respiró profundo. Los suaves sonidos del fuego crepitante y el ocasional crujido del suelo de madera bajo los pies de la criada parecían ralentizar el tiempo, y cuando la sirvienta se retiró, por fin pudo dejarse llevar.

Miró a su alrededor con tranquilidad. La luz del fuego bailaba en las paredes, proyectando sombras suaves y parpadeantes, y la oscuridad tras las ventanas tenía una cualidad extrañamente reconfortante. Era como si solo existiera esta pequeña cabaña, rodeada de una nada atemporal, un lugar donde no había piedras de hadas, ni planes, ni responsabilidades… ni muerte al acecho.

El calor se filtraba en su cansado cuerpo, y las paredes de madera y los muebles sencillos emanaban una calidez que le recordaba a sus primeros años de vida, cuando vivía con sus padres en una cabaña similar. La relajación se asentó lentamente sobre ella y, con ello, llegó por fin un ligero agotamiento. Solo permanecía una pesadez subyacente, un punto oscuro en su interior que no desaparecería por completo a pesar de la paz que se extendía.

—Fay. —La voz de Noah pareció llegarle desde una gran distancia, al igual que el olor a miel caliente. Ni siquiera se percató el momento en el que se durmió, pero no había nadie por quien prefiriera ser despertada.

—¿Dormí mucho tiempo? —murmuró por lo bajo.

—El suficiente para que el cocinero te haya horneado estos hojaldres. —Una sonrisa coloreó sus palabras, y esta se instaló en su vientre sin rodeos.

Fayette levantó sus pesados párpados lo justo para ver a Noah acercar un segundo sillón. Despejó la mesa auxiliar junto a ella para hacer espacio a una selección de delicias dispuestas en pequeños platos.

—Todos en la posada estaban convencidos de que eras la reina Aryana. No pudimos convencerlos de lo contrario.

Eso explicaba los aperitivos elaboradamente dispuestos.

—Si eso me consigue una cena más sabrosa, estoy encantada de dejar que lo crean. —En cuanto lo dijo, su estómago rugió.

Noah sonrió.

—Tienes que probar esto primero. —Se sentó en el sillón frente a ella, se estiró por encima para coger un pastelito y lo acercó a sus labios.

En cuestiones normales, habría considerado tal gesto de un hombre como parte de los pasos preliminares y se habría esforzado por morderlo despacio, con un seductor batir de pestañas. Con Noah no tenía que molestarse con esas cosas. Le dio un buen mordisco y gimió, nada femenina, cuando la dulzura explotó en su lengua.

—Me quedo aquí para siempre. Dile al posadero que la reina Aryana va a trasladar su sede de gobierno a esta posada. Que envíe la factura al palacio y que hornee una reserva de estos pasteles. —De hecho, sería una idea excelente. Todos sus problemas se desvanecerían. Que otro lanzase la piedra a la Fuente.

Suspiró para sus adentros. Por muy hermoso que fuera este sueño de una solución, la realidad pintaba un cuadro más sobrio. Incluso ella llegó a darse cuenta de que su estrategia preferida: enterrar la cabeza en la arena y esperar cuando se enfrentaba a dificultades, no iba a funcionar en este caso. Una diosa no se desvanecería sin más. Y así, durante el vuelo, había repasado todas las posibilidades en su mente. Pero por muy creativa que fuera… esta vez simple y sencillamente no podía pensar en una salida. Si le endosara la piedra a un hada desconocida, existía el riesgo de que el hada desertara y usara la piedra para sí misma. Pero tampoco podían elegir a alguien de su grupo. Ella era la única hada, y Reena no reconocería a nadie más que a ella. Y si alguien robara la piedra, Reena exigiría que persiguiera y apresara a esa persona. Negarse a esa orden le costaría la vida. Después de todo, sabía por las notas de Madame Moryena que ninguna distancia en el mundo disminuiría la influencia de la diosa sobre ella.

Noah dio un mordisco y la observó durante un rato.

—¿Qué te pasa? —preguntó al fin con suavidad. Fayette negó con la cabeza—. Has estado diferente desde que estuviste en la torre. ¿Me contarás qué fue lo pasó?

Odiaba su tono empático. Podría haber esquivado una exigencia airada sin remordimientos, pero esta pregunta, en ese tono suave, hizo flaquear su determinación.

Fayette no quería hablar de ello. Quería disfrutar del tiempo que le quedaba, así que inspeccionó la selección de frutas y eligió una rodaja de manzana. También sabía maravillosa. Además, la comida tenía el efecto secundario práctico de mantener su boca demasiado llena para hablar. Esta táctica solo le daría tiempo hasta que los platos estuvieran vacíos y su estómago a punto de reventar, pero para entonces estaba segura de que podría inventar una historia que contarle.

—Fay —insistió él, ahora con más firmeza.

Refunfuñó por lo bajo. No había forma de que fuera a estropear lo que podrían ser sus últimas horas juntos. Pronto volarían sobre la frontera hacia Estraora, y cuando Reena se diera cuenta de que no se dirigían a la capital del sur, todo se pondría en marcha. No, esta noche les pertenecía solo a los dos.

—Ese resplandor azul te sienta muy bien. Pero ¿podría ser que hayas recibido un poco más de magia de la que…? —comenzó Noah, pero se interrumpió cuando ella se inclinó sin previo avisto hacia delante y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

Sus miradas se encontraron, y los ojos de él reflejaron sus propios sentimientos. Agotamiento, preocupación… un afecto que iba más allá de todo lo que había sentido antes.

—Hablaremos mañana —susurró. *O nunca.*

Con esas palabras, deslizó la mano hasta su nuca y lo atrajo hacia sí. Él había dicho durante su última visita a Oritea que una simple pregunta sería suficiente para que la besara. En ese momento, ella pensó que nunca suplicaría por un beso. Pero esto era algo totalmente diferente. No estaba suplicando, ni siquiera pidiendo… estaba exigiendo. Y Noah respondió a esa exigencia con una ferocidad que le quitó el aliento.

Como si hubiera estado esperándolo, la agarró por las caderas y la colocó a horcajadas sobre su regazo. Su lengua separó sus labios y jugueteó con la de ella, mientras una mano rodeaba su cintura de manera posesiva y la otra se enredaba en su cabello para inclinar su cabeza hacia un lado. Profundizó el encuentro, la acercó aún más y recogió su falda, acariciando sus piernas desnudas con suavidad.

—Fay.

Su nombre susurrado contenía todo… el alivio después de una larga espera, la reverencia por el momento y una impaciencia apremiante que envió un tirón a través de su vientre.

El deseo de Fayette nubló su mente; ya no era capaz de un solo pensamiento, y mucho menos de recordar por qué no había dado este paso antes. Pero no queriendo estropear este momento con arrepentimientos, apartó la pregunta y tiró del borde de su túnica.

Respirando con pesadez, Noah alzó los brazos y dejó que ella lo desvistiera.

—Ni por un segundo pienses que no sé lo que estás haciendo —gruñó contra sus labios.

—No sé de qué me hablas.

Fayette podía sentir que no estaba dispuesto a dejar el tema. Antes de que pudiera preguntarle de nuevo qué había ocurrido en la torre, selló su boca con la suya.

Con un gruñido resignado, el elfo cedió, y sus lenguas reanudaron su danza. Las manos del hada empezaron a explorar, trazando cada fibra muscular, los contornos de sus hombros definidos, delineando las puntas de sus orejas, hundiéndose en su cabello blanco plateado. Sus sentidos estaban por completo abrumados; no sabía qué oler, saborear y sentir primero: su sutil aroma masculino, la dulzura de la miel en sus labios o su piel sorprendentemente suave que cedía bajo sus dedos. Quería conservar cada detalle de este momento en su memoria y llevarlo consigo a la eternidad. Quería… Todo pensamiento se detuvo cuando los dedos de Noah se deslizaron por el interior de su muslo y se detuvieron justo antes del punto donde más anhelaba su contacto. Él captó su mirada y la sostuvo antes de deslizar sus dedos bajo la pieza de tela que quedaba entre ambos y acariciarla con la presión exacta. Su pulgar dibujó círculos lentos, y Fayette movió las caderas hacia adelante y hacia atrás con impaciencia. Era demasiado. Y no era suficiente. Cuando intentó alejarse de él, su agarre en su cintura se apretó, reteniéndola.

—Puede que solo tenga esta noche, así que pienso saborear hasta el último momento.

Un escalofrío recorrió su columna al escuchar su voz oscura y traviesa. Luego, el significado de sus palabras la golpeó, y su corazón trastabilló. ¿Lo sabía? ¿Cómo? Fayette contuvo la respiración… hasta que recordó por qué habían postergado esto durante tanto tiempo. Ella era un hada. Como tal, no estaba inclinada a vincularse a un solo hombre, y Noah nunca compartiría. Por eso él solo suponía una noche. Pero en sus brazos, ese problema se reducía a un completo sinsentido. Por los altos poderes, hacía tiempo que cayó rendida ante él, en cuerpo y alma. Era suya, para siempre.

Quería decirle justo eso; las palabras ya estaban en su lengua, pero sabían amargas ante el hecho de que este *para siempre*, quizá no duraría en realidad. Él tenía razón; debían saborear esta noche, y así echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de su contacto.

Noah se apartó de ella, le agarró las nalgas y se puso de pie con ella. Fayette envolvió las piernas alrededor de sus caderas, y mientras la llevaba a la cama, le arrancó un gemido al frotar su suave centro contra la tela que cubría su dureza.

—Me estás volviendo loco —susurró en su oído con esa provocadora voz ronca.

La depositó con suavidad frente a la gran cama para desnudarla y con los dientes clavados en su labio inferior, deslizó su vestido por sus hombros con una lentitud enloquecedora. Cuando alcanzó su espalda, el corpiño levemente atado, lo siguió y él emitió un sonido que era mitad siseo, mitad suspiro.

—Eres perfecta. —Le devolvió el cumplido que ella le había hecho unos días atrás, justo antes de aquella desafortunada declaración de amor.

—Lo soy, ¿verdad? —respondió con una sonrisa, en parte porque se gustaba tal y como era, y en parte para reaccionar diferente a como lo hizo él, pero solo por principio.

Chilló sorprendida cuando él la empujó de espaldas sobre la cama sin previo aviso.

—Y esta noche, este cuerpo perfecto es mío.

Ahí estaba otra vez. *Esta noche.* Ese malentendido que tanto quería aclarar, pero no podía. Buscó las palabras adecuadas para

decirle que merecía más que una noche. Que merecía todo. Pero una vez más, Noah dispersó ese pensamiento al quitarse los pantalones.

¡Por los altos poderes!

—Deberías estar expuesto en un museo —se le escapó.

Noah rio en voz baja.

—Sería un desperdicio de mi intelecto, ¿no crees?

Se tumbó junto a ella, con la prueba de su excitación presionando deliciosamente contra su cadera. Su mirada ardiente siguió a sus dedos mientras viajaban desde su clavícula, entre sus pechos, hasta su ombligo.

—Es cierto. Aun así, un cuerpo como el tuyo no debería ocultarse al mundo. —Suspiró cuando su mano desapareció entre sus piernas.

—¿Siempre hablas tanto en la cama? Ah, ¿qué estoy preguntando? Debería haberlo sabido.

—Puedo limitarme a hacer sonidos. —Un suave gemido puntualizó su afirmación cuando él introdujo dos dedos en su interior y los movió en lentos movimientos.

—Sí, eso está mejor. —Aumentó la presión, arrancándole otro sonido que, estaba segura, también aprobaría.

Fayette presionó sus caderas contra él y dejó que su propia mano se deslizara hacia su entrepierna, pero él se apartó, acariciando sus pechos y trazando un camino de besos por su torso mientras bajaba.

Aunque quería devolverle algo, le gustaba el rumbo que tomaba la situación. Así que se entregó mientras él separaba sus muslos con suavidad, para que sus anchos hombros tuvieran espacio suficiente, y bajaba la cabeza. Sentir su aliento en su punto más íntimo hizo que todo su cuerpo temblara de anticipación. Cada fibra de su ser estaba tensa y todo en su interior se contraía de deseo mientras el calor se acumulaba en su núcleo. Sus juegos previos se habían extendido durante todos estos meses, así que se perdonó esta impaciencia. Casi alcanzó la cima incluso antes de que su boca tocara su vientre. Y cuando sus labios finalmente envolvieron su punto más sensible, sintió como si fuera a fragmentarse en mil pedazos.

Sus manos se deslizaron bajo ella, amasando sus nalgas antes de levantarlas y darle placer con una precisión inigualable. Con cada movimiento de su lengua, avivaba aún más su deseo, y esa dulce pesadez se hundía cada vez más profundo. Su respiración se aceleró cuando él añadió sus dedos, embistiéndola al ritmo de sus caderas ondulantes. El mundo se desvaneció ante las caricias de Noah. En ese momento solo existían ellos dos: su lengua dibujando círculos rápidos, sus dedos curvándose y golpeando un punto que la mayoría de los hombres pasaban por alto. Y, Dios mío, este hombre sabía demasiado bien lo que hacía. Sus muslos se estremecieron; quería apretar las piernas para retrasar lo inevitable, pero justo antes de que las olas de placer la inundaran, él se apartó.

—¿Qué quieres, Fayette? Dímelo. ¿Debería continuar, o…? —La sonrisa segura que le dirigió hizo que su corazón diera un vuelco.

Lo deseaba. Solo a él. Para siempre.

—Te quiero a ti. Ahora.

—¿Tomarás…?

—Sí… sí, tomaré una poción. Por favor. Ahora.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Un latido después, estaba sobre ella, y donde su lengua acababa de darle placer, ahora sentía su húmeda longitud. Sin apartar los ojos de ella, apoyó la parte superior de su cuerpo y embistió dentro de ella. Un jadeo escapó de ambos al unísono, y un temblor recorrió sus cuerpos. Durante varios latidos, se miraron el uno al otro, sin aliento, atrapados en el momento. Noah la miraba con los labios entreabiertos y una intensidad como si nunca la hubiera visto antes, y ella nunca se había sentido más hermosa bajo su mirada. Él respiró un beso en su boca antes de que sus caderas comenzaran a moverse en un fluido movimiento ascendente y descendente, lento al principio, luego con creciente urgencia. Ella se aferró a sus hombros, sintiendo que de lo contrario caería en un abismo sin fondo, y respondió a sus embestidas. Más. Necesitaba más.

Fayette bebió de sus labios, se alimentó de sus exigentes caricias, se derritió bajo su cuerpo esbelto y pesado sobre el suyo. Deseaba que este momento durara para siempre, pero ya no podía contenerse. Su placer se desató y la magia azul brotó de ella,

inundando la pequeña cabaña, envolviéndolos a ambos en un capullo de libertad sin límites, como Fayette solo había sentido en lo alto del cielo y nunca con otra persona. Las embestidas de Noah se ajustaron a su ritmo, acompañando cada latido y prolongando su clímax deliciosamente hasta que todos sus músculos se tensaron y la siguió.

En silencio, se miraron a los ojos, conteniendo la respiración y permaneciendo inmóviles, como si pudieran congelar el tiempo sin moverse. Pero este momento también se le escapó entre los dedos, y en la siguiente respiración, Noah salió de su interior y se hundió en el suave colchón a su lado.

Saciada y lánguida, Fayette se acurrucó en el hueco de su brazo, preguntándose si alguna vez había sido más dichosa. Ni una sola experiencia, y ciertamente había acumulado muchas, se acercaba siquiera a esta. Si tan solo hubiera arrojado sus miedos por la borda antes, habría comprendido que sus preocupaciones eran infundadas. Este pequeño interludio había sido suficiente para arruinarla para el resto del mundo masculino. La palabra fidelidad perdió su terror. Con él, no se trataba de renunciar a otros hombres, sino del privilegio de tenerlo solo para ella, en cualquier momento y sin reservas… aunque eso ahora no significara nada.

Sacudiendo la cabeza, apartó ese pensamiento y examinó su rostro. ¿Qué estaría pensando ahora? Con todas sus fuerzas, contuvo la pregunta, ya que no había un asesino del ambiente más clásico. La sonrisa que jugaba en las comisuras de la boca de Noah revelaba, al menos, que tenía un brillo travieso en los ojos.

—Nadie me ha distraído nunca del tema de forma tan encantadora —murmuró contra su mejilla, que luego cubrió con besos fugaces.

—¿Encantadora? Puedo pensar en algunas otras palabras para describir esto. —Gesticuló de un lado a otro entre ellos.

—Ah, ¿sí? —Se detuvo, bajando los párpados.

—Impresionante. Hermoso. —Sonrió—. Largamente esperado.

—Estaría de acuerdo con todas esas.

Fayette le dio un golpecito en el pecho.

—Busca las tuyas.

—Me estás distrayendo otra vez.

—Ríndete. Soy una maestra en esta área. Los cambios de tema están entre mis mayores fortalezas… justo después de las desapariciones elegantes cuando las cosas se ponen difíciles.

Una suave risa vibró a través de su pecho.

—Para ser sincero, aún no he terminado mi valoración final. Hasta ahora, va desde trascendental hasta transformador.

Fayette se apoyó en su brazo y miró su rostro.

—¿Trascendental?

—Esto podría destruir nuestra amistad. —Con repentino interés, estudió el techo para evitar mirarla a los ojos—. No, no es eso. Estaría dispuesto a renunciar a nuestra amistad si pudiera reemplazarla por algo más. Pero esa misma necesidad me llevaría a perderte. Y eso en verdad sería trascendental.

El corazón de Fayette se encogió. No quería decirle que este supuesto problema ya no existía, porque eso despertaría esperanzas donde no las había. Pero tampoco podía dejarlo pasar sin comentario.

—Nunca deberías conformarte con menos de lo que quieres.

Él alzó las cejas y finalmente la miró.

—¿En serio me estás sugiriendo eso?

—Sí. —Se mordió el labio inferior—. ¿Me lo prometes? —El consejo ya no le serviría con ella, pero quizás lo guardaría en su corazón como un precioso recuerdo, donde podría desplegarse con lentitud.

Una sonrisa tiró de sus labios.

—Te lo prometo. —Noah la acercó más y respiró un beso en su frente—. Y espero que te des cuenta de que no he terminado contigo esta noche, ni mucho menos. ¿Me enseñarás el hechizo que provoca ese hormigueo en la piel?

Fayette lo recordó. Así fue como lo despertó después del ataque con el cuchillo.

—Por supuesto —respondió, y no solo para poder disfrutar ella también de la sensación. Era la mejor excusa para evadir otro interrogatorio.

5

EYRA



A lo largo de los siglos, Nevalis ha producido los gobernantes más destructivos. Sus reyes invernales reinaron con mano de hierro, tan implacables como los vientos que azotan el norte. Bajo su dominio, no solo se helaron los campos, sino también las esperanzas de pueblos enteros. Su poder era tan frío como despiadado, y su reinado dejó un rastro de miseria y devastación.

Extracto de una fuente histórica
Registros de Remond Everlight

La tía de Gareez recibió a los *amigos de su sobrina* con toda la cordialidad que podía mostrar una elfa invernal. Tras repetidas disculpas por no tener otra habitación de invitados disponible, alojó al grupo en el granero, tal como Gareez anticipó. Allí, Eyra contempló fascinada el heno, que estaba apilado en grandes fardos. Tan cerca de la frontera con Emberfall, los habitantes tenían fácil acceso a tales suministros. En Calor, la hierba seca alcanzaba precios desorbitados, motivo por el cual mantener animales en su ciudad natal apenas merecía la pena. Y aparte del alto coste, poseer heno no era deseable por otras razones, al menos según el criterio de Eyra. Pinchaba incómodo a través de la ropa en cuanto uno intentaba acomodarse en él y, además, era demasiado inflamable.

—Este sería el entorno perfecto para que practicaras. Cada chispa sería castigada al instante —comentó Lazar apoyándose contra la desnuda pared de piedra, que mantenía el frío del exterior, y rodeando su cintura con las manos.

Eyra sonrió.

—Eso te mantendría alerta durante un buen rato.

Lazar ya había tenido que extinguir un incipiente fuego dos veces, razón por la cual se retiraron a un rincón donde, aunque los terneros mugían ruidosos, el suelo de piedra era ignífugo, salvo por algunas pajas dispersas.

Él la atrajo un poco más cerca.

—Has mejorado. Tu ira no te ha desbordado desde hace tiempo.

—Aun así, es bueno saber que podrías acudir en mi ayuda en cualquier momento.

—Siempre puedes contar con ello.

Eyra se perdió en sus ojos, donde no había más que sinceridad y completa devoción.

—Todavía tengo que seguir trabajando en mí misma. —Quizás algún día podría volver a prenderse en llamas sin correr el riesgo de quemarse.

La expresión de Lazar se ensombreció.

—Ojalá hubiéramos tenido más tiempo para prepararnos para esta tarea.

—Cien años habrían estado bien.

Y ni siquiera entonces estaría segura de poder mantener su fuego bajo control cuando viera a Lorelai de nuevo. Su rabia por lo que la hermana de Lazar estaba haciendo a su gente era tan profunda que el mero pensamiento hizo que algunas chispas escaparan de sus dedos y prendieran las pocas pajas del suelo. No, no eran las mejores condiciones para su empresa.

Su compañero extinguió la paja humeante recubriendo la suela de su zapato con hielo y pisándola.

—No nos encontraremos con Lorelai en Tallesfeld. Y si lo hacemos, no permitiré que te nada ocurra. —Lo dijo con tal seriedad que parecía estar haciendo esta promesa no solo a ella, sino también a sí mismo—. He tenido que preocuparme por mis

hermanos toda mi vida. Eso ha sido una tarea bastante absorbente. —Rio con suavidad, un sonido breve sin verdadera alegría—. Nunca pensé que encontraría a alguien por quien ardería como lo hago por ti, Eyra. Pasión, sí, pero no esperaba esto. Por eso al principio pensé que era solo tu magia ardiente lo que tanto me cautivaba. Pero lo que siento por ti va mucho más profundo. Y ahora me encuentro aquí más asustado por ti que por cualquier otra persona.

—No me pasará nada. —La chica se inclinó hacia delante para besarlo y borrar la dureza estoica de sus labios.

—Estamos solos. —Su boca estaba tan cerca de la suya que podía sentirlo sonreír.

Habían enviado a Theo con Belgor. Debía pedirle que se escondiera detrás de la roca sobre la que estaba construido Tallesfeld y Merkan también se había retirado, necesitaba algo de tiempo para pensar.

Mientras pasaba una mano por el largo cabello de Lazar, algunos mechones plateados se soltaron de la atadura. No pondría en peligro sus poderes justo antes del momento decisivo, pero un beso no podía hacer daño a nadie y canalizaría sus sentimientos en la dirección correcta.

El aliento caliente y frío se mezclaron antes de que sus labios se unieran una vez más y sus lenguas giraron una alrededor de la otra con deliciosa lentitud. El silencio los envolvió, como si el resto del mundo contuviera la respiración, y en ella brotó el pensamiento de que este momento de paz era la mejor preparación para soportar lo que estaba por venir. Lazar, sin embargo, parecía tener otra opinión. Sin previo aviso, la empujó lejos de los animales, hacia la esquina junto a la puerta. Allí la presionó contra una viga de madera, su cuerpo contra el de ella, y profundizó el beso con una intensidad que le robó el aliento. Con una mezcla de resignación y deseo, se rindió en sus brazos. Sus suaves curvas se amoldaron a su duro pecho, y ella inclinó la cabeza hacia atrás mientras la boca de él exploraba su cuello.

Eyra sacó su túnica de la cintura de sus pantalones y recorrió con las manos su firme espalda, lo que arrancó un profundo murmullo de su compañero. Él volvió a su boca, mordisqueando su labio inferior

antes de acariciar lenta y sensualmente ese punto con su lengua. El calor se elevó entre ellos expulsando el frío del granero.

Cada uno de sus besos borraba un poco más del control que ella se había impuesto. Su corazón latía cada vez más rápido, y un escalofrío la recorrió cuando las caricias de Lazar se volvieron más exigentes. Sus dedos se clavaron casi dolorosamente en su cadera mientras la levantaba para que pudiera envolverlo con sus piernas. Un gemido se le escapó cuando la pelvis de él presionó contra su centro. Sentir su excitación avivó su propio deseo, alimentando las ganas de ir más allá… y al mismo tiempo, la hizo recobrar el sentido.

—Lazar, no deberíamos…

Echó el torso hacia atrás todo lo que pudo en esta posición y captó su mirada, que contenía el mismo deseo que rugía dentro de ella y pulsaba entre sus muslos.

Su compañero arqueó las cejas en un gesto desafiante, con una sonrisa astuta extendiéndose por su rostro.

—Tus palabras dicen una cosa, pero tus ojos otra.

—Mis palabras están guiadas por mi mente —respondió sin aliento—, y lo que lees en mis ojos tiene poco que ver con la razón.

Él se inclinó hacia delante, bajando los labios hasta su cuello de nuevo, y subió hasta su oreja.

—Normalmente soy yo el más sensato de los dos.

A ella le dio un vuelco el corazón ante su tono relajado y juguetón. Quería aferrarse a esa ligereza para siempre, pero aun así colocó las manos en su pecho para apartarlo. Uno de los dos debía mantener la cabeza clara.

—No deberíamos hacer esto.

Suspirando, su compañero la soltó, y antes de que pudiera responder, la puerta batiente del granero crujió.

—Eso sería lo más sensato. Tienen visita. —La voz fría de Gareez resonó desde la entrada.

Los músculos de Lazar se tensaron bajo sus dedos, y Eyra también se puso rígida. No tenían conocidos aquí, lo que solo podía significar una cosa: el discípulo de Emberis había llegado para introducirlos en Tallesfeld de forma clandestina.

Eyra sentía curiosidad por ver si conocía a esta persona. No le sorprendería que fuera Lyra quien estuviera allí.

—¿Quién es? —le preguntó a Gareez, que ya había entrado.

—Nunca antes había visto a esta mujer. Es de fuego

Se abrigaron con rapidez y Eyra también guardó el vial con la poción de invisibilidad de Pete. Estaba tan concentrada que debería ser suficiente para los cuatro.

Lazar comprobó el rubí una vez más y lo guardó de nuevo en el bolsillo interior de su abrigo, luego se abrochó el cinturón con su espada. Por la única vez que lo había visto luchar con armas, sabía que podía usarla. Aun así, esperaba que no la necesitaran.

—¿Sabes dónde está Merkan? —le gritó a Gareez. Con suerte, estaría por el pueblo y podrían dejarlo atrás.

—Ya está fuera, esperando.

Por supuesto que lo estaba.

Eyra se trenzó el cabello, y Lazar también se recogió el suyo con movimientos apresurados.

Miró alrededor del granero una última vez. Volverían más tarde a recoger el resto de sus pertenencias. Con suerte.

Tras una profunda respiración, asintió a Gareez.

—Rumbo a Tallesfeld.

Con zancadas largas, la siguieron hasta el patio trasero cubierto de nieve, donde Merkan estaba de pie junto a una mujer desconocida. Llevaba la capucha de una sacerdotisa de la Orden, pero su melena roja como el fuego revelaba de inmediato que pertenecía al pueblo de Eyra.

—Buenas noches —saludó Eyra con un poco de torpeza.

La mujer inclinó la barbilla en señal de saludo sin decir nada. Con un rápido movimiento de su mano, la pasó sobre su rostro, que entonces perdió su tono bronceado y adquirió la palidez ligeramente brillante de los elfos invernales. Otro pase por su cabello y este cambió a un blanco plateado y apagado.

Dio un paso hacia Eyra como si fuera a ponerle una mano a ella también, pero Lazar se interpuso entre ambas y renovó el encantamiento que llevaba desapareciendo desde hacía una hora.

—Deje la espada —ordenó a Lazar con el tono tranquilo y melodioso de una elfa invernal.

Todo en ella emanaba la serenidad que Eyra conocía de las sacerdotisas de la Orden. ¿Estaría asistiendo a Tallesfeld como estudiante? No sabía cómo eso sería posible. Aunque imitara la apariencia de una elfa invernal con maestría, su magia inevitablemente seguiría siendo roja.

—¿Por qué? —exigió Lazar con dureza.

—Un elfo invernal no llama la atención. En cambio, un elfo invernal con atuendo de guerra, sí.

A Eyra no le gustaba nada esto. Si Emberis de verdad planeaba atraerlos a una trampa, haría todo lo posible para mantenerlos lo más indefensos posible.

Pensamientos similares parecían estar cruzando por la mente de Lazar, pero aun así obedeció. Con visible reticencia, se desabrochó el cinturón, quitó la espada y la guardó. Poco después, estaba de pie junto a ella de nuevo.

En silencio, la mujer se dio la vuelta y les hizo un gesto para que la siguieran. La perfección con la que interpretaba su papel sugería que era una espía en la Academia.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Gareez.

—Déjeme eso a mí.

—Tenemos una poción de invisibilidad —dijo Eyra.

Gareez arrugó la nariz con un gesto poco propio de una elfa invernal.

Eyra podía entender su aversión a este hechizo. A ella también le desagradaba la extraña ligereza que provocaba. Como si fuera solo una sombra de sí misma, que pudiera ser arrastrada por una ráfaga de viento en cualquier momento. Pero eso era absurdo. Ni siquiera una brisa podría atraparla. Aunque, pensándolo bien, ese pensamiento era aún más preocupante.

—No vamos a necesitar eso —respondió la discípula y empezó a caminar.

Gareez insistió:

—¿Cómo va a atravesar las protecciones?

—No hay manera de atravesarlas. Ni siquiera con una poción así. O tu visita está registrada con el magistrado, o los evitamos.

—¿Y cuál de las dos opciones se aplica a nosotros?

—Como he dicho: déjenme todo eso a mí. —Aceleró el paso.

—¿Cómo se llama? —preguntó Eyra, que caminaba a su lado.

—Me llaman Miriam.

Los nombres reales estaban sobrevalorados. Menos mal que no estaba poniendo su vida en manos de esta mujer.

Siguieron a Miriam por la ciudad y se acercaron al pie del fiordo, donde un empinado sendero tallado en la roca serpenteaba hacia arriba hasta la fortaleza montañosa. Miriam lo ignoró y, en cambio, los condujo a lo largo de la pared del acantilado gris oscuro, donde el viento se arremolinaba y tiraba de sus capas. El crepúsculo ya había caído y la sombra de la montaña casi engullía por completo sus siluetas mientras avanzaban a lo largo de la roca.

—*¿Belgor?* —preguntó Eyra a través de la conexión con su dragón, ahora que Tallesfeld estaba tan cerca.

—*Estoy preparado* —respondió con sequedad.

La presión en el pecho de Eyra se alivió un poco. Él había llegado, y podían salvar la distancia con sus pensamientos. Su plan de emergencia estaba asegurado.

Sin decir palabra, Miriam se detuvo al abrigo de una roca saliente y les indicó que también se detuvieran. Miró en todas direcciones y, cuando estuvo segura de que no había nadie más, levantó la mano y recorrió la pared rocosa con las yemas de los dedos. Eyra sintió que el aire cambiaba, volviéndose más pesado, más opresivo. En pequeños remolinos, la magia ancestral se derramaba sobre la piedra, girando a lo largo de la pared oscura como si buscara una hendidura o una grieta por la cual entrar. Y, en efecto, se filtró en la piedra por un punto agrietado. La discípula parecía concentrada; ni una sola chispa o rastro de calor revelaba que era una mujer de fuego. Usaba solo la magia ancestral. Una y otra vez, sus manos se deslizaron sobre la roca, y con cada suave caricia, parecía desprender una capa de piedra tras otra. Con el tiempo, descubrió un nicho discreto, apenas más grande que un marco de puerta normal, y finalmente apareció a la vista una puerta de metal,

encajando casi a la perfección en la roca color antracita. Miriam la abrió con un suave chirrido. Detrás, se reveló una escalera que se enroscaba hacia arriba en la montaña en giros estrechos.

Miriam encendió una llama en su mano y fue adelante. Lazar se mantuvo cerca de Eyra. Merkan y Gareez entraron de último y cerraron la puerta tras ellos. El aire se volvió más frío, más pesado, y el olor a humedad de la piedra se coló en su nariz. Gruesas telarañas colgaban como velos desgarrados en las esquinas, y una fina capa de polvo cubría los escalones. El ascenso que tenían por delante era empinado y tan estrecho que Lazar tenía que caminar con el torso inclinado porque sus hombros eran demasiado anchos.

Más arriba, el suelo se volvió irregular. En algunos lugares faltaban escalones enteros; en otros, los restos se desmoronaban bajo su peso. Una corriente de aire mohosa recorría el estrecho conducto, provocando escalofríos en los brazos de Eyra. El pasaje se estrechó aún más, y una sensación asfixiante entró en su pecho, instándola a dar la vuelta, pero justo al doblar la siguiente curva, la escalera terminó. Una roca masiva se alzaba ante ellos, fría, lisa y al parecer, inamovible. Miriam se detuvo, colocando las manos en la pared y deslizando los dedos sobre ella como lo había hecho con la puerta. Sus movimientos se asemejaban a los de una persona ciega estudiando una superficie. El aire zumbaba, y de nuevo, la magia ancestral fluyó hacia el espacio reducido.

Ante sus ojos, la pared cambió, ofreciéndole a la discípula un punto de agarre que le permitió tirar de la roca como si fuera una puerta corrediza. Con un sonido chirriante, reveló otra escalera. Esta parecía aún más empinada y usada con mayor frecuencia que la primera. Antorchas en apliques de pared iluminaban el ascenso, y los escalones parecían desgastados, con sus bordes suavizados por innumerables pisadas a lo largo de muchos años.

—Esta es la entrada de servicio. Una vez intenté salir de la fortaleza por aquí. Los sellos protectores de la salida me detuvieron, así que ahora los tenemos a nuestras espaldas —explicó Gareez en voz baja mientras Miriam cerraba de nuevo la apertura.

Luego continuaron su camino. Los pulmones de Eyra dolían, ya que la escalera parecía no tener fin. Sin embargo, un ruido lejano

resonó por el pasaje, similar al de platos apilándose.

El ruido fue creciendo cada vez más, mezclándose con voces amortiguadas y el ocasional siseo del agua caliente. Llegaron a una puerta que se camuflaba de manera no menos discreta en la pared de piedra. La discípula la abrió sin decir palabra, y una ola de vapor y luz los bañó.

Eyra esperaba que Miriam los disfrazara de alguna manera, pero ella se limitó a indicarles en silencio que la siguieran. Con los brazos cruzados a la espalda, caminó delante de ellos.

Con vacilación, entraron en la cocina de la fortaleza, una estancia grande y bulliciosa llena de movimiento. El olor de carne asada y pan fresco se mezclaba con el aroma ahumado de los fuegos que ardían en los hornos de ladrillo. Los sirvientes iban y venían llevándose platos. Nadie les prestó atención mientras Miriam los guiaba entre las filas de cocineros y pinches de cocina. Uno o dos de ellos hicieron un respetuoso gesto con la cabeza a su guía, lo que hizo que Eyra se relajara un poco. Era evidente que ocupaba una posición más alta entre el personal, lo que le permitía traer extraños.

Al final de la cocina, empujó una puerta que daba a una pequeña cámara, en la que apenas cabían todos. Las paredes de la habitación estaban revestidas de estanterías de madera, llenas de pilas de ropa cuidadosamente doblada.

—Pónganse esto —dijo, sin bajar la voz.

Eyra dio un paso adelante con vacilación y tomó una de las túnicas blancas, que parecían estar hechas del mismo lino que las túnicas de las sacerdotisas. Se cambiaron en silencio, y cuando Eyra se ajustó el sencillo cinturón como último paso, se sintió invisible incluso sin la poción de Pete. Con el encantamiento en su rostro y con esta indumentaria, nadie debería prestarle atención. Aun así, guardó la poción en el bolsillo del pantalón.

—*También deberías ponerte un velo sobre el rostro* —le sugirió a Lazar, y él implementó la sugerencia sin vacilar.

El puente de su nariz se ensanchó, la línea de su mandíbula se suavizó, y la forma de su cabeza parecía más alargada. Podría pasar por un primo lejano; no había más parecido que ese.

Con una mirada interrogante en dirección a Gareez, le ofreció el mismo servicio. Sin embargo, su vehemente negativa con la cabeza y su labio superior crispado dejaron inequívocamente claro que despreciaba su ayuda.

—Entonces cambia tu apariencia tú misma —le instó Eyra.

Gareez la ignoró, quizás porque no era capaz de realizar un hechizo tan poderoso.

—¡Gareez! —siseó Eyra en voz baja.

—No voy a llamar la atención. —Su expresión seguía siendo inflexible.

Eyra negó con la cabeza, esperando que su orgullo no fuera su perdición.

Cuando por fin estuvieron todos listos, colgaron su ropa y capas viejas junto a las de los otros sirvientes en los ganchos detrás de la puerta. Luego salieron de la cámara y entraron en un amplio corredor cuyas heladas paredes resplandecían con el brillo blanco de luces flotantes.

—*¿Belgor?* —preguntó de nuevo, para asegurarse de que podía llamarlo incluso desde adentro de Tallesfeld.

—*Sigo aquí.*

Eyra estaba a punto de contarle lo que estaban haciendo cuando su atención fue requerida en otra parte. Al final del pasillo, dos guardias blancos permanecían inmóviles.

La tensión en ella aumentó. Lazar también se enderezó, mientras que Merkan se colocó al frente con el fluido movimiento de un luchador. Una vez más, Eyra lamentó la redacción de aquel juramento, pero, para su suerte, su gesto protector pasó desapercibido.

Miriam avanzó con determinación hacia los hombres. Cuando llegaron hasta ellos, uno de los dos cruzó los brazos y bloqueó el camino.

—Debido a los recientes incidentes, se han tomado precauciones adicionales. Nadie pasa sin…

Antes de que pudiera terminar la frase, la discípula se lanzó hacia delante con un rápido movimiento de su mano. Un rayo ardiente, que duró apenas más que un suspiro, silbó a través del pasillo. Los

guardias no tuvieron tiempo de reaccionar. Un momento estaban de pie ante ellos y al siguiente sus cuerpos se desplomaron, desmoronándose en un montón de fina ceniza que cayó al suelo en absoluto silencio. Miriam sopló sobre la capa de polvo gris, y la suave ráfaga de aire hizo el resto, dispersándola por la oscura piedra. Ni una palabra, ni un momento de duda, solo fría eficiencia. Luego la mujer de fuego disfrazada se dio la vuelta y les hizo un gesto para que la siguieran, como si nada hubiera pasado.

Eyra sabía que Emberis dotaba de poder a sus discípulos, pero aun así la quería en el trono de fuego porque, como portadora del rubí, era la más poderosa entre ellos. Pero solo después de esta breve y sencilla demostración empezó a sospechar que hasta ahora apenas había arañado la superficie de sus propios poderes. Sin embargo, al ver tal frialdad, no sintió el más mínimo deseo de seguir explorando la magia que esa divinidad le había concedido a través de la piedra. Porque eso la convertía en su herramienta. Su secuaz para el trabajo sucio. Este pensamiento, y el hecho de que actualmente estaba haciendo causa común con el dios, intensificó el nudo de inquietud en su estómago. Pero el conocimiento de que podía frenar la influencia del dios destruyendo el rubí junto con las otras piedras alivió su temor de acabar algún día como Miriam.

Gareez miró a la discípula con una mezcla de respeto y horror antes de empezar a moverse también, apresurándose tras ellos a través de la columnata vacía.

A su derecha, vidrieras de colores recubrían la pared, ofreciendo una vista distorsionada de la ciudad bañada en el resplandor vespertino y las vastas Llanuras de Hielo más allá. Las paredes lisas a su izquierda parecían haber sido talladas desde la roca maciza. Estaban cubiertas por una capa de hielo y, al igual que en Erenis, bajo ella se podían vislumbrar reliquias de la Era del Fuego. La piedra representaba dragones que escupían fuego, batallas entre seres de fuego y elfos invernales, y cadenas volcánicas con masas de roca fundida rodando por sus laderas. Todos estos motivos estaban tallados de forma tan vívida que parecía que el fuego dentro de ellos podía despertar en cualquier momento. Pero permanecían inmóviles, atrapados en el rígido y gélido abrazo del invierno.

Eyra apartó la mirada, no queriendo avivar su ira de manera innecesaria, y en cambio se volvió hacia Lazar, quien escrutaba cada rincón con aguda atención.

Su mirada viajó hacia el final del pasillo, donde un grupo de estudiantes femeninas se acercaba hacia ellos. Como las novicias de la Suma Sacerdotisa, caminaban en silencioso unísono, con la barbilla alta y los ojos fijos en el pasillo ante ellas. Como esperaban, no prestaron atención a los supuestos sirvientes que Miriam conducía por la fortaleza.

Eyra tuvo que admitir que la ayuda de Emberis estaba resultando bastante útil. Con Gareez, probablemente ya habrían sido descubiertos diez veces. Aun así, no se relajaría hasta que tuvieran el cristal en su poder y hubieran dejado atrás Tallesfeld.

Pasaron junto a dos salas de las que emanaba una luz blanca brillante; allí se estaban llevando a cabo algún tipo de sesiones de oración para las estudiantes de la Orden. Luego giraron hacia un pasaje lateral que conducía más profundo en la montaña.

A Eyra no le gustaba que se estuvieran alejando de los balcones, y por tanto de su única ruta de escape. La última luz del día se desvanecía de los pasillos; en su lugar, esferas de luz blanca e intensa que flotaban justo debajo del techo iluminaban el espacio.

—*¿Belgor?* —preguntó de nuevo.

—*¿Cuántas veces más quieres jugar a este jueguecito?* —Su respuesta era ya mucho más silenciosa.

Tres pasillos después, volvió a probar suerte, a riesgo de enfadarlo. Esta vez, solo hubo silencio.

Tras otro giro, Miriam levantó la mano, pero Eyra vio la señal demasiado tarde y casi chocó contra ella. La discípula de Emberis abrió al azar una de las puertas y, con un gesto apresurado, les indicó que se escondieran en el diminuto armario de escobas.

—…ha ocurrido otro incidente en la ciudad. Amelie está bien, pero ha sufrido un terrible susto y se ha retirado a su habitación. —La voz de una mujer desconocida se filtró a través de la puerta.

—Esto tiene que parar. Encuentren al culpable —respondió una voz que Eyra conocía demasiado bien.

Al instante, su magia se agitó, calentando la habitación de tal manera que en segundos estaban de pie en un charco donde el hielo se estaba derretido de las paredes. Lazar colocó su mano en la espalda de ella, y su frialdad sofocó su fuego ardiente.

Lorelai era una hipócrita. Sin duda, había acabado con sus propias novicias. No quería compartir su poder con ningún Consejo. Ya había expulsado a los patéticos restos de la familia real; ahora tenía que asegurarse de que nadie del lado de la Orden pudiera darle órdenes tampoco. Eyra se preguntó si la mujer con la que estaba hablando también lo sospechaba y callaba por miedo.

Como precaución, Lazar dejó que fluyera más de su frialdad hacia ella, y Eyra se lo agradeció con una sonrisa fugaz.

—Quizás todas las novicias deberían reunirse en Calor. Parece que allí estamos a salvo por ahora. Las instructoras que no fueron nombradas para el Consejo podrían mantener el fuerte aquí.

—¡No! —objetó Lorelai con una ferocidad que Eyra no podía entender.

—¿Podríamos al menos abstenernos de cubrir los asientos vacantes en el Consejo? Para no poner en peligro a más elfas talentosas elevándolas al rango de novicia. —Los pasos ahora estaban directamente detrás de la puerta cerrada.

—Sí, para bien o para mal, tendremos que posponerlo. —Un tono atormentado se coló en la voz siempre serena de Lorelai—. Además, consultaré el espejo de nuevo. Las fuerzas del bien tienen que ayudarnos. —La voz de Lorelai ya se estaba desvaneciendo—. Y pongan guardias adicionales en Tallesfeld y Erenis —gritó por el pasillo, como si ella y su acompañante hubieran tomado caminos separados.

—Me ocuparé de ello. —Unos momentos después, los pasos se desvanecieron.

Esperaron unos minutos antes de que Miriam abriera la puerta del armario una rendija y echara un vistazo. Con un asentimiento, la abrió del todo, y continuaron su camino.

Eyra intentó memorizar cada detalle para poder encontrar el camino de vuelta si fuera necesario. Gareez también dejaba vagar su mirada, estudiando los retratos de varias elfas invernales con túnicas

blancas de la Orden. Cuando Eyra finalmente reconoció a las dos últimas Sumas Sacerdotisas, entendió que la colección era una especie de crónica de las gobernantes de la Orden.

—¿No conoces este lugar? —susurró Eyra.

—Sé dónde estamos y dónde están las cámaras de la Suma Sacerdotisa. Al fin y al cabo, pasé veintidós años de mi vida asegurándome de no tener que ir allí nunca —siseó en voz baja.

Eso al menos explicaba su curiosidad no disimulada.

Al final del pasillo, Miriam se detuvo y pegó la oreja a una puerta. Se sobresaltó al oír un fuerte estruendo, como el de un jarrón haciéndose añicos. Le siguió un sonido que era mitad gruñido, mitad sollozo. *Lorelai.*

Lazar se tensó al instante y clavó una mirada sombría hacia la puerta.

—Deberíamos escondernos y esperar a que se vaya. —Miró alrededor, pero no había otra puerta, solo el camino de vuelta.

—Paga el precio por este conocimiento. —Una voz femenina etérea resonó a través de la puerta. Después de un momento, Eyra recordó de dónde la conocía. Lorelai estaba hablando con el espejo.

—¿Se supone que debo renunciar a más poder todavía? —chilló la hermana de su compañero. Nunca antes había presenciado a la habitualmente plácida Lorelai en semejante estado de furia.

Renunciar a más poder. Eso sonaba bien. Aunque este sacrificio de magia ni siquiera sería necesario. Lorelai podría hablar con Nevalis con la misma facilidad, pero creía que estaba hablando con las fuerzas del bien a través del artefacto. Y el dios de los elfos invernales probablemente se estaba aprovechando de eso.

Eyra agarró a Lazar por la manga, deteniéndolo cuando empezó a moverse.

—Sigamos escuchando. —Podrían encontrar información útil.

—No. Necesitamos salir de aquí si queremos evitar un enfrentamiento directo. —Su tono no admitía discusión.

Eyra tuvo que reconocer que tenía razón, y Miriam parecía compartir su juicio, porque señaló hacia el camino por el que habían venido. Justo entonces, oyeron pasos suaves, y el picaporte giró. Todos se quedaron paralizados.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, Miriam se recompuso. Se alisó el hábito de la Orden y se volvió hacia Lorelai, que apareció en el umbral.

6

PATRICIA



Probablemente no necesite advertirte de los peligros en la corte, Saul. Es seguro que estás familiarizado con las intrigas y juegos de poder y te mueves con destreza en la alta sociedad. No obstante, deseo al menos mencionar que, según los informes, tales maquinaciones han sido elevadas a una verdadera forma de arte en Reundaris.

Carta de Remond Everlight a Saul de Eisenburg, compañero de su hija

El resto del día transcurrió de forma agónicamente monótona. Lianneh y Saul tomaron té, pasearon juntos por el jardín silvestre y visitaron el invernadero del rey, que se decía era la joya de la corona del castillo. Durante un breve paseo por los terrenos, Patricia escuchó en más de una ocasión susurros discretos sobre lo encantadora que resultaba la pareja que formaban el elfo invernal y la princesa Lianneh. Con tanta muestra de afecto, no habría sido sorprendente que pronto apareciera un aquelarre de druidas enfurecidos a las puertas del castillo, pero nada de eso ocurrió. Por la tarde, Saul fue convocado al estudio real, donde permaneció hasta bien entrada la noche. Podía imaginar que las conversaciones con el rey eran como pasar por un calvario. Pasar

horas esquivando la verdad de que ni él ni ninguno de sus hermanos gobernaba el país en la actualidad, no resultaría fácil. Y para empeorar las cosas, tenía que causar buena impresión para que el rey le confiara la mano de su hija… y cuanto antes, porque el tiempo se agotaba.

Todo en su interior se rebelaba ante tal pensamiento, pero en lugar de hacer algo al respecto, se sentó en silencio en el sofá de su habitación, mirando sus dedos. En otras circunstancias, habría rezado, murmurando las palabras familiares que siempre le habían dado consuelo y ocupado su mente. Habría encendido llamas de oración, cuya cálida luz ahuyentaba todas las sombras de su interior, y habría encontrado la tranquilidad en una ceremonia que no hallaba en ningún otro lugar. Pero eso ahora le estaba prohibido. Los rituales que le habían proporcionado estabilidad estaban perdidos para ella, y este vacío pesaba sobre sí como una piedra gigantesca. Donde antes siempre encontraba fuerza en la quietud, el silencio de la habitación ahora se filtraba hasta lo más profundo de sus huesos.

Cuando Saul le hizo una visita después de su negociación, con el rostro inusualmente sombrío, se sintió aliviada de no estar ya a solas consigo misma y sus lúgubres pensamientos.

Suspirando, se dejó caer en el sofá frente a ella, se inclinó hacia delante y se pasó una mano por la cara antes de levantar la mirada. La estudió durante un largo momento antes de inclinar la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí —se apresuró a decir. No quería hablar de sí misma.

Él la observó durante varios latidos.

—No te creo.

—Yo… Es solo que… nada importante.

—Si hace que tus ojos brillen de tristeza, entonces es muy importante, Patricia —replicó, con un tono severo en su voz.

—Mejor cuéntame cómo fue la conversación con el rey.

—Lo haré. Justo después de que me digas qué te pasa.

Suspiró profundo.

—Ya no puedo encontrar paz. Mis rituales. Mi fe. Todo eso siempre me ayudaba cuando estaba agitada.

Saul no dijo nada durante lo que pareció una eternidad, solo se quedó mirándola.

—¿Y por qué estás agitada? —preguntó al fin, con voz áspera mientras escrutaba sus rasgos.

Podría decir que estaba preocupada por el plan. Que se les acababa el tiempo. Pero ambas serían mentiras. Sin embargo, no encontró el valor para expresar la verdad.

—Ahora, cuéntame. ¿Cómo ha ido? —evadió de nuevo.

Saul se inclinó más hacia delante y tomó sus manos.

Su corazón dio un vuelco, pues sus rostros estaban de repente demasiado cerca. Entonces, una luz blanca emanó de su acompañante, envolviendo sus manos entrelazadas e inundando su interior de una manera peculiar. Una calma profunda se apoderó de ella al instante, del tipo que solo conocía de sus ceremonias. Esta sensación era diferente del efecto de la nieve, que amortiguaba todas las emociones. Seguía sintiendo, pero todo estaba… equilibrado de una forma extraña.

—No tienes que dejar atrás tus ceremonias, Patricia —susurró entre sus pensamientos—. *Por muy malignas que sean las intenciones de nuestros dioses, ellos nos dieron nuestra magia. No hay nada malo en sacar lo mejor de ella. Me llevó años unir mis colores y encontrar mi centro. Y no dejaré de refugiarme en esa calma solo porque haya renunciado a Nevalis.*

—¿Entonces esto es… tu centro? —Un escalofrío le recorrió la piel, y no solo porque su magia era tan fría. Se sentía más cerca de él que nunca.

—Sí. Y lo encuentro en el frío, igual que tú te reconoces en el calor.

Patricia entendió lo que intentaba decirle. Quizás solo hacía falta un poco de tiempo para encontrar la línea entre trabajar con su magia y venerar a Emberis.

—Gracias.

Los dedos de Saul soltaron los suyos y levantó la mano como para acariciarle la mejilla, pero la dejó caer sin hacerlo.

—De nada.

La chica se mordió el labio.

—Ahora, cuéntame sobre la conversación.

De repente, la luz blanca de Saul se desvaneció. Su rostro, sereno un momento atrás, adoptó la frialdad ilegible de un elfo invernal.

Se levantó, y Patricia lo observó pasearse sin decir palabra de un lado a otro detrás del sofá tapizado en terciopelo. Con cada minuto que pasaba, su preocupación crecía. ¿Se habría delatado accidentalmente? ¿Sabía Veridion de sus planes secretos después de todo? ¿O ya había problemas con los Reklaren? La chica ardía de curiosidad, pero en lugar de preguntar, se acercó a él y colocó una mano sobre su hombro.

Su acompañante se detuvo al instante. La forma en que se quedó quieto, resultó casi fantasmal.

Sus miradas se encontraron, y Saul le dedicó una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Estoy comprometido. Lianneh y yo vamos a casarnos.

Patricia se quedó sin aliento. Debería estar feliz, de verdad debería estarlo. Al fin y al cabo, esto acercaba su objetivo. En cambio, la información atravesó sus entrañas como una afilada cuchilla.

—Yo… eh… enhorabuena —balbuceó.

—Gracias —respondió él sin emoción.

Ahora era su turno de estudiarlo. Este no era un hombre que hubiera aceptado la necesidad de este matrimonio, como le había hecho creer.

—No tienes que hacer esto —susurró, temerosa de que palabras más fuertes ahuyentaran este frágil momento como a un pájaro asustadizo.

—Todo está bi… —Saul se ahogó como si una mentira le hubiera cortado el aire.

Patricia había oído lo que ocurría cuando los de su especie no eran sinceros. Nunca lo había presenciado; la mayoría de los elfos eran… expertos ocultando sus mentiras. El hecho de que este percance le hubiera sucedido a Saul, entre todas las personas, quien había perfeccionado esa habilidad, solo podía significar una cosa:

apenas ahora estaba admitiendo para sí mismo que, de hecho, no todo estaba bien.

Él retrocedió un paso y se pasó la mano por el cabello.

—Perdona mi agitación. El rey pasó más de una hora poniendo a prueba mi magia verde. Era necesario para juzgar si era compatible con el poder de la esmeralda del bosque. Aun así, fue una experiencia demasiado agotadora.

A Patricia no le sorprendió que Saul hubiera dominado la tarea. A menudo restaba importancia a sus habilidades porque una vez había sido bendecido con mucho más, pero seguía siendo un elfo poderoso. Sin embargo, usar esta prueba como excusa para ocultar su reticencia hacia esta boda era un insulto a su inteligencia.

—No pudo ser tan malo si fuiste capaz de encontrar tu centro hace un momento.

Saul miró alrededor de la habitación, inspeccionando cada rincón. El suelo era de mármol frío, las paredes de piedra sólida. Ni una sola planta animaba esta habitación. Era un detalle pensado para los invitados de Estado de alto rango, como Lianneh explicó. No obstante, decidió trasladar su conversación a una silenciosa.

—Sí, tengo que hacerlo —respondió después de una pausa, como si se diera cuenta de que no podía engañarla—. *Y lo sabes.*

—¡Los sentimientos deberían estar involucrados en un matrimonio!

—No. En la alta sociedad, se trata de poder y política, no de amor.

—Oh, déjame adivinar: ¿las fuerzas de Estraora apoyarán al rey en la lucha contra los Reklaren a cambio de la mano de su hija?

—Incluso exigió un juramento. Gracias a los altos poderes, pude encargarme de formular el acuerdo.

—¿Cuál es la formulación exacta?

Toda la tensión pareció derretirse de Saul, y sonrió con picardía.

—Yo, Saul de Eisenburg, me comprometo a apoyar a Vallesland con todas las fuerzas a mi disposición en la lucha contra el mal. A cambio, me concederá la mano de la princesa Lianneh, única heredera de la Casa Eichenklang. —No tenía fuerzas a su

disposición. Y qué era malo y qué no estaba en el ojo del que miraba.

Ante su deleite pícaro por haber burlado al rey de Vallesland, la propia ira de ella disminuyó un poco. Pero no entendía del todo este acuerdo.

—Los Reklaren atacarán antes de que puedas convocar refuerzos desde tu tierra para aplastar el levantamiento que esta boda sin duda provocará. ¿Cómo se imagina el rey que esto funcionará?

—Nos casaremos esta misma noche, y solo estarán presentes unos pocos invitados, son personas de confianza que no difundirán la noticia.

¿Esa misma noche? ¡Y ya era tarde! El rey realmente parecía estar aterrorizado de que los druidas se enteraran.

—Después, Lianneh y yo partiremos para dar los siguientes pasos —continuó Saul.

Lo que encajaba en su plan a la perfección para sacar la esmeralda del bosque del país.

—¿Por qué enfatizaste el hecho de que Lianneh es la única heredera en el juramento?

—Tenía que dar la impresión de que en realidad quiero gobernar este país, y como no podía jurarlo con palabras, tenía que interpretar el papel. Cualquier príncipe que quiera asegurar el trono de otro país descartaría la posibilidad de que existiera un hermano mayor en algún lugar.

Patricia no sabía si reír o llorar ante tal astucia.

—¿De dónde sacas estas cosas tan rápido?

—Pura práctica.

La chica sacudió la cabeza, luego lo miró con una expresión seria.

—Le hiciste concederte la mano de Lianneh con ese juramento. Pero no dice que estés obligado a casarte con ella. ¿Una laguna legal? —La esperanza volvió a encenderse donde no debería.

Él frunció el ceño mientras consideraba su pregunta.

—No lo hice de forma intencional.

Su esperanza se desvaneció como las últimas chispas de un fuego extinguido bajo la lluvia. Solo una pequeña brasa seguía

brillando.

—*A veces el subconsciente también trabaja. Quizás llevas en tu interior el deseo de luchar por tu felicidad.*

Lo miró a los ojos, y con cada momento que lo miraba en silencio, pequeñas grietas recorrían su fachada despreocupada. Pieza por pieza, se ensanchaban, luego exponían sus verdaderos sentimientos, haciendo que el corazón de Patricia tropezara. No, él no quería nada de esto. Pero la determinación que luego se asentó en su rostro mostraba que esta boda ocurriría de todos modos.

—*Saul…* —comenzó. No sabía qué más decir, así que solo lo atrajo hacia sus brazos.

Todo el cuerpo del príncipe se tensó. Era como abrazar una estatua de hielo, pero después de unas respiraciones silenciosas, el frío se desvaneció y sus músculos se ablandaron y él la acercó.

Las chispas crepitaban en su estómago, extendiéndose hasta convertirse en una hoguera mientras se abrazaban. Con cada segundo que pasaba, se alejaban más de un fugaz abrazo entre amigos. El decoro dictaba que debería apartarse de él, pero antes de que pudiera poner en práctica ese pensamiento, él apretó sus brazos. Estaba tan cerca que su corazón latía contra su pecho con violencia y su mejilla áspera rozaba su sien. El frío que había recorrido su cuerpo solo momentos antes desapareció por completo, y un suave resplandor verde los envolvió a ambos. Esto intensificó la conexión que sentía por Saul hasta la urgente necesidad de no dejarlo ir nunca más.

Patricia cerró los ojos, sumergiéndose en esta sensación y apartó la pregunta de lo que esto significaba. Se hundió contra él, cayendo más profundo en el abrazo que se sentía como una bocanada de aire fresco después de contener la respiración durante mucho tiempo.

—*Oh, lo siento.* —Saul la soltó tan bruscamente como si se hubiera quemado.

La chica parpadeó, volviendo solo al aquí y ahora, donde una vez más, el elfo estaba de pie ante ella con aquella postura rígida e impenetrable.

—*¿Por qué te disculpas?* —Después de todo, ella lo había abrazado, no al revés.

—Sé que no te gusta la magia verde.

Patricia sonrió con suavidad.

—Cuando viene del corazón, me gusta mucho.

Resistió el impulso de mirar hacia sus pies, lo que resultó ser una decisión sabia. Porque al hacerlo, no se perdió cómo la mirada de Saul vagó hasta su boca y se detuvo allí durante varios latidos. Sus labios hormiguearon en tensa anticipación y los segundos se alargaron, pero siguió siendo un casi beso, el tipo de beso que llena los sueños sin llegar nunca a hacerse realidad.

Saul se pasó la mano por el cabello otra vez y dio otro paso atrás, alejándose de ella.

—Nunca tuve grandes expectativas para mi primer beso —susurró—. *Ni para el segundo o el tercero, no todos tenían que ser perfectos. Pero siempre me permití soñar que el milésimo lo sería.*

—¿Y ahora ya no crees en eso? —Contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta.

Él y Lianneh habían pasado algún tiempo juntos, ¿y aun así no encontró en ella la más mínima chispa que le diera esperanza? Sabía que debería estar triste por ello, porque le deseaba todas las emociones intensas que este mundo tenía para ofrecer. Sin embargo, la llenaba de satisfacción. Parecía que ya había pasado el punto de desearle esa felicidad con otra mujer.

Saul no notó su reacción porque cerró los ojos por un momento, y cuando los abrió de nuevo, una feroz determinación ardía en ellos una vez más.

—Tengo que aferrarme a eso. Es solo que resulta difícil cuando… —La miró y negó con la cabeza—. *Tengo que encontrar a Lianneh. Ella aún no lo sabe.* —Se dio la vuelta con brusquedad y, antes de que pudiera darse cuenta, había salido de su habitación.

Aquella frase estaba mal en tantos niveles y planteaba tantas preguntas que quería salir corriendo tras él y confrontarlo. ¿En serio había venido primero a ella para contarle sobre su compromiso antes de informar a su prometida? ¿Y cómo podía ser que la princesa no supiera sobre su inminente boda? ¿El rey dejó que Saul le diera la noticia? ¿No le había preguntado antes? ¡Era horrible!

Patricia se reprendió a sí misma. Nada de esto era asunto suyo. Saul tenía que hablar con Lianneh. Y ella misma debía salir de aquí cuanto antes, o reduciría sus aposentos a escombros.

Salió corriendo de la habitación, atravesó los pasillos y aspiró el aire fresco cuando por fin llegó al jardín del castillo. Su fuego pugnaba por salir, y buscó un lugar donde no dañara la naturaleza. La noche ya había caído sobre el jardín, limitando su visión, pero divisó un hoyo para fuego justo antes del seto espinoso. Se apresuró hacia él. No pudo evitar que algunas chispas cayeran sobre el musgo húmedo, por lo que un siseo ahogado acompañaba sus pasos. Las llamas circulaban en su estómago y, por una fracción de segundo, se preguntó si, contra todo pronóstico, serían suficientes para hacerla convertirse en fuego. No lo probaría, pues la misma regla se aplicaba a ella como a Eyra: la ira siempre conllevaba el riesgo de quemarse desde adentro. Mejor dejarla escapar de a pocos.

Y así lo hizo. Ramas medio carbonizadas crujieron bajo sus botas cuando entró en el hoyo para fuego rodeado de piedras, entonces abandonó su contención. El calor la envolvió, y con cada latido, sintió que la tensión en su interior se aliviaba, la desesperación y la ira disminuyendo cada vez más a un latido sordo que resonaba suave pero constante dentro de su pecho.

Con una respiración profunda, su fuego se extinguió por completo. Salió de las brasas que había reanimado y se sacudió las últimas chispas de la ropa. Aunque ahora se sentía un poco mejor, no estaba lista para volver a la habitación, así que vagó por el jardín un rato.

El aire estaba cargado de aromas dulces y extraños que se posaban como un velo invisible sobre los senderos cubiertos de musgo. Plantas exóticas se extendían hacia ella, algunas resplandeciendo en colores brillantes, otras brillando plateadas como si estuvieran tejidas de la propia luz de la luna. Un árbol con hojas color vino tinto susurraba en el viento cálido, mientras pequeñas enredaderas colgaban de una vieja pérgola, estirándose hacia ella como dedos curiosos.

Detrás del castillo, descubrió un hueco en el denso seto. Parecía la entrada a un laberinto y, aunque para nada pensaba entrar allí,

echó un vistazo por la esquina por curiosidad.

Su mirada cayó sobre dos figuras entrelazadas, tan perdidas en sus besos que ni siquiera la notaron. A Patricia se le cortó la respiración.

No podía creer lo que estaba viendo. El suelo se balanceó bajo sus pies, una nueva ola de rabia surgió en ella, mucho más intensa y caliente que el fuego que acababa de desatar. Las llamas aparecieron en la punta de sus dedos, suplicando convertir en cenizas la imagen que se desarrollaba ante ella.

Mentiras, pensó. Sus dientes rechinaron de rabia. *Todas sucias mentiras con un feo disfraz de verdad.*

Antes de hacer algo imperdonable, se dio la vuelta con brusquedad y se dirigió a toda prisa hacia el castillo.

7

EYRA



No juegues a ser la heroína, Eyra. Si te encuentras cara a cara con Lorelai antes de haberle arrebatado su poder, huye.

Carta de Remond Everlight a su hija Eyra Everlight

Las facciones de Lorelai, que normalmente evidenciaban su serenidad interna, parecían tensas. Estaba pálida como siempre, pero su rostro se veía tan demacrado que sus pómulos sobresalían de una manera muy pronunciada. Tenues sombras violáceas se dibujaban bajo sus ojos, como si no hubiera dormido en días.

La chica se preguntó si el poder del cristal de hielo la estaba agotando. O si en realidad era demasiado buena fingiendo dolor por la pérdida de los miembros de su Consejo.

—Miriam —dijo, con su voz característicamente tranquila, pero no pudo ocultar del todo su sorpresa.

Eyra intentó mantener su respiración superficial, para no ser notada y no alimentar su fuego interno con oxígeno innecesario.

La mujer de fuego disfrazada hizo una reverencia.

—Suma Sacerdotisa. —Con un movimiento fluido, señaló detrás de ella—. Quería presentarle a los nuevos empleados. Hemos tenido

que despedir a los trabajadores que se negaron a someterse al control de seguridad.

Los hombros de Lorelai se hundieron aún más, como si llevaran el peso de esta nueva información.

—Oh, no había oído nada sobre eso.

Ante esa imagen, Eyra ya no dudaba de la autenticidad del agotamiento de la elfa. Había imaginado todo tipo de escenarios para su encuentro con la hermana de Lazar. En todas sus fantasías, ambas estaban liberadas del poder de las gemas y se enfrentaban en una lucha justa. Sin embargo, la Lorelai que tenía delante no parecía la poderosa oponente contra la que quería ponerse a prueba. Más bien daba la impresión de haber sido derrotada hacía mucho tiempo.

Eyra casi olvidó respirar cuando la hermana de su compañero dejó que su mirada se deslizara sobre los supuestos empleados nuevos. Pero no se detuvo en ella ni en Lazar, sino en la única entre ellos que no había usado un hechizo de ocultamiento.

—Gareez. —Durante una fracción de segundo, las cejas de Lorelai se elevaron, pero luego controló su expresión—. No esperaba verte de nuevo por aquí.

Gareez apretó los dientes tan fuertes que hasta Eyra los escuchó tronar.

—Recibí una oferta que no pude rechazar. —Forzó las palabras, con una verdad de doble filo. Dado el odio en los ojos de la elfa, Eyra sospechaba que la oferta era la oportunidad de derrocar a Lorelai.

Lorelai se volvió hacia Miriam.

—¿Y estas personas han pasado el control de seguridad, incluyendo todos los interrogatorios necesarios?

¿Sabía que Gareez estaba con el Tren Rojo? Por todos los dioses, deberían haberle impuesto un disfraz contra su voluntad.

La mirada de Miriam se desvió hacia Gareez, y luego asintió.

—Sí, lo han hecho. Parece que tiene dudas.

Con los brazos cruzados tras la espalda, Lorelai caminó alrededor de la otra elfa invernal, como si pudiera descubrir su verdadera lealtad observándola desde todos los ángulos.

—Sabía que no podías dejar el pasado atrás —murmuró Gareez.

—Es cierto. Verte me hace pensar en todas las oportunidades que tuviste. Por desgracia, en aquel entonces estabas demasiado ocupada despotricando contra todo y todos como para encontrar tu paz.

—Oh, créeme, estoy trabajando duro para encontrarla —replicó la elfa. Una vez más, sus ojos cargados de odio revelaban cómo pretendía conseguirlo. Su comportamiento era cualquier cosa menos prudente.

—Siempre abogo por dar a los demás una segunda oportunidad. Sin embargo, en las circunstancias actuales, no quiero correr ningún riesgo. Has venido aquí para nada.

—¿Las circunstancias actuales? Como si no estuvieras ordenando tú misma los asesinatos —siseó Gareez.

Lorelai jadeó y sus ojos se abrieron de par en par. Su interpretación era de verdad impresionante.

—No, Gareez, no estás buscando la paz interior. Al contrario, no has aprendido nada. Sigues siendo tan amargada como antes, siempre buscando nuevos conflictos, como si solo la lucha te hiciera sentir viva.

—¿Cómo puedes sentir paz interior cuando nuestro país está marcado por el hambre y las penurias? Lucho para cambiar eso.

Eyra quería sacudir a la elfa. Por supuesto que estaba de acuerdo con ella, pero se estaba metiendo en la boca del lobo. Lorelai estaba fuera de su alcance, y ciertamente no iba a convencerla con palabras.

Lorelai bajó la barbilla con esa elegancia inimitable que la distinguía. A pesar de su calma y comportamiento controlado, Eyra no tenía dudas de que estaba afilando sus armas verbales.

—Creo que tenemos una nueva sospechosa.

—Oh, ¿y crees que tu Guardia Blanca es capaz de encerrarme?

Un latido después, Gareez estaba encerrada en hielo hasta el cuello.

—No, me temo que tendré que ocuparme de ti en persona.

El fuego de Eyra hormigueó en sus dedos y ya estaba a punto de abalanzarse hacia delante, pero Gareez negó con la cabeza. Solo

entonces comprendió. La elfa estaba atrayendo toda la atención hacia sí misma. Se estaba sacrificando para despejarles el camino despejado. Eyra habría esperado muchas cosas de ella, pero tal altruismo no estaba entre ellas.

—Era obvio que llegaría aquí y tratarías de convertirme en chivo expiatorio —añadió Gareez, justo cuando Lorelai estaba a punto de girarse hacia ellos, tal vez porque el gesto no había pasado completamente desapercibido.

—Tus palabras suenan mucho a rebelión. Por tanto, tú misma te has buscado esta situación. —Se volvió hacia Miriam—. Busca a la Guardia Blanca.

La discípula se apresuró a cumplir la orden de inmediato.

—*Quédate quieta* —le susurró Lazar.

—*Me encantaría reducir a esa mujer a cenizas ahora mismo.* —Lava fundida recorría sus venas con solo pensarlo.

—*No hagas ninguna estupidez. No tendrías ninguna posibilidad contra mi hermana* —le recordó, lo que solo avivó aún más su calor interno. Antes de que pudiera estallar, Lazar se acercó más y la calmó.

De nuevo, Lorelai hizo amago de girarse hacia ellos, pero una vez más Gareez comenzó a hablar.

—Estás tan entregada a la Orden. Siempre supe que algún día llegarías a convertirte en la Suma Sacerdotisa.

—Igual que yo —respondió Lorelai con frialdad.

Eyra casi deja escapar una risa seca. A ella, Lorelai le había pintado la imagen de una pobre huérfana que había sido manipulada por su maestra, la futura Suma Sacerdotisa, en Tallesfeld.

—¿A quién tuviste que asesinar en tu camino? La anterior Suma Sacerdotisa está en tu conciencia, y estoy segura de que tu Consejo también se interpondrá en tu camino.

—No tengo por qué escuchar tus acusaciones.

Lorelai miró hacia el final del pasillo, desde donde la Guardia Blanca marchaba hacia ellos al unísono. El hielo que sujetaba a Gareez se agrietó y en el momento en que los hombres llegaron hasta ella, se hizo añicos por la fuerza de la magia de Lorelai,

rompiéndose en mil esquirlas y deslizándose por las baldosas con un estruendo.

Los fragmentos crujieron bajo los zapatos de la sacerdotisa mientras se acercaba y agarraba a Gareez. En un abrir y cerrar de ojos, su brazo quedó encadenado a la mano de la Suma Sacerdotisa con hielo. Los ojos de Gareez se pusieron en blanco; se inclinó hacia delante y jadeó como si Lorelai le estuviera infligiendo algún daño oculto a simple vista. La hermana de Lazar la observaba con tanta indiferencia que cualquiera pensaría que no tenía nada que ver con ello.

Eyra sintió náuseas. Esa mujer estaba enferma.

—Los acompañaré a las mazmorras —les dijo a los guardias, y luego volvió a mirar a Miriam, que había sido la última en llegar—. Compruebe de nuevo los antecedentes de los otros antes de asignarles tareas. —Durante unos segundos, Lorelai los estudió a ella y a Lazar—. ¿Qué tarea van a asumir?

—Todos seremos asignados a la cocina —respondió Merkan en su lugar con rapidez mental, pues sus voces no tenían ningún hechizo.

Lorelai entrecerró los ojos.

—Parece que ha estado realizando trabajo físico hasta ahora.

—Trabajaba en el negocio de mi familia.

Ella dejó que su mirada recorriera su cuerpo.

—¿Y por qué lo contratan ahora con nosotros en la cocina?

—El negocio no va bien.

Lo miró una última vez, luego miró a Miriam.

—Repite la comprobación —ordenó de nuevo y se dio la vuelta para irse, sujetando a Gareez con firmeza.

No quedaba nada de la chica insegura que había sido en el castillo de Calor. ¿La había engañado con tanta habilidad, o las exigencias de ser Suma Sacerdotisa la habían endurecido tanto en tan poco tiempo?

Los guardias la siguieron, sus pesados pasos resonaron en las paredes de piedra, cada uno como un trueno desgarrando el silencio del corredor.

—Volveremos a ver al comandante —dijo Miriam en voz alta.

Eyra asintió, aunque Lorelai ya estaba fuera de vista.

—Deberían haberme dicho que Lorelai conocía a esa mujer —siseó Miriam más bajito, por primera vez mostrándose plenamente como la ardiente mujer de fuego que era.

Un estruendo lejano hizo que Eyra se sobresaltara. Luego, una luz brillante se derramó desde el corredor lateral donde Lorelai había desaparecido con Gareez. O bien Gareez atacó a la elfa invernal, o la provocó incluso con más burlas para que la silenciara. Eyra apostaba por lo primero, pues Lorelai nunca dejaría caer la fachada de Suma Sacerdotisa misericordiosa delante de miembros de la Orden.

Solo esperaba que Gareez saliera con vida de este enfrentamiento. Para que su sacrificio no fuera en vano, se apresuró hacia la puerta.

Merkan se le adelantó y la abrió. Una vez que se aseguró de que la habitación estaba vacía, se apartó y la dejó pasar.

—Vigilaré aquí. —Se plantó como un armario delante de la entrada.

—Gracias —le dijo con un gesto de asentimiento.

Miriam también permaneció en el pasillo, mientras ella y Lazar entraban en el estudio y buscaban el cristal de hielo. Como la habitación se encontraba en las profundidades de la montaña, no había ventanas, pero aquí también los orbes mágicos que flotaban justo debajo de la bóveda de piedra del techo bañaban todo con una fría luz blanca. El granito negro apenas brillaba a través de la capa de hielo en las paredes; ningún cuadro ni tapiz adornaba la roca desnuda. Fragmentos estaban esparcidos por el suelo, como si la elfa sí hubiera arrojado algo contra la pared. En medio de la habitación había un escritorio de cristal, sobre el cual el espejo que Lorelai acababa de consultar aguardaba su próximo uso. A Eyra le habría encantado destrozar esa insignia también. Sin embargo, se contuvo, ya que no sabía qué fuerzas podría desatar, y no podían permitirse llamar la atención en ese momento. Además del espejo, un tintero de plata, algunos papeles con inscripciones y una copia de la Doctrina Blanca reposaban sobre la superficie de trabajo. Un instrumento de escritura hecho de albescrita descansaba junto a ellos. ¿Lorelai estaría escribiendo su propio capítulo?

Eyra apartó la pregunta, ya que no era relevante en ese momento, y dejó que su mirada recorriera la habitación. Debido al mobiliario espartano, no había muchos escondites para el cristal. Mientras Lazar desaparecía en la habitación contigua, ella se acercó a una estantería de cristal. Al tomar un libro al azar, se dio cuenta de que el mueble no estaba hecho de cristal en absoluto, sino de hielo liso y translúcido. En cuanto tocó la superficie, esta se extendió hasta su mano y la mantuvo cautiva. El frío subió por su brazo, pero con fuerza concentrada, dirigió su fuego a las yemas de los dedos y se liberó del agarre helado.

Con un poco más de cautela, miró detrás de las filas de libros, y cuando tampoco lo encontró allí, se volvió hacia el escritorio. Solo tras una inspección más detenida se dio cuenta de que este también estaba elaborado con hielo.

A través de la superficie transparente de la mesa, tenía una vista sin obstáculos de los dos cajones que había debajo. Pero no descubrió ninguna gema en ellos.

Estaba a punto de alejarse cuando Lazar se colocó a su lado.

—Debe estar en algún lugar por aquí. Puedo sentirlo con más fuerza en este punto.

No sorprendió a Eyra que Lazar pudiera sentir la piedra. Después de todo, él y sus hermanos la habían escondido en sus cámaras durante años. Además, como verdadero heredero al trono, tenía derecho a usarla, de no haber sido ya puesta en uso.

Lazar se agachó y examinó el hielo más de cerca. Los extremos de las macizas patas de la mesa brillaban con una luz blanca; en una de ellas, la luz de los orbes luminosos se refractaba en el centro, destellando débilmente. Eyra se inclinó a su vez y allí estaba: el cristal de hielo incrustado en el escritorio.

Miriam se acercó a ellos y observó mientras Eyra invocaba su fuego y envolvía con la mano la pata de la mesa. Pero avanzaba con dolorosa lentitud. Si no tenía cuidado, el agua derretida volvería a formar cristales que parecían aún más duros que antes.

—Es el mismo hielo mágico que mantiene cautivos a los dragones. —Si no una versión aún mejorada de esa dureza helada.

Lazar gruñó.

—Hice destruir todos los documentos sobre este hechizo. Nevalis debe habérselo susurrado.

Por una vez, Eyra utilizó la ira que esta información le desencadenó para seguir adelante. Pronto tocó el primer borde cortado. La frialdad del cristal saltó hacia ella.

Como derretirlo le estaba costando demasiada fuerza, cambió sus esfuerzos a los puntos por encima y por debajo de la piedra. Exhausta, se dejó caer hacia atrás cuando esta se soltó y cayó al suelo con un tintineo. Lazar, mientras tanto, sostuvo la mesa y colocó la silla debajo para evitar que se volcara, antes de recoger el cristal.

—Bien hecho —dijo. La ayudó a ponerse de pie, con cuidado de mantener la gema alejada de ella.

Eyra señaló el espejo.

—¿No deberíamos llevarnos eso también?

En lugar de responder, Lazar guardó el cristal en su abrigo y agarró el espejo. Colocó su mano libre en la parte baja de la espalda de ella y la empujó hacia la salida.

—Salgamos de aquí.

Estaban a punto de entrar en el corredor cuando la presencia divina de Emberis descendió de golpe sobre la habitación.

—No tan rápido. Primero tienen que neutralizar la piedra.

—Podemos pedir el contrahechizo cuando estemos fuera de aquí —replicó Eyra, pero el juramento le oprimió la garganta. El sudor brotó en su frente, y el mero pensamiento de esperar un segundo más la llenaba de creciente inquietud.

—No, averiguaran el contrahechizo ahora.

—Si Lorelai nos quita la piedra, volveremos al principio.

Eyra quería ocultarle la verdad un poco más. En cuanto saliera a la luz que no se había pronunciado ningún contrahechizo, su plan se consideraría un fracaso y Emberis presionaría por la guerra. Así que ignoró el mareo que estaba volviendo negros los bordes de su visión y debilitando sus rodillas. Asimismo, trató de ignorar la voz interna que repetía sin cansancio la parte del juramento que debía cumplirse a continuación. *Encontraré el cristal de hielo, derrocaré a Lorelai y me aseguraré de que la piedra se pierda para las generaciones*

futuras. Para ello, si puedo, cumpliré las condiciones del contrahechizo para despojar a Lorelai de su poder.

Las palabras giraban en su cabeza, cada vez más fuertes e insistentes, hasta que finalmente borraron todos los demás pensamientos, aplastaron su resistencia y no le dejaron otra opción que obedecer.

—¿Qué ocurre? —Lazar le rodeó la cintura con el brazo para sostenerla. Merkan también estuvo a su lado en un instante.

—El juramento… yo… Esto…

Lazar maldijo en voz baja.

—Entonces supongo que ha llegado el momento de revelarle a Emberis que nunca se tejió ningún contrahechizo.

—Todavía puedo salir de aquí.

Miriam, que ya había llegado al cruce con el siguiente pasillo, los miró.

—¡Dense prisa!

Unos pasos se aproximaban, resonando desde el pasaje lateral como para burlarse de ellos. Si era Lorelai, Eyra ni siquiera tendría fuerzas para defenderse.

Pero no fue Lorelai quien dobló la esquina, sino una novicia a quien Eyra reconoció. Era la elfa anciana que una vez intentó advertirle en el castillo sobre el asesinato de la reina. También era la única que había cuestionado a Lorelai como parte de la historia de Eyra de que Nevalis también pertenecía a las fuerzas malignas.

Miriam se lanzó hacia la novicia y los ojos de esta se agrandaron cuando vio el fuego en la mano de Miriam, luego retrocedió hasta que su espalda golpeó la pared.

—¡Detente! —gritó Eyra—. Solo captúrala.

—Es una novicia —gruñó Miriam, pero obedeció y atrapó a la mujer en una llave con destreza. Con un rápido movimiento, la obligó a caer al suelo sin causarle daños graves, pero con tal fuerza que cualquier resistencia sería inútil.

—Podría sernos útil —respondió Eyra, aunque en ese momento no tenía ni idea de cómo exactamente podría ayudarles esa mujer. Pero quería salvarle la vida.

La risa de Emberis resonó en la mente de Eyra.

—Pronto querrás matarla tú misma.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ahora pronuncia el encantamiento para conocer el contrahechizo con el que podrás despojar a Lorelai de su poder.

Un mal presentimiento invadió a Eyra. ¿Por qué tenía la sensación de que él sabía más que ella?

—Hiciste un juramento, ahora es momento de cumplirlo —exigió, por lo que su garganta se tensó aún más.

—Primero tenemos que salir de aquí.

El peso de su magia se asentó sobre sus hombros, pareciendo presionarla contra el suelo.

—¿Cuánto más claro tengo que ser?

El poder del dios se disparó en ella como una lanza abrasadora, recorriendo sus entrañas y un dolor ardiente se extendió por su pecho y corrió por cada nervio hasta que sus piernas comenzaron a temblar. Apenas podía mantenerse en pie; sus rodillas amenazaban con ceder. Era como si su cuerpo luchara contra un peso despiadado que buscaba romper toda resistencia. Apretó las manos en puños e intentó sacudirse esa fuerza implacable. ¡Belgor le había dicho que Emberis solo podía herirla, pero no matarla!

Lazar estudió a Eyra y apretó los dientes. Sacó el cristal, su rostro adoptando una expresión concentrada.

—Todo hechizo busca su contrapeso. El cristal se desvanecerá, hasta que se cumpla su condición. Solo aquellos que pronuncien estas palabras con el hechizo, verán revelada la solución.

El poder de Emberis liberó a Eyra. Se habían sometido a su voluntad. Ahora solo faltaba el hechizo original para que el contrahechizo se les revelara. En el castillo de Calor, Eyra había leído en un trozo de papel el hechizo con el que Lorelai y la Suma Sacerdotisa compartieron la magia de Lazar. Los príncipes lo habían guardado en una pequeña caja sobre la repisa de la chimenea. El hechizo que concentró el poder de la luz en los herederos al trono durante generaciones era, por lógica, otro. Solo ahora se daba cuenta de que nunca le preguntó a Lazar por él. Pero por supuesto, él conocía de memoria las líneas pronunciadas por sus antepasados:

—Todos los colores de la luz, elevados a la fuerza, tejidos en el más claro, más puro blanco, por Nevalis, que ahora guía mi camino y a cambio, me concede poder blanco, para que el frío triunfe sobre la calidez y cada fuego sucumba al invierno.

Eyra estudió a Lazar. Él le había dicho que nunca tuvo intención de usar el cristal de hielo. En ese momento, comprendió por qué. No quería suprimir a los seres de fuego. Todo lo contrario. Y por esta convicción, estuvo dispuesto a renunciar a ese poder.

Eyra actuó como si estuviera esperando hechizada el contrahechizo… que no llegaría. Pero contra toda expectativa, escuchó un susurro, igual que antes:

—Solo el Consejo de la Orden tu poder podrá arrebatar, si la mitad de sus voces en ti dejan de confiar. Aunque sus novicias se pierdan antes de su hora, tu poder poco a poco se irá sin demora.

Eyra podía notar por las caras confusas de Merkan y la novicia que también habían oído la voz y no podían ubicar ni su origen ni lo que había dicho. Solo Miriam no parecía sorprendida.

—¿Cómo puede ser? —preguntó a Lazar—*. Lorelai afirmó que no había contrahechizo.*

Cerró los ojos por un momento y tomó aire.

—Parece que eligió sus palabras con cuidado.

Eyra intentó recordar las palabras exactas de Lorelai, pero su memoria seguía siendo vaga. Según la hermana de Lazar, la Suma Sacerdotisa se había negado a incluir una condición, temiendo que el próximo gobernante pudiera evadir la influencia de la Orden. ¿Por qué no prestó más atención? Seguramente la Suma Sacerdotisa exigió que la piedra no fuera utilizada tras la muerte de Lorelai debido a la ausencia de un contrahechizo. Sin embargo, parecía haber cambiado de opinión. Tal vez se sentía preocupada de que Lorelai pudiera escapar de su control. Con esta condición, la Suma Sacerdotisa había asegurado la posición de poder de la Orden incluso durante el mandato de Lorelai. El poder de Lorelai estaba en manos del Consejo, y si se deshacía de sus miembros, su poder menguaría.

—De nada. —Emberis sonaba petulante, como si hubiera conocido el contrahechizo desde el principio.

De repente, una pieza encajó en un rompecabezas cuya posición incorrecta ni siquiera había notado antes. En estas circunstancias, Lorelai no habría matado a un miembro de su Consejo. La pérdida de poder que había resultado del asesinato de la Suma Sacerdotisa quizá era manejable. Pero cada muerte posterior debía de haberle supuesto un gran dolor de cabeza. Así que su desesperación no estaba siendo fingida.

—*Miriam mató a las novicias bajo tus órdenes.* —No era una pregunta. Tenía que ser así.

—*Así es. Y ahora tú continuarás con esto.*

El juramento, cuya formulación ella misma eligió, le gritaba. *Si puedo, cumpliré las condiciones del contrahechizo.* Lo había dicho con la convicción de que no existía ningún contrahechizo. Por lo tanto, no habría sido capaz de cumplirlo. Pero se equivocó, y ahora el juramento intentaba guiar sus acciones. Con cada segundo que pasaba, crecía su impulso de actuar. Tenía que hacer algo, tenía que cumplir lo que el contrahechizo exigía. Su mirada se fijó, por voluntad propia, en la novicia a la que Miriam mantenía inmovilizada en el suelo con un pie sobre su espalda. Sería fácil para ella… una ráfaga de fuego y el poder de Lorelai disminuiría aún más. Ya habían sido asesinados dos miembros del Consejo, y de las siete novicias restantes, algunas estaban en Tallesfeld.

El pecho de Eyra subía y bajaba con rapidez, su fuego emergía en sus manos y su cuerpo temblaba con el apremiante deseo de actuar. Pero había una línea que no quería cruzar. Esta novicia quiso ayudarla una vez. Se había opuesto a Lorelai, mostró valentía. ¡Tenía que haber otra salida!

Eyra se acercó a ella, un error, como se dio cuenta justo después, pues el juramento se apoderó de su magia y un chorro de fuego brotó de sus dedos.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda conseguir una mayoría contra Lorelai en el Consejo? —preguntó con la desesperada esperanza de no tener que perderse a sí misma.

—*Toma el camino fácil* —retumbó Emberis en sus oídos. Eyra lo ignoró. Mientras hubiera una solución en la que no tuviera que caminar sobre cadáveres, siempre la preferiría.

—Déjeme levantarme —exigió la novicia.

Miriam gruñó con desagrado. En lugar de cumplir con la exigencia de su cautiva, aumentó la presión de la pierna que la inmovilizaba contra el suelo y prendió fuego al vestido de la novicia. Una clara amenaza. Al parecer, Emberis tenía mejor controlada a su discípula que a su reina de fuego.

Eyra se lanzó hacia delante, empujó a Miriam lejos de la mujer, y dejó que su poder emergiera. Las chispas crepitaban en el aire mientras Lazar sofocaba el fuego que devoraba la tela del hábito de la novicia con una manta de nieve. Miriam la miró con fiereza, pero se detuvo, como si fuera consciente de su inferioridad.

—Levántese y responda a mi pregunta —consiguió articular Eyra.

Cada palabra le costaba mucho esfuerzo, porque se estaba enfrentando no solo a la voluntad de Emberis, sino también a una supuesta solución rápida para cumplir parte de su juramento. Aunque no había nada *rápido* en ello. Si entendía bien el contrahechizo, tendría que matar a todos los miembros del Consejo.

La novicia se levantó y se sacudió las últimas chispas de su vestido.

—¿Quiénes son ustedes?

Eyra y Lazar intercambiaron una mirada.

—*¿Podemos confiar en ella?* —Lazar entrecerró los ojos y guardó el cristal de hielo de nuevo en su abrigo.

—*Bueno, debería tener un interés personal en cooperar con nosotros. De lo contrario, tendría que matarla* —dijo Eyra con fingida indiferencia, mientras todo en su interior se volvía pesado ante la idea—. *Además, está rompiendo el voto de silencio que hizo a Lorelai ahora mismo. Eso no sugiere que le sea devota.*

Con un breve asentimiento de Lazar, cayó su velo.

La sorpresa se dibujó en el rostro de la novicia. Los estudió a ambos, luego su mirada se desplazó hacia Merkan, y finalmente hacia Miriam.

—¿Está trabajando con ellos?

La discípula apretó los dientes.

—Digamos que servimos a la misma causa.

—¿Y no es una elfa invernal? —La novicia miró las manos de Miriam, de las que antes brotaba fuego.

—Como bien lo sabe.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Entonces es usted la responsable de los asesinatos.

—Los altos poderes que desean derrocar a Lorelai son los responsables —interrumpió Eyra, antes de que Miriam pudiera poner las cosas en peligro con la verdad. Necesitaba tanto a la discípula de Emberis como a esta novicia para superar esto sin daños—. Y si quieres evitar más asesinatos, será mejor que colabores con nosotros y respondas a mi pregunta.

La novicia parpadeó y pareció recomponerse.

—Solo dos miembros del Consejo la apoyan sin objeciones. Sin embargo, Lorelai apenas nos deja reunirnos. Si todas las novicias nos juntásemos en un mismo lugar, podríamos conseguir a la mayoría, en especial desde que las confidentes más cercanas de Lorelai han sido asesinadas.

Para Eyra estaba claro que esto no era una coincidencia.

—¿Desde cuándo conoces el contrahechizo? —preguntó a través de la conexión con Emberis, cuyo poder aún sentía.

—Debo admitir que tú me diste la idea. El precio de los gnomos por esta información fue completamente exorbitante, pero me permitió reaccionar con más antelación.

Por los altos poderes. Esperaba que los gnomos no hubieran tropezado con alguna otra información explosiva que le hubieran vendido a un precio elevado.

—Sabes lo que tienes que hacer, Eyra.

Y ella había estado preocupada de que Emberis pudiera estarla atrayendo a una trampa. Pero todo apuntaba a lo contrario. Él siguió su plan al pie de la letra. La única pregunta era por qué no había compartido sus nuevos descubrimientos con ella.

—Si Miriam ya ha cometido dos asesinatos, ¿por qué me enviaste aquí? —Ella podría haber terminado el trabajo sola. Al menos para las novicias estacionadas en Tallesfeld.

—Tu juramento ya estaba hecho, y quiero ver si puedo confiar en ti.

Una prueba. ¡Era una estúpida prueba!

Lazar se colocó frente a la novicia.

—¿Por qué razones votaría el Consejo contra Lorelai?

—Su hermana ha cambiado. Siempre fue insegura, pero como tuvo un camino difícil, nunca se lo reproché. Pero desde hace algún tiempo, afirma su opinión con una vehemencia que no reconozco en ella. Y sus decisiones ya no se alinean con sus valores anteriores. Es como si alguien la estuviera guiando. —Señaló el espejo en la mano de Lazar—. En nuestro último encuentro durante la toma de poder de su hermana, dijo que este espejo de mano era un regalo de las fuerzas malignas. Yo y algunas de las otras novicias ahora estamos convencidas de que es la verdad.

Lazar asintió.

—Su capacidad de observación no la engaña. Lorelai está siendo guiada por las fuerzas malignas.

Una sensación opresiva apretó el pecho de Eyra, porque en parte, lo mismo era cierto para ella. Apartó el pensamiento y se concentró en la única manera de evitar la muerte de la novicia.

—No tengo interés en matarla para deponer a Lorelai. Así que la cuestión es si hay otra manera. ¿Cuántas novicias hay aquí en Tallesfeld y cuántas en Calor?

La novicia tragó saliva y pareció comprender.

—Otras dos están aquí, cinco están en el castillo.

—¿Las otras dos nos acompañarían si las ayudáramos a reunir al Consejo?

—Una de mis hermanas de la Orden podría darnos problemas, la otra vendría sin dudarlo.

Podían manejar a una novicia reticente.

—¿Tendría libre acceso al castillo si las lleváramos allí? ¿Y podrían reunirse sin Lorelai?

—Sí y sí.

—¿Y deben estar con todas sus fuerzas para votar?

De nuevo, la novicia confirmó.

Eyra no necesitaba saber más. Con esta información, su impulso de actuar se reavivó. La voluntad irreprimible del juramento se

apoderó de ella; todo en su interior ahora quería encontrar a las otras novicias.

—¿Cómo se llama?

—Elandra.

—Entonces llévenos con las otras novicias, Elandra.

—También podrían marcharse, y yo podría traerlas a la ciudad.

—¡No! —estalló, con más fuerza de la que pretendía. Si elegía este camino, no podía dejar nada fuera de sus manos. Cualquier otra cosa era imposible bajo el hechizo del juramento—. Vamos juntos —añadió con más calma.

—*Te dejaré hacerlo a tu manera* —retumbó Emberis en su cabeza, con tono condescendiente, pero nada complacido.

Eyra no necesitaba su aprobación, aún así simplificaría la situación porque significaba que Miriam no se interpondría en su camino. ¿Había fallado en su prueba? No lo sabía. Pero estaba segura de que lo descubriría muy pronto.

8

PATRICIA



Recuerda, la esmeralda del bosque solo puede ser traspasada voluntariamente o reasignada tras la muerte de su portador. Robarla o provocar la muerte del rey por la fuerza no tendrá éxito, debido a su poder. Por tanto, debes convencer al rey con argumentos sólidos.

Carta de Remond Everlight a Saul de Eisenburg, compañero de su hija

Patricia luchaba contra el peso de sus párpados mientras entraba en la sala del trono, donde la ceremonia de boda tendría lugar en pocos minutos. Dejó que su mirada recorriera lentamente el pequeño grupo de invitados, esperando localizar a Saul. Llevaba tres horas buscándolo. No había aparecido por ninguna parte, ni en sus aposentos ni en ningún otro lugar obvio, y los sirvientes solo se encogían de hombros cuando preguntaba por él. Exhausta y sin más pistas, regresó a su habitación, donde encontró un mensaje: una invitación de boda manuscrita en papel pesado con un borde dorado reluciente.

Entonces tendría que encontrarlo aquí, porque Saul tenía derecho a conocer la verdad. Si le explicaba las cosas, quizás podrían… Reprimió esa línea de pensamiento tan absurda y miró alrededor de

nuevo, pero tampoco pudo localizarlo. En su lugar, su mirada se posó en una elfa del bosque que reavivó su ira.

La doncella llevaba un vestido rosa pálido, y su cabello castaño, donde Lianneh había enterrado sus manos unas horas atrás, ahora estaba recogido en una elaborada y tensa trenza alrededor de su cabeza. Marlene se encontraba a un lado del trono, mirando la segunda entrada, quizá llena de anhelo por su amada, a quien hoy perdería ante un hombre.

Los pensamientos de Patricia volvieron al jardín, a las imágenes que se habían grabado en su memoria: dos mujeres, tan profundamente perdidas en un beso que habían permanecido ajenas al mundo que las rodeaba. El calor volvió a encenderse en su estómago al pensar en lo convincente que Lianneh habló sobre la importancia de un vínculo de compañera. Prácticamente lo exigió. Sin embargo, ella misma estableció ese vínculo hacía tiempo, sin mencionar una palabra al respecto.

Por otro lado, Saul también la engañó en ese aspecto. Y el hecho de que el corazón de la princesa ya estuviera ocupado le daba un poco de valor también. Su matrimonio solo podría existir sobre el papel, mientras ambos…

Sus pensamientos se detuvieron cuando el príncipe entró en la sala.

Llevaba una prenda ceñida de color gris plateado que acentuaba su figura esbelta. Las mangas de su camisa estaban adornadas con delicadas flores de hielo que se enroscaban por sus brazos como enredaderas. Sus botas llegaban hasta las rodillas y estaban hechas de cuero blanco, y sobre su cabeza descansaba una intrincada corona de hiedra congelada que brillaba como si estuviera engastada con diamantes. Cada uno de sus pasos estaba marcado por una gracia silenciosa, y todo su ser irradiaba la típica presencia fría de un elfo invernal.

Este hombre no tenía nada en común con el Saul que la había irritado tantas veces en los últimos días. Era como si un extraño caminara hacia el altar, y quizás esa era su intención. Tal vez esta era su manera de crear la distancia necesaria para casarse con una mujer a la que no amaba.

En ese momento, se dio cuenta de su error. Decirle la verdad no cambiaría nada. Él reconocería en silencio el hecho de que el corazón de Lianneh ya estaba ocupado y aun así se presentaría ante el altar. Comprendía la importancia de su misión y había decidido hacer su parte. Sus palabras solo harían que este día fuera aún más difícil para él, robándole la última esperanza de un milésimo beso perfecto. Nada más.

Habría preferido no presenciar esta farsa, pero la promesa que le hizo la mantenía en su sitio. Lo ayudaría a retirar la esmeralda del bosque. Así que se dirigió a una esquina detrás de la última fila de sillas, esperando que la ceremonia terminara cuanto antes.

Los pocos elfos del bosque que se habían reunido en la sala del trono se apartaron de Saul y, sin mirar a nadie, avanzó por el pasillo que se había formado.

Los hombres uniformados que tomaron posiciones a ambos lados del trono cubierto de raíces se pusieron firmes. Patricia entendía por qué asistían a la boda. Esta precaución era inevitable. Pero si la sobria expresión del elfo invernal no había sido suficiente para romper cualquier ilusión de una ceremonia romántica, los guardias hacían el resto.

Cuando Saul subió al estrado y se mantuvo erguido en el centro, las conversaciones silenciosas en la sala se apagaron. Su mirada vagó por los rostros extraños hasta que se posó en el de ella. Le dedicó una sonrisa vacilante sin que llegara a sus ojos.

La convicción de que merecía la verdad la invadió de nuevo. Aunque no cancelara la boda, al menos sabría en qué se estaba metiendo.

—Saul, hay algo que debes saber…

—Por favor, no lo hagas. Estamos tan cerca de lograr nuestro objetivo. —Miró inexpresivamente hacia el gran ventanal, contemplando las enredaderas verdes trabajadas en el cristal como si absorbieran toda su atención.

Patricia tragó saliva. Su respuesta sonaba como si ya lo supiera.

—¿Ella te lo contó?

—¿Quién se supone que me contó qué?

Patricia frunció el ceño.

—¿Qué pensabas que iba a decirte?

Pasaron varios segundos antes de que él respondiera.

—Tú y yo… Nosotros… Eso no cambia nada —replicó con calma, pero el tono atormentado no pasó desapercibido para ella.

El fuego le subió a las mejillas. ¿Había estado esperando una declaración de amor?

—Lo sé —susurró en sus pensamientos.

—¿Recuerdas tu promesa? —preguntó él con la misma suavidad.

Como no quería hacerle la situación aún más difícil, dejó el tema.

—Claro que sí.

—Si no quiero quitarme la esmeralda del bosque, tienes permiso para dejarme inconsciente. —La sonrisa que ahora tiraba de las comisuras de sus labios era tan genuina que dolía. Deseaba que la mirara, pero él seguía con la mirada clavada en el ventanal.

—Tú mismo lo dijiste: contra alguien bendecido con el poder de una gema, no tengo ninguna posibilidad.

—Ah, cierto, estaba eso. —Como si pudiera olvidarlo.

El sacerdote, un hombre encorvado con túnica verde, pidió a los invitados que tomaran asiento. Patricia caminó hacia el frente y se sentó en la primera fila.

El sacerdote balanceó un recipiente metálico sujeto a una cadena y se dirigió a cada esquina de la sala, murmurando palabras incomprensibles. Un humo blanco que olía a hierba húmeda y tierra fría salía en oleadas de la esfera, extendiéndose por todo el salón y llenando el aire con una extraña magia que hacía que la piel de Patricia hormigueara de forma agradable. Por un momento se preguntó por qué esa sensación le resultaba tan familiar, entonces lo comprendió. La conocía de sus ceremonias. Este sacerdote estaba utilizando magia ancestral, y en un grado que ella nunca había sido capaz de alcanzar.

La sensación que surgía cuando los dioses estaban muy cerca despertó en ella recuerdos agridulces. Pero no podía permitirse perderse en ellos, porque Lianneh y su padre entraron, inundando el salón con aún más magia verde.

Patricia se cerró a la creciente familiaridad y estudió a Lianneh. Tenía que admitir que la princesa lucía impresionante. Flores de seda

adornaban su vestido, moviéndose con cada paso como si se mecieran con el viento. La falda se desplegaba en varias capas hasta el suelo y sus mangas acampanadas, de un tejido tan fino como la gasa, estaban decoradas con intrincados bordados que recordaban a delicadas nervaduras de hojas. Pequeñas gemas que brillaban como el rocío de la mañana estaban trabajadas en su cabello, y su trenza llegaba hasta las piernas.

Lianneh iba del brazo de su padre y su mirada estaba fija en su futuro marido; su sonrisa era perfecta, e incluso sus ojos brillaban con aparente anticipación. Una interpretación impecable.

Una oleada de náuseas invadió a Patricia. Lianneh la había estado engañando todo este tiempo, cuando podría haberle facilitado este matrimonio a Saul admitiendo que su corazón pertenecía a una mujer. Porque no podía ser de otra manera. *El voto de fidelidad es el regalo más preciado que se puede dar. Debería dedicarse a una persona con la que quiera pasar su vida.* Lianneh había pronunciado estas palabras con tanto fervor, a pesar de que ya había entregado este regalo a otra persona. Sin embargo, también le aseguró a Saul que le tomó cariño desde el primer momento en Oritea. Por tanto, existía la esperanza de que, aunque no amara a Saul, al menos lo valoraría.

Patricia se dijo a sí misma que Lianneh debía de tener sus razones para guardar silencio. No sabía cómo se veían las relaciones entre mujeres en Vallesland, pero sin duda se esperaba que la hija de un rey tuviera herederos. Por lo tanto, tener a otra reina a su lado era —en todos los aspectos— impensable.

Una vez en el estrado, el rey tomó la mano de su hija y se la entregó a Saul, quien la tomó con un asentimiento hacia su futuro suegro.

Cada nervio del cuerpo de Patricia se tensó. El fuego ardía dentro de ella, pero lo contuvo, tratando de respirar de forma tranquila y superficial. Todo en ella gritaba que esto no estaba bien, y no solo porque Saul se estaba casando con una mujer a la que no amaba. Sentía algo más en el aire, algo intangible que ensombrecía la boda y la inquietaba. Pero no podía comprender la razón de esta

sensación visceral. Quizá sus celos, que le costaba bastante admitir, eran responsables de esta reacción exagerada.

El sacerdote se situó ante Saul y Lianneh y comenzó un cántico en la lengua ancestral. Patricia la había estudiado en su formación como sacerdotisa, pero él cantaba de forma tan poco clara que entendía como mucho la mitad. *Vela por esta pareja… engendren muchos herederos… recorran el camino juntos…* Una oración común para los novios y la preparación espiritual para su unión.

El sacerdote se dirigió al novio.

—Saul de Eisenburg, ¿toma a Lianneh de Eichenklang como su esposa?

Patricia contuvo la respiración mientras la mirada de él se desviaba hacia ella durante una fracción de segundo, antes de fijarla en Lianneh y responder con un claro:

—Sí.

—Lianneh de Eichenklang, ¿toma a Saul de Eisenburg como su esposo?

—Sí —respondió ella con la misma claridad, como si quisiera aplastar cualquier duda.

Ambos tenían sus razones para desear este matrimonio. El amor no era una de ellas.

La magia verde se condensó alrededor de ellos mientras el sacerdote elevaba la voz una vez más.

—Los altos poderes son testigos de su voluntad, la naturaleza protegerá su unión. Desde ahora y para siempre.

El aire se volvió más denso, y un peso opresivo que hacía del simple acto de respirar un esfuerzo se asentó sobre la sala. Los ojos de Patricia estaban fijos en Saul, quien a su vez miraba a su prometida… ahora su esposa.

—Concedan el beso de la eternidad —les instó el clérigo.

Lianneh sonrió a Saul como si apenas pudiera esperar para sellar su vínculo de esta manera. Se puso de puntillas y, aunque Patricia no quería ver a Saul besar a otra mujer, no apartó la mirada. Tenía que entender que, desde este momento, era el esposo de esa elfa. El rey de Vallesland. Y así observó cómo el elfo cubría los labios de Lianneh con los suyos: breve, tentativo y tan tierno como era.

Lianneh, sin embargo, le rodeó el cuello con los brazos, lo atrajo hacia ella y profundizó el encuentro. Él colocó sus brazos alrededor de la cintura de ella de forma tímida, y de repente un verdadero espectáculo estalló a su alrededor. Cristales de nieve danzaban en el aire, mezclándose con luces rojas, azules y verdes que los rodeaban en espirales cada vez más estrechos. Gradualmente, los puntos de colores se fusionaron, cambiaron de tono y los envolvieron en un aura verde.

Patricia recordó las palabras de Saul*. O sigue viéndome solo como la alternativa a su druida, en cuyo caso lanzaré un pequeño hechizo durante la boda para fingir este vínculo por el momento. Después de eso, creo que ella y yo estaremos en paz.*

La actuación fue perfecta, al menos para los invitados. Pero Lianneh y Saul tampoco parecían sorprendidos. Ambos suponían que el otro estaría ahora ligado a ellos para siempre. Sin embargo, Saul y Lianneh sabían cómo se sentía en realidad esa conexión. Dado que ya no tenían fidelidad eterna que ofrecer, la ausencia de este sentimiento íntimo no les sorprendió.

Patricia miró hacia la elfa del bosque que había visto con Lianneh el día anterior. El mismo dolor que la llenaba se reflejaba en el rostro de ella.

—En el siguiente paso, nombraremos al príncipe Saul de Eisenburg como nuestro nuevo rey —continuó el sacerdote, devolviendo su atención al frente.

Todos se volvieron, buscando al padre de Lianneh. Estaba de pie —no lejos de Patricia— a un lado. Todo su cuerpo temblaba, y el sudor brillaba en su labio superior y en su frente. Lianneh había explicado que cuanto más tiempo una persona llevaba la piedra, más difícil resultaba separarse de ella, y la esmeralda del bosque había estado con ese elfo durante más de doscientos años.

—No —susurró, rodeando su torso con los brazos.

Lianneh caminó hacia él.

Su padre se irguió.

—No —repitió con el poder imperioso de un rey.

—Es hora. He hecho lo que deseabas. —Toda suavidad había desaparecido de la voz de Lianneh—. Ahora entrega la esmeralda a

tu sucesor.

Patricia había intuido que no existía vínculo entre la princesa y el rey. Pero su fría reacción ante la comprensible vacilación de él mostraba con demasiada claridad que lo odiaba hasta la médula. No podía culparla; después de todo, ella misma fue testigo del comportamiento insensible del rey hacia su hija.

—No haré tal cosa.

Ella lo observó con fría compostura.

—Hiciste un juramento. Me casé, y tú entregarás la esmeralda del bosque.

Patricia jadeó. ¿Lianneh aceptó casarse porque era la condición de su padre? Eso explicaría por qué no se sinceró con Saul. Necesitaba un marido y, como prefería a Saul sobre Sedar, no había querido ahuyentarlo.

El pecho del rey subía y bajaba con rapidez, pero el recordatorio de Lianneh tuvo su efecto. Con pasos arrastrados, se dirigió hacia Saul, a regañadientes, como si estuviera obligado por ese juramento. Donde antes sus demacradas facciones le conferían una afilada aristocracia, ahora su rostro parecía cansado y desmoronado.

A una señal del sacerdote, los guardias se apresuraron a escoltar a los invitados fuera de la sala. También le indicaron a Patricia que se marchara, pero ella se resistió. Justo cuando uno de los hombres la agarró con más firmeza para sacarla de la habitación, un decidido:

—¡Ella se queda! —resonó por la sala.

El guardia miró inseguro al sacerdote y a su futuro rey. El clérigo vaciló, pero la expresión autoritaria de Saul no dejaba lugar a dudas. Esperaba que el hombre obedeciera su orden.

El agarre en su brazo se aflojó, y el guardia siguió al grupo hacia fuera.

Lianneh se volvió hacia el sacerdote.

—Ya no lo necesitamos —dijo, con no menos firmeza, tras lo cual este se retiró con la cabeza inclinada.

Ahora eran cuatro, y el momento por el que ella y Saul habían trabajado estaba al alcance. Sin embargo, no sabía a victoria, sino… a amargura.

Con manos temblorosas, el rey alcanzó su cuello, pero en lugar de quitarse la cadena de pesados eslabones por encima de la cabeza, sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del oro.

—Tu parte del acuerdo —repitió Lianneh con la autoridad de una reina. Qué rápido se habían invertido los papeles.

En otras circunstancias, el rey no habría dudado en revocar su decisión, tan cautivado estaba por la magia de la piedra. Pero su hija se aseguró de que no hubiera marcha atrás y él tenía que entregar la gema por su propia voluntad.

La princesa era aún más astuta de lo que Patricia supuso. En ese aspecto, estaba a la altura de Saul, así como en su capacidad para deslizarse sin esfuerzo en el papel de jefa de estado. Ambos parecían haber nacido para ello.

Lentamente, el rey bajó la cabeza y se quitó la cadena con un gesto cansado. Una ola de magia verde recorrió la sala cuando la esmeralda del bosque quedó a la vista, cautivando la mirada de Patricia. Las facetas de la piedra estaban cortadas de forma simétrica; en su interior, los más diversos tonos de verde se refractaban: desde los vivos matices de hojas recién brotadas y musgo terroso hasta el color oscuro de un abeto. Patricia quería sumergirse en esos colores, rendirse a ellos, porque prometían nada menos que una seguridad perfecta…

No obstante, se sobresaltó, despertando de su estupor cuando el rey colocó la cadena alrededor del cuello de Saul.

La mano del príncipe se dirigió a la piedra con un movimiento rápido; la encerró en su puño y jadeó por aire como un hombre ahogándose. Sus ojos se ponían en blanco cada tanto como si estuviera a punto de desmayarse, pero se mantuvo en pie. El rey, mientras tanto, se derrumbó a sus pies y se retorció como si sintiera dolor.

Lianneh no prestó atención al sufrimiento de su padre; toda su atención estaba en Saul, quien miraba a la nada, respirando con pesadez.

—*¿Qué ocurre? ¿Puedo ayudarte?* —llamó Patricia en sus pensamientos.

No recibió respuesta.

Los segundos se arrastraban, el silencio rugía en sus oídos, mientras un resplandor verde se extendía sobre la piel de Saul y su mirada se aclaró; sus ojos —azul plateado— se volvieron del color del trébol fresco.

En el siguiente momento, los cristales de las ventanas se hicieron añicos con un estruendo ensordecedor. Fragmentos de vidrio verde se astillaron en el suelo de mármol mientras gruesas enredaderas se deslizaban hacia el interior de la sala. Como serpientes, se arrastraban por el techo y las paredes hacia Saul. El musgo crecía por debajo de la rendija de la puerta y cubría el suelo. Desde todos los ángulos, el verde avanzaba hacia el elfo, que seguía mirando al vacío, respirando con dificultad.

Patricia se precipitó hacia él.

—¿Qué le pasa? ¿Qué podemos hacer por él? —preguntó a Lianneh.

—Es normal. —La elfa del bosque no parecía alarmada en absoluto.

Saul le preguntó qué esperar y ella respondió que la esmeralda embriagaba a su portador, lo que hacía difícil quitársela de nuevo. Como ahora sabía, eso apenas era solo parte de la verdad. Pero ¿por qué le habría ocultado lo que estaba sucediendo ahora mismo?

Un presentimiento aplastante invadió a Patricia, uno tan monstruoso que apenas podía comprender toda su extensión.

—¿Qué… qué es esto? —jadeó mientras los brotes verdes se enroscaban con fuerza alrededor de las pantorrillas de Saul y ascendían.

Envolvieron su torso, sus brazos y sus hombros, hasta que finalmente enmallaron todo su cuerpo. Mientras lo hacían, se volvían más gruesos, adquiriendo el tono oscuro de la madera. Estaba atrapado, capaz de mover solo la cabeza.

—*¿Saul?* —preguntó Patricia de nuevo, pero él estaba ausente.

Tenía que hacer algo.

Como Vallesland le había enseñado a no dirigir su fuego contra la naturaleza, luchó con las ramas que aferraban a Saul. Tiró y arrancó algunas, pero no cedieron ni un centímetro.

—Eso no servirá de nada. Solo él puede liberarse. —El tono despectivo de Lianneh sugería que no esperaba que lo consiguiera.

Por los altos poderes. ¿Todo este tiempo estuvo planeando deshacerse de él de esta manera?

La pregunta de por qué los traicionaría así cruzó por su mente, pero había cosas más importantes en aquel momento que los motivos de la elfa del bosque. Le había hecho una promesa a Saul, y la cumpliría. ¡Tenía que cumplirla!

Patricia buscó en su memoria más información sobre la esmeralda del bosque. Otorgaba a quien la llevaba la capacidad de controlar la naturaleza. Eso era lo que Lianneh dijo.

Puso sus manos en las mejillas de Saul.

—Escúchame. Conoces la magia verde; has aprendido a dominarla. Ordena a la naturaleza que te libere.

Sus palabras no parecían llegarle, así que las repitió varias veces.

—Vamos, Saul. Querías ser fuerte. No dejes que la esmeralda del bosque gane. No dejes que las fuerzas malignas ganen.

—¿Patricia?

—Estoy aquí. Estoy justo aquí contigo.

—La… La magia… No puedo.

—Puedes. Y lo harás. Sabías que debías ser fuerte. Este es el momento.

Una única enredadera serpenteó por el cuello de Saul. Patricia intentó arrancarla, pero, aunque apenas era más gruesa que su dedo meñique, resultaba tan fuerte como el acero. El pánico trepó por la garganta de la chica.

—Hazlo por mí, Saul. Por favor. Lucha.

—No lo conseguirá —comentó Lianneh con la misma frialdad que había mostrado ante su padre momentos atrás.

—Es tu marido. Tienes que salvarlo —suplicó Patricia, invocando el voto que Lianneh había hecho, si no con su beso, al menos ante los dioses.

—Como he dicho, no puedo ayudarle. Soy impotente en este asunto.

Una sola ola de su fuego se descontroló, obligándola a soltar las ramas. Con creciente desesperación, observó cómo la enredadera

alrededor del cuello de Saul se tensaba.

—No puedes dejarme sola, Saul.

Más ramas crecieron hacia él, apartando a Patricia. Sus ojos se agrandaron mientras miraba alrededor de la sala. Ahora estaba completamente cubierta de vegetación, y el viejo rey había desaparecido casi por completo bajo la red de raíces que formaban una especie de pedestal alrededor de Saul.

—Es demasiada magia —logró decir Saul.

—Alcanza solo una pequeña parte. Primero, intenta influir en las plantas que te mantienen cautivo.

El rostro de Saul estaba contraído por el esfuerzo. Sus dedos arañaban las ataduras que rodeaban sus manos. La magia verde giraba a su alrededor y, lenta, pero con firmeza, las enredaderas alrededor de su cuello se aflojaron. Pero tan pronto como tomó una bocanada de aire profunda, se contrajeron de nuevo, esta vez tan fuertes que se ahogaba.

Mientras Patricia gritaba, Lianneh inclinó la cabeza y se acercó hacia él, como si quisiera observar de cerca su agonía.

Saul tosió, luchando por cada respiración. Con los dientes apretados y los ojos cerrados, se esforzaba contra los gruesos zarcillos que lo sujetaban. Un aura verde se formó a su alrededor, y la magia pulsaba a través de la sala en oleadas crecientes. Las enredaderas alrededor de su cuello se aflojaron una vez más, dándole el espacio para respirar. Pero cada vez que Saul parecía dominar la magia, las plantas se volvían aún más implacables al momento siguiente y apretaban su agarre de nuevo.

Patricia pensaba febril. Había observado cómo la naturaleza reaccionaba ante Lianneh. Retrayéndose ante ella, dándole el espacio que necesitaba y despejando un camino cuando ella lo deseaba.

—No luches contra la naturaleza. Encuentra una conexión con ella —le aconsejó.

Saul no era un elfo del bosque; un vínculo tan estrecho con la naturaleza no estaba en su sangre. Pero el rey no le habría considerado para la sucesión si no fuera posible que la dominara. ¿O

ese hombre también conspiró con su hija? No, Lianneh traicionó a su padre igual que los traicionó a ellos.

El cuerpo de Saul quedó inerte, sostenido en vertical solo por el firme agarre de las plantas. Finalmente se había quedado sin aire.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Patricia. Esto no podía ser real.

Sin embargo, de repente, la esmeralda del bosque comenzó a brillar con tanta intensidad que tuvo que protegerse los ojos con la mano. ¿Era esta su reacción ante la muerte de su nuevo portador?

—¡No! —exclamó la nueva esposa de Saul.

La rabia creció dentro de Patricia. ¡Ahora Lianneh fingía el papel de esposa horrorizada!

Invocó su fuego, lista para atacarla, cuando vio la razón de su grito: las enredaderas se desprendían de Saul con movimientos fluidos, retrayéndose, liberando su cuello, sus brazos, su cuerpo.

Patricia extendió los brazos para sujetarlo, pero en ese momento, él se enderezó y abrió los ojos.

—Ese fue un buen consejo.

—¡Saul! —Le echó los brazos al cuello con tanta fuerza que ambos trastabillaron.

—Bravo. —Lianneh aplaudió de forma lánguida.

Saul se tensó en los brazos de Patricia.

—Así que querías gobernar sola.

Patricia estaba asombrada de lo claro que podía pensar a pesar de la lucha que acababa de sortear por su vida.

—Debo confesar que estoy impresionada.

—Me alegra poder sorprender a mi esposa. Eso es bueno, ¿no?

Esposa. La palabra resonó en los oídos de Patricia. En todo el horror, el hecho de que se hubiera casado con esta mujer había quedado relegado a un segundo plano.

—Depende de cómo lo mires. —Lianneh se encogió de hombros.

Saul se inclinó y pasó la mano sobre la red de raíces en el suelo, que entonces liberaron al antiguo monarca. Buscó el pulso, luego apretó los labios y negó con la cabeza.

Una sombra oscura cubrió el rostro de Lianneh, pero fue reemplazada por una expresión de feroz determinación.

—Me gustaría saber —Saul se enderezó y fijó sus ojos verdes, aún penetrantes, en ella—, si planeabas gobernar con o sin la esmeralda del bosque.

—Por desgracia, no habría tenido más remedio que usar la gema. Los Reklaren se han vuelto demasiado fuertes en los últimos años. Incluso mi padre apenas podía mantenerlos a raya. Se requería un nuevo y fresco rey… o reina.

Patricia pensó en el plan que forjaron juntos. Lianneh eligió todas sus palabras con tal ambigüedad que pudo ocultar sus verdaderas intenciones.

¿Por qué huir? A una pareja recién casada se le permite tomar una luna de miel en la tierra natal del rey, ¿no?

Como rey de Vallesland, sería su deber atender los asuntos de estado. Yo podría encargarme de eso, si esa tarea no le atrae.

La cadena que sostiene la esmeralda será entregada justo después de la ceremonia, y podríamos retirarnos de inmediato.

Fueron comentarios hechos que, si Lianneh se hubiera salido con la suya, nunca habrían llegado a suceder.

Tendría que permanecer a mi lado hasta su muerte.

Esas fueron las palabras que más se acercaron a sus verdaderas ambiciones.

—¿Cómo hiciste que tu padre creyera que yo podría controlar la magia verde, cuando en realidad esperabas que fuera mi muerte? —preguntó Saul.

—Como si alguna vez hubiera pedido mi opinión. —Soltó una risa seca—. Sabía que haría la vista gorda. Mi padre estaba contra las cuerdas, y Sedar no era su elección preferida.

—¿Y supongo que dejaste caer ante Sedar que me preferías a mí sobre él? —preguntó Saul.

Lianneh se quitó la cinta de su trenza, soltándose el cabello, y suspiró aliviada mientras pasaba los dedos por él.

—Tenía que descalificarse antes de la boda, porque habría manejado la magia verde de forma perfecta, habiendo pasado su vida aprendiendo a usarla. Durante mucho tiempo, asumí que Sedar lo conseguiría sin mi ayuda. Pero estaba demasiado alerta. Así que, sí, tuve que provocarlo para que mostrara la bestia que es. —Su

mirada, que no mostraba ni un ápice de remordimiento, volvió a su padre muerto—. Por supuesto, supliqué a mi padre que me legara la esmeralda antes de nuestra boda, pero como siempre, mis palabras cayeron en oídos sordos. Los hombres de este país aún no estaban preparados para esa idea. Y Veridion tampoco era muy abierto a las mujeres. Les demostraré a todos que están equivocados.

Patricia se preguntaba de dónde venía su confianza y por qué les estaba revelando todo esto. Pero, sobre todo, se maravillaba ante la ilusión de querer cambiar la opinión de un dios. Eso parecía desesperado. Sobre todo, porque Madame Moryena les había escrito que Veridion estaba tan amargado por su pasado compartido con Reena que consideraba a todas las mujeres inadecuadas.

—¿De verdad crees que tu dios te aceptará en el trono? —preguntó.

La elfa del bosque sonrió con un rastro de triunfo.

—Requirió algo de esfuerzo y paciencia. Tan pronto como supe de sus planes para destruir las gemas, busqué una bruja y me puse al servicio de él. Ven, están equivocados sobre las llamadas fuerzas malignas. Sí, interfieren, pero actúan en nuestro interés. Me habría gustado detenerlos antes. El único problema era que este dios testarudo no me prestó atención durante mucho tiempo. —Sus ojos centellearon.

¡Una discípula! ¡Lianneh era una discípula!

Saul soltó una suave maldición.

—Aunque mi plan falló, al menos hoy conseguí una cosa—continuó Lianneh—. Veridion me está escuchando. Así que ahora sabe lo que están planeando. Es inútil continuar. Los dioses se comunicarán y frustrarán su plan a la primera oportunidad. Así que bien podrías darme la piedra, Saul.

9

EYRA



Si alguno de ustedes es descubierto, debe actuar con rapidez. Cuanto más rápido lleguen a la Fuente, mejor. No den a los dioses tiempo suficiente para forjar un plan común.

Redacción similar en las cartas de Remond Everlight a Fayette Dupont, Eyra Everlight y Saul de Eisenburg

Lazar le volvió a cubrir el rostro con el velo antes de que fueran en busca de las otras novicias que se alojaban en Tallesfeld. A paso moderado, siguieron a Miriam y a Elandra a través de los pasillos sin ventanas. No eran intrusos, sino nuevos empleados a quienes una novicia y la mayordoma, como Eyra ahora sabía que era, les mostraban las instalaciones. De vez en cuando, Miriam señalaba alguno de los salones donde se impartían clases, explicando cuándo estaba prohibida la entrada, o detallando el horario de las comidas. Ninguna de las aspirantes a sacerdotisas o guardias que se cruzaban en los pasillos les prestaba atención. Esto a pesar de las chispas que de vez en cuando bailaban en los dedos de Eyra, que mantenía ocultos tras la espalda. Estaría preparada en caso de que estallara una pelea.

Lazar y Merkan permanecían cerca, a su lado. La presencia de su compañero irradiaba una calma familiar; sus pasos pesados eran firmes y seguros, como si nada pudiera hacerle perder el equilibrio. Merkan, por otro lado, se movía con la agilidad de un leopardo de las nieves, cada músculo tenso, listo para reaccionar ante el menor peligro. Su mirada saltaba constantemente hacia cada sombra oscura y escrutaba a cada transeúnte.

—Relájate, o tu nerviosismo nos delatará —le susurró Eyra.

Respondió con un suave gruñido.

Los pasillos se ramificaban varias veces y, a pesar de sus esfuerzos, Eyra perdió el sentido de la orientación. La novicia los guiaba con determinación hasta que llegaron una vez más al pasillo con la fachada de cristal.

La hermana se detuvo frente a una sala de la que emanaba luz blanca.

—Sofía está dando clase en este momento. Será más fácil de convencer. Entren y esperen a un lado, en el fondo, para que no los descubran en el pasillo. Yo iré al frente y la traeré.

Eyra echó un vistazo a la sala. Solo podía ver la fila trasera. Las estudiantes estaban sentadas muy juntas sobre sus cojines. Algunas estaban rodeadas por una luz brillante, mientras que otras luchaban con su magia, haciendo que puntos azules, verdes y rojos bailaran a su alrededor.

Lazar fue el primero en entrar tras Elandra, seguido por Miriam, quien estaba más acostumbrada a los efectos de la luz blanca. Eyra y Merkan, sin embargo, dudaron un momento antes de seguirles.

Eyra sintió como si se sumergiera en un helado estanque de profunda tranquilidad. La suave magia la envolvía en lentas oleadas casi tangibles, y con cada paso que daba adentrándose en la sala, su tensión se desvanecía como la niebla disolviéndose bajo el sol. Su ira, su miedo a no salir ilesa de Tallesfeld y su preocupación por que Emberis la expusiera se hundieron en una serenidad inquebrantable que la envolvió por completo. En el pasado, habría odiado este estado; cada fibra de su ser habría anhelado alejarse de este lugar. Pero el tiempo que pasó siendo capaz de generar magia blanca por sí misma le enseñó que existía un poder en esta calma que podía

aprovechar. Ahora que sus emociones estaban equilibradas, sus pensamientos podían fluir con mayor libertad. Y así, continuó perfeccionando su plan mientras esperaban a la novicia, quien con suerte regresaría con su colega.

Se suponía que pronto debían partir hacia la Fuente. Habían elegido visitar Tallesfeld casi hasta de último para dar a Emberis menos tiempo para estropear sus planes. Esa decisión podría ser ahora su perdición, porque primero tenían que viajar a Calor para reunir el Consejo de Lorelai. Si tuvieran otra montura voladora, ella y Lazar podrían separarse. Solo ella estaba obligada por el juramento a arrebatar los poderes a Lorelai mediante el contrahechizo. Lazar podría llevar el cristal y el rubí a la Fuente. No importaba cuál de ellos se asegurara primero de que Lorelai perdiera sus poderes. Lo principal era detener la próxima Ceremonia de Invierno, que sepultaría el sur bajo la nieve.

Los pensamientos de Eyra fueron interrumpidos por el regreso de la novicia. Ella y otra mujer vestida de blanco se dirigieron hacia ellos, con las manos entrelazadas frente al pecho. Al parecer, la otra hermana también conocía sus verdaderas identidades, porque estudió primero su rostro, y luego el de Lazar, como si pudiera levantar el velo de sus facciones con la mirada.

—¿Vendrá con nosotros? —susurró Eyra tan pronto como llegaron a su altura.

Ella inclinó la cabeza en confirmación. O no quería causar una escena o todavía se sentía obligada por su voto de silencio. Eso no hablaba a favor de su fiabilidad, pero al menos los acompañaba por voluntad propia.

—Las estudiantes seguirán practicando durante otra media hora, aproximadamente. No se notará su desaparición antes del descanso —explicó Elandra.

—Bien. Llévenos a la otra novicia. —Casi lo habían conseguido.

—Fue atacada ayer y está en sus aposentos. Primero intentaré convencerla.

Eyra asintió. Ella también preferiría que la tercera monja se uniera a ellos sin tantos revuelos.

Juntos abandonaron la sala y siguieron la larga hilera de ventanas, tras las cuales ahora no reinaba más que oscuridad, cuando un dolor punzante atravesó su cabeza. La presencia divina de Emberis se cernió sobre ella y un peso aplastante en su pecho, hizo de cada respiración una lucha. Su latido se ralentizó mientras la antigua magia circulaba a su alrededor como una tormenta en formación. Cada pensamiento claro fue sofocado por este poder ancestral; y solo una única pregunta atravesó ese denso velo: ¿Qué había ocurrido para enfurecerle tanto?

Lazar y Merkan saltaron a su lado y la sujetaron.

—Me han llegado noticias. —La voz del dios retumbó a través de ella, haciendo vibrar cada una de sus células.

—¿Qué quieres decir?

Apenas pronunció las palabras cuando la respuesta se abrió paso desde el caos de sus pensamientos. Estaba enterado de su verdadero plan. Uno de sus compañeros debía haber sido descubierto.

—El juramento… ahora lo veo. Lo jugaste con astucia, eso tengo que reconocerlo.

Esto no era bueno. Esperaba que Emberis se enterara pronto de su traición, pero el momento no podía ser peor.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

A pesar del peso que aún la oprimía, enderezó la espalda, respiró hondo y les hizo a los demás un gesto brusco para que siguieran avanzando. Comenzaron a caminar de nuevo, pero tanto Lazar como Merkan la sujetaban con firmeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lazar.

—Dame un minuto.

—Enviaste a tus otros compañeros a Oritea y Vallesland, y solo se me ocurre una razón por la que harías eso.

Maldita sea. Así que Saul o Noah sí habían sido descubiertos. Eyra esperaba que estuvieran bien, pero tuvo que apartar su preocupación por ellos. Necesitaba toda su concentración para escapar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, ya que negarlo sería inútil.

—Dejaré que el juramento haga el trabajo por mí —respondió Emberis con suficiencia, aunque su peligroso tono subyacente no se le escapó.

—Las fuerzas malignas conocen nuestro verdadero plan. ¡Cuidado con Miriam! —le advirtió a Lazar.

Apenas pronunció la advertencia cuando la mujer de fuego se giró para enfrentarlos. Eyra levantó los brazos, esperando un ataque; pero en su lugar, Miriam dirigió una llamarada de fuego hacia Lazar. Él desvió el ataque levantando un muro de hielo del ancho del corredor entre ellos y Miriam en una fracción de segundo.

Las dos novicias retrocedieron asustadas hasta que sus espaldas chocaron contra las paredes del corredor.

—¿Por qué nos ataca de repente? —gruñó Merkan.

Por primera vez, Eyra lamentó no haberle contado todo, porque ahora no tenía posibilidad de entender la gravedad de su situación.

—Digamos que hemos enfadado a las fuerzas malignas.

Los hombros de Lazar se tensaron mientras reforzaba el muro de hielo, que se derretía bajo el asalto ardiente de Miriam.

—Deberíamos marcharnos sin la siguiente novicia.

Eyra quería estar de acuerdo, pero sentía la voz paralizada. *Si puedo, cumpliré las condiciones del contrahechizo.* Tenía que continuar con esta parte. No podía irse antes de eso.

—Yo… no puedo abandonar este plan.

El pecho de Lazar subía y bajaba como si luchara por mantener la compostura y, con ella, su centro. Con una expresión glacial, fijó su mirada en Elandra.

—Llévenos hasta la novicia restante. Rápido. Lorelai estará aquí en cualquier momento.

Eyra ni siquiera había pensado en eso. Ya que los dioses habían hablado sobre su plan, Lorelai pronto lo sabría también. ¿Y qué mejor manera para las fuerzas malignas de detenerla que con otra portadora de piedra cuyo poder era superior al suyo?

Dejaré que el juramento haga el trabajo por mí. Entonces comprendió las palabras de Emberis. Un escape directo era imposible, y Lorelai usaría eso a su favor.

Elandra se apresuró por los corredores. La otra novicia no dejaba de mirar a su alrededor, ralentizando sus pasos.

—Debería volver a mi clase. Si Lorelai se entera de esto…

Eyra no tenía tiempo para contemplaciones.

—O viene con nosotros o tendré que matarla aquí mismo. Esas son las únicas dos opciones para derrocar a Lorelai. —Para subrayar sus palabras, hizo que algunas llamas se alzaran en su mano.

Los ojos de la novicia se abrieron como platos. Con los hombros encogidos hasta las orejas, se apresuró a continuar. Pero sus pasos volvieron a ralentizarse cuando un frío cortante se formó frente a ellos.

Lorelai se acercaba. Las gélidas nubes de aliento que se formaban ante los labios de Eyra, el silencio que engullía sus pasos, la creciente ráfaga de nieve que llenaba el corredor… todo se lo indicaba. Pero su juramento no toleraría vacilaciones. Todo en su interior la instaba a seguir adelante para poder ejecutar su plan por completo. Y así, tuvo que obligarse a detenerse cuando la esbelta figura de aquella elfa emergió de la densa blancura. Y para empeorar las cosas, Miriam también les dio alcance.

—Hermanito. —Como en cámara lenta, ladeó la cabeza y estudió a Lazar con detenimiento. Finalmente, su mirada se posó en el espejo que tenía en la mano.

Las dos novicias se retiraron tras un pilar. Miriam volvió a su papel de mayordoma y también fingió tener miedo. Retrocedió con pasos deliberados. Al menos Emberis no parecía haberle ordenado que los atacara de nuevo. Tal vez quería dejar que la elfa librara esta batalla y así proteger a su discípula.

Lazar se colocó delante de ella.

—Lorelai. —Con un movimiento de muñeca, su disfraz desapareció.

Su tapadera había saltado de todos modos, así que ahora lo único que podían hacer era… Eyra se detuvo cuando de repente se le ocurrió una idea. Con la mayor discreción posible, deslizó la mano en el bolsillo de su pantalón y la cerró alrededor del pequeño frasco. Tendría que esperar al momento adecuado, un instante en que la

hermana de Lazar estuviera distraída. De lo contrario, no le daría la oportunidad de pasar la poción a los demás.

Merkan también se acercó, pero le lanzó una mirada sombría. Por lo visto, descubrió lo que no le contó de toda la historia. Su furia se desataría sobre ella más tarde. Suponiendo que hubiera un *más tarde* para ellos.

—Veo que tienen algo que me pertenece. —Lorelai señaló el espejo en las manos de Lazar—. Y también tienen el cristal.

Eyra salió de detrás de él. Su ira se agitó, pero no le dio espacio.

—Me temo que no puedo devolvértelos —respondió Lazar con calma.

Una gélida determinación cruzó por el rostro de la elfa, pero tan pronto como apareció, fue reemplazada por una expresión de indiferencia.

—¿He oído que planeaban engañar a los dioses?

—Supongo que es demasiado tarde para negarlo. —Los dedos de Eyra se apretaron alrededor del frasco.

La mirada de Merkan ardía sobre ella desde la derecha, pero toda su atención estaba centrada en la elfa que tenía delante.

Lorelai dio un paso más cerca, y el frío se hizo aún más opresivo. El suelo bajo sus pies se congeló mientras fijaba su mirada en su hermano.

—Me repito, pero de todas las decepciones de mi vida, tú eres la mayor.

—Te ofrecí la oportunidad de luchar junto a nosotros, y si eres honesta contigo misma, sabes que Nevalis no trama nada bueno —respondió Lazar, imperturbable.

—Dame el espejo. —Con expresión rígida, extendió la mano.

Lazar gruñó por lo bajo.

—Proviene de las fuerzas malignas, Lorelai.

—¡Eso no es cierto! El cristal puede que sea un regalo de las fuerzas malignas, pero no el espejo.

Eyra entrecerró los ojos. ¿Sabía sobre Nevalis?

—Entonces déjanos el cristal de hielo, y te devolveremos el espejo.

—¿Para que Lazar pueda usar su poder para acabar con el invierno? Jamás. Las fuerzas del bien quieren que yo preserve el orden existente. Y si tengo que mantener el pacto con las fuerzas malignas para detenerlos, lo haré. Esta es la carga que las fuerzas del bien pusieron sobre mí.

Eyra apenas podía creer lo que estaba escuchando. Recordó lo que Emberis le dijo una vez: Nevalis tenía dos hierros en el fuego. En la Orden, este espejo era venerado como una reliquia sagrada, un medio a través del cual las Sumas Sacerdotisas supuestamente se comunicaban con las fuerzas del bien. Y dado que Lorelai parecía haber perdido la fe en Nevalis, el dios de los elfos invernales estaba usando este segundo camino para influir en ella. Al hacerlo, sin embargo, tenía que aceptar que la elfa se debilitaba cada vez que lo usaba.

—¿Te escuchas hablar? —siseó Eyra—. ¿Por qué crees que Nevalis y tus supuestas fuerzas del bien quieren lo mismo?

—Nevalis quiere la guerra. Yo quiero paz para nuestra tierra. Y con la próxima Ceremonia de Invierno, la sellaré para siempre.

Sus palabras golpearon el fuego de Eyra como una ráfaga de viento, y este se avivó.

Lazar arqueó una ceja, extendió el brazo y dejó caer el espejo de mano.

Lorelai dejó escapar un grito agudo e intentó salvarlo con una ráfaga de viento helado, pero era demasiado tarde: el artefacto se estrelló contra el mármol con toda su fuerza. El cristal se rompió en el medio, y una fina red de grietas se extendió por toda la superficie circular del espejo hasta el marco. Lazar lo pisó con el talón, y docenas de afilados fragmentos se esparcieron por el suelo.

Mientras el puro horror se reflejaba en el rostro de Lorelai, el resto de la ira de Eyra dio paso a una satisfactoria reivindicación. La mirada complacida de su compañero le indicó que esto era justo lo que había pretendido. Pero esta pequeña victoria les costaría cara, pues la temperatura estaba bajando con tanta rapidez y de golpe que a Eyra le costó respirar. Avivando las brasas en su interior para calentar el aire de nuevo, sacó el frasco de su bolsillo y lo destapó por detrás de su espalda. No era el momento perfecto que había

estado esperando, pero Lorelai no perdería más tiempo con palabras, y la poción necesitaba tiempo para hacer efecto. Aunque le costaba, decidió beber primero; Lazar y Merkan no aceptarían otra cosa.

Con un movimiento brusco, se llevó el frasco a los labios, pero antes de que pudiera dar un sorbo, un torbellino helado le arrebató el frasco de la mano. Al momento siguiente, este se hizo añicos contra el piso.

—Ups —comentó Lorelai.

La chica maldijo en voz baja pero no se permitió desesperarse. Saldrían con vida de esta fortaleza. Pasara lo que pasara.

Su juramento se hizo notar de nuevo, como para recordarle el deber que tenía que cumplir antes de poder huir. *Si puedo, cumpliré las condiciones del contrahechizo.*

No, ya no era *capaz*. Lorelai nunca lo permitiría.

Con esa convicción, el impulso del juramento a actuar disminuyó un poco.

La elfa, mientras tanto, alzó las manos y comenzó a reunir el frío a su alrededor. Solo la tensión en los músculos de su mandíbula delataba su concentración; por lo demás, permanecía inmóvil. Tenía los hombros echados hacia atrás, su postura tensa y las piernas plantadas en el suelo con firmeza, como si se estuviera preparando para la tormenta que estaba a punto de desatar.

—Dame el cristal. Es tu última oportunidad —le exigió a Lazar.

—¿De verdad me matarías? —preguntó él con calma.

—Dame una razón por la que no debería.

La ira de Eyra se agitó de nuevo, elevándose, pero ella no le dio espacio.

—Soy la única familia que te queda.

—Mis hermanas son mi familia. —Hizo un gesto hacia las novicias, que seguían escondidas detrás del pilar.

Eso le dio una idea a Eyra. De un salto, se abalanzó hacia Elandra y la inmovilizó con una llave al cuello.

—Sígame la corriente —le susurró al oído, y luego le dijo a Lorelai—: Hoy descubrimos que tenemos que matar a tus novicias para privarte de tu poder.

Merkan reaccionó y atrajo hacia sí a la otra novicia. Esta rompió en lágrimas y gimoteó para que la soltara.

—¿Hoy? —Lorelai dejó escapar un gruñido muy impropio de una elfa invernal—. Como si ustedes no estuvieran detrás de estos asesinatos.

Eyra apretó su agarre sobre la novicia, quien entonces fingió un jadeo.

—No fuimos nosotros —respondió. Miró alrededor buscando a Miriam, quien era la verdadera responsable de esos asesinatos. Pero esta se había escabullido mientras tanto—. Aunque no puedo decir que no jugara a nuestro favor.

—Suéltenlas. —Una niebla fría se reunió alrededor de los pies de la elfa, se extendió por el suelo y se arrastró hacia Eyra.

El aire en los pulmones de la chica se volvió pesado y cortante, como si la escarcha la estuviera asfixiando desde adentro. Con un violento tirón, apartó a Elandra a un lado antes de lanzar una llamarada de fuego contra su cuñada. Pero la elfa invernal la contrarrestó sin esfuerzo con un escudo de hielo que desvió las llamas.

—Diría que los dejaré marchar si me devuelven el cristal de hielo. Pero para su desgracia, no puedo mentir.

Al instante, la niebla a su alrededor y alrededor de Lazar se espesó. Se enroscó en torno a sus tobillos, subiendo por sus cuerpos, dándoles un abrazo gélido y apretado, y se cerró alrededor de sus cuellos.

Lorelai iba a hacerlo. Iba a matar a Lazar. A su propio hermano.

Diminutos cristales de hielo, afilados como agujas, penetraban por los huecos en la ropa de Eyra, pinchando su piel, pero se desvanecían con un siseo bajo su calor.

Su fuego ardía ahora con fuerza; sentía la rabia no solo en su corazón, sino en cada célula de su cuerpo. Ella era la fuente que alimentaba el vórtice ardiente en su interior, una llama inagotable que devoraba cada vez más profundo. Fantasmas rojos y dorados parpadeaban en los bordes de su visión mientras fijaba la mirada en Lorelai. Estaba dispuesta a arder en llamas para proteger a aquellos a los que amaba.

—*Eyra.* —Lazar una vez más se interpuso entre ella y su hermana.

—Apártate —imploró a su compañero.

—*Hoy no es el día en que luchamos contra ella* —respondió con una dureza que habría silenciado a cualquier otro.

Pero no a Eyra.

—*Lorelai está debilitada por los asesinatos de sus novicias.*

Lazar dejó escapar un gruñido.

—*¡Se necesitarían tres portadores de gemas para enfrentarse a ella, Eyra! Las muertes de la Suma Sacerdotisa y las novicias no son suficientes para hacerte su igual. Podemos ganar esta guerra mucho más fácil. Controla tu maldita ira.*

Cuando puntos rojos se encendieron alrededor de Lazar, volvió en sí.

¿Qué estaba haciendo? No solo estaba arriesgando su propia vida; también estaba desestabilizando a Lazar.

Contuvo la respiración para sofocar su rabia. Como había practicado con él tantas veces, dirigió el calor hacia sus manos y lo dejó escapar por allí. Despacio, el fuego hirviente en su interior se redujo a un tranquilo resplandor que le daba fuerza en lugar de abrumarla.

Los ojos de Lazar se ensancharon.

—*¡Corre!* —soltó de repente.

Eyra siguió su mirada.

Detrás de Lorelai, una avalancha se estaba formando y la nieve comenzaba a acumularte hasta los altos techos.

La expresión de la elfa permaneció impasible, pero un destello de certeza triunfante brilló en sus ojos mientras ponía en movimiento las masas de nieve con un fluido movimiento de su mano. Un crujido y un chasquido ensordecedores llenaron el aire, el suelo tembló, y entonces la avalancha avanzó hacia ellos.

—Al siguiente balcón. —Eyra tiró de Elandra y se lanzó hacia delante—. *¿Belgor? ¡Es hora!*

—*Tenemos un problema* —respondió su dragón.

Eyra quería gritar de frustración. No necesitaban otro problema.

—*¿Vienes o no?*

—Claro que voy. Acompañado por Zeros y su jinete. Aparecieron aquí.

Eso no era bueno. Emberis debía haberlos enviado. Pero un paso a la vez. Primero, tenían que salir de allí.

Casi habían llegado a la puerta del siguiente balcón cuando un crujido resonó por la sala. Eyra miró hacia atrás mientras corría. La nieve ahora se precipitaba hacia ellos con un rugido atronador.

Se dio la vuelta y una pared de llamas brotó de sus manos, desafiando a la avalancha que se aproximaba. Su fuego devoró la nieve, vaporizándola a raudales, pero la blanca embestida continuó sin interrupción.

Con un grito frustrado, desató una descarga de fuego aún mayor, pero era demasiado tarde. La avalancha los golpeó con toda su fuerza. La nieve arrojó a la novicia lejos de ella y arrastró a Eyra, inmovilizándola contra el suelo y enterró sus sentimientos bajo ella. Solo su rabia continuaba ardiendo.

Con todas sus fuerzas, derritió la nieve a su alrededor, pero se comportaba justo como el hielo que mantenía cautivos a los dragones: volvía a crecer, envolviéndola, constriñéndose cada vez más.

Desde su izquierda, el resplandor de un fuego desconocido la alcanzó. ¡Merkan!

Eyra luchó a través de las masas heladas, derritiendo el hielo que se regeneraba, pero avanzaba muy lentamente.

Cuando llegó a Merkan, concentró toda su fuerza de voluntad para amplificar las llamas en sus manos y quemó la prisión congelada que envolvía el cuerpo del hombre de fuego. Pieza por pieza, lo liberó, hasta que el último trozo de nieve se derritió y Merkan se desplomó hacia ella. Su piel estaba cenicienta, sus labios teñidos de azul, sus ojos fijos, pero respiraba.

Después de dejar al hombre en el suelo, buscó a Lazar entre las paredes cubiertas de nieve. El pánico se extendió por su interior cuando no pudo encontrarlo en ninguna parte. Su respiración se volvió superficial, pero se negó a dejar que el miedo la paralizara.

—¡Lazar! —Su voz fue ahogada por el incesante rugido de la avalancha, que estaba estrechando constantemente el pasaje que

había creado.

Maldijo en voz alta su ropa de trabajo blanca, que hacía casi imposible encontrar a su compañero. Una y otra vez, desató su fuego, buscando una sombra en la pared blanca o en el suelo cubierto de nieve.

Apretó los dientes, reunió sus fuerzas y envió otra oleada de fuego. El vapor de la nieve derretida la envolvió, oscureciendo su visión, pero no cedió.

Entonces, su pie golpeó algo duro. Su corazón dio un vuelco. Se arrodilló, derritiendo la costra helada que pateó, y un trozo de la bota de Lazar se hizo visible. Suspiró aliviada, pero el alivio duró poco. La nieve se había asentado espesa y pesada alrededor de él, y llevaría tiempo liberarlo. Con una respiración profunda, concentró toda su energía. Sus manos resplandecieron mientras centraba sus llamas en la helada cubierta.

Gradualmente, el hielo se derritió, formando un charco a sus pies mientras emergía el torso de su compañero, luego sus brazos, su cuello y su rostro.

—*¿Lazar?*

Una vez que lo descubrió por completo, lo palpó. Sus extremidades estaban rígidas de frío, sus ojos cerrados. Parecía como si estuviera durmiendo. O como si estuviera… Un gemido se le escapó, entonces él jadeó en busca de aire.

—Maldita sea —logró resoplar, con una voz poco más que un gruñido áspero.

Su expresión sombría hizo que su preocupación desapareciera. Cualquier otra persona habría sucumbido al frío. Él, en cambio, solo se incorporó, quizás un poco despacio, y se sacudió el abrigo.

—¿Por dónde está el balcón?

Eyra se rio ante su tono pragmático.

—Por allí. —Con dedos temblorosos, señaló un muro de nieve donde creía que estaba la salida—. ¿Qué hacemos con las novicias? ¿Deberíamos buscarlas, o…?

Lazar negó con la cabeza, haciendo que cristales de hielo cayeran en cascada de su cabello.

—Lorelai nunca les haría daño.

El juramento quedó en silencio. Su misión de cumplir con el contrahechizo del cristal había fracasado por completo: ya no estaba en su poder hacer nada en este momento.

—Bien, abriré un camino con fuego.

Lazar deslizó un brazo bajo los hombros de Merkan y el otro bajo sus rodillas, lo levantó con todas sus fuerzas y lo llevó en brazos mientras Eyra extendía sus manos y lanzaba las llamas a través de la pared congelada ante ellos. Su calor creó un estrecho canal que, después de varios intentos, condujo a una puerta con una vidriera artísticamente enmarcada.

Sin dudarlo, salieron al balcón.

Eyra cerró la puerta tras ellos, pero la avalancha la empujó para abrirla de nuevo. Tenían que darse prisa.

Dos puntos aparecieron en el horizonte, uno negro y el otro plateado, acercándose con rapidez.

—¿Qué hay de tu plan para llevar a las novicias a Calor? —preguntó Emberis con aire de suficiencia, casi rebosante de alegría.

—Por ahora me encuentro incapaz de cumplir esa parte del juramento.

—¿Te das cuenta de que esto significa que has fracasado y ahora debes ir a la guerra?

Eyra soltó un suspiro tembloroso mientras las palabras del juramento se abrían paso en su mente. *Si este plan fracasa, liberaré a los dragones e iré a la guerra con ellos contra los elfos invernales.*

¡Pero aún no habían fracasado! Tenían el cristal de hielo, y su plan seguía en pie. Todavía podía honrar la primera parte del juramento. Derrocarían a Lorelai y se asegurarían de que el cristal nunca pudiera ser utilizado de nuevo. Simplemente de una manera que a Emberis no le gustaba.

—No he dejado de notar que elegiste que tu juramento fuera ambiguo, Eyra. Pero, ¿de verdad crees que te dejaré continuar? No, puedes ahorrarte las molestias. Ha llegado el momento de la guerra.

—¿Conoces mi traición y aun así cuentas con que siga sirviéndote? —preguntó confundida.

—Para mi desgracia, prácticamente eres la única opción. Apenas hay alguien en tu generación que sea compatible con el rubí. Y el

juramento hará el resto. Guiarás a los dragones y a tu gente a la batalla.

Fantástico. Así que era la mejor alternativa de entre una selección completamente podrida. En ese caso, incluso un dios podía llegar a un acuerdo con una traidora.

El rugido de las alas de los dragones se hizo más fuerte, y el aire vibró con la fuerza de sus movimientos. Las llamas parpadeaban alrededor de las fosas nasales de Belgor mientras observaba la avalancha detrás de ellos, que continuaba empujando a través de la puerta hacia el balcón.

—¿Estás ilesa?

—No me ha pasado nada.

—¿Tienes el cristal de hielo?

—Sí. —La cuestión era, por cuánto tiempo. Su mirada cayó sobre Zeros. Emberis haría cualquier cosa para evitar que arrojaran las piedras a la Fuente.

No había espacio para aterrizar, y así los dos dragones luchaban por el poco espacio que tenían frente al estrecho borde del balcón. Sus alas batían contra el viento, enviando ventiscas de nieve arremolinándose a su alrededor, mientras que sus escamas se raspaban entre sí, creando chispas.

Belgor emitió un bajo gruñido, y Zeros le respondió con un silbido mientras ambos intentaban mantener su posición.

Lazar, que acababa de saludar a Theo, miró preocupado el caos que se estaba desarrollando, entonces Belgor se impuso y Zeros retrocedió.

—Salta —ordenó su dragón.

Eyra miró hacia el abismo que se abría ante ella y una sensación incómoda se extendió en su estómago. Para empeorar las cosas, el viento había arreciado, azotando la nieve de Lorelai y rodeando el balcón en espirales. Los copos se hacían más densos, convirtiéndose en afiladas hoces de hielo que cortaban el aire. Aunque ya no podía ver a Lorelai por ninguna parte, este indudablemente era su trabajo.

Eyra dejó que todo su calor irradiara hacia afuera para que ninguno de los proyectiles de hielo pudiera alcanzarla a ella o a sus

compañeros, y miró a Merkan. ¿Qué iban a hacer con él? Seguía inconsciente.

Lazar lo depositó en el suelo, y al momento siguiente, una cuerda apareció en la mano de Lazar como de la nada. Lanzó uno de los extremos a Belgor. Theo voló tras ella y aseguró la cuerda a la cresta espinosa del dragón con sus pequeñas patitas.

Eyra miró a Zeros una vez más. Para su sorpresa, no hizo ningún movimiento para atacar, sino que intentaba acercarse al balcón desde uno de los lados.

—¡Merkan! —gritó Lyra contra el viento.

Como si despertara por su llamada, el hombre de fuego levantó lentamente los párpados y miró alrededor con torpeza. Con gran esfuerzo, se apoyó sobre su torso, pero al momento siguiente se desplomó de nuevo sobre su espalda.

—Tenemos que salir de aquí, rápido —le gritó Eyra. La pared de nieve pronto los empujaría por encima de la balaustrada.

Lazar sostenía a Merkan mientras este hacía otro intento por sentarse y comenzaba a atar la cuerda a su alrededor.

La mirada del hombre de fuego se desplazaba con aturdimiento entre Belgor, Zeros y Lazar.

—Eyra salta primero —logró decir, arrancándose la cuerda del pecho.

—No es momento para discusiones —le espetó.

—Tú primero —repitió.

La chica soltó un grito de frustración. ¡Estos hombres!

Estaba a punto de replicar cuando Lyra saltó al balcón de un solo brinco.

—¡Merkan!

Se dirigió hacia el hombre de fuego, pero Lazar le bloqueó el paso.

—¿Qué haces aquí?

—Arreglar su desastre —gruñó ella, apartando a Lazar y arrodillándose frente a Merkan—. Te vienes conmigo.

Con los ojos entrecerrados, Eyra evaluó a la mujer de fuego. ¿De verdad ese era el único motivo por el que había venido? ¿Para ayudar a Merkan?

Este hizo un segundo intento de incorporarse. Esta vez, logró mantenerse sentado.

—Solo cuando Eyra salte.

—De acuerdo —respondió desafiante, porque coincidía en que este era el peor momento posible para una discusión.

La corriente de aire tironeaba de su abrigo mientras se colocaba al borde de la barandilla. Sin perder más tiempo, Lazar comenzó a atar la cuerda alrededor de su cintura. Luego tiró con fuerza del otro extremo para comprobar que estuviera bien sujeta a la cresta de Belgor.

—¿Lista? —Su compañero la observó esperando.

Eyra asintió y tomó aire. Al menos el abismo ahora estaba oculto tras la densa nevada. Con un poco de imaginación, podía convencerse de que la caída no sería tan profunda.

Sin pensar más en lo que estaba haciendo, se subió a la barandilla y saltó. El viento la llevó por el aire y la caída duró solo segundos antes de chocar contra el cuerpo de su dragón. Un parpadeo después encontró apoyo entre sus escamas y trepó por la piel coriácea. Belgor tenía que contrarrestar las ráfagas cada vez más fuertes con potentes aleteos, lo que lanzaba a Eyra de un lado a otro. Sus manos resbalaban más de una vez en las lisas escamas, así que usó la cuerda de fibra áspera para ayudarse. Cuando finalmente alcanzó la cresta espinada del dragón, sus brazos temblaban por el esfuerzo; aun así, se desató y lanzó el extremo de la cuerda de vuelta.

Lazar la atrapó y buscó a Merkan, que mientras tanto se puso de pie. Las masas de nieve casi habían consumido el balcón por completo, empujando a los tres cada vez más cerca del borde.

Lazar le gritó algo al hombre. Este miró alternando entre Belgor y Zeros, y luego siguió a Lyra hacia el dragón plateado. Entonces, el elfo se ató la cuerda alrededor.

Eyra no sabía si era buena idea dejar que Merkan volara con aquella mujer. Sin embargo, su preocupación pasó a segundo plano cuando Lazar se impulsó en un poderoso salto. Apenas estaba en el aire cuando una ráfaga de viento lo atrapó y lo arrastró hacia las profundidades.

—¡No! —gritó Eyra.

No pasó ni un latido antes de que la cuerda se tensara. Lo había atrapado. Pero ya no podía distinguir a su compañero en la tormenta de nieve debajo de ella.

—¿Lazar?

—Casi… ahí —balbuceó él, y ella sintió una sacudida tras otra recorrer la cuerda.

Respirando agitada, miró hacia atrás. Lyra ya había saltado, y en ese momento, Merkan estaba subiendo a la balaustrada con movimientos lentos. Los montones de nieve casi lo habían alcanzado. Tenía que darse prisa. ¡Pero aún debía asegurarse!

Antes de que pudiera buscar a Theo, Belgor se apartó y Zeros se posicionó desplazado bajo el balcón. Esto significaba que Merkan solo tenía que dejarse caer. Saltó de un único impulso, pero también fue atrapado por una ráfaga. Por suerte, no lo llevó lejos, sino que lo estrelló contra el costado del dragón. Tan pronto como impactó, Lyra se acercó a él y lo sujetó con firmeza.

No un segundo después, Lazar también apareció en su campo de visión. Trepó sin esfuerzo por el torso de Belgor y se sentó detrás de ella. Apenas había envuelto un brazo alrededor de su cintura cuando Belgor ya estaba disparándose hacia arriba.

—¿Estás bien?

¿En serio le estaba preguntando eso a ella?

—Dentro de lo que cabe. —Cerró los ojos y se permitió un momento para respirar*—. ¿Crees que Merkan está seguro con Lyra?*

La mujer de fuego lo amaba. Nunca haría nada para dañarlo. ¿Verdad?

—Supongo que lo descubriremos dentro de poco.

10

FAYETTE



El favor de los dioses es como el viento; cambia rápida e impredeciblemente.

Nota personal de Vivienne Moryena

—¿A *dónde te diriges?* —La voz de Reena retumbó en sus pensamientos.

Fayette se despertó sobresaltada, levantó sus párpados pesados y miró a su alrededor, desorientada. No llevaba camisón y su cabeza descansaba sobre un brazo bien definido, y un cuerpo masculino desnudo le calentaba la espalda. Vaya manera de empezar la mañana. Lentamente, fue uniendo los fragmentos de la realidad, y un aleteo se apoderó de su estómago mientras el recuerdo de la noche anterior tomaba forma. ¡Noah! Había luchado contra el sueño durante mucho tiempo, decidida a no perder ni un solo momento de aquel hermoso encuentro. Y como si Noah hubiera percibido su inquietud, se había despertado una y otra vez, buscando su cercanía. Y cada vez, su mutuo deseo se había avivado de nuevo, hasta que Fayette cayó rendida por el agotamiento, a pesar de su determinación. A cambio, se sentía más relajada y feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Pero su euforia se derrumbó de golpe cuando su mente terminó de despejaste y la

realidad la golpeó con toda su fuerza. La piedra de las hadas. Reena. La Fuente.

Un momento. ¿Fue la diosa quien la despertó?

El hada permaneció inmóvil, esperando que la divinidad simplemente la dejara en paz.

Pero fue en vano.

—¡Te hice una pregunta! —estalló la diosa en sus pensamientos.

—¿Podrías repetirla, por favor?

—¿Exactamente hacia a dónde viajan?

—A Calor, ¿por qué? —preguntó, fingiendo ignorancia, mientras su pulso se disparaba.

—Bueno, hay rumores.

Su voz peligrosamente tranquila se deslizó bajo la piel de Fayette, poniéndola en alerta. ¿Sabía de su plan? Y si era así, ¿cómo? ¿Descubrieron a los demás? Esa idea la asusto incluso más que las consecuencias para ella misma.

—¿Qué rumores? —insistió, con fingida calma.

—Exijo que me digas la verdad, Fayette.

—¿Qué verdad? —Hacerse la tonta no le salvaría el pellejo, pero con un poco de suerte, podría comprarle otro respiro.

—¿Estás dirigiéndote a la Fuente de la Creación?

—¿Qué Fuente de la Creación? —Fayette siguió interpretando su papel*—. ¿Y quién dice eso, de todos modos? Estamos viajando a Calor.* —Intentó seguir respirando con normalidad.

—Los otros dioses están hablando.

Fayette se mordió el interior de la mejilla, esperando un destello de inspiración sobre cómo salir de esta situación. Una idea se formó en su cabeza. Sería audaz. Megalómana. Pero mejor que nada.

—¿Y qué están diciendo?

—Dímelo tú, Fayette —gruñó la diosa.

—Ni siquiera sé qué tipo de fuente es esa. Así que la pregunta que me viene a la mente es por qué los otros dioses están difundiendo mentiras.

Remond escribió que los dioses desconfiaban unos de otros. Tal vez podría salvarse el cuello una última vez si provocaba un poco de problemas entre ellos.

—¿Qué ganan con eso? —añadió.

Se encontró a sí misma muy convincente, pero la tensión parecía estar destrozándola mientras esperaba la respuesta de Reena.

La diosa la mantuvo en vilo. O estaba considerando si concederle una muerte rápida o lenta, o si de verdad estaba pensando en su pregunta.

—Podrían querer impedir que recupere fuerzas a través de mi nueva Reina de las Hadas. —Reena sonaba como si estuviera pensando en voz alta.

La semilla estaba sembrada. La pequeña planta no tendría mucho tiempo para madurar, ya que su ruta de vuelo pronto sería obvia, pero la duda de Reena podría comprarle unas horas.

—Bien. ¿Ahora puedo prepararme para el viaje en paz o tengo que seguir esperando? —dijo en un tono molesto, para enfatizar que ni remotamente entendía la gravedad de la situación.

Sin esperar una respuesta, se liberó de los brazos de Noah y sacó las piernas de la cama.

—Te lo advierto, Fayette.

—Será mejor que adviertas a tus camaradas allá arriba, o dondequiera que esté tu reino celestial. He entendido que mi vida está en tus manos. Y, para serte sincera no haría nada que pudiera enfadarte.

Reena volvió a quedarse en silencio, luego Fayette sintió que la presencia divina se desvanecía.

Había sido por los pelos. Y quizá el último respiro que podría haber conseguido.

¡Con qué descuido había tratado su tiempo y en qué tonterías lo había malgastado! Ahora que se agotaba con cada segundo que pasaba, era dolorosamente consciente de cada suspiro que trascurría y quería llenarlo solo de cosas importantes. Con Noah.

En silencio, volvió a acostarse a su lado.

Él gruñó en sueños, la buscó sin abrir los ojos y la atrajo de nuevo contra su pecho. Atrapada por su calor, sorprendente para un elfo invernal, se le escapó un suspiro. La naturalidad con la que besó su cabello antes de cambiar un poco su peso y acercarse más hizo que el momento fuera perfecto. Quería quedarse aquí, con él, entre

sus brazos. Este profundo deseo le llenó los ojos de lágrimas. Intentó parpadear para hacerlas desaparecer, pero una sola se escapó del rabillo del ojo y cayó sobre la mano de Noah.

Incluso mientras la limpiaba con el dorso de su mano, esperando que no se hubiera dado cuenta, el cuerpo de él se tensó.

—¿Qué ocurre?

—Yo… es que esto es un poco abrumador —dijo de forma evasiva, sin mentir.

—¿Porque…? —preguntó despacio, y ella oyó cómo contenía la respiración.

Noah nunca le había confesado sus sentimientos; y quizá ni siquiera era el tipo de hombre que expresara tales cosas con palabras. Pero a más tardar esta mañana, ya no había lugar para la duda: la amaba, en cuerpo y alma.

—Porque por primera vez en mi vida, me he despertado junto a un hombre y en lugar de querer huir, quiero acurrucarme más profundo entre sus brazos.

—Y eso te asusta. —Lo dijo como una afirmación, pero por una vez, su valoración sobre ella era errónea.

—No. Eso no me asusta en absoluto. Eso es lo que resulta tan abrumador.

Al instante, los músculos del brazo de Noah se ablandaron; todo su cuerpo se relajó.

—Ya veo. —Oyó la sonrisa en su voz*—. Entonces deberíamos aprovechar bien el tiempo en la cama que nos ha regalado tu falta de respuesta de huida.* —Su mano vagó hasta sus senos y rodeó sus cimas con una deliciosa lentitud.

¿Por qué siempre había querido escapar antes y nunca había pensado en las innumerables posibilidades que podían surgir a la mañana siguiente? Muchos mundos se le estaban abriendo ahora mismo, al final de su vida. No era justo.

Noah la arrancó de su arrebato de pesimismo presionando su entrepierna contra sus nalgas, demostrando así su disposición para la acción.

—¡Deberíamos ponernos en marcha! —retumbó una voz desde el otro lado de la puerta, seguida de un fuerte golpe.

—Ese Delayar —refunfuñó Noah, malhumorado—. Un día de estos le voy a arrancar la cabeza.

Fayette soltó una risita.

—Nunca te había visto tan tenso.

Con el corazón encogido, se apartó de Noah porque, quisiera o no, el elfo del bosque tenía razón. Aún les quedaba un largo camino por recorrer y debían estar en la Fuente en dos días.

Con un gemido, su compañero de cama se dejó caer de espaldas.

—Retomaremos esto esta noche… o cuando volvamos a parar en una posada.

Fayette forzó una sonrisa.

—Eso sería agradable. —Se dio la vuelta con rapidez y fue hacia la jofaina. Ahí se refrescó.

Noah se tumbó de lado, con la cabeza apoyada en la mano, y la observó visiblemente complacido. Verlo así hacía que su corazón rebosara de amor y, al mismo tiempo, se encogiera. Su muerte lo destrozaría. ¿Debería prepararlo para ello después de todo? Cualquier conversación de ese tipo haría que toda la ligereza entre ambos desapareciera, pero al menos él tendría la oportunidad de despedirse de ella.

—Noah, yo…

Un fuerte estruendo en la puerta la interrumpió.

—Rosalind y Ryanoch ya están listos. —Esta vez era el propio rey de Oritea quien les apremiaba.

Eso también incitó al elfo a levantarse con un gemido silencioso.

—Llegará el día en que el mundo sea más amable con nosotros.

Luego de eso se lavó y se vistió.

Fayette recogió sus pocas pertenencias y pronto estuvieron en la puerta. Con melancolía, miró atrás una última vez hacia la pequeña cabaña de madera. La mágica noche en este lugar ya era cosa del pasado, pero se llevaría cada uno de los recuerdos consigo.

Noah le tendió la mano. Ella la tomó y juntos salieron al exterior. Tan pronto como respiró el aire fresco de la mañana, sintió una extraña atracción que dirigió su mirada hacia el bosque contiguo. Y lo que vio allí la dejó sin palabras.

En cada rama del denso follaje se posaban innumerables hadas, envueltas en un suave resplandor azul que iluminaba los alrededores. Y cuanto más tiempo las miraba, más oía su zumbido. Este penetraba el silencio, subiendo y bajando en ondas como un canto respirado que resonaba por el bosque y conectaba todo.

—Empezaron a llegar anoche. Sospechamos que pueden sentir la piedra de las hadas. —Noah inclinó la cabeza hacia atrás y miró las copas resplandecientes de los árboles.

Fayette creía que existía otra razón, pues ese sentimiento de estar conectada con ellas volvía a agitarse en su interior. Y si sentían lo mismo por ella, su reina… Suspiró y consideró cómo manejar esta situación. Puesto que las pequeñas criaturas permanecían pacíficas y solo la observaban en silencio desde la oscuridad, decidió ignorarlas por ahora.

Se irguió y siguió a Noah en silencio hacia la posada, donde los demás ya los esperaban.

Vindariel ataba el equipaje del rey con manos tranquilas, mientras Delayar robaba un último beso en un rincón a la criada que había ordenado su cabaña la noche anterior. Así que él también tuvo una noche agradable. ¡Bien por él!

Cuando Kian se unió a ellos, Fayette sintió la proximidad de la piedra; y por primera vez, parecía estar llamándola, atrayéndola, diciéndole que debería estar en su posesión. Su mirada se dirigió sin querer hacia la bolsa que el rey llevaba colgada al hombro, apoyada en su cadera. Cuando logró apartar los ojos y miró a Kian, vio una pregunta tácita dibujada en su rostro. Esperaba que sus ojos no hubieran mostrado demasiado deseo. Si lo hicieron, no podía cambiarlo ahora, así que le sonrió.

—*No confío en Kian* —escupió Reena.

—*Y creo que él no confía en mí. Con razón. No estará contento cuando salga a la luz que toqué la piedra.*

—*¿Cuál es tu plan para robarle la piedra?*

Noah le besó la mejilla y se volvió hacia Kian para discutir la ruta de vuelo con él. Queriendo distraer a la diosa de esa conversación, se lanzó a una respuesta más larga:

—Nuestros caminos se separarán en Calor. Kian se ocupará de los asuntos que lo llevan a Estraora, y yo visitaré a mi familia. La primera noche, me escabulliré para robar la piedra. Ya he averiguado en qué posada se alojará. Sospechará de mí primero, por supuesto, pero en medio de la capital, cualquiera podría haber entrado en su habitación. Será su palabra contra la mía.

—Deberías tomarla ahora. Kian es el enemigo. Y ya casi ha destruido la piedra de las hadas una vez, y lo intentará de nuevo.

Fayette entendía por qué había llegado a esa conclusión; era obvia. Si no era ella quien quería arrojar la piedra a la Fuente, tenía que ser él. El hecho de que Reena se hubiera obsesionado con el elfo jugaba a su favor. Sería absurdo disuadir a la diosa de esta idea. Así que necesitaba una razón para posponer el robo.

—Creo que esto puede esperar hasta que estemos en Calor…

Fayette jadeó cuando una descarga de magia atravesó su cuerpo como un rayo. Sus poderes disminuyeron al instante, y la sensación de caer en un abismo se apoderó de ella. El mundo a su alrededor se volvió borroso y sus extremidades se sintieron como plomo; y una succión implacable la arrastró de forma inexorable hacia abajo, cada vez más profundo en una oscuridad que devoraba toda esperanza y cualquier pensamiento de rescate. Esto era todo. Su periodo de gracia había terminado.

—¡Estoy segura de que me expliqué con suficiente claridad! —Con las palabras de Reena, una magia azul inundó el cuerpo de Fayette, y la diosa la soltó de golpe—*. Considéralo un aviso.*

El hada jadeó. Había estado preparada para que le arrebatara la magia en cuanto desobedeciera. Aun así, era completamente distinto sentir la ira de la diosa.

—¿Fay? —Noah corrió hacia ella y la sujetó del brazo—*. Estás pálida.* —Dejó que su mirada recorriera cada centímetro de su cuerpo—*. Y tu resplandor azul es más débil.*

—Estoy bien. Es solo que, fue una noche agotadora. —Le guiñó un ojo y forzó otra sonrisa en sus labios, pero este engaño era más que endeble, ya que todavía se tambaleaba un poco.

—¿Reena sigue influenciándote? ¿Es eso? ¿O sientes la piedra con más fuerza porque has estado en sus inmediaciones desde ayer?

—El vuelo es largo. Te lo explicaré todo. ¿De acuerdo? —Si es que Reena le permitía siquiera volar demasiado lejos.

Noah gruñó en voz baja y se dispuso a atar su equipaje a Rosalind.

—Por ahora lo dejaré pasar, porque los demás tienen prisa por marcharse. Pero no volverás a eludir esta conversación.

Sus palabras pasaron junto a ella demasiado lejos, mientras cada uno de sus pensamientos era consumido por la cuestión de cómo podría ganar tiempo una última vez. Una última vez, de verdad.

—Si le quito la piedra de las hadas a Kian, lo sabrá —dijo probando suerte.

—¿A quién le importa? Gracias a la piedra, eres muchas veces más fuerte que él.

—Mientras estemos en su tierra, puede movilizar más fuerzas contra mí. Deberíamos esperar hasta que estemos en Estraora.

—Aunque toda la posada te atacara, serías superior a ellos.

—¿De verdad debería ser mi primer acto en el cargo iniciar un conflicto con Oritea? Si procediera con más sutileza…

—Basta de réplicas. Derriba a Kian y consigue la piedra.

Por un momento, Fayette consideró hacer lo que Reena exigía. Pero, ¿cuál sería la consecuencia? Sí, habría ganado un poco más de tiempo, pero este no prometía ser muy agradable de todas formas, ya que lo pasaría explicándoselo todo a Noah. Además, existía el riesgo de que todo el trabajo recayera sobre él, porque Kian estaría furioso y Noah tendría que llevar la piedra a la Fuente solo. No, era mejor que Noah y Kian lo hicieran juntos.

Sus labios temblaron al responder:

—¿Y qué ocurre si me niego?

Fayette casi puso los ojos en blanco ante sí misma. Si uno buscara *últimas palabras* en un diccionario, esta frase seguramente estaría entre las tres primeras entradas. Pero bueno, no tenía por qué morir con elegancia en la recta final. Por todos los cielos. El cinismo le quedaba mejor a Eyra que a ella.

—Entonces has dejado de serme útil. Hay suficientes hadas aquí. Y estoy segura que alguna de ellas estaría dispuesta a ocupar tu lugar.

Fayette miró alrededor. Las hadas se habían retirado un poco más en el bosque, pero los puntos luminosos entre las hojas y las ramas revelaban que seguían allí.

—Tendrían que pasar primero por Kian. Y a diferencia de mí, no tienen los poderes necesarios para derrotarlo a él y a sus compañeros.

No era su argumento más sólido. Si todas lo atacaban al mismo tiempo, podrían tener alguna posibilidad. Pero Fayette sería capaz de hablar hasta marear a la mismísima Muerte si fuera necesario.

—Deja que ese sea mi problema. No tengo uso para una reina que me desafía.

Otra sacudida recorrió su cuerpo y la derribó al suelo. Luego, una succión se formó en su pecho, esa con la que acababa de familiarizarse. Fayette cayó hacia delante, sobre sus manos y rodillas, y jadeó mientras la magia la abandonaba.

Noah estuvo a su lado en un instante.

—¿Fay? —Se arrodilló frente a ella y tomó su rostro entre sus manos para que levantara la mirada hacia él*—. ¿Qué pas…?* —Se detuvo y frunció el entrecejo*—. Tu resplandor azul ha desaparecido por completo.*

Sus ojos se abrieron de par en par y soltó varias maldiciones. Mientras tanto, Fayette se dejó caer de costado y se acurrucó hecha un ovillo. Apoyó la cabeza en el regazo de Noah. Tal vez no había mejor lugar para morir.

—¡Dime que no es cierto, Fay! —gruñó Noah—. *Maldita sea, deberías habérmelo dicho.*

—No habría cambiado nada.

—¡Podríamos haber encontrado una solución juntos!

—¿Qué le pasa? —La figura borrosa de Kian apareció en su campo de visión.

—Debe haber tocado la piedra de las hadas por accidente. Y ahora, al parecer Reena quiere quitarle algo que no está dispuesta a dar.

Le dio crédito a Noah por asumir que había sido un accidente. La conocía demasiado bien.

—*Lo saben* —susurró Fayette a Noah en silencio—. *Los dioses descubrieron nuestro plan. Pero Reena piensa que solo Kian quiere destruir la piedra de las hadas. Me negué a quitársela.*

Como si buscara una solución, Noah miró alrededor. Su mirada se detuvo en el elfo.

—Dame la piedra.

—¡De ninguna manera!

—¡Tengo que salvarla!

—Ya no puedes hacer nada por ella.

Noah se inclinó hacia ella y besó su sien.

—*No dejaré que te mate.* —Apoyó su cabeza en el duro suelo con suavidad y luego se puso en pie de un salto.

Fayette deseaba saber qué estaba planeando, pero su último vestigio de magia se desvanecía y la oscuridad velaba sus ojos. Solo escuchaba los sonidos de la lucha, que llenaban el aire con un siniestro crepitar. Energías mágicas silbaban a su alrededor y el suelo temblaba bajo fuertes impactos, mientras que ocasionales estallidos agudos rasgaban el silencio. Todo ello se iba alejando cada vez más, el ruido haciéndose más y más débil hasta que se apagó como un eco lejano. Si la batalla se había trasladado a otro lugar o si ella estaba hundiéndose en un merecido sueño, no lo sabía. Estaba cansada. Muy cansada. Sus párpados se volvían más pesados y sus pensamientos más difusos. El deseo de solo dejarse ir la envolvió como una suave manta… así que se dejó llevar y dio la bienvenida a la libertad que la esperaba tras el oscuro velo.

11

PATRICIA



Según algunas leyendas populares, Veridion prohíbe a sus reyes abandonar Vallesland. Los hechos también lo corroboran. En las guerras que libraron, siempre permanecieron en su propio país, expandiendo sus fronteras poco a poco. Las negociaciones diplomáticas tenían lugar exclusivamente en Reundaris; organizaban recepciones de estado, pero nunca asistían a ninguna. Incluso cuando formaban alianzas para defenderse de los enemigos, el rey siempre permanecía en su reino mientras sus generales luchaban en el frente. Todo esto podría, por supuesto, señalar con la misma facilidad a reyes un tanto perezosos o caseros. Pero quizás también sea una señal de que la esmeralda del bosque debe permanecer en el país.

Carta de Remond Everlight a Saul de Eisenburg, compañero de su hija

La pálida luz matinal se filtraba por las ventanas destrozadas mientras un suave susurro flotaba por la sala, como si la propia naturaleza llamara a Saul. Entremezclado con ello estaba el crepitar irregular del fuego que bailaba en los dedos de Patricia, acompañado por el crujido de las enredaderas que subían por el cuerpo de Lianneh.

—No puedes matarme —canturreó Lianneh, con una fría sonrisa en los labios, aunque las ramas ya estaban envolviéndole los hombros—. Además, necesitas detener a los Reklaren antes de que maten a tu esposa. Esta tarde, escuché que Sedar está reuniendo a todos los aquelarres de druidas. Mi padre le echó una buena bronca, y él habrá sacado sus propias conclusiones. Seguro que pronto invadirán, y su ira se dirigirá contra ambos.

—Oh, puedo defenderme —respondió Saul, sin inmutarse.

Patricia observaba la escena con creciente inquietud. No le gustaba que Saul aparentemente contara con seguir utilizando la esmeralda.

Este, por su parte, se acercó a la elfa del bosque, el parpadeo de la piedra se reflejaba en sus iris aún verdes.

—Pero con gusto les dejaré un pequeño regalo. Que se ocupen ellos de ti.

Lianneh le sostuvo la mirada con cinismo.

—Entonces déjame ser más clara —espetó con brusquedad—. Me juraste lealtad con un beso, y ese juramento te obliga a protegerme. Como elfo invernal, necesitarás práctica para controlar la piedra a largo plazo. Dámela, y podré defendernos a los dos.

La sonrisa que se extendió por su rostro hizo que Patricia se estremeciera. No era una sonrisa de Saul, sino algo ajeno, arrogante.

—Te gustaría eso, ¿verdad? —Hizo una pausa, como sopesando sus palabras—. No me pasó desapercibido que pusiste todo en ese beso. Puede que no lo disfrutara tanto como debería haberlo hecho un marido recién casado, pero siendo sincero tomé nota de tus esfuerzos.

Lianneh lo miró con fijeza, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en rendijas.

—En retrospectiva, entiendo por qué esa garantía era tan importante para ti —continuó Saul—. Después de todo, existía un riesgo residual de que yo resistiera la magia verde de la esmeralda. Sin embargo, debo decepcionarte: para tu desgracia, mi lealtad ya está comprometida desde hace tiempo.

La cabeza de Lianneh se giró de golpe hacia Patricia, luego volvió a mirar a Saul.

—Afirmaste que ese era tu primer beso. Que aún no habías hecho un juramento de lealtad.

Saul le dedicó una sonrisa de superioridad.

—Sí, ese fue nuestro primer beso. Y sí, Patricia y yo no hemos establecido un vínculo de compañeros, ni con ese beso ni antes. Mi lealtad pertenece a otra mujer… Eyra Everlight, la conoces.

Lianneh parpadeó, apareciendo profundas arrugas en su frente.

—¿La prometida de tu hermano?

—La misma, sí —respondió Saul jubiloso—. Y nunca he estado más agradecido por ese vínculo, porque significa que no tengo ninguna obligación de velar por tu bienestar.

Lianneh resopló, su rostro contorsionándose de rabia.

—Pero no saldrás de aquí. La naturaleza no te permitirá llevarte la esmeralda de un país tan rico en naturaleza como Vallesland hacia el frío.

Otra mentira. *¿Por qué huir? A una pareja recién casada seguramente se le permite tomar una luna de miel en la tierra natal del rey, ¿no?* El padre de Eyra ya les había advertido, y Lianneh también sabía desde el principio lo difícil que sería salir del país con la piedra.

—Convoqué a nuestro hipogrifo hace tiempo. Volaremos sobre los bosques.

—Y yo le rompí el cuello al mirlo de nieve que estaba apostado en Reundaris antes de que pudiera entregar ese mensaje —siseó Lianneh.

Patricia se sintió enferma. Pobre pájaro. Además, sin un hipogrifo, no tenían la más mínima posibilidad de llegar a la Fuente a tiempo. Su ira estalló, una bola de fuego ardiendo alrededor de su puño cerrado mientras avanzaba hacia Lianneh.

Los ojos de esta se ensancharon.

—Podemos hablar de lo que sea, Patricia. Te dejaré a Saul, este matrimonio es nulo si tú…

Fue interrumpida por un fuerte estruendo cuando las puertas dobles se abrieron de golpe con toda su fuerza. Sedar entró en la

sala, seguido por varios druidas con túnicas oscuras y báculos en las manos.

Lianneh se rio.

—Al menos ahora estamos en el mismo barco.

Sedar examinó la escena con mirada penetrante, sus ojos recorriendo a la cautiva Lianneh, deteniéndose en su vestido de novia y luego pasando a Saul y la esmeralda resplandeciente.

—Así que tenía razón desde el principio. —Levantó su báculo como un dedo amenazador.

Patricia se acercó a Saul, mientras las llamas seguían lamiendo sus manos.

—La tenías. Pero parece que ambos fuimos llevados por la nariz por Lianneh —dijo Saul sin rodeos.

El druida dejó escapar un resoplido despectivo.

—Lo que explica por qué la ataste. —La magia verde se concentró alrededor de la punta de su bastón, que ahora apuntaba al pecho de Saul.

Este último por su parte, apretó las ramas alrededor de Lianneh y, con perfecta compostura, se volvió hacia Sedar.

—Negociemos.

La atención de Sedar estaba fija en la esmeralda del bosque.

—No me someteré a ti, si eso es lo que pretendes proponer. Un elfo invernal queriendo liderar nuestro país… Qué broma. Solo que no me hace gracia.

Saul sonrió mostrando los dientes.

—Entonces eres afortunado que no tenga intención de gobernar este país. Puedes quedártelo, no me importa.

Los labios del druida se curvaron.

—¿Cuál es la trampa?

Saul levantó la cadena alrededor de su cuello, dejando que la esmeralda colgara.

—Me llevo la esmeralda conmigo.

—No lo permitiré. —Sedar dio un paso adelante, pero uno de los otros druidas le puso una mano en el hombro y lo contuvo.

Saul sonrió.

—Eso, sin embargo, podría ser un conflicto de intereses. —Cerró el puño alrededor de la gema. Al instante, comenzó a brillar intensamente. Rayos de luz atravesaron sus dedos, bañando el entorno en una luz verde parpadeante.

Los hombres retrocedieron, y otra sonrisa se dibujó en el rostro del elfo invernal.

—¿Qué es más importante para ti? —preguntó con voz fría—. ¿La piedra o el país? —Dio un paso adelante, y todos menos Sedar retrocedieron para mantener una distancia segura. La punta del bastón del druida ahora flotaba justo delante de su pecho—. Te ofrezco el trono. Pero debes defenderlo con tu propia fuerza, no como un títere de los dioses. A cambio, aseguras que Patricia y yo salgamos del país con la esmeralda sin ser molestados.

—Sedar, no caigas en su… —comenzó Lianneh, pero una enredadera se disparó sobre su rostro, amordazándola. Saul ni siquiera tuvo que mirar.

El druida entrecerró los ojos.

—¿Y por qué debería confiar en ti? Me mentiste cuando hiciste pasar a esta mujer —señaló con el mentón a Patricia— por tu esposa.

—Con todos mis respetos, me tuviste atado, sacaste un cuchillo y amenazaste con matarme. Creo que eso justifica mi engaño.

—¿Quién dice que no volverás para reclamar el trono con la ayuda de la piedra? —Su mirada estaba fija en él.

—Eso no sucederá. Tienes mi palabra.

—¿Si quiera puedes manejarla? Tendrás que usar sus poderes. No será fácil arrancarla de Vallesland. Está conectada a esta tierra, hasta las raíces más profundas de cada árbol.

—Tengo cierta experiencia con la magia verde, pero no en la comunicación con la naturaleza. —Sonrió—. Y ahí es donde entras tú.

Sedar miró hacia atrás a uno de sus hombres. En el momento en que asintieron el uno al otro después de una larga mirada compartida, quedó claro que habían mantenido una conversación silenciosa.

Se volvió hacia Saul de nuevo y bajó su bastón.

—Muy bien, los ayudaremos hasta la frontera. Siempre que hagas un juramento divino de no volver a pisar este país nunca más.

—Me conviene hacer un juramento. Después de todo, necesito estar seguro de que en verdad nos ayudarás a sacar la esmeralda del país. Dime, ¿tienen algún animal aéreo?

El druida se rio en voz baja, un sonido áspero, casi burlón.

—No. Quien viene a Vallesland debe demostrar que es digno de la tierra que pisa. Y quien desea irse está sujeto a las mismas leyes. No hay atajos.

Patricia recordó la inquietud de Gypara por el mero hecho de volar sobre este país, y mucho menos aterrizar. Parecía que sus preocupaciones no habían sido infundadas. Para su plan, esta información era un desastre.

—No llegaremos a la Fuente a tiempo —le dijo a Saul. A pie, tardarían días solo en llegar a la frontera.

Su pecho subió y bajó, su expresión cambiando de triunfante a resignada.

—Iremos tan rápido como sea posible. Y hasta que lleguemos allí, solo podemos rezar para que no les suceda nada a los demás.

A Patricia se le escapó una risa seca ante su elección de palabras. Ella ya no rezaba. A nadie.

—Entonces, ¿qué será? —insistió Sedar.

En respuesta, Saul levantó la mano. La magia ancestral centelleaba alrededor de sus dedos, arremolinándose en pequeños torbellinos. Sedar siguió su gesto, sus movimientos reflejándose el uno al otro en silencioso acuerdo. Repitieron sus intenciones una vez más, y segundos después, quedó sellado. Los druidas les ayudarían a salir del país. Para ello, Saul tendría que usar la gema durante más tiempo del que a ella le gustaría.

12

FAYETTE



Los reyes de Oritea sufrieron durante mucho tiempo bajo la corona con la piedra de las hadas. Tomen en serio esta precaución; nace de un gran sufrimiento y años de renuncia a la magia.

Carta de Remond Everlight a su hija adoptiva Fayette Dupont

Fayette intentó levantar los párpados, pero estaban tan pesados que no pudo. Un profundo agotamiento la invadía, y un olor a humedad llegó hasta su nariz. Bajo ella, sentía piedra fría y dura.

Se incorporó para frotarse los ojos, pero un dolor agudo le cortó las muñecas y una resistencia le sujetó los brazos. Tiró de ella, provocando un suave tintineo. El movimiento de sus piernas también estaba restringido. ¿Estaba encadenada?

Abrió los ojos de golpe y vio doble: dos ventanas de mazmorra, dos juegos de barrotes, dos Aryanas sentadas en un arcón tras los barrotes, con los pies colgando. El pánico se apoderó de ella. ¡Estaba encerrada!

Un sudor frío le brotó en la frente mientras las imágenes gemelas se fundían lentamente, pero su visión seguía borrosa y sus extremidades estaban tan pesadas que no podía reunir fuerzas para ningún otro movimiento.

—¿Qué pasó? —graznó. Tenía la boca seca como un hueso.

—En primer lugar, me disculpo por las medidas de seguridad.

—¿Me tienes prisionera? —preguntó, señalando lo obvio.

Una tormenta turbulenta de emociones se formó en su interior, dispersando sus pensamientos como hojas en diferentes direcciones y una opresión constrictiva se extendió por su pecho. Cada fibra de su cuerpo estaba tensa, lista para huir, pero era justo lo que se le negaba. Quería salir. Tenía que salir. ¿Cómo podía un hada hacerle esto a otra?

La Reina de Oritea hizo una mueca.

—Lo sé, para nuestra especie, este es el castigo definitivo. Pero sería demasiado arriesgado dejar que la Reina de las Hadas reinante ande libre.

Reina de las Hadas. Esa palabra la devolvió a la realidad como el tintineo de una pequeña campana, y los acontecimientos ocurridos se arremolinaron ante sus ojos.

Parecía que se estaba convirtiendo en un hábito para ella despertar destrozada y desorientada. Y cada vez, los recuerdos que la asaltaban eran más despiadados. Primero su caída, luego su muerte inminente y ahora la incertidumbre de lo que le había sucedido a Noah.

—¿Dónde está?

—¿Te refieres a la piedra o a tu compañero?

—Me importa un comino la piedra. Estoy hablando de Noah.

Aryana se encogió de hombros.

—La respuesta sería la misma de todos modos. Se ha marchado con la piedra y se está escondiendo en algún lugar de las montañas de Bramenia.

Maldita sea. Era la dirección contraria desde la Fuente.

Solo ahora se preguntaba por qué aún no estaba muerta. ¿Cómo había logrado Noah convencer a Reena para que la dejara vivir? ¿Y qué precio pagó por ello? La diosa no la había perdonado sin un alto precio a cambio. No encontraría las respuestas en esta mazmorra, pero si quería salir de aquí, primero tenía que ganarse la simpatía de Aryana. La única pregunta era si podía hablar con libertad. ¿La diosa

todavía estaba con ella? Según Madame Moryena, ninguna distancia en el mundo podría romper su conexión.

Fayette ignoró sus extremidades doloridas y se incorporó en una posición más erguida usando los barrotes.

—¿Reena?

No respondió, pero eso no tenía por qué significar nada. Quizás no quería revelarse.

Fayette volvió su atención hacia Aryana.

—Escucha, lo siento. Todo salió mal. No tenía intención de tocar la piedra de las hadas. Beatrix cayó muerta, y cuando la gema rodó por el suelo, tocó mi tobillo. Eso fue suficiente para ser elegida por Reena. No le dije nada a Noah porque sabía lo mucho que le alteraría. Y tenía razón, como ahora podemos ver. Estaba desesperado, de lo contrario no te habría traicionado. Reena quería matarme. Acusó a Kian de querer arrojar la piedra a una fuente. — La miró con intención, haciéndole saber que debía seguirle la corriente.

Aryana primero frunció el entrecejo, luego sus facciones se suavizaron, y con un asentimiento apenas perceptible, mostró que había entendido.

—Continúa.

—La diosa me exigió que le quitara la piedra de las hadas a Kian. Cuando me negué, intentó matarme. Esa es la única razón por la que Noah tomó la piedra. ¿Cómo logró siquiera dominar a Kian y sus compañeros? No tiene tanta magia.

—Pero tiene un impresionante gancho de derecha y un hipogrifo bastante veloz. En algún momento, Ryanoch no pudo mantener el ritmo. La desesperación puede desatar una fuerza inesperada. Sabíamos que lo hizo para salvarte.

—¿Entonces me crees?

Aryana se mordió el labio mientras la estudiaba en silencio. Sus piernas ya no se balanceaban, sino que estaban cruzadas.

—Veremos si Noah confirma todo esto cuando lo capturemos.

—¿Todavía tienen una pista sobre él?

Aryana no respondió, y no podía culparla.

—¿Así que me mantendrán aquí hasta que lo encuentren y destruyan la piedra? —Reena estaba convencida de que Kian era el culpable, y no podía hacer daño alimentar más esa sospecha.

—No tendremos otra opción. No sabemos qué poderes posees.

Ella tampoco lo sabía. En este momento, no se sentía ni fuerte ni regia de ningún modo. Levantó los brazos y señaló con la barbilla hacia los grilletes.

—¿De verdad son necesarias estas cosas? —La mera visión de ellos hacía que sus manos se humedecieran.

—Más vale prevenir que lamentar. Te mantendrán en tu forma humana. Y hay demasiado en juego. —De un salto, bajó al suelo—. Deberías habernos confiado esto, Fayette. Ahora no puedes esperar ningún tipo de confianza de nuestra parte.

Por desgracia, era una lógica muy convincente.

—Está bien. Pero, ¿podría al menos tener algo para beber?

—Hay agua y algo de comer para ti ahí. —Señaló hacia la celda antes de desaparecer por un arco tras el cual una escalera conducía hacia arriba.

Débilmente, y lo mejor que le permitían las cadenas, alcanzó el vaso sobre el taburete de madera que había pasado desapercibido antes. Una vez saciada su sed, comenzó con el pan seco. La última comida perfecta.

Mientras masticaba, trató de apartar su ansiedad y evaluar la situación con la cabeza fría. ¿Habría pasado ya la hora en que debían encontrarse en la Fuente? No lo sabía. Lo único que tenía claro era que toda su familia estaba en peligro, porque uno de los demás había sido descubierto. Y en cuanto a Noah, no sabía qué deseaba más: que Kian y Aryana lo atraparan, o no. Según la reina, él estaba en la provincia norte de Oritea, así que ya no parecía estar siguiendo el plan original. ¿Qué le habría prometido a Reena para perdonarle la vida?

—*¿Reena?* —llamó de nuevo, esta vez no para exponerla como una espía, sino porque de verdad quería hablar con ella.

De nuevo, no ocurrió nada.

¿Era posible que ya no fuera la Reina de las Hadas? ¿Quizás la diosa eligió a alguien más? Dada su persistente debilidad y el aura

azul desaparecida, no era tan descabellado.

Escuchó dentro de sí misma, buscando su magia, atrayéndola, pero esta respondió con timidez, casi como un animal asustado que no se atreve a salir de su escondite. Considerando su situación, no podía culparla. Estar encerrada en un calabozo con grilletes en brazos y piernas no inspiraba para nada una sensación de libertad. Lo intentó de nuevo y sintió una suave resonancia dentro de ella que no provenía de sus propios poderes. Más bien, le recordaba al poder que se había apoderado de ella cada vez que la diosa le había hablado.

¿Quizás tenía que encontrar y convocar esta magia ancestral dentro de sí misma para contactar con la diosa? Cerró los ojos e hizo todo lo posible para amplificar esa pequeña chispa concentrándose en ella. Al principio, sintió que iba por el camino equivocado, pero luego el aire comenzó a vibrar.

No hacía mucho había utilizado magia ancestral sin pensarlo demasiado para sellar un acuerdo; ahora se acercaba a este poder con mucho más respeto. Aun así, continuó e hizo otro intento.

—¿Reena?

—Fayette. —La voz de la diosa era tan fría que habría superado incluso a la última Suma Sacerdotisa.

Eso al menos aclaraba la cuestión de si seguía siendo la Reina de las Hadas.

—¿Dónde está Noah? —preguntó de forma directa.

—Como si fuera a decirte eso. Podrías intercambiar ese conocimiento por tu libertad.

—¿Por qué me perdonaste la vida?

—Tu compañero se llevó la piedra y, a cambio, te dejé vivir. Un acuerdo simple.

Fayette arrugó la nariz pensativa.

—¿Cómo te estás comunicando con él? Solo puedes hablar con las hadas que están cerca de la piedra.

—Incorrecto. Puedo hablar con cualquiera que esté cerca de ella. Es solo que no me interesan otros seres mientras haya hadas cerca.

—Entonces, ¿qué sucede ahora?

—Puedes pudrirte en este calabozo por lo que a mí respecta. Estoy buscando a una Reina de las Hadas que demuestre ser digna de gobernar a su pueblo.

¿Demostrarse digna? Más bien un hada que no replicara.

—La situación es bastante cómoda en este momento —continuó la diosa—. *Gracias a su miedo de que todavía pueda matarte, tu elfo invernal es controlable. Así que me ayudará en mi búsqueda.*

¿Lo haría de verdad? ¿Cambiaría su misión por la vida de ella y entregaría la piedra a algún hada que estuviera dispuesta a servir a la diosa? Esperaba que la respuesta fuera no.

—¿Está bien? ¿Cómo está?

—Como cualquiera que está huyendo. Debemos evitar que Kian y sus camaradas lleven a cabo su plan.

Así que Reena seguía creyendo que era Kian quien quería arrojar la gema a la Fuente. Eso era bueno. Pero lo demás la preocupaba sobre manera. Reena estaba controlando a Noah chantajeándolo con su vida. El pensamiento le hizo que se le cerrara la garganta; el trozo de pan en su estómago amenazaba con volver a subir.

¡Tenía que hablar con él! Pero para hacer eso, primero tenía que salir de aquí.

—Sí, he cometido errores. Debería haber obedecido tu orden. ¿No hay nada que pueda hacer a cambio de que me concedas suficiente magia para escapar? —Esta sumisión le dejaba un sabor amargo en la lengua, pero era un arma que no debía subestimarse con seres sedientos de poder.

Reena no respondió de inmediato, lo que Fayette tomó como buena señal. Así que se mantuvo en silencio y esperó lo que vendría. Estaba bastante segura de que no le gustaría lo que le exigiría, pero todo tenía su precio.

—Sométete a mi voluntad, júralo, y te liberaré.

Por supuesto que no. Eso la convertiría en su marioneta por el resto de su vida.

—Es demasiado. ¿Qué es exactamente lo que necesitas de mí?

—Tú eres la que está en prisión, no yo.

—¿Quizás podría serte útil de alguna otra manera?

Silencio de nuevo.

—Ayuda a Noah a mantener la piedra lejos de Kian y de Aryana. Pero después de eso, tu utilidad habrá terminado, de una vez por todas.

Fayette había conseguido tantas prórrogas de la diosa que dudaba de la finalidad de su amenaza.

—De acuerdo.

No estaba ansiosa en absoluto por sellar su trato con magia ancestral, en especial después de que Remond le hubiera advertido contra jurar ante los dioses. Pero poco a poco se estaba acostumbrando a precipitarse hacia su propia perdición. Y así alcanzó la magia ancestral, que se había hecho más fuerte desde que Reena comenzó a hablar con ella.

—Ayudaré a Noah a mantener la piedra de las hadas lejos de la pareja real de Oritea. A cambio, me concederás suficiente magia para escapar de este calabozo.

Un torbellino de magia arremolinó todo el polvo de la celda, y entonces ya no hubo vuelta atrás.

Como siempre que hacía un pacto de este tipo, sintió de repente la necesidad de cumplir con su parte del trato. Se puso en pie, llena de determinación, al menos hasta donde le permitían sus cadenas, y cayó de nuevo sobre su trasero cuando una oleada de magia la golpeó. Azul, nada más que azul la atravesó, pareciendo sumergirla bajo el agua, cortándole el aire y devorándola. Un dolor palpitante se extendió tras su frente mientras la magia la arrastraba como un remolino invisible. El pánico creció en su interior, y la pregunta de si Reena estaba tomando venganza de esta manera cruzó por su cabeza, pero al momento siguiente la magia retrocedió igual de rápido a como vino.

Durante unos instantes, esperó para ver si la diosa volvería a hablar. Al parecer, todo estaba dicho, pues su divina presencia abandonó la celda.

El hada respiró profundo y miró con satisfacción el resplandor azul que había regresado a su piel. Era más sutil que la última vez, lo que resultaba demasiado práctico para su plan, así no brillaría como una luciérnaga que pudiera verse desde una gran distancia.

Con esta actitud positiva, se volvió hacia sus grilletes, que yacían fríos y pesados alrededor de sus muñecas y tobillos. Aryana mencionó que estaban diseñados para mantenerla en su forma humana. Tras un primer intento de romper las cadenas con su recién adquirida magia, se dio cuenta de que suprimían el uso de la magia en general. Cada nuevo intento de canalizar su poder se sentía como chocar contra una pared invisible. Pero el poder que Reena le concedió tenía que ser lo bastante grande como para liberarla. De lo contrario, el juramento no habría liberado a la diosa de su obligación.

Cerró los ojos, respiró profundo, y dejó que sus pensamientos fluyeran hacia su constante anhelo de libertad. Se entregó a este sentimiento mientras retorcía los grilletes en sus muñecas, el símbolo tangible de su encarcelamiento. Con cada traqueteo de las cadenas, dirigía su poder, concentrándolo en las esposas. Su magia no penetraba en los grilletes para destrozarlos. Más bien fluía a través de ellos como el agua, moldeando la piedra no con fuerza sino con persistencia. Rastreó la energía familiar que empujaba a través de la barrera de los grilletes como si buscara una grieta que pudiera ensanchar. El metal vibró, un zumbido bajo llenó la celda, y por fin observó cómo la magia azul doblaba el hierro. Lentamente, el material cedió, poco a poco, hasta que los grilletes se rompieron con un suave crujido, dejando marcas sangrientas en su piel.

En cuanto quedó libre, la magia azul se desplegó en toda su extensión, inundando la celda como una tormenta desatada de forma repentina. El suelo tembló bajo la fuerza de la energía mágica, y el azul radiante se deslizó por las paredes como si también buscara una vía hacia la libertad. Se levantó con energía, ganando fuerza con cada respiración, y el opresivo encierro del calabozo retrocedió al fondo como un recuerdo desvanecido en el tiempo.

Sin vacilar, dejó que su forma se encogiera, y con un rápido batir de alas, se impulsó. Sin esfuerzo, se deslizó entre los barrotes, voló a través del arco y subió las escaleras. El resplandor azul que la rodeaba era mucho más brillante que las antorchas que iluminaban el corredor. Ahora sí que era una luciérnaga. Que así fuera.

Hizo una pausa al oír un ruido sordo a sus espaldas. Pasos. Guardias. Su fuga no pasó desapercibida.

Se apresuró, pero uno de los hombres la divisó y pedía refuerzos. Las órdenes resonaron en las paredes desnudas, y al momento siguiente, dos elfos uniformados irrumpieron por la esquina.

—¡Ahí está!

Fayette nunca había aprendido a luchar con magia. Si lo intentaba, se haría más daño a sí misma que a sus atacantes; así que escudriñó su entorno. No había ventana. La única salida era una puerta con herrajes pesados que jamás podría abrir en su forma de hada.

Un guardia le lanzó un rayo de magia. Lo esquivó justo a tiempo, pero el estrecho corredor ofrecía poco espacio para maniobrar. Le arrojaron una red de hierro, pero las cadenas solo rozaron las puntas de sus alas.

Se dirigió hacia la puerta, y justo cuando estaba a punto de transformarse de nuevo en su forma humana, divisó un conducto de ventilación en la pared. Cambió de rumbo con un movimiento errático y se metió en la abertura, por la que soplaba el fresco aire nocturno hacia ella. Con las alas plegadas, se empujó por el túnel, una odisea, ya que odiaba los espacios estrechos. Sin embargo, al otro lado fue recompensada con un cielo nocturno despejado que se extendía muy por encima de ella. ¡Libertad!

Fayette aspiró el aire fresco en sus pulmones y, con cada respiración, la aplastante sensación de cautiverio se alejaba un poco más. Sus alas se desplegaron en toda su gloria y se elevó hacia el cielo. Desde arriba, el castillo parecía pequeño e insignificante, su miedo desvaneciéndose con cada metro que ponía entre ella y aquellas paredes que la confinaban.

Desde la distancia, observó cómo estallaba un frenesí general debajo de ella. En las almenas, en los jardines, en el patio del castillo, diminutas figuras corrían por todas partes, buscándola. Antes de que las hadas u otras criaturas aladas pudieran volar tras ella, dejó atrás el castillo y cruzó los interminables campos de trigo que rodeaban Pateria. Pronto se sumergió en el bosque protector,

que atravesó en dirección norte. No tenía idea de cómo encontrar a Noah, pero sabía que Bramenia se encontraba en esa dirección.

En circunstancias normales, su magia se habría agotado, pero gracias a su acuerdo con la diosa, esta la llevaba más y más lejos. ¡Tenía que ayudar a Noah a proteger la piedra de Kian!

Después de volar durante unas horas, sintió la presencia de Reena. Descendió de forma rápida, buscando protegerse de su caprichosa voluntad. La diosa ya la había arrancado del cielo una vez, y no tenía ningún deseo de repetir la experiencia.

—*Ya no te necesito.*

Con estas palabras, una sacudida la atravesó. Fayette jadeó en busca de aire y se dirigió hacia el claro iluminado por la luna que tenía debajo para aterrizar. Con sus últimas fuerzas, descendió sobre un lecho de musgo, justo a tiempo, antes de que la magia se drenara de ella.

Quizás debería haberla tomado en serio esta vez. Había desafiado, burlado y ridiculizado a la muerte tantas veces que solo era cuestión de tiempo antes de que esta dejara de tolerarlo. Pero no quería afligirse en sus últimos momentos. Con un suspiro que liberó toda su tensión, se hundió más en el suave suelo del bosque, escuchando el susurro del viento, el suave crujido de las hojas, el lejano ulular de un búho. Sus poderes disminuían con cada momento que pasaba; su cuerpo y párpados se volvían más pesados. Con todas sus fuerzas, concentró sus pensamientos en Noah, conjurando su imagen en su mente e imaginando lo que él le diría como palabra de despedida. *No te metas en problemas, dondequiera que vayas ahora.* Sí, él diría algo así, si hubiera aceptado su muerte.

De repente, fue como si pudiera sentirlo… como a través de una cinta azul brillante que la estaba atrayendo en su dirección.

—*¿Noah?* —llamó, pero no recibió respuesta—. *¿Noah?* —Estaba segura de que él se encontraba cerca, sin saber por qué.

Para su asombro, la fuerza que le estaba robando su magia disminuyó hasta detenerse por completo. Hizo una pausa, esperando a ver qué sucedería ahora, si esto era un juego cruel de la diosa. Cuando no ocurrió nada, abrió los ojos y evaluó su situación. Estaba

viva, y nada indicaba que eso fuera a cambiar. Su resplandor azul había desaparecido por completo y, sí, su propia magia también se agotó, por lo que pronto no podría mantener su forma de hada. Pero sentía que podría reponer sus reservas si pasaba un poco de tiempo en este prado de flores. Una risa seca escapó de ella. Parecía que una vez más se había preparado para la llegada de la muerte de manera demasiado teatral. Aun cuando parecía que hoy tampoco iba a visitarla.

Pero su alivio se desvaneció tal como llegó.

Ya no te necesito.

Las palabras resonaban en su mente. Reena había estado buscando un digno sucesor… y al parecer lo había encontrado.

Tenía que llegar hasta Noah. Él estaba aquí en alguna parte, estaba segura… Se detuvo, recordando el enjambre de hadas que estuvo esperando en los árboles fuera de la posada. Viajaron hacia ella, porque la sintieron.

La revelación la golpeó como un rayo. La conexión con él, la atracción en su dirección, no era nada especial. Era una entre innumerables, todas corriendo hacia el nuevo Rey de las Hadas.

13

EYRA



No creerías la cantidad de veces que entraron personas a mi tienda exigiendo un ritual que les otorgara poder de los dioses. Me negué todas y cada una de esas veces, pero es seguro que probaron suerte en otra parte. Así que es razonable asumir que hay muchos más discípulos por ahí de los que uno podría pensar a primera vista.

Nota de Vivienne Moryena

—¿A *dónde vuelas?* —retumbó Emberis.

Mientras su poder se asentaba sobre Eyra, un temblor recorrió las escamas negras de Belgor, una onda que se extendió desde su cabeza hasta su cola. Vaciló, como si el peso invisible de la magia ancestral estuviera perturbando su sentido del equilibrio, pero después de unos cuantos aleteos, se enderezó y continuó planeando a través de la noche.

—Nos mantenemos en la sombra de las montañas. Pronto acamparemos para pasar la noche. —Miró hacia atrás a Zeros, que seguía pisándoles los talones desde las últimas horas. Aunque aún no había intentado atacarlos, estaba segura que solo era cuestión de tiempo—. *Ya que te tengo aquí, me interesaría saber qué está planeando Lyra.*

—¿Preocupada, Eyra? —Sonaba divertido.

En general, había estado mostrando un nivel insoportable de suficiencia desde Tallesfeld. Y no podía negar que estaba justificado. Les tendió una emboscada en la fortaleza, siempre yendo un paso por delante de ellos, y para empeorar las cosas, ahora conocía sus verdaderos planes.

—*¿Qué quieres de mí?* —Tenía que haber una razón por la que se ponía en contacto con ella.

—*Quiero discutir contigo los detalles de la guerra.*

—*Como bien sabes, aún no está todo perdido. Me ocuparé de la primera parte del juramento a mi manera.*

—*¿Es así?* —preguntó, alargando las palabras, y ella tuvo la sensación de que él tenía otra ventaja de información—. *Repasemos las partes de tu juramento, empezando por el principio: una vez que hayas conseguido controlar tus poderes, pero no más tarde de un mes antes de la Ceremonia de Invierno…* —Hizo una pausa—. *Ah, sí. Ahí es donde empiezan los problemas.*

—*¿Qué pasa con esa parte?* —le espetó Eyra, agarrando con más fuerza la cresta de Belgor cuando una ráfaga de viento lo arrastró hacia un lado—. *La Ceremonia de Invierno aún está a un mes y tres días.*

Sí, su calendario estaba apretado, pero aún era factible. Habían planeado reunirse en la Fuente un día antes de la fecha límite, que no era hasta pasado mañana.

—*Eso es correcto. Solo que tu compañero no saldrá de Vallesland a tiempo. Lo sé por una fuente fiable.*

Eyra apostaría a que el nombre de esa fuente era Veridion.

Intentó reevaluar la situación con esta nueva información. Al menos significaba que Saul estaba vivo. Pero si en realidad llegaba tarde, Emberis tendría razón; tendría que prepararse para la guerra. Con solo pensarlo, algo cambió dentro de ella, como si los engranajes de un mecanismo se entrelazaran de nuevo, poniendo en marcha otra parte del juramento.

—*¡Ya veremos! ¡Aún tenemos dos días!* —soltó para rechazar tanto al juramento como a Emberis. Pero la obligación de cumplir su promesa se asentó como un lazo invisible alrededor de su cuello.

Para calmarse, cerró los ojos y se concentró en la fresca brisa nocturna que acariciaba su rostro y en el constante batir de las alas de Belgor. Todavía tenían dos días, se repitió. Dos días. Nada estaba decidido hasta entonces.

—Bien, continuemos —prosiguió el dios—. *Según la segunda sección: encontrarás el cristal de hielo, derrocarás a Lorelai y te asegurarás de que la piedra no pueda volver a utilizarse nunca dentro del plazo que acabamos de comentar. Si eres capaz de realizar el contrahechizo en el cristal de hielo, entonces lo harás.* —Hizo una pausa—. *El hecho de que Lorelai haya frustrado nuestros planes hoy no significa que no seas* capaz *de hacer algo. Si planeas seguir eludiendo tu obligación de prepararte para la guerra, al menos deberías viajar a Calor y localizar a las otras novicias.*

Algunos engranajes nuevos encajaron en su lugar, y el impulso de estar de acuerdo con él surgió dentro de ella como un fuego jadeante por oxígeno. Quemó sin piedad toda resistencia, siempre buscando satisfacción, sin dejar nada más que el ardiente deseo de poner en práctica su sugerencia lo más rápido posible.

—Y volvamos a la ambigüedad de este juramento. ¿De verdad crees que no habría tomado medidas para proteger la Fuente? Fracasarás. Será mejor que lo aceptes.

Por un momento, su optimismo se derrumbó, y el juramento apretó más el nudo.

¡No! Tendrían éxito. ¡Debían tenerlo!

—Entonces a la maravillosa conclusión a la que todo esto conducirá es: si este plan fracasa, liberarás a los dragones e irás a la guerra con ellos contra los elfos invernales. Te prepararás para esto. Entre otras cosas, haciendo todo lo que esté en tu poder para unir a los seres de fuego detrás de ti. —Dejó que las palabras calaran una vez más—. *Este es un juramento entre tú y yo; podemos ajustarlo de mutuo acuerdo. Estaría dispuesto a renunciar a tu viaje a Calor. Lorelai está alerta y aumentará la protección de sus novicias. No tengo interés en perderte en esa misión. Ve a la base norte del Tren Rojo, libera a los dragones, y estaremos en paz.*

A estas alturas, el nudo estaba tan apretado que cada respiración suponía un esfuerzo. Buscando apoyo, sus dedos se hundieron bajo

los bordes de las cálidas escamas de Belgor.

Como si percibiera su lucha interna, Lazar la estrechó más entre sus brazos.

—*¿Qué quiere Emberis?* —preguntó con sobriedad.

—Luego —respondió a penas, porque repetir las explicaciones del dios solo la hundiría más en este conflicto.

Aspiró el fresco aire nocturno en sus pulmones y recobró el sentido. Los argumentos de Emberis eran convincentes, pero no habría tenido que hacer ninguno de ellos si el juramento fuera claro. Todavía tenían dos días hasta el plazo. Por ahora, la afirmación de que Saul no llegaría a tiempo no era más que una aseveración. Podría ser una mentira. Y si Lorelai ahora estaba protegiendo a sus novicias como si fueran lo más valioso del mundo, entonces sus manos estaban realmente atadas en lo que respectaba al contrahechizo.

El nudo se aflojó un poco ante aquello.

—*Lo pensaré* —respondió, aunque haría lo contrario. Apartarlo era algo bueno en este caso. Al menos mientras el siguiente paso no fuera inevitable debido a su acuerdo.

—*Hazlo.* —Parecía que Emberis había soltado todo lo que tenía que decir, porque su presencia se desvaneció.

Para distraerse de la conversación, dejó vagar su mirada por la silueta de la montaña, que se destacaba como una marioneta de sombras contra el cielo aún más negro. No había notado que ya estaban descendiendo.

Cuando Zeros apareció a su lado, apretó los dientes, molesta consigo misma por no haberle preguntado a Emberis sobre Lyra una segunda vez después de que esquivara la pregunta sobre ella.

Los dos dragones aterrizaron entre dos colinas protectoras en las estribaciones, sus sombras transformando el valle en un vacío oscuro. Belgor aterrizó con una poderosa sacudida. Zeros, por el contrario, aterrizó con un movimiento fluido.

Lenta y deliberadamente, el dragón plateado se acercó acechando hacia ellos. Su cola golpeaba inquieta contra el suelo, y tenía las escamas erizadas y su postura estaba tensa, como si estuviera esperando la señal para atacar.

Lazar fue el primero en bajar por el costado de Belgor, y Eyra se apresuró a seguirlo. Durante su último encuentro con ese dragón, Lazar había conjurado una ventisca para derribarlo del cielo. Lo que significaba que Zeros no le tenía mucho aprecio. Por decirlo de alguna manera.

Eyra observó mientras los demás desmontaban de la espalda del dragón. Lazar se alejó un poco de ella, como para mantenerla a salvo en caso de un ataque contra él.

Merkan y Lyra apenas habían tocado el suelo cuando la criatura plateada se abalanzó hacia delante, como era de esperarse. Una cegadora llamarada de fuego, que silbó justo sobre sus cabezas, acompañó su avance. Apuntó el siguiente con una precisión inequívoca hacia Lazar, pero Belgor reaccionó a tiempo. Con un rugido atronador, se interpuso delante del elfo, extendiendo sus masivas alas para bloquear el ataque. Las llamas de la criatura lamieron sus escamas, pero Belgor permaneció inquebrantable mientras Zeros retrocedía con un furioso siseo.

Los dos dragones permanecieron inmóviles, mirándose con una intensidad que hacía crepitar el aire entre ellos. Saltaban chispas. Zeros tensó sus músculos, listo para atacar. La mirada rojo incandescente de Belgor era una única advertencia silenciosa. Los segundos se alargaron, y entonces la cabeza del dragón plateado se lanzó hacia delante, como para demostrar que no se sometería al más fuerte. En ese momento, Lyra se interpuso entre los dos dragones.

—¡Basta! —gritó a Zeros, su voz una orden afilada que cortó la tensa atmósfera.

Este entrecerró los ojos y un gruñido profundo y amenazador vibró en su pecho, envolviendo a Lyra en una espesa nube de humo. Cuando los vapores se disiparon, la chica se había acercado más a su dragón, con la mano apoyada en su poderoso flanco.

Zeros emitió un último gruñido y se alejó. La nieve se arremolinó a su alrededor cuando se elevó con un poderoso batir de alas, y luego se fundió con la oscuridad.

Belgor bajó sus alas mientras se acomodaba junto a Eyra. Su mirada permaneció fija en Lyra, que ahora estaba alcanzando a

Merkan. Le susurró algo, haciendo que la expresión de este se oscureciera.

—Sé que solo ayudaste a Lazar porque soy la Reina de Fuego y es inaceptable que alguien ataque a mi compañero. Aun así, gracias —dijo, volviéndose hacia Belgor.

—Le ayudé porque tu compañero es importante.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Estoy escuchando una pequeña admisión de que hay elfos invernales que están en el bando correcto?

—Él te ha salvado muchas veces. Nada más. Nada menos.

¿Qué más podía esperar?

Miró las dos tiendas que Theo había levantado mientras tanto, y luego de nuevo a Lyra.

—¿Qué quieres? —le gritó desde la distancia.

—Salir de aquí. Pero eso no es posible ahora —espetó con brusquedad. Su mirada anhelante hacia el cielo no dejaba dudas de que se arrepentía de no haberse marchado con su dragón.

Eyra se acercó. Lazar ahora estaba cerca de ella otra vez.

—¿Entonces por qué nos seguiste?

—Necesito hablar con Merkan. Y sin un vínculo mental, una conversación sobre el lomo de un dragón es difícil, por no decir imposible. —Miró al hombre con reproche, como si fuera su culpa que carecieran de la confianza necesaria.

—¿Y por qué detuviste a Zeros? —continuó preguntando Eyra.

—No te hagas ilusiones. Zeros habría salido peor parado, y no puedo usar a un dragón herido. Me largo mañana por la mañana.

Eyra lanzó una mirada inquisitiva a Merkan. Justo cuando estaba a punto de pedir su valoración, él agarró a Lyra por el brazo y puso su estoica expresión de *yo me encargaré de esto*.

Eyra no podía entender nada de esos dos, ni individualmente ni su relación, fuera la que fuese. Pero estaba feliz de dejar a Lyra en manos del hombre de fuego. Ella misma estaba demasiado cansada para jugar al viejo y conocido juego con Lyra, donde hacía preguntas y esta permanecía en silencio como una jarrilla.

Miró alrededor buscando al pajarillo y lo encontró en el hombro de Lazar.

—¿Cuál es nuestra tienda?

—La más grande, por supuesto.

—De acuerdo. —Con un gesto galante de su brazo, señaló a Lyra hacia el refugio más pequeño.

Esta se soltó del agarre de Merkan, se dirigió hacia allí sin decir palabra y desapareció tras las solapas de la tienda. Merkan gruñó frustrado y se apresuró tras ella.

Ella y Lazar fueron a su entrada, donde les esperaba una agradable sorpresa. El viento helado que rugía fuera parecía deslizarse mágicamente por las paredes de la tienda, de modo que dentro reinaba un completo silencio. La tienda se sentía como un pequeño oasis de paz en medio del duro clima. Un fuego crepitaba en el centro y su reconfortante calor ahuyentaba el frío, mientras el humo escapaba por un agujero en la solapa del techo.

—Te has superado esta vez —elogió Lazar a Theo, que se había posado en uno de los postes.

—Ya que prefiere una inadecuada tienda de campaña a una posada digna de su posición, tuve que idear algo.

—*Gracias* —dijo Eyra en silencio, pero su aprecio no pareció llegar al pequeño pájaro. Confiaba en él, así que el problema debía de estar de su lado—. *¿Theo tiene un pequeño problema de confianza?* —le preguntó a Lazar.

—Elógiale con regularidad. Su trabajo es muy importante para él; quizás un poco de aprecio sea la clave para llegar a su corazón.

Eyra no sabía si Lazar se estaba burlando de ella, pero de todos modos asintió hacia el mirlo de nieve.

—Has hecho un trabajo magnífico.

Theo se movió de una pata a otra.

—Muchas gracias. Me alegro. Iré a ver si puedo reforzar el hechizo.

—No tienes que… —Antes de que pudiera terminar, el mirlo ya había volado fuera.

Lazar se situó detrás de Eyra y le quitó el abrigo. Este cayó en silencio por algún rincón. Luego, dos fuertes brazos la rodearon, atrayéndola contra su pecho. Su cabeza se hundió en la curva de su cuello, y su aliento acarició su piel con calidez.

La chica se dejó caer contra él, saboreando ese precioso momento. Lazar y ella estaban ilesos, el rubí de fuego y el cristal de hielo estaban en su posesión, y su objetivo parecía al alcance, sin importar lo que dijera Emberis.

Se maldijo por el breve pensamiento sobre su dios, pues fue suficiente para que los grilletes del juramento envolvieran su mente una vez más.

—*¿Qué ocurre?* —preguntó su compañero—. *¿Qué te dijo Emberis?*

Eyra prefería celebrar sus éxitos antes que lidiar con sus problemas. Por eso lo evadió una vez más con un «Después»; y en su lugar, se dio la vuelta y se acurrucó contra él.

—*Tenemos el rubí y el cristal*—repitió con firmeza. Y el resto de su plan también tendría éxito. Saul. Patricia. Fayette. Noah. Los volvería a ver a todos muy pronto.

Al recordar a sus compañeros, sintió un tirón en el pecho que no provenía de Lazar. Era como si Saul o Noah estuvieran en las inmediaciones.

Intensificó sus pensamientos sobre ambos, recordando sus voces, la amable sonrisa de Saul y los ojos centelleantes de Noah. Con cada respiración, crecía la sensación de que no estaban lejos.

—*¿Saul? ¿Noah?* —preguntó. Su corazón latía con fuerza. ¿Estarían pasando por aquí de camino a la Fuente? No, esa ruta no tendría sentido.

Lazar la apartó un poco y la miró interrogante, pero ella lo ignoró, decidida a no dejar que esta delicada conexión se rompiera.

—*¿Eyra? ¿Qué haces en Vallesland?*

Una calidez la invadió al escuchar la voz de Saul en su cabeza.

—*No estoy en Vallesland, sino en el oeste de Estraora, en las estribaciones.*

—*Entonces, ¿por qué puedo oírte?*

Eyra se rio.

—*No tengo ni la más remota idea. ¿Cómo están? ¿Están ilesos? ¿Tienen la esmeralda del bosque?*

—*Antes que nada: es probable que todos los dioses ya lo sepan. Tienen que tener cuidado.*

—Sí, ya lo hemos descubierto. Emberis no está nada contento, pero tiene una calma que resulta inquietante. —Le hizo un resumen de lo ocurrido—. *¿Y ustedes?*

—Para resumir: me casé con Lianneh y por tanto soy el nuevo portador de la esmeralda del bosque. Abdiqué del trono de Vallesland a favor de un druida, y este matrimonio parece estar condenado, porque fue Lianneh quien nos traicionó ante las fuerzas malignas. Patricia y yo estamos de regreso ahora.

—¡Maldita sea, Saul! Se suponía que no debían usar las piedras, solo llevarlas a la Fuente.

—No se pudo evitar.

Eyra gruñó en voz baja, acentuando las arrugas en la frente de Lazar. Negó con la cabeza para indicarle que se lo explicaría más tarde.

—¿Puedes mantenerte firme contra Veridion? ¿Está en tus pensamientos?

—Está completamente callado.

Eso era tan preocupante como la certeza de victoria de Emberis.

—¿Qué crees? ¿Será que podemos hablar entre nosotros porque la magia de las gemas fortalece el vínculo entre nosotros?

—Eso tendría sentido. Por cierto, Patricia te manda saludos.

Eyra rio por un momento, incapaz de comprender lo absurdo de esta conversación.

—Gracias. Espero que Noah y Fayette también hayan tenido éxito. Entonces tendríamos todas las piedras juntas. —No se atrevió a preguntar cuándo llegarían él y Patricia a la Fuente. Si Emberis tenía razón…

—La capacidad de comunicarnos de esta manera viene muy bien. Me permite decirte que no llegaremos a la Fuente a tiempo. Por desgracia, necesitaremos alrededor de una semana para llegar a la frontera. Intentaremos conseguir una montura aérea allí.

Con esas palabras, el nudo finalmente se apretó. Todo dentro de ella se reorientó como la aguja de una brújula apuntando hacia el norte de una forma implacable, sin importar cómo retorciera la situación. No cumpliría con el plazo que Emberis le había fijado. Los

demás podrían reunirse en la Fuente, pero su camino ahora la llevaba inevitablemente hacia los dragones.

Aunque su mente y su corazón le advertían con urgencia que no dejase a sus compañeros solos con esta tarea, la decisión se sentía de pronto tan bien, tan clara e inquebrantable, como si fuese el único camino que se abría ante ella.

—*Lo siento* —añadió Saul.

—*No tienes por qué. Tú…* —Se interrumpió al sentir también una conexión con Noah. Estaba segura—. *Hablemos luego, Saul.*

Se dirigió hacia esa sensación vaga, aún difícil de captar, tirando de ella como si fuera una cuerda hasta que se hizo más fuerte.

—*¿Noah?* —preguntó de nuevo.

—*¿Eyra?* —Sonaba débil, como si apenas estuviera consciente.

—*No me digas que utilizaste la piedra de las hadas.*

—*¿Cómo lo sabes?* —jadeó—. *¿Y dónde estás? De verdad podría usar tu ayuda ahora mismo.*

Eyra maldijo en silencio.

—*¿No está Fayette contigo?*

—*No. No est…* —Su voz se fue debilitando con cada palabra, hasta que la frase quedó suspendida, inconclusa, en el aire.

—*¿Noah?* —llamó alarmada a través de su conexión—. *¿Dónde estás exactamente?*

No respondió.

Eyra cerró los ojos y respiró profundo.

—*¿Qué ocurre, Eyra?* —A juzgar por el tono exigente de Lazar, su paciencia se había agotado.

—*Creo que Noah está en problemas.* —La idea de que pudiera estar solo y necesitara ayuda le resultaba insoportable. Tenía que estar ahí para él—. *Tenemos que ir a buscarlo.*

Eyra jadeó cuando el juramento le cortó la respiración. Sus entrañas se contrajeron y una oleada de náuseas la invadió. Para cuando llegaran a Oritea y lo encontraran, el plazo de Emberis habría expirado hacía tiempo. No podía hacer nada por su compañero; tenía que prepararse para una guerra.

—*Tendrás que ir solo.*

Lazar dio un paso atrás y estudió su rostro.

—¿Por qué?

La chica bajó los párpados. No quería decirlo, porque entonces sería verdad. Una risa desesperada brotó de ella. Como si el juramento no la tuviera ya en su poder.

Tomó su mano y le contó sobre sus conversaciones con Emberis, Saul y Noah. Lazar se tensó con cada palabra y sus dedos apretaron los de ella como si quisiera evitar que se marchara.

Al final de su relato, su postura estaba tensa hasta el límite. Su expresión no revelaba nada de lo que pensaba sobre todo esto.

—¿Y cómo se supone que voy a llegar hasta Noah? —preguntó, peligrosamente calmado.

—Con Belgor. —Apenas había hablado cuando la compulsión interna de prepararse lo mejor posible para la guerra luchó contra el impulso de correr en ayuda de su compañero—. *Por ahora, Merkan sigue unido a mí por lealtad. Tal vez pueda persuadir a Lyra para que nos lleve a las Llanuras de Hielo.*

—¡De ninguna manera! —tronó Lazar.

El calor subió por su cuerpo.

—¿Ah, tienes un plan mejor?

—Ya pensaré en algo. —Puntos rojos de luz se dispersaron a su alrededor—. Vimos lo indómitos que son los dragones durante la liberación de Zeros. No liberarás a otro de ellos sin Belgor. Sería demasiado arriesgado.

Aunque le desagradaba su tono autoritario, tenía que darle la razón a regañadientes. Necesitaba a Belgor para controlar a los dragones recién liberados. Solo pensar en afrontar esa tarea sin él hacía que su juramento se manifestara.

—Llegarás a la Fuente a tiempo, y mi juramento se desvanecerá porque derrocarás a Lorelai de otra manera —dijo, tanto para él como para sí misma—. *Pasarán unos días antes de que llegue a los dragones y haga todos los preparativos. Así que no tendré que liberar a muchos de ellos.* —Y Belgor podría decirle cuáles eran los más mansos.

Lazar caminó de un lado a otro en la tienda.

—¿Y qué pasa si algo se interpone en nuestro camino y se retrasa el plan? —Negó con la cabeza—. *No, Eyra, llévate tú a*

Belgor. Yo encontraré otra manera.

—Ni Lyra ni Zeros aceptarán ayudar a un elfo invernal, y no es que por aquí haya muchos hipogrifos volando por ahí esperando a que los domes.

Los puños de Lazar se cerraron con fuerza, sus nudillos blancos bajo la piel. Entonces salió furioso sin decir ni una palabra más.

Eyra no sabía si quería refrescarse en el frío o si se dirigía hacia la tienda vecina. Agarró su capa y corrió tras él, porque tenía que estar presente en una conversación con Merkan y Lyra.

Después del calor dentro de la tienda, el frío parecía aún más despiadado. El viento cortante soplaba en potentes ráfagas y ya había borrado por completo las huellas de Lazar. La tienda vecina estaba a solo unos pasos, pero la nieve arremolinada dificultaba la visión.

Eyra se ciñó más la capa y avanzó con cautela, usando la tienda como punto fijo de referencia.

Los cordones que sujetaban las solapas de la entrada estaban anudados; parecía que Lazar en realidad necesitaba un momento a solas. Miró a su alrededor buscándolo, pero no pudo verle por ninguna parte.

En su lugar, la silueta de Belgor emergió de la tormenta invernal.

—¿Qué planeas hacer?

—Hablar con Lyra y Merkan.

—¿Por qué no te llevas a tu elfo invernal contigo?

—Lazar —dijo con tono de advertencia— *necesita calmarse ahora mismo. Y quizás sea mejor si mantengo esta conversación a solas de todos modos.*

Su dragón se dirigió hacia el refugio más pequeño. Su cabeza se cernía sobre el techo como una sombra oscura.

—Estaré aquí. —Sus fosas nasales se dilataron, y una profunda respiración envió una nube de vapor cálido que fue arrastrada por el viento frío.

—Gracias. —Respiró hondo.

Dada la posibilidad de que Lyra estuviera al servicio de Emberis, no se sentía nada cómoda pidiéndole ayuda. Pero como ya había determinado, su elección de criaturas voladoras era limitada. Así que

golpeó con decisión la solapa de la tienda, pero el sonido o la reacción desde dentro se perdió en el fuerte traqueteo de la corriente. Después del tercer intento, agarró las delgadas cuerdas, desató el nudo y entró.

Esta tienda no estaba calentada por ningún fuego. Parecía que Theo había instaurado un sistema de dos clases. Aun así, un calor abrasador la golpeó. Procedía de los dos seres de fuego que se enfrentaban, enzarzados en un duelo de miradas.

—Vine a Tallesfeld para salvarte el trasero, Merkan.

El aire entre ellos centelleaba de rabia. Un músculo se crispó en la mandíbula de Merkan y sus anchos hombros estaban tensos, mientras Lyra se concentraba en él con una calma afilada. Su postura parecía más controlada, pero el destello frío en sus ojos revelaba que la ira también hervía en su interior.

—No necesito que nadie me salve —gruñó Merkan.

La mujer levantó la barbilla.

—No es lo que me pareció a mí.

—Repito: no te pedí que hicieras de doncella al rescate montada en un dragón.

Lyra resopló.

—Ese es el meollo del asunto, ¿verdad? Estás furioso porque te quité *tu* dragón. —Negó con la cabeza—. Lo que más me molesta es tu arrogancia. Y no tienes ni la más remota idea de con quién te has involucrado, Merkan. —Señaló en dirección a la otra tienda.

Eyra estaba dividida entre su decencia, que le decía que los dejara a solas, y su curiosidad por lo que esa mujer tenía que decir sobre ella. Finalmente decidió retirarse, pero el silencio entre los dos de repente hizo que cada pequeño sonido pasara a primer plano. Apenas había dado un paso cuando las miradas de ambos se clavaron en ella.

—Ah, ahí está, tu señora y comandante.

Un profundo gruñido retumbó en la garganta de Merkan.

—Puedes ser tan víbora.

Lyra sonrió, lo que le recordó a Eyra lo que disfrutaba del desafío de una buena guerra dialéctica.

—Juraste ese innombrable juramento porque querías desesperadamente un dragón. Ahora tienes que vivir con la burla —añadió, retorciendo el cuchillo.

—¡Un dragón que se ha comprometido contigo y no conmigo! —le gritó Merkan.

—Creo que debería… —Eyra señaló hacia la salida y dio otro paso hacia atrás.

Merkan fijó sus ojos en ella, y la ira que destellaba en ellos no presagiaba nada bueno.

—¡Quédate ahí!

Parecía que quería ajustar cuentas con ella. Un «puedo explicarlo todo» ya estaba en la punta de su lengua, pero sonaba demasiado trillado, así que se tragó las palabras. En cambio, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

—Te juré un mes de lealtad, accedí a acompañarte en esta misión, arriesgué mi vida. ¿Y tú? Haces una jugada en la que no me incluyes y me ocultas secretos. Y no lo niegues. —Dio un paso más cerca—. ¿Qué quería decir Lorelai cuando dijo que habías planeado traicionar a los dioses?

—Ella sirve a las fuerzas malignas, Merkan. ¿A qué dioses crees que está traicionando? —intervino Lyra.

Eyra soltó una risa seca.

—¿Se lo contaste? ¿Y me acusas a mí de traicionar tu maldita confianza?

—Como si hubiera tenido que contármelo. —Con un floreo de su mano, Lyra dejó un rastro de puntos de luz verde, azul y rojo que brillaron en el aire con suavidad.

—¿Has…? —Eyra tragó saliva—. ¿Tocaste el rubí?

Lyra ladeó la cabeza.

—Parece que sí, ¿no es así?

La mandíbula de Eyra se desencajó mientras las palabras de Emberis resonaban en su cabeza. *Para mi desgracia, prácticamente eres la única opción. Apenas hay alguien en tu generación que sea compatible con el rubí.*

«Apenas hay alguien».

—¿Cuándo? —¿Cuando lo robó?

—Hace muchos años. Creo que poco antes de que tú lo tocaras por primera vez.

Los rasgos de Eyra se endurecieron.

—¿Así que quieres ser la próxima Reina de Fuego?

—No te preocupes, no planeo usurpar tu rango. Cuando lo toqué, tuve una pequeña charla con Emberis en la que descubrí la verdad sobre él. Por supuesto, entonces me negué a servirle. A diferencia de ti. —La miró a los ojos, como si viera a través de ella.

Me fui porque no entendían nada. Ni una cosa.

Estás arrastrando a Merkan a tu mierda. Me pone enferma.

—¿Es por eso que Emberis no exigió que te matara después de que te negaras a seguirme? Eres su plan B en caso de que fracase conmigo.

Quizás Emberis aún no había encontrado la forma adecuada para hacer que Lyra fuera dócil. Sin embargo, Eyra sabía que era ingenioso.

—¡Emberis puede irse al infierno! Jamás le serviré. No le importa su gente, le importa el poder.

—Entonces, ¿por qué robaste el rubí?

—La piedra debe ser destruida. No sé cómo todavía. Pero encontraré una manera.

Una amplia sonrisa se apoderó del rostro de Eyra. Por una vez, el destino estaba de su lado.

—Esa es la mejor noticia que he escuchado en días. —Eyra rompió a reír y sacudió la cabeza. Lyra y Merkan intercambiaron una breve mirada antes de mirarla con el ceño fruncido—. Primero —comenzó—, solo me involucré con Emberis porque mi familia habría muerto de otro modo.

—Eso no excusa el hecho de que…

—Segundo —la interrumpió—, no sirvo a Emberis de forma incondicional. Sí, me ató con un juramento a ciertas obligaciones que me obligan a liberar a todos los dragones y prepararme para una guerra contra los elfos invernales, pero…

—¿Qué? —Esta vez quien interrumpió fue Merkan. La emoción por esta información centelló en su mirada.

—Pero… —repitió Eyra, alargando la palabra y tragando saliva, ya que tendría que exponerles sus planes exactos para aclarar esto. Y no tenía dudas de que Emberis también estaría escuchando. Los dioses ya habían juntado todas las piezas de todos modos, pero si quedaba alguna duda, las disiparía justo ahora—. Mi familia y yo en realidad estamos siguiendo un plan de las fuerzas del bien. Saul y Patricia han viajado a Vallesland para conseguir la esmeralda del bosque y Noah y Fayette están en Oritea para conseguir la piedra de las hadas. Tenemos el cristal de hielo y el rubí de fuego. Cuando tengamos todas las piedras juntas, podremos arrojarlas a la Fuente de la Creación y por fin destruirlas.

Hizo una pausa, esperando que el poder de Emberis surgiera en ella, pero la respuesta esperada nunca llegó. Así que continuó.

—Después de eso, las fuerzas malignas tendrían mucha menos influencia en este mundo y Lorelai quedaría impotente. Sin los poderes que el cristal de hielo le otorgó, podríamos derrocarla con más facilidad y detener la próxima Ceremonia de Invierno. Pero el tiempo se acaba. Así que la pregunta es: ¿nos ayudarás?

Merkan frunció el entrecejo, como si no hubiera entendido todos los detalles, pero Lyra inclinó la cabeza, sopesando sus opciones.

—Eso suena demasiado bueno para ser verdad. ¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—No tengo pruebas. Como mucho, podrías buscar a un vidente de la red de Sephos. Ese dios pertenece a las fuerzas del bien.

—Lo sé. —Se acercó y la examinó de nuevo con su mirada alerta. Sus ojos no mostraban su habitual desagrado, sino cierta curiosidad —. ¿De qué fuente estás hablando?

—La misma donde la familia de Rubén encontró el rubí de fuego. Celest Vestan lo escondió allí una vez.

—¿Así que ella tenía el mismo plan en aquel entonces?

—Sí, y le costó la vida.

Esta información no era necesariamente útil, porque Celest era una leyenda, y si ella había fracasado, ¿cómo ellos podrían tener éxito? Pero sentía que solo podría ganarse a Lyra con la absoluta verdad.

—Supongamos por un momento que lo que dices es cierto. ¿Por qué nos lo estás contando? ¿Justo en este momento?

—Porque la confronté —gruñó Merkan.

Lyra inclinó la cabeza.

—No, no creo que sea por eso.

Eyra refunfuñó en voz baja. Odiaba que esa mujer de fuego diera directo en el clavo.

—Como he dicho, un juramento que le hice a Emberis me obliga a volver con los dragones para liberarlos. Noah, que estaba cuidando de la piedra de las hadas, está en problemas. Por eso necesitamos dos criaturas voladoras. Tengo que volver al puesto del norte, Lazar tiene que ir con Noah y luego a la fuente.

—¿Se supone que debemos escoltar a tu elfo invernal? —Lyra la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Veo el problema. Como alternativa, tú podrías llevarme al norte y Belgor podría viajar con Lazar a Oritea.

—Absolutamente no —Belgor irrumpió en sus pensamientos.

Eyra suspiró.

—Zeros se negará a llevar a Lazar. Con su ataque, quemó ese puente.

—Lyra y yo podemos ponerlo en vereda —gruñó su dragón.

—Belgor insiste en que acompañes a Lazar. Dice que junto contigo, puede hacer que Zeros entre en razón.

Lyra soltó un profundo suspiro, con la mirada fija en un punto indefinido de la solapa de la tienda.

—Está bien. —La determinación se asentó en sus rasgos mientras apuntaba hacia Eyra—. Si tu elfo confirma tu plan, te ayudaré.

Eyra sonrió. A veces había ventajas en que los elfos invernales no pudieran mentir.

—Eso no debería ser un problema. —Extendió su mente hacia Lazar, pero antes de que pudiera hablarle, sintió su presencia a su espalda.

—¿Oíste todo esto?

Él se colocó detrás de ella sin tocarla. Aún parecía seguir enfadado.

—No.

—¿Podrías explicarles nuestro plan? Ya le he contado todo a Lyra, pero quiere oírlo de ti.

—¿Se puede confiar en ella?

Eyra resumió muy brevemente su conversación. Recalcó que ella volaría con Belgor y él con Zeros para aliviar algunas de sus preocupaciones.

—No es muy digno de confianza si tienes que susurrarle a tu compañero lo que tiene que decir. —Lyra puso fin a su conversación silenciosa.

Lazar se situó junto a Eyra, tan cerca que su hombro rozó el brazo de él. Ese simple contacto fugaz fue suficiente para aliviar su tensión.

—No ha tenido que susurrarme nada, solo ponerme al día. Y dado que insistes en oír la verdad de un elfo, tu insinuación me sorprende. Sería inútil poner en mi boca mentiras que no puedo repetir de todos modos.

Una sonrisa apenas perceptible jugó en las comisuras de los labios de Lyra.

—Te escucho.

Lazar recapituló sus planes de forma tan concisa que no dejaba lugar a malinterpretaciones.

Con cada palabra, el rostro de la mujer de fuego se iluminaba.

—Entonces mi dragón está a tu servicio. Siempre que consigamos que acepte tu trasero sobre su lomo.

Cuando habló de *su dragón* como algo tan natural, Merkan apretó los puños.

—Yo acompañaré a Eyra.

Lyra resopló.

—Ya lo sabía. Por supuesto que vas donde puedas olfatear la oportunidad de tener tu propio dragón.

—¡Te equivocas! ¡Voy donde me lleva mi juramento!

—*Mentiroso* —gruñó Lazar en su cabeza—. *¿No puedes liberarlo de ese maldito juramento? Entonces veremos si la idea de su propio dragón no le tienta después de todo.*

—No, no puedo. Él comanda el Tren Rojo en el norte. Mientras esté de mi lado, tengo asegurado el apoyo de muchos seres de

fuego. Además, dormiré más tranquila si está en las cuevas garantizando mi protección. —Mientras estuviera despierta, podía defenderse sola.

—Te daré a Theo. Sus tiendas son cada vez mejores.

¿Así que ahora aceptaba que estarían separados?

—Tú lo necesitas con más urgencia.

—Sin discusiones.

—De todos modos, viviré en las cuevas. El juramento no solo exige que comande a los dragones, sino también que movilice a mi gente. Y eso es difícil de hacer desde una tienda solitaria.

—Theo ya te ha ayudado una vez durante un ataque en las cuevas.

Eso era cierto. El mirlo de nieve había atrancado la entrada a la cámara, impidiendo que Rubén y Ahrin atacaran a sus compañeros.

—De acuerdo, me lo llevaré conmigo. —Aunque seguiría prefiriendo que Theo lo acompañase a él, ciertamente no saldría de esta conversación sin hacer algunas concesiones.

Lazar se giró hacia Lyra.

—Partimos mañana al amanecer. —No parecía preocuparle lo más mínimo que Zeros lo arrojara a la primera oportunidad.

—¿Estás seguro respecto a Zeros? —le preguntó ella a Belgor de nuevo.

—Creo que he demostrado más de una vez que puedo mantenerlo en el rumbo.

Con la mano en la parte baja de su espalda, Lazar la empujó hacia fuera con suavidad, donde se sumergieron en la furiosa tormenta invernal. El viento rugía en sus oídos y empujaba contra ellos. Su compañero la atrajo más hacia sí, siguió caminando y la envolvió en magia roja para que los copos de nieve se derritieran antes de alcanzarlos. Cada centímetro de su cuerpo hormigueaba bajo su calor.

—No quiero dejarte ir sola —interrumpió sus pensamientos. La ira había desaparecido de su voz, reemplazada por un atisbo de desesperación—. *Te devolvería la llave de los sueños para que al menos pudiéramos encontrarnos ahí. Pero Saul me hizo prometer que nunca te dejaría entrar en las Tierras de los Sueños otra vez.*

Amaba a Lazar por no tratarla con condescendencia. Al mismo tiempo, quería respetar la preocupación de Saul, por lo que no objetó.

—Yo tampoco quiero dejarte ir. Y sin embargo es lo que la realidad exige de nosotros.

Lazar abrió de golpe la lona de su tienda. La tormenta amainó, y un acogedor calor les dio la bienvenida.

—*Lo sé* —se forzó a decir, empujando el cabello de ella hacia delante sobre su hombro y, sin importarle el indignado parloteo de Theo, depositó un beso en la curva de su cuello—. *¿Pero qué pasará si tu ira puede más que tú?*

Eyra se enderezó.

—Entonces no puedo permitir que eso suceda.

14

FAYETTE



Si deseas conocer a un dios, solo necesitas observar a los seres que crearon a su imagen. Reena será tan amante de la libertad, despreocupada e impulsiva como los seres que ella trajo al mundo.

Nota de Vivienne Moryena
sobre Reena - Diosa de las hadas

Fayette repuso sus reservas mágicas en un prado de lirios de medianoche y desde entonces había estado volando sin parar a través del bosque. Sobre ella, las hojas de árboles antiguos danzaban, mientras flores fluorescentes de todos los colores atravesaban la bruma plateada que se extendía como un velo sobre el suelo cubierto de musgo. Las voces susurrantes de la naturaleza la envolvían, llevándola hacia delante como una delicada melodía que guía a dos bailarines por la pista. En otras circunstancias, habría saboreado el vuelo, absorbiéndolo todo, pero su preocupación la impulsaba a darse prisa, con toda su atención fija en Noah. De vez en cuando, cerraba los ojos, escuchaba la sensación en su interior y seguía el suave tirón en su pecho. Dejó que esta brújula interna la guiara, corrigiendo su rumbo cuando la sensación se debilitaba y aumentando su velocidad cuando se intensificaba. Estaba tan concentrada que tuvo que esquivar ramas en el último segundo

durante algunas veces y de vez en cuando se encontró titubeando. Cuanto más fuerte se hacía la conexión con Noah, más imprudente se volvía. Al final, era como si pudiera sentir el latido de su corazón bajo sus dedos, su aliento en su piel, su agotamiento como si fuera el suyo propio.

Eufórica, se dirigió hacia un claro donde percibía una luz azul.

Convencida de que provenía del nuevo rey, voló aún más rápido, solo para detenerse de golpe cuando reconoció su verdadera fuente.

Hadas.

Hadas por todas partes.

Se sentaban en las ramas, en los arbustos y en los pétalos de las grandes flores que bordeaban un estanque, bañando todo el claro en un resplandor azul. El aire estaba lleno de risas como campanillas y una melodía tarareada que la calmaba de manera peculiar.

Por un momento, quedó hipnotizada, y el impulso de unirse a ellas, de tararear esa extraña pero familiar canción, se volvió casi abrumador. Pero su mente habló justo a tiempo, recordándole la razón por la que había venido. ¡Noah! ¡Tenía que ayudarlo!

Alarmada, recorrió el claro con la mirada. No lo vio, pero notó un sospechoso grupo de hadas en medio del prado del bosque.

Voló en esa dirección y, en efecto, un enjambre de todas ellas revoloteaba alrededor de un elfo invernal. ¡Alrededor de *su* elfo invernal! Una de las hadas incluso había tomado forma humana para acunar su cabeza en su regazo.

Al aterrizar, también cambió de forma y se enfrentó a la mujer rubia, que era demasiado atractiva para su gusto.

—¿Serías tan amable de quitar tus manos de mi amigo?

—¿No lo sientes? Él es nuestro rey. Y como tal, está aquí para todas nosotras. —Acarició la frente de Noah con suavidad.

¡Qué descaro!

—¡Lárgate!

Fayette echó la pierna hacia atrás para darle una patada, pero la rubia se apartó antes de que llegara a una pelea en toda regla, algo a lo que Fayette por supuesto que no habría rehuido.

—*¿Noah?* —Se dejó caer de rodillas, inclinándose sobre él y acariciando su mejilla.

Un resplandor azul descansaba sobre su pálida piel de elfo invernal, una visión hermosa que le devolvió un recuerdo oculto de una época en que él rebosaba de magia azul. Era la primera vez que una imagen de aquellas semanas en el castillo aparecía en su mente, poco más que un destello fugaz. Aun así, desencadenó una oleada de anhelo dentro de ella.

Su mirada recorrió el cuerpo de Noah, evaluándolo. Parecía ileso, lo que la alivió, pero una vez más, su corazón se apesadumbró de nuevo, pues él sujetaba la piedra de las hadas en su puño.

—*¿Fay?* —Una sonrisa se extendió por sus labios, aunque sus ojos permanecían cerrados.

—*¿Estás bien?*

—*Sí, estoy un poco cansado. La piedra de las hadas como que…* —se interrumpió, como si buscara la palabra adecuada— *me ha dejado noqueado. Me siento increíblemente libre.* —Suspiró—. Tan *increíblemente libre* —rio por lo bajo.

—*Mírame.* —Acunó su rostro entre sus manos.

Él levantó los párpados con lentitud.

—*Estaba soñando que oía a Eyra. Pero tú eres real, ¿verdad?*

—*¿De verdad crees que te dejaría con todas tus nuevas admiradoras? Te equivocas* —bromeó, aunque no estaba de humor para reírse.

Noah ladeó la cabeza.

—*¿Qué admiradoras?*

—*Mmm…* —Fayette señaló al aire sobre ellos, donde incontables miembros de su especie revoloteaban—*. Como rey de las hadas, eres prácticamente el soltero más codiciado de Mirilor.*

Un brillo travieso se asomó a sus ojos. De repente parecía estar más que despierto.

—*¿Celosa?*

Fayette se aclaró la garganta.

—*No. Puedes hacer lo que quieras, por supuesto.* —Por supuesto, si lo hiciera, le prendería fuego en el trasero.

—*Me encantaría que me prendieses fuego en el trasero.*

Oh, cielos, ¿de verdad le había dicho eso en voz alta y no solo lo había pensado? Maldita sea. El largo vuelo le revolvió el cerebro.

Si él en realidad lo quería… podría tener problemas.

—¿Por qué demonios usaste la piedra de las hadas, Noah de Eisenburg?

—Reena te habría matado —respondió con simpleza, como si la respuesta fuese obvia. Que, por supuesto, lo era. Aun así, era imperdonable que él sacrificara su propia vida por ello.

—¡No puedo perderte, Noah! —Parpadeó para contener las estúpidas lágrimas que comenzaron a asomar en las comisuras de sus ojos.

—¿Ah, pero tú esperas que yo siga viviendo sin ti?

—Tú eres el más fuerte de los dos.

—Oh, Fay, eso es mentira y lo sabes.

Fayette sorbió y se limpió la nariz con la manga.

—¿Cómo conseguiste que Reena te eligiera? Pensaba que ella quería buscar un hada.

—Me dijiste que sospechaba de Kian. Así que monté una pequeña actuación en la que lo acusé precisamente de eso. Luego me escapé con la piedra y seduje un poco a la diosa. A las hadas les gustan los elfos, así que ¿por qué debería ser diferente para su creadora? Cuando Kian me encontró, el argumento de que la piedra me ayudaría a defenderme mejor contra él funcionó. Así que me nombró Rey de las Hadas sin ceremonias, pero solo hasta que encuentre un hada adecuada. Por desgracia tuve que incapacitar a Kian y a sus compañeros. Estaban mucho menos heridos de lo que parecía, pero a Reena le encantó esa pequeña demostración de poder. —La insinuación de una sonrisa astuta iluminó su rostro—*. El hecho de que tu diosa solo me eligiera porque no había ningún otro candidato dispuesto, fue un golpe duro, pero mejor cinco minutos de fama que ninguno.*

Fayette le dio una palmada en el estómago.

—¡Eso no tiene gracia, Noah!

—Deja de pegarme.

—Puedes enfrentarte a la muerte, pero empiezas a quejarte por una pequeña palmada —murmuró Fayette—. *Maldita sea, Reena te matará en cuanto se dé cuenta de que no piensas ceder el poder a un hada cualquiera, sino que planeas llevar la piedra a Oritea.*

—Que lo intente. Lo único que puede hacer es quitarme la magia azul. Y como sabes, como elfo invernal, tengo otros colores bajo la manga.

De repente, toda la tensión desapareció, al menos durante unos segundos, hasta que una nueva revelación la golpeó.

—Apenas tienes otros colores de magia en ti.

—Tú y Rosalind encontrarán la forma de devolverme a Estraora. Lazar es poderoso, seguro que me presta un poco de magia roja y verde hasta que la piedra de las hadas sea destruida.

El ánimo de Fayette mejoró con cada palabra.

—Eso podría funcionar.

—Por supuesto que funcionará. Por los altos poderes, Fay, podría arrancarte la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó, fingiendo ignorancia, aunque la culpa por no haber hablado con él antes ya se había apoderado de ella.

—Se te da increíblemente bien hacerte la tonta. El problema es que sé que no lo eres.

—Vale, de acuerdo. Debería haberte contado mis problemas. Como se hace… —titubeó.

—…en una relación —terminó por ella la frase.

Fayette esperó a sentir alguna resistencia en su interior, pero su aversión a un compromiso serio no hizo acto de presencia. Todo lo contrario. No deseaba otra cosa que pedirle a Noah que gritara su relación al mundo, para que todas estas hadas se marcharan de una vez.

—¿Eso es lo que sigues queriendo, ahora que tienes tanta magia azul en ti?

—Sería un necio si no fuera así.

—¿Porque sabes que Reena te la quitará pronto?

—Porque has llegado al punto en que ya no sales corriendo y gritando. —Levantó pesadamente una mano, la colocó en la nuca de ella y la atrajo hacia él—. *Ahora ven aquí y déjame besarte.*

De buena gana, Fayette bajó sus labios hacia los de él, y cuando se encontraron, sintió como si estuviera ascendiendo sin peso hacia el cielo, cada vez más alto. Todas las cargas, todas las preocupaciones se desvanecieron; nada la retenía ya. Noah viviría.

Tenían un futuro. Y para rematarlo, un coro de suspiros decepcionados sonó por todas partes. Sí, este chico era suyo.

Para su descontento, Noah terminó el beso demasiado rápido.

—¿Qué ocurre?

—Tengo a una diosa en mi oído, llamándolas a ti y a Aryana una desgracia para todas las hadas.

—¿Qué le has respondido?

—Que aprecio bastante a las mujeres tercas con ideas propias.

Se incorporó y parpadeó confundido, quizá porque solo ahora se daba cuenta de la magnitud de su club de fans. Negando con la cabeza, se llevó los dedos a la boca y llamó a Rosalind con un fuerte silbido.

—Vamos, salgamos de aquí.

Fayette también quería marcharse lo antes posible. Al mismo tiempo, temía los momentos que estaban por venir. Reena quería elegir a una reina de las hadas adecuada, y estaban rodeados de innumerables candidatas. No obstante, decidieron solo irse. Y aunque la diosa le dejara marchar, su trayectoria de vuelo pronto se haría evidente.

Noah la tomó de la mano y la arrastró en la dirección en que Rosalind se dirigía para aterrizar.

—¿Qué crees?, ¿nos seguirán? —preguntó Fayette, mirando a las hadas que volaban junto a ellos para distraerse de lo inevitable.

No respondió, en su lugar miraba al bosque contiguo como si estuviera perdido en una conversación silenciosa. Tal vez estaba preocupado por Reena. Ella misma sabía lo dominante que podía ser la diosa, así que se mantuvo callada y dejó que Noah librara su batalla.

Para su sorpresa, de repente él echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír con fuerza.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Lo creas o no, mi vínculo de compañero con Eyra se ha fortalecido por la magia de las gemas. Está en Estraora, y aun así puedo hablar con ella.

Eso era increíble. ¡Y fantástico!

—¿Está bien?

—Sí, ella y Lazar están bien. Además, tienen el cristal de hielo. Y Saul tiene la esmeralda del bosque.

—¿Así que él y Patricia ya están con ellos?

—No, él está en Vallesland. Saul y ella también pueden comunicarse a larga distancia.

—¿Así que él es el nuevo portador de la esmeralda del bosque? —concluyó ella.

—Eso parece.

Fayette no sabía qué pensar de esta noticia. Sí, era estupendo que ahora poseyeran todas las gemas. Pero saber que tres miembros de la familia estaban cada uno vinculados a una de las piedras la preocupaba profundamente.

—Ahora solo tenemos que llegar a la Fuente de una pieza —continuó Noah—. *Lazar viene hacia nosotros con las dos gemas. Eyra tiene que ir al norte, liberar a unos dragones y hacer de reina del fuego durante un tiempo hasta que hayamos destruido las gemas. Dice que es una larga historia.*

Fayette se moría por escucharla. Apenas podía esperar a ver a los demás de nuevo.

Cuando llegaron junto a Rosalind, quien picoteaba un tronco, Noah se estremeció de repente.

—¡Noah!

Fayette saltó a su lado y le sostuvo. Observó impotente cómo se doblaba, jadeando, y la piedra de las hadas se le escapaba de los dedos. El resplandor azul que lo había rodeado hasta hacía un momento desapareció tan de golpe como si nunca hubiera estado allí.

Un escalofrío recorrió la columna de Fayette. Esto era obra de Reena.

Con los labios sin color y la mirada perdida, Noah se enderezó.

Ella colocó sus manos en el pecho de él y le transfirió magia azul. Durante una fracción de segundo, la chispa volvió a sus ojos, luego sintió un tirón, y Noah jadeó en busca de aire. Reena también le había quitado esa magia.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Noah no respondió, sino que se alejó con movimientos lentos y hundió sus manos sin fuerzas en las plumas de Rosalind.

Fayette se sintió completamente impotente mientras él se esforzaba por subir a lomos de su hipogrifo. Solo cuando estuvo arriba la miró.

—*Me llevarás de vuelta a Estraora*. —Le dedicó una sonrisa alentadora, pero se desvaneció al momento siguiente. Otro jadeo escapó de su garganta y se agarró el pecho.

La visión de Fayette se nubló tras una cortina de lágrimas, y soltó una ristra de maldiciones en la noche. Pero no tenía tiempo. Se recompuso y se secó los ojos. Tenía que mantener la cabeza fría. El éxito de su misión ahora dependía de ella.

Quería subir junto a Noah de inmediato, pero primero tenía que ocuparse de la piedra.

Apresurada, se acercó al equipaje que aún llevaba Rosalind y buscó la pequeña caja para la gema. La encontró en uno de los bolsillos laterales.

Usando una prenda como barrera para evitar tocar la piedra de nuevo, la empujó dentro del recipiente. Temblando, cerró la tapa y aseguró el cierre. Luego se subió de un salto a lomos de Rosalind.

—¡Vamos! —le gritó al hipogrifo, mientras decenas de hadas se precipitaban hacia ellos… o más bien, hacia la pequeña caja en su mano.

Rosalind tomó carrerilla y se elevó del suelo. Fayette logró agarrar a Noah justo a tiempo, antes de que se inclinara hacia un lado y cayera. No volvería a soltarlo hasta que llegaran a su destino.

—*¿Cómo te encuentras, Noah?*

De nuevo, no recibió respuesta. Sus párpados estaban entreabiertos, su respiración era superficial e irregular, su cuerpo se balanceaba de un lado a otro. Apenas tenía fuerzas para mantenerse erguido, pero lo intentaba. Fayette colocó sus dedos en el cuello de él, buscando su pulso. Latía, constante, pero mucho más débil de lo que le hubiera gustado. Ella habría muerto al instante sin magia azul, pero él tenía una oportunidad. Solo tenía que resistir hasta que llegaran junto a Lazar.

15

PATRICIA



Dicen que no son solo los elfos del bosque quienes entran al servicio de Veridion. La propia naturaleza también puede estar entre sus discípulos.

Nota de Vivienne Moryena

Dondequiera que Saul pisaba el suelo del bosque, musgo y líquenes brotaban, extendiéndose en una suave alfombra. Los árboles inclinaban sus ramas como en una reverencia, mientras que las raíces se arqueaban a ambos lados para mostrarle el camino. El aire a su alrededor estaba cargado de polen, y el aroma a tierra y agujas resinosas lo envolvía como un manto invisible. Pero cuanto más se acercaban a la frontera, más arduo se volvía el viaje. Con cada kilómetro, la maleza crecía más rápido, dejando apenas espacio para pasar. Las ramas que antes le rozaban los hombros con suavidad, ahora lo sujetaban con tanta fuerza que solo podía liberarse con dificultad.

—No luches contra ello —repitió Sedar con voz áspera, visiblemente molesto por la incapacidad del elfo invernal.

—Sí, sí, ya lo sé. Hacerme uno con la naturaleza, abrazarla, dejar que las hojas me atrapen y que las raíces me lleven —murmuró entre dientes.

Apenas pronunció estas palabras cuando retiró el pie con un siseo al notar que una enredadera espinosa se enroscaba alrededor de su tobillo. La planta reaccionó al instante, enrollándose más arriba por su pierna.

Sedar negó con la cabeza.

—La naturaleza siente tu resistencia. Ábrete a ella, o te percibirá como un extraño.

Saul hizo una mueca y a regañadientes cerró los ojos. Tras una profunda respiración, una expresión de serena determinación se instaló en su rostro. El bosque pareció moverse en suaves ondas de repente, como si estuviera respirando, y, en efecto, la enredadera por fin lo liberó, y pudieron continuar su marcha.

Patricia aceleró el paso unos metros y le dio alcance.

—¿Por qué no te quitas la esmeralda del bosque?

—Recuerda nuestra llegada. Gracias a la esmeralda, esto es pan comido.

La chica frunció el entrecejo, observando cómo Saul apartaba con cautela una rama. Al instante, varias ramitas se enroscaron alrededor de su brazo.

—Pan comido, ¿eh? A mí me parece más bien que el bosque está intentando reclamarte para sí mismo.

—La piedra es nuestra única manera de atravesar este lugar. —Una sonrisa despreocupada rozó sus labios sin llegar a sus ojos verdes.

Patricia simplemente no podía acostumbrarse a su nuevo color de ojos. Además, no le gustaba la despreocupación con la que seguía usando la esmeralda. Sí, ella tampoco olvidaba cómo el bosque se les había echado encima cuando recién llegaron: el suelo como arenas movedizas pantanosas y las ramas retorcidas en una prisión de la que no había escapatoria. En comparación, este viaje era más que agradable. Pero el comportamiento cada vez más intrusivo de la naturaleza no podía ignorarse, y había una energía inquietante en el aire que no le gustaba para nada. El constante susurro de las hojas sonaba como cuchicheos, como si los árboles estuvieran tramando un plan, y los chillidos agudos de los pájaros que les seguían sin descanso amplificaban esa inquietud.

—La naturaleza no quiere que nos llevemos la esmeralda del bosque. —Tanto Lianneh como Sedar mencionaron que Vallesland no liberaría la esmeralda del bosque.

—Una parte de ella se resiste, eso es cierto. Por suerte, tengo algo para contrarrestarlo mientras lleve la esmeralda. Y puedo controlar el resto del bosque que está bien dispuesto hacia mí.

—¿Así que puedes usarla contra la voluntad de Veridion?

—Parece que, hasta el momento, así es.

Patricia se mordisqueó el labio inferior.

—¿De verdad te habla, como Emberis lo hace con Eyra?

Saul miró ausente hacia la espesura verde a su derecha.

—Solo una vez. Poco después de que Lianneh anunciara que el dios ahora la escuchaba.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo que encontraría una forma de detenernos. Y no dejó dudas de que acabaría siendo fatal para mí.

Patricia tragó saliva con dificultad.

—¿Y ha estado en silencio desde entonces?

—Sí. —Apretó los labios hasta formar una fina línea.

Aunque no podía afirmar que preferiría que Saul y Veridion estuvieran en constante comunicación, su silencio después de semejante amenaza no era menos inquietante. La ira de los dioses pendía sobre ellos como una tormenta que se aproximaba, silenciosa y lista para desatarse en cualquier momento.

Saul apartó una ramita y la dejó pasar primero.

Patricia caminó alrededor del retorcido roble y se detuvo en seco. Ante ellos, flores tan altas como casas se alzaban desde la densa maleza. Sus dentados cálices se abrían como enormes fauces, y las venas rojo oscuro que recorrían los gruesos tallos y las hojas verde intenso pulsaban con un ritmo constante. Una de las plantas atrapó a un pájaro que pasaba, y se oyó un crujido cuando devoró a la descuidada criatura. Cuando una rama se quebró bajo el pie de Patricia, los cálices, lo suficientemente grandes como para tragarse a una persona, se cerraron de golpe.

Avanzaron hasta el borde del prado, y el olor dulce y pesado de restos en descomposición llenó sus fosas nasales. La chica se

estremeció ante el suave sonido viscoso cuando las flores se abrieron de nuevo.

—Por los altos poderes.

Saul le apretó la mano. Ni siquiera se percató de que él la tomó. Pero ahora era más consciente de la magia verde que fluía hacia ella. Desafortunadamente, no tenía nada de la cálida y acogedora familiaridad con la que la había envuelto la otra noche. No surgía de la creciente conexión entre ellos, sino que se sentía forzada. Era como si estuviera tratando de imponerle algo ajeno, fingir una cercanía que no existía en ese momento.

Estremeciéndose, apartó su mano de la suya.

Él la miró interrogante, luego un destello de comprensión apareció en sus ojos y asintió.

Ella se volvió hacia Sedar.

—¿Hay otro camino? —Estudió las flores que se agitaban amenazantes, con espinas en los bordes de los pétalos que parecían dientes afilados.

—Sí, lo hay. Pero este prado de Garras de Sangre se extiende por la mitad de Vallesland. Rodearlo nos costaría al menos tres días.

—¿Por qué no pasamos por aquí de camino a la entrada? —preguntó.

—Tomaron la ruta más larga —explicó el druida—. Cruzar el prado tal vez era demasiado arriesgado incluso para la misma Lianneh. Con la ayuda de la esmeralda del bosque, sin embargo, podrán atravesarlo.

—*Garras de Sangre. Qué apropiado* —refunfuñó Saul—. *No resulta muy acogedor. Pero ahorraríamos tres días. ¿Qué opinas?*

Por un lado, deberían dar a los dioses el menor tiempo posible para conspirar contra ellos. Por otro…

—¿Así que estas plantas no solo comen animales? ¿También pueden ser peligrosas para nosotros?

Como respuesta, una de las flores se lanzó hacia delante, cerrando sus carnosos pétalos sobre ellos. Saul empujó a Patricia hacia atrás y levantó el brazo para protegerse la cara. Los afilados dientes se hundieron en su antebrazo, un tallo se enroscó alrededor de su cintura, y las espinas se clavaron en su piel como púas. Una

maldición escapó de él mientras intentaba en vano sacudirse la planta.

—¡Saul!

Las llamas lamieron sus dedos, lo que solo pareció hacer que la planta fuera más agresiva. Los pétalos mordían como una mandíbula implacable, y su tirón inquebrantable hizo que Saul se tambaleara.

Sedar corrió hacia él, seguido por los otros druidas. Sin dudarlo, colocó una mano sobre el grueso tallo de la planta y tarareó una melodía tranquila que a Patricia le recordó a una suave nana.

—¡Apaga el fuego! —ordenó entre dos versos.

Patricia obedeció, tras lo cual el druida se apoyó contra la Garra de Sangre y le habló con voz apagada pero insistente.

El dolor contraía las facciones de Saul y su respiración estaba entrecortada.

Después de unos segundos interminables, una sacudida recorrió la flor. Se retorció como si luchara contra la influencia de Sedar, y finalmente abrió su trampa con un crujido reticente.

El elfo se tambaleó hacia atrás, con sangre goteando de su brazo, que había adquirido un extraño tono verdoso.

Patricia corrió hacia él y lo sostuvo.

—¿Estás bien?

—Yo… No… Esto…

—Sssh. —El sonido de Sedar era como un viento que susurraba en la quietud. Al principio, la chica pensó que le estaba diciendo que se callara, pero luego, como si fuera una orden suya, las flores bajaron sus cabezas.

Con expresión malhumorada, se volvió hacia ellos.

—Si siguen provocando a la naturaleza, los considerarán tanto sus enemigos que ni siquiera yo podré salvaros —advirtió, colocando una mano sobre una enredadera temblorosa.

—¿Si seguimos provocándola? ¡Solo estábamos aquí parados! —replicó Patricia.

—La reticencia gotea por cada uno de los poros de su ser. —Hizo un gesto a otro druida para que se acercara—. Ocúpate de la herida, Ramon, antes de que el veneno lo afecte.

¿Veneno?

Ramon rebuscó en su cinturón, desató una de las bolsas de cuero y sacó un pequeño frasco. Se apresuró hacia Saul y vertió un líquido transparente sobre el brazo sangrante. Este siseó, y un fino humo se elevó. Saul apretó los dientes, su expresión permaneció casi impasible. Solo el ligero temblor de sus labios delataba el dolor que lo atravesaba mientras el antídoto penetraba en su carne desgarrada.

—Quédate quieto, elfo invernal —gruñó Ramon, vertiendo más medicina sobre la herida.

Saul jadeó.

—Lo estoy intentando —replicó entre dientes.

—El veneno de esta planta se propaga por la sangre y daña los nervios —explicó el druida, mientras los profundos rastros verdes que el veneno había dejado en los bordes de la herida se disolvían y todo el brazo recuperaba un color de piel más saludable. Ramon murmuró algunas palabras extrañas, tras lo cual la herida finalmente se cerró.

Cuando dio un paso atrás, solo unos tenues puntos blancos en la piel de Saul daban testimonio de las profundas marcas de mordedura que habían estado allí momentos atrás.

Sedar acarició una hoja de la Garra de Sangre por última vez y se acercó a ellos.

—Tienes dos opciones: o te abres a estas plantas y nos guías a través de este prado, o no llegarás a diez metros antes de que te devoren. Podemos defendernos, pero no podemos protegerte de una estupidez flagrante.

Saul frunció el entrecejo. La idea de *abrirse* a las Garras de Sangre le parecía repulsiva. Al instante, una de las flores se inclinó amenazadoramente en su dirección y abrió su boca floral.

Con un suspiro resignado, se volvió hacia ella.

—Está bien, de acuerdo —refunfuñó, colocando vacilante su mano libre sobre la hoja de bordes afilados, como si no acabara de ser envenenado por una de esas… cosas.

Patricia no sabía qué significaba que la planta comenzara a agitarse. Quizás estaba indecisa entre dejarlo estar o comérselo.

Observó cómo la expresión de Saul se suavizaba, volviéndose casi tierna. Su corazón, que se había sentido un poco distanciado desde que llevaba la esmeralda del bosque, latió más rápido ante aquella visión. Esperó conteniendo la respiración para ver qué sucedería.

La magia verde que emanaba de la gema en el cuello de Saul se entrelazó alrededor de la Garra de Sangre, posándose sobre sus hojas y enroscándose en su tallo.

—Tranquila. —La calmó como a un caballo asustadizo.

La temblorosa enredadera cesó su resistencia y se acurrucó contra su mano con suavidad. El cáliz, que momentos antes se cernía sobre él, se cerró y se inclinó como en un gesto de sumisión.

—Ahí lo tienes —murmuró Sedar, señalando hacia el estrecho sendero que se desplegaba ante ellos.

La chica observó con asombro cómo la maleza retrocedía poco a poco y las Garras de Sangre se doblaban hacia un lado.

—Quizás deberíamos tomar el camino largo —susurró a Saul. No confiaba en estas plantas.

—Puedo manejar esto.

Saul comenzó a moverse, y ella se mantuvo cerca detrás de él. Su mano rozó por un suspiro la suya, pero la retiró de inmediato, quizá porque ella se había alejado con anterioridad.

Aunque le disgustaba tener que rendirse indefensa ante este peligro, mantuvo su fuego bajo control, ya que incluso el más mínimo destello podría hacer que la situación se agravara de nuevo.

Con cada paso que daban en la espesura, las Garras de Sangre se acercaban más a ellos. Saul, sin embargo, parecía no tener reparos en el contacto, lo que era poco menos que un milagro después del reciente ataque. Mientras su expresión permanecía concentrada, su mano se deslizaba de una hoja a otra, de forma completamente natural y sin vacilación.

Las flores respondían a su tacto, relajándose cuando él las recibía con la misma apertura con la que solía moverse por el mundo. Todo en él irradiaba su típica determinación, como si quisiera convencerse tanto a sí mismo como a la naturaleza de que no representaban ninguna amenaza el uno para el otro.

Fascinada, observaba cómo los guiaba sin vacilaciones a través del mar de flores. Ella no había sido dañada por estas Garras de Sangre, pero aun así anhelaba sus llamas para poder defenderse. ¿Y qué hacía este hombre? Apenas se había recuperado del veneno, y ya estaba mostrando su lado amable y ganándoselas con su encanto. Hacía tiempo que se había admitido a sí misma que tenía sentimientos por Saul, pero en ese momento comprendió por primera vez cuán profundos eran.

Con el tiempo, la postura de este se relajó, y cuando finalmente llegaron al final del campo, se dio la vuelta con una sonrisa cansada pero sincera en los labios. Ya no miraba a las horribles plantas con recelo, sino con cariño, lo que casi hizo que su corazón se desbordara y al mismo tiempo alimentaba su preocupación. De verdad parecía no tener más reservas en cuanto a usar la esmeralda del bosque.

La mirada de Saul se dirigió hacia ella, y su sonrisa se hizo más profunda.

—Empiezo a entender.

Esta vez tomó su mano sin dudar, y la magia verde que la bañó en poderosas olas era tan inmensa que su origen no podía residir solo en él. El hecho de que ahora estuviera usando el poder de la gema incluso al interactuar con ella era aterrador. ¿Acaso ya ni siquiera lo notaba?

Las palabras de Lianneh vinieron a su mente: *Te sientes tan profundamente conectado a ella que es difícil quitársela. Cuanto más tiempo mantienes la gema contigo y más uses su magia, más difícil se vuelve separarte de ella.* De forma involuntaria, apretó con más fuerza la mano del elfo, como si pudiera mantenerlo así a su lado y protegerlo de la atracción de la gema. Cumpliría su promesa.

16

FAYETTE



Según las antiguas leyendas, la piedra de las hadas fue una vez el corazón y la fuente vital de todas las hadas. Se dice que focalizaba y nutría su magia, siendo el principio de su poder y el centro de su comunidad. Cuentan que el resplandor de las hadas impregnaba en aquel entonces bosques y valles enteros.

Carta de Remond Everlight a su hija adoptiva, Fayette Dupont

A juzgar por el sol, Rosalind volaba hacia el suroeste. A su derecha, las Montañas de la Tormenta se alzaban en la distancia, con sus picos escarpados, ocultos por nubes bajas. El viento, antes cálido, se volvía cada vez más frío, y las ráfagas heladas arremolinaban con mayor frecuencia; señal inequívoca de que se acercaban a Estraora. Una vez cruzaran la frontera, Fayette estaría perdida. La Fuente se encontraba en algún lugar del sur, justo antes de Moscor, pero no podía decir exactamente dónde. Hasta ahora, había confiado en Noah para la navegación, un hecho que en aquellos momentos lamentaba, porque él seguía inconsciente en sus brazos; los cuales, hacía tiempo se le habían entumecido.

No podía seguir sosteniendo aquella posición. No había descansado desde que partieron, y la necesidad de estirar sus extremidades y volar durante unos minutos se volvía abrumadora.

Además, sus ojos no dejaban de cerrarse. Necesitaba dormir, aunque fuera una hora. Si se quedaba dormida sobre el lomo de Rosalind, ambos se precipitarían hacia una muerte segura.

El mero pensamiento de un descanso devolvió los pinchazos y hormigueos a sus brazos entumecidos. Lo mejor sería descender antes de cruzar la frontera. Así podría recargar su magia en un campo de flores por última vez. En Estraora, tendría que arreglárselas durante un tiempo, ya que los días de incontables admiradores trayéndole ramos estaban terminados. Al menos, eso esperaba.

Estrechó aún más a Noah contra sí y dejó fluir un poco de magia azul en él una vez más. Nunca duraba mucho, Reena se la arrebataba de inmediato, pero tenía la sensación de que sus rasgos se relajaban un poco cada vez. Una vez incluso logró levantar los párpados, aunque solo duró++ unos segundos.

Buscando un lugar adecuado para descansar, la mirada de Fayette recorrió el bosque casi interminable. Muy por debajo de ellos, entre las densas copas de los árboles, divisó un claro. Parecía lo bastante grande como para aterrizar con seguridad. Fayette dio unas palmaditas a Rosalind en el costado, tal como Noah siempre hacía, y señaló hacia abajo. Su hipogrifo viró al instante y comenzó un rápido descenso que, en circunstancias normales, habría disfrutado. Ahora, sin embargo, le causaba problemas, ya que tenía que sujetar a Noah. El viento frío silbaba en sus oídos y sus brazos se agarrotaron mientras Rosalind se lanzaba hacia abajo con las alas replegadas, haciendo que el claro creciera ante sus ojos con rapidez. Justo por encima de las copas de los árboles, efectuó un giro brusco, provocando que el cuerpo inerte de Noah se deslizara hacia un lado con peligro. Las manos de Fayette se aferraron al abrigo de él, sintiendo sus músculos arder bajo el peso, y casi se le escapa de las manos cuando, por fin, Rosalind inclinó sus alas y una sacudida los atravesó. El aterrizaje presionó a Fayette más profundo contra las plumas, cuando tocaron tierra.

El hada sacudió sus adoloridos dedos y dejó escapar un suspiro tembloroso mientras escrutaba las sombras de los robles circundantes. De vez en cuando se oía un suave crujido proveniente

de la maleza, pero aparte de algunos animales, el lugar parecía desierto.

Volvió a mirar a Noah. Era significativamente más alto y pesado que ella. Si se resbalaba, no tendría ninguna posibilidad de subirlo de nuevo. Sin pensarlo dos veces, desató la cuerda que su compañero había utilizado para asegurar su equipaje y la usó para atarlo al lomo de Rosalind.

Satisfecha con su trabajo, sacudió los brazos, convocó lo último de su magia y se transformó en hada. Voló hacia las flores que brillaban en el borde del claro y repuso sus reservas. Después de un rato, regresó junto al hipogrifo, volvió a su forma humana y tomó la pequeña caja con la piedra de las hadas, de cuyas grietas manaba luz azul. Suspirando, se acurrucó bajo el ala de Rosalind. Tenía que dormir un poco. Solo una hora, nada más…

Algo más tarde, un leve crujido la arrancó de su sueño. Parpadeando, se incorporó. Su mente aún se encontraba aletargada y envuelta en una niebla de agotamiento; sin embargo, dejó vagar su mirada lentamente, y entonces el terror la invadió. La caja con la piedra de las hadas, que había estado aferrando con fuerza al quedarse dormida, ¡desapareció! Aunque sabía que debería poder ver su resplandor, palpó el suelo, pero no encontró nada más que musgo húmedo.

El pánico recorrió sus venas mientras se arrastraba fuera del ala de Rosalind, y lo que vio a continuación le cortó la respiración. El crepúsculo ya comenzaba a caer, pero el claro estaba tan iluminado como si fuera de día por el resplandor azul de las hadas posadas en los árboles y entre los arbustos. Debía haber un centenar de ellas, si no más. Su cabeza giró hacia Noah con un movimiento brusco. Tres hadas se habían unido a él. Una se acurrucaba en el hueco de su cuello, otra se sentaba en su pecho, y la última se acomodaba en el plumaje de Rosalind, acariciando su cabello blanco plateado.

—¿Qué le pasa? —preguntó un hada que voló desde un lado. Su rostro estaba contorsionado con una preocupación que no tenía derecho a sentir, en la humilde opinión de Fayette.

¡Ni siquiera lo conocía!

Sin tener ni el tiempo ni el deseo de lidiar con ella, ignoró al hada y giró sobre sí misma, buscando la piedra de las hadas. ¡Allí! Mientras todas las demás miraban a Noah como hipnotizadas, una de ellas había asumido su forma humana y ahora se alejaba a toda velocidad.

Fayette se transformó, saltó al aire y se lanzó en su persecución. Tenía que atraparla antes de que abriera la caja. Aunque… por un breve momento, jugueteó con la idea de dejarla ir; así Noah estaría fuera de peligro… Se reprendió por aquel pensamiento. Esta hada estaba bajo la influencia de Reena. ¿Por qué otra razón habría robado la piedra? Si la usaba, Fayette tendría pocas posibilidades contra ella, y su misión fracasaría.

El hada se movía con rapidez, sin mirar atrás siquiera y se deslizaba entre los árboles con el mayor sigilo posible; pero su resplandor azul le impedía fundirse con las sombras.

Fayette aceleró el paso, maldiciendo el zumbido de sus alas, que no pasó desapercibido. El hada finalmente la miró y corrió más rápido. Fayette se lanzó hacia ella, la alcanzó y le dio un golpecito en los dedos. En el segundo intento, la pequeña caja se deslizó de la mano del hada. Por un momento, pareció como si su oponente estuviera considerando si recogerla. En su lugar, se abalanzó sobre Fayette e intentó morderla.

Fayette la esquivó, giró con brusquedad y se transformó en su forma humana en pleno vuelo para recoger la piedra del suelo.

—¡Devuélvemela! ¡Es mía! —chilló el hada.

Fayette arrugó la nariz.

—Robaste la piedra, así que no es tuya. —Bueno, en el sentido estricto de la palabra, lo mismo se aplicaba para ella, pero ¿quién iba a ser tan quisquilloso?

—El cofre me habló. Dice que me ha elegido.

—Esa cosa le habla a todas las hadas, esperando encontrar a una lo bastante tonta como para responder a su llamada. —Fayette pensó que era mejor no mencionar que en realidad era Reena quien le hablaba. De lo contrario, esta delicada criatura podría creerse demasiado importante por su misión divina.

—¡Eso no es cierto! —La rubia belleza convocó su magia azul.

Fayette hizo lo mismo.

—No deberías tomarte tan en serio, cariño.

Antes de que la otra hada pudiera adelantarse, lanzó un pequeño destello de magia y salió corriendo.

Tan pronto como llegó al claro, gritó a Rosalind que se preparara para despegar. Tendría que dejar su equipaje atrás ya que ya no estaba asegurado, pero era mejor perder su ropa que la piedra. Casi lo había conseguido. Solo unos metros más…

—No tan rápido —sonó la voz de un hombre detrás de ella, destruyendo todas sus esperanzas en un instante.

¡No! No, no, no, no. ¡Esto no podía estar pasando!

El voto que le hizo a Reena se hizo notar de inmediato. ¡Tenía que alejar la piedra de Kian lo más rápido posible!

—Buenas noches, Kian. —Enderezó los hombros y se dio la vuelta con un fingido suspiro de resignación. Que pensara que se estaba rindiendo—. Y buenas noches, Aryana —añadió cuando vio también a la reina—. ¿Cómo nos encontraron?

—Oh, eso no fue una gran hazaña. Fue fácil rastrear al nuevo Rey de las Hadas. —La boca de Aryana se torció en una sonrisa de labios finos—. Además, este claro está tan impregnado de magia azul que su resplandor puede verse desde lejos.

Maldita sea. No había considerado eso. Había pensado que estaban lo suficientemente lejos de Pateria, pero por supuesto, Aryana sintió a Noah como cualquier otra hada en estas tierras.

Kian extendió su mano.

—Danos la piedra y te dejaremos ir.

Fayette estaba a punto de objetar que la piedra pertenecía a Noah cuando reconoció la ironía de la situación y soltó una risa seca. Ahora ella misma estaba reclamando bienes robados.

Tenía dos opciones: podía mostrar sus cartas y decirles que se dirigía a la Fuente. O podía fingir ser una traidora para aplacar a Reena y pretender que quería mantener la piedra a salvo de ellos. Ya que la diosa probablemente ya había descubierto todo y su ruta de vuelo pronto la expondría de todas formas, decidió no interpretar el papel de villana.

—Voy a destruir la piedra de las hadas. Lo prometo.

—No tenías que tocarla para hacer eso —respondió Kian de forma obtusa.

—No pretendía hacerlo. Fue un accidente. Y Noah solo te la robó para salvarme la vida. Ahora está inconsciente porque Reena le ha quitado toda su magia azul. —Señaló hacia Noah, que seguía inmóvil sobre el lomo de Rosalind.

Su hipogrifo se había acercado mientras tanto. Muy bien. Sin embargo, todavía estaban rodeados de hadas curiosas que se acercaban cada vez más. No tan bien. No quería involucrarlas en esto.

Aryana y Kian intercambiaron una larga mirada. Parecía como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa. Al final, Aryana dio un paso adelante.

—Me gustaría mucho creerte, Fayette. Podría desearte toda la suerte del mundo y decirme a mí misma que la piedra ahora es tu problema. Pero si esta gema me ha enseñado algo, es que no puede ser derrotada. Pensamos que la habíamos vencido una vez. Pero Reena siempre encuentra la manera de hacerse más fuerte. Encontrará otra víctima para tomar la piedra y elevarse por encima de todas las hadas. Ustedes dos son la mejor prueba de lo ingeniosa que es. Y al final, la piedra volverá a ser mi problema, porque Reena todavía tiene cuentas pendientes conmigo y movería todas las palancas para apartarme del trono.

—Te equivocas, la piedra puede ser derrotada. Una vez tú misma creíste en la solución, arrojar las gemas a la Fuente.

—Es cierto. Pero también creía que sería más fácil reensamblarla antes de su destrucción, porque así ya no drenaría la magia de la tierra. Y, como ves, caímos en las manos de la diosa, y ahora todas las hadas están sintonizadas con el portador de la piedra. Debería haberme dado cuenta en Pateria cuando te fuiste a Estraora. Al principio, supuse que echaba mucho de menos a mi marido. Todo en mí me instaba a seguirlo. Mirando atrás, sé que era a la nueva Reina de las Hadas a quien me sentía atraída.

—Podrías acompañarnos para asegurar el éxito de la misión. Viajemos juntos y terminemos con esto.

Ante esta sugerencia, el juramento de Fayette se hizo notar de nuevo. No había forma de que pudieran volar juntos. La piedra debía ser alejada de ellos. Lo más rápido posible.

Aryana resopló.

—*Nosotros* no vamos a hacer nada más. Primero, tocas la piedra de las hadas, luego tu amigo ataca a Kian y nos la roba. Te escapas de nuestra mazmorra, con la ayuda de Reena, supongo, y vuelas hacia Noah, quien ahora es el nuevo Rey de las Hadas… Sinceramente, Fayette, ya no creo ni una palabra de lo que dices. Ni siquiera sé de qué lado estás en realidad.

Cuando lo resumía así, era difícil no verlos como los malos. Pero Aryana estaba ignorando algunos hechos.

—Mira a Noah. —Señaló hacia él, aprovechando el momento para acercarse a Rosalind—. ¿Acaso parece alguien que sirve a Reena?

Aryana pareció meditar sus palabras antes de negar con la cabeza.

—Sea como sea. Ahora nos llevaremos la piedra y tomaremos caminos separados.

¿Sea como sea? Una gran respuesta cuando te has quedado sin argumentos.

Mientras Kian se acercaba, el juramento se apretó alrededor de su pecho.

Tenía que distraerlos de alguna manera y esperar el momento adecuado para huir.

—Mi padre adoptivo tiene una profecía de las fuerzas del bien…

—Apenas conocemos a Remond Everlight —la interrumpió Aryana.

Fayette se volvió hacia Rosalind y fingió acariciar su plumaje. Con un rápido zambullido podrían despegar.

—Tienen un lierro. Puede mostrarles el camino, ¿no es así? Recibe sus profecías de Sephos, y se sabe que es una fuerza del bien.

—Pero Clairy no está aquí ahora, así que tenemos que confiar en nuestra intuición —replicó Kian.

—Sería mejor que confiaran en su sentido común —murmuró Fayette.

Kian extendió su mano una vez más.

—Devuélvenosla.

—¿Y qué hay de Noah? —Mientras hablaba, se le ocurrió una idea—. Eres un elfo del bosque. Tu magia es verde. ¿Podrías darle un poco de magia que Reena no pueda robarle? —Por eso, incluso se quedaría aquí un momento más.

Kian suspiró.

—Lo ayudaré. Más tarde.

—¿Más tarde? —chilló Fayette. Entonces comprendió lo que planeaban. Kian había dicho que ella podía irse. No había incluido a Noah—. ¡No! ¡Absolutamente no! —No permitiría que se lo llevaran y lo encerraran.

—Por desgracia, no podemos dejarlo en libertad.

Una luz azul se reunió alrededor de la reina, y Kian también convocó su magia. Relámpagos verdes centellearon en sus dedos.

—Última advertencia, Fayette —gruñó el rey.

Su juramento se apretó aún más, cortándole la respiración. Bueno, una distracción ya no era ninguna opción. Así que, a cerrar los ojos y lanzarse.

—Me lo agradecerán algún día.

Afianzó su agarre sobre el pequeño cofre y saltó sobre la espalda de Rosalind detrás de Noah. Tan pronto como se agarró a sus plumas, el hipogrifo extendió sus alas y se impulsó desde el suelo.

Un dolor agudo atravesó su pierna derecha, y gritó. Todo en ella exigía un contraataque, pero huir era más lo suyo que pelear.

Más rayos fueron disparados en su dirección, pero no la alcanzaron. En cambio, golpearon a las pocas hadas menos inteligentes cuyos instintos de supervivencia habían fallado en proximidad de Noah. Con resuellos de alegría, los seguían, revoloteando a su alrededor como abejas en una colmena.

—¡Aléjense de mí! ¿O quieren que las maten?

Fayette se aferró al plumaje de Rosalind mientras el hipogrifo ascendía más alto. No miró atrás, ni siquiera cuando su equipaje suelto cayó al suelo. Toda su atención se centró en no perder a Noah durante el empinado ascenso, lo que resultó extremadamente

difícil, ya que también tenía que sujetar el cofre. Su única suerte fue que había atado a Noah momentos atrás.

Fayette se acercó más y lo incorporó. Comenzaron a perder a las hadas, pero pronto escuchó el batir de pesadas alas detrás de ella. ¡El hipogrifo de Kian!

—¡Más rápido!

Rosalind aumentó su velocidad, pero el sonido de aleteos detrás de ellos se hacía cada vez más fuerte.

Cuando Fayette se atrevió a mirar por encima del hombro, se le cortó la respiración. Lianas surgieron de la copa de los árboles. Relámpagos verdes silbaron pasando junto a ellos. Ambos la rozaron por un pelo. Con un gesto casual de su mano, Kian dirigió su magia, enviando más lianas hacia ellos, retorciéndose por el aire como serpientes y tratando de atrapar a Rosalind. Una atrapó su ala derecha, tirando de ella con tanta brusquedad que Fayette se deslizó hacia un lado en un movimiento peligroso.

—¡No! —Tiró de la liana, intentando liberarla. Fue en vano.

Aunque Rosalind batía su ala libre y luchaba contra la resistencia, iba perdiendo cada vez más altura. Las copas de los árboles se acercaban a una velocidad aterradora; si no ocurría un milagro ahora, el impacto sería inevitable. El pánico creció en el pecho de Fayette. En lugar de seguir tirando de los zarcillos leñosos, se aferró con más fuerza a Noah. Podría transformarse y huir, pero si caían, ¡caerían juntos!

Su juramento se rebeló contra este pensamiento. No podía llevarse la piedra de las hadas si estaba muerta.

¡Por los altos poderes, aceptar su inminente muerte se estaba convirtiendo en un hábito realmente malo!

Justo cuando se decía a sí misma que debía calmarse y encontrar una salida, un chillido ensordecedor atravesó el aire. Kian también pareció distraerse con él, porque las lianas quedaron flácidas y se deslizaron fuera de Rosalind. Con movimientos frenéticos, se elevó en espiral de nuevo, mientras Fayette, entrecerrando los ojos, buscaba en el horizonte la fuente del sonido. Entonces vio una silueta brillante, una criatura voladora masiva, desprendiéndose de una nube y acercándose a una alarmante velocidad. Como estaba

recortada contra el resplandeciente atardecer, sus escamas plateadas brillaban como metal fundido en el crepúsculo. Un dragón. Pero no era Belgor.

Fayette debatió si deberían volar hacia él o retroceder. Rosalind también redujo la velocidad.

Eyra debía haber liberado al dragón, pero si creía en las viejas historias, la especie de Belgor no era necesariamente la más predecible de las criaturas. Sin embargo, una rápida mirada por encima del hombro tomó la decisión por ella, e instó a Rosalind a continuar. Kian y Aryana seguían pisándoles los talones.

Rosalind jadeaba por el esfuerzo, sus movimientos se volvían más lentos, mientras que la magia verde de Kian los envolvía como una suave manta, inundando a Fayette con una sensación de profunda familiaridad. Todos los miedos y preocupaciones que la habían llevado a huir se desvanecieron, y se apoderó de ella la convicción irracional de que Kian nunca les haría daño.

Rosalind redujo aún más la velocidad, ya fuera por el agotamiento, por la magia verde, o porque el dragón casi los había alcanzado. En el lomo de la bestia plateada, el hada pudo distinguir los contornos de dos jinetes, pero desde su ángulo, era imposible saber si uno de ellos era su hermana.

—Mantén la calma. —Acarició el plumaje de Rosalind.

El dragón se dirigía directo hacia ellos, pero volaba un poco más alto.

Su mirada brillante se clavó en la suya. ¡Cielos!

El hada se sentó erguida y le devolvió la mirada con toda la valentía posible, pues Eyra le había dicho que nunca se debía mostrar miedo.

En el momento siguiente, el dragón pasó sobre ellos con sus poderosas alas. La violenta ráfaga de viento los hizo tambalear, y Rosalind se enderezó con un frenético aleteo.

Entonces el dragón viró hacia un lado y se posicionó entre ellos y sus perseguidores. Un grito, mitad gruñido, mitad rugido, retumbó desde su garganta y resonó por las copas de los árboles. Una ráfaga de aire cargada de chispas barrió sobre Kian y Aryana como una advertencia, obligando a su hipogrifo a retroceder.

Fayette aprovechó la oportunidad y dirigió a Rosalind más arriba para ganar más distancia. Ahora por fin podía ver a los jinetes. No reconoció a la mujer, pero el tipo a lomos del dragón le resultaba muy familiar. ¡Lazar!

Nunca se había alegrado tanto de ver al elfo gruñón de Eyra.

Aliviada y con la respiración contenida, observó a través de un velo de lágrimas cómo el dragón empujaba a Aryana y Kian cada vez más lejos. Llamas silbantes atravesaron el aire, e incluso desde esta distancia, el calor quemaba las mejillas de Fayette.

Aryana y Kian agacharon la cabeza, y su hipogrifo batió las alas con pánico. Los ataques de fuego los rozaron por un estrecho margen, como si el dragón quisiera darles la oportunidad de escapar.

Al parecer, captaron el mensaje, porque dieron la vuelta y se alejaron volando.

17

EYRA



Espero con todo mi corazón que la última vez que nos vimos en la cueva del tesoro de Belgor no sea realmente la última. El invierno en Estraora ya se ha asentado en mis huesos en este corto tiempo y está agotando mi magia. Aún así, quiero creer que volverás a casa a tiempo. Pero si nunca más volvemos a vernos, quiero que sepas cuánto te amo a ti y a tu hermano.

Carta de Remond Everlight a su hija Eyra Everlight

Una sacudida recorrió el cuerpo de Eyra mientras permanecía frente la entrada a las cuevas bajo las Llanuras de Hielo. El deseo de guerra ardió de repente en su pecho. También el impulso de correr hacia los dragones y derretir el hielo que los mantenía cautivos creció hasta un grado abrumador. *Si este plan fracasa, liberaré a los dragones e iré a la guerra con ellos contra los elfos invernales.*

—Está comenzando —murmuró con voz ahogada.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró al cielo despejado. El sol estaba en su cénit, lo que significaba que la Ceremonia de Invierno comenzaría justo dentro de un mes. Lo que se traducía a que su tiempo se había terminado. El juramento exigía que cumpliera su parte del acuerdo.

Merkan la miró por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir?

Negó con la cabeza y observó cómo él quemaba un agujero en la gruesa capa de hielo y saltaba dentro pasaje expuesto.

Eyra le siguió, dejando vagar su mirada en busca de una distracción. Pero los recuerdos que este lugar despertaba en ella eran todo menos tranquilizadores, pues el resultado de su última estancia seguía grabado en su mente. Le había enseñado que este lugar y sus habitantes eran hostiles. Y ahora se suponía que debía ganarse a las personas que vivían aquí: un desafío insuperable para el que no sentía el más mínimo entusiasmo. Pero el juramento no conocía la misericordia y no dejaba lugar a dudas. Estaba aquí para prepararse para una guerra. Y no podía librarla sola.

Varios hombres y mujeres de fuego se acercaron a ellos. Solo unos pocos tuvieron el valor de sostener la mirada de Merkan, y aquellos que lo hicieron le saludaron con evidente respeto. A Eyra apenas la notaban. Como mucho, una o dos personas miraron con cierta irritación al mirlo de nieve posado en su hombro y a ella le pareció perfecto. Sin embargo, el juramento, ahora completamente desplegado, parecía tener un problema con ello, pues la presión en su interior crecía a pasos agigantados. Era como si exigiera que se pusiera en el centro de atención en ese mismo instante. Por todos los cielos, ¿qué tenía en mente? ¿Se suponía que debía detener a cada persona y dejar que su poder estallara hasta que todos se arrodillaran temblando ante ella? Así era como se conseguían ejecutores ciegos de órdenes, no súbditos leales. Además, no necesitaría a ninguno de los dos una vez que sus compañeros completaran su tarea y depusieran a Lorelai.

Este pensamiento la llevó de vuelta a Noah, y su preocupación por él regresó con toda su fuerza.

—*¿Noah?* —preguntó a través de su vínculo, como ya había hecho innumerables veces durante los últimos dos días.

Una vez más, no recibió respuesta. Esperaba con todas sus fuerzas que estuviera en silencio porque ya no era el portador de la piedra de las hadas. Sin embargo, la pregunta sobre a quién podría haberle pasado la gema la dejaba desconcertada.

Emberis no se había puesto en contacto con ella desde aquella conversación en la que analizó cada uno de los detalles de su juramento. Al principio, estuvo esperando algún tipo de intento de intimidación o amenaza para impedirle llevar a cabo su plan; pero cuanto más tiempo permanecía en silencio, más crecía la sospecha de que esta empresa era en realidad ventajosa para él. Las otras fuerzas malignas estaban ocupadas evitando la destrucción de las gemas. Esto le dejaba libre para prepararse para una guerra con el fin de someter a los elfos invernales. Nevalis había hecho exactamente lo mismo. Fingió ayudar a defenderse de Celest Vestan mientras ordenaba a su rey atrapar a todos los dragones en el hielo eterno. La treta le funcionó. Pero Emberis había encontrado una manera de liberarlos de nuevo y contraatacar. Con su ayuda.

Al pensarlo, la fuerza de su fuego empujó contra la creciente opresión en su pecho. Mantendría su promesa; no tenía otra opción. Sin embargo, planeaba tomarse su tiempo, liberando un dragón tras otro del hielo. Eso daría a sus compañeros tiempo suficiente para llegar a la Fuente.

Su juramento se alzó de nuevo. Era claro que no aprobaba este curso de acción.

Como la distracción funcionaba mejor, se dirigió a su segundo vínculo de compañero.

—¿Saul?

—A tu servicio. —Sonaba alegre, casi eufórico.

—¿Estás bien?

Sus historias sobre plantas carnívoras, una bandada de druidas peculiares y un bosque viviente habían sonado más que aventureras; aún así, prefería preguntar una vez más.

—No te preocupes, nos acercamos a la frontera. Una vez que dejemos Vallesland, lo peor quedará atrás. Oh, espera… te contactaré más tarde.

Su atención también fue requerida en otro lugar.

—Galen. Rubén. —Se detuvo frente a los dos hombres de fuego, con las cejas arqueadas. Galen vivía aquí en el norte, pero ¿por qué Rubén estaba aquí?

Merkan se posicionó delante de ella como si fuera su guardaespaldas personal. Por una vez, su instinto protector no la molestó. Aunque los dos no suponían una amenaza seria para ella, quería evitar una pelea, y Merkan era el amortiguador perfecto. Con su naturaleza resuelta, cortaría de raíz cualquier hostilidad, por pequeña que fuera, antes de que su ira pudiera siquiera agitarse. Además, podría impedir que los dos la atacaran si sacaban el tema de Gareez. La noticia no los haría felices, y atacando solo se arriesgarían a precipitarse hacia su propia ruina.

Merkan curvó los labios.

—¿Qué haces aquí, Rubén? —Su perro guardián cumplió con su deber.

Le costó reprimir una sonrisa.

—¿Dónde está Gareez? —El líder del sur fue directo al grano.

Merkan tomó una bocanada de aire profunda.

—En las mazmorras de Tallesfeld.

Eyra quería creer que eso era cierto y que seguía viva.

—Tú… —Rubén se abalanzó hacia delante, pero se contuvo a tiempo y retrocedió un paso—. ¿Cómo sucedió eso? —logró articular.

—Se dejó capturar para distraer a Lorelai de nosotros —explicó Eyra con toda la calma posible—. Nos salvó.

Era difícil imaginar lo que habría pasado si Lorelai la hubiera desenmascarado de inmediato. En ese caso, probablemente no habrían logrado escapar.

—¿Que hizo qué? —Galen se pasó ambas manos por su cabello rapado.

—Si hubiéramos regresado para liberarla, su sacrificio habría sido en vano. En cuanto derrotemos a Lorelai, quedará libre.

Un músculo palpitó en la mejilla de Rubén, con la mandíbula tan tensa que parecía estar conteniendo innumerables acusaciones. Al parecer, su pequeño discurso sobre que él debía esforzarse más en cooperar con ella seguía surtiendo efecto. En su lugar, ahora fijó en Merkan una mirada asesina.

—Oí que dejaste que te arrebataran a tu dragón. —La comisura derecha de su boca se crispó con burla—. ¿Cómo pasó, Merkan?

La mirada de su compañero se volvió letal.

—Lyra…

—Lyra está con Zeros en una misión importante para mí. Merkan recibirá otro dragón a cambio —interrumpió Eyra.

Merkan la miró irritado. Cuando ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, él enderezó la postura.

—Así es. Eyra pronto se dispondrá a liberar más dragones.

Durante una fracción de segundo, el fuego destelló en los ojos de Rubén.

—¿Así que por fin has llegado a comprender que solo podemos enfrentarnos a los elfos invernales con una guerra?

La chica quiso objetar, pero el juramento le arrancó un «Sí» de los labios.

En un instante, Gareez pareció quedar olvidada: los rostros de los dos hombres de fuego se iluminaron.

—Esas son buenas noticias, Eyra —dijo Rubén en un tono aterciopelado que le recordó a los viejos tiempos. Claramente pensaba que volvían a estar en el mismo bando.

—¿Y quiénes serán los jinetes de dragón, si se puede saber? —preguntó Galen con naturalidad.

Eyra sonrió.

—Todos los que sepan de dragones, que me juren lealtad con magia ancestral durante la guerra y que se sometan a ciertas reglas.

Aunque prefería súbditos que la siguieran por convicción, considerando las limitaciones de tiempo, prefería tomar el atajo, sobre todo porque no podía permitirse correr riesgos con los jinetes de dragón.

—¿Qué implica ese juramento? —preguntó Rubén.

Eyra sabía que no debería estar disfrutando tanto, pero era demasiado maravilloso tener las cartas ganadoras por una vez.

—Merkan y yo lo pensaremos a su debido tiempo.

De nuevo, este la miró de reojo.

Ella no le hizo caso, ya que no era el momento ni el lugar para una explicación. Si no quería hacerlo todo ella misma, necesitaba un primer oficial que fuera respetado por todos y a quien la gente considerara su igual. Así que tenía que fortalecer su posición siempre que pudiera.

—Todavía no has respondido. ¿Qué estás haciendo aquí? —Merkan volvió a su pregunta inicial.

—Recibimos el mensaje de que Eyra se dirigía al puesto norte. Por eso vinimos aquí con Naran.

Una calidez entró en su pecho y se extendió por su cuerpo como un rayo de sol. Su corazón latió más rápido y una sonrisa despreocupada se dibujó en su rostro. Sin embargo, al momento siguiente se le ocurrió una pregunta que amortiguó su alegría.

—¿De quién era ese mensaje? —¿Sería alguno de los discípulos de Emberis quien se los dio?

—Bueno… —Rubén balanceó la cabeza de un lado a otro, y la sensación de inquietud de Eyra se profundizó—. Fue ese mirlo de nieve.

La mirada de Eyra viajó hasta su hombro.

—¿Tú?

—Por supuesto que no fui yo, ¿cómo podría haberlo logrado? Estuve con usted todo el tiempo —respondió Theo—. Sin embargo, es posible que enviara un mensaje a un camarada por cuya discreción pondría mi garra en el fuego. Se suponía que debía entregárselo a su hermano. —Fijó sus ojos en Rubén—. Pero no llegó hasta Naran. Al parecer, apenas escapó de la muerte en las cuevas. —El mirlo erizó las plumas sobre sus ojos diminutos.

Rubén se aclaró la garganta.

—Los guardias fueron… minuciosos.

—¿El pajarito está bien? —preguntó Eyra.

—Las plumas ya están creciendo de nuevo, sí. —Una vez más, Theo lanzó a Rubén una mirada fulminante.

Este por su parte comenzó a explicar, pero Eyra lo interrumpió.

—¿Dónde está Naran?

—Tercer ala a la derecha, cueva diecinueve.

La chica solo tenía una vaga idea de adónde tenía que ir, pero empezó a correr.

Al parecer, a Theo le resultaba demasiado incómodo estar en su hombro, porque se impulsó y revoloteó junto a ella.

—Gracias, gracias, gracias —le dijo Eyra. Solo ahora se daba cuenta de cuánto necesitaba la sonrisa de un ser querido.

—Se lo transmitiré a Simón en cuanto se recupere —murmuró el pajarito.

Pidió indicaciones tres veces y pronto se encontró frente a la cueva de su hermano.

Con una amplia sonrisa, llamó y abrió la puerta.

—¿Qué…?

Naran se detuvo a mitad de giro, dio un gran paso hacia ella y la estrechó entre sus brazos. Hubo momentos en que su abrazo apenas era más fuerte que una suave brisa. Ahora, le cortaba la respiración.

Por encima del hombro de su hermano, Eyra divisó la figura demacrada de su padre. Esperó sentir la ira que siempre la invadía al verlo, pero no llegó. En su lugar, una cálida gratitud se extendió por su pecho. Sin su trabajo previo, nunca habrían llegado tan lejos. Pero eso no era lo único que la había suavizado.

Lentamente, se apartó de Naran y se volvió hacia su padre.

—Gracias por la carta. —Él le había explicado todo y le había transmitido de manera creíble lo difícil que fue para él dejarla a ella y a Naran atrás.

Remond Everlight se levantó y se alisó el chaleco de cuero marrón. Sus movimientos parecían tan torpes que Eyra se arrepintió al instante de haber incluido solo a Naran en su primer acuerdo con Emberis. Debería haber insistido en devolver la magia que el rubí les arrebató a su padre y a Sophie y transferido a ella en aquel entonces.

—Espero que te haya ayudado un poco.

—En realidad, me ayudó muchísimo.

—Me alegra oír eso. —Con un movimiento rápido se secó las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—Aun así, desearía que hubieras hablado conmigo en aquel momento. Pero ahora puedo entender el resto de tus acciones.

—Prometo ser más sincero contigo en el futuro.

Naran suspiró.

—Por fin.

—No puedo expresarte lo agradecida que estoy —repitió a Theo en sus pensamientos.

Los ojos pequeños y brillantes del pajarito se agrandaron. Saltó de un lado a otro en el borde de la cama y dejó escapar un alegre gorjeo.

Cuando todas las miradas se volvieron hacia él, se detuvo de golpe y se erizó incómodo.

—*Ha sido un placer* —respondió solemne, hinchando las plumas de su pecho.

En realidad, ya no había motivo para que se comunicaran telepáticamente; Emberis lo sabía todo de todos modos. Aun así, a Eyra le complacía que Theo se abriera a ella, porque de verdad le caía bien.

—*¿Por qué ahora?* —Antes no había sido su culpa.

—*Yo… bueno… quería demostrarle, a usted…* —Titubeó, como si él mismo se diera cuenta en ese momento de lo absurda que era esa línea de pensamiento.

—*Ya lo demostraste con lo de la tetera.*

—*Lo de la tetera. Cierto* —dijo con un tono serio que dejaba claro lo bien que recordaba la reprimenda que recibió por ello.

Mientras tanto, Naran la miró primero a ella y luego a Theo con el ceño fruncido.

—¿Puedes hablar con un pájaro mentalmente?

Eyra estaba a punto de preguntarle qué era lo que le resultaba tan confuso cuando la voz de Sophie sonó detrás de ella.

—¿Quién está hablando con pájaros?

La compañera de su padre revoloteó en su campo de visión y detrás de ella, otra mujer entró en la cámara, una que le resultaba vagamente familiar. Era bajita, con el cabello rubio platinado hasta los hombros, y llevaba un vestido rosa pálido que se ceñía a su figura curvilínea. Pero fueron los ojos verde musgo con el anillo rojo alrededor del iris los que dieron el empujón final a su memoria. Eyra miró el rostro de la bruja, casi siempre oculto bajo capas de polvo blanco.

—¿Madame Moryena?

18

PATRICIA



La esmeralda del bosque representa la unión con la naturaleza, la conexión profunda y la cercanía inseparable.

Carta de Remond Everlight a Saul de Eisenburg, compañero de su hija

Teniendo en cuenta que cada vez más se acercaban a la frontera, Saul estaba demasiado despreocupado para el gusto de Patricia. Los incidentes en los que la naturaleza se volvía contra ellos se iban acumulando. Enjambres agresivos de insectos descendían de la nada sobre ellos. Enormes colonias de hongos brotaban del suelo de forma inesperada, liberando una niebla pegajosa llena de esporas que bajo ninguna circunstancia debía ser inhalada. Voces inquietantes les robaban los sentidos y les atraían hacia la espesura. Sin embargo, Saul avanzaba sin pena ni tristeza, superando un *desafío* tras otro, como él llamaba a estas —a su juicio —, pequeñas incertidumbres. Patricia, por su parte, tenía la impresión de que Vallesland estaba sacando la artillería pesada y, a diferencia de Saul, temía lo que la naturaleza aún podría idear para detenerlos. Al menos no podía faltar mucho, si interpretaba bien el aire cada vez más frío que los iba envolviendo. Más de una vez se

había maldecido por haber olvidado su ropa de abrigo en la prisa de su partida.

—¿Qué crees? ¿Llegaremos por fin a la frontera? —preguntó por lo que debía ser la décima vez.

—Quizás en media hora. Quizás en diez minutos. ¡Ah!

Saul se precipitó por un agujero en el suelo del bosque que había aparecido de la nada. Las raíces de los árboles simplemente cedieron bajo sus pies. Un golpe sordo y una débil sarta de maldiciones llegaron hasta ella desde las profundidades.

—*¿Saul?* —Ella y los druidas se asomaron al foso, donde Saul justo se estaba levantando.

—*Estoy bien*. —La magia verde fluyó de sus manos hacia las raíces de los árboles circundantes.

Respondieron a su llamada al instante; y como cuerdas vivientes, surgieron de la tierra y se enrollaron alrededor de su cintura elevándolo con un poderoso tirón, hasta dejarlo junto al foso.

El elfo se sacudió la tierra de la ropa y dejó que los brotes retrocedieran hacia el suelo del bosque con suavidad.

—*Si esto continúa así, tal vez una hora* —murmuró con una sonrisa irónica.

—*Te lo tomas con demasiada ligereza*.

Además, se estaba volviendo demasiado descuidado con la magia de la esmeralda del bosque. Sin embargo, quitarse el collar antes de llegar a la frontera no era una opción, incluso ella podía verlo. Después de todo, quién sabía si los druidas estarían a la altura de cualquier peligro que la naturaleza les lanzara a continuación.

Durante los siguientes minutos, se libraron de más ataques, lo que hizo poco para calmar los nervios de la chica de fuego. Inspeccionaba los alrededores con sospecha, sintiéndose casi justificada cuando una tormenta se formó sobre ellos y la amenaza a su alrededor tomó forma lentamente. El aire se volvió pesado y opresivo, el cielo se oscureció, y un muro de nubes negras avanzó sobre las copas de los árboles. Un profundo rugido rasgó el silencio, haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Luego una gota fría golpeó su sien, dejando un rastro helado en su mejilla. Momentos después,

las nubes abrieron sus compuertas, y la lluvia cayó sobre ellos en un aguacero incesante.

Sedar inclinó la cabeza hacia atrás. Grandes gotas de lluvia le salpicaron en la cara sin detenerse.

—Maldita sea.

—¿Qué significa «maldita sea»? —gritó Patricia sobre el fuerte repiqueteo. Su vestido ya se le pegaba al cuerpo, completamente empapado.

—¿Una lluvia Binja? —preguntó uno de los otros druidas, Lukar, como ahora sabía.

Sedar asintió de manera ominosa.

—¿Qué es una lluvia Binja? —preguntó Saul, tropezando mientras el suelo se ablandaba y se convertía en un espeso lodazal. El agua se acumulaba entre las raíces de los árboles, haciendo que la hondonada por la que caminaban se transformara en un arroyo.

—¡Tenemos que buscar un sitio seco! ¡Ya! —gritó Sedar.

—¿O qué? —Patricia tragó saliva.

Esta lluvia era diferente de alguna manera. Parecía llevar algo dentro, una magia extraña y cruda que se estaba filtrando en ella. La chica parpadeó, intentando quitarse las gotas de los ojos. Cuando volvió a abrirlos, imágenes parpadearon ante ella. Una figura formada por gotas de agua, con rasgos extraños y a la vez tan familiares que no sintió miedo.

Hechizada por la visión, se perdió la respuesta de Sedar. Pero sin duda escuchó su advertencia, porque se la gritó directo a la cara:

—¡No es real! —El druida la agarró por los brazos y la sacudió.

—No es real, no es real… —murmuró, intentando aferrarse a la realidad.

Como si buscara un ancla, fijó la mirada en Saul. Él miraba al cielo inmóvil, sonriendo. Entonces sus contornos se disolvieron. Todo a su alrededor se difuminó bajo el aguacero. El rostro acuoso de la figura volvió a su campo de visión, haciéndose más claro. Su corazón flaqueó. Con la respiración entrecortada, tropezó hacia su madre, cuyos labios se movían como si quisiera hablar. Pero en lugar de una palabra, de su boca escapó un grito desgarrador. El sonido estridente se mezcló con el rugido de la lluvia y le provocó un

escalofrío helado por la espalda. Se le puso la piel de gallina mientras su madre se disolvía, caía al suelo con un chapoteo y se convertía en un charco.

Un sollozo escapó de Patricia. Entonces sintió dos fuertes brazos que la abrazaron, apretándola contra un pecho amplio. La familiaridad que Saul le proporcionaba hizo que el frío terror dentro de ella disminuyera. La lluvia seguía cayendo sobre ellos, un riachuelo entero corriendo por su espalda, pero gradualmente se iba debilitando. Un repiqueteo apagado llenó el bosque, y cuando las ilusiones retrocedieron por completo, levantó la cabeza del pecho de Saul y la inclinó hacia atrás.

Un denso dosel de follaje se extendía sobre ellos. Grandes helechos verde oscuro se habían entretejido formando un techo protector, protegiéndolos de la fuerza de la lluvia. Solo algunas gotas dispersas encontraban su camino a través, pero ya no podían hacerles daño.

—Bien hecho. —Sedar le dio una palmada respetuosa en el hombro a Saul.

—¿Es obra tuya? —Miró a su alrededor. El dosel se extendía por todo el bosque, hasta donde alcanzaba la vista.

—Eso parece. —Saul le apartó un mechón de cabello mojado de la cara. Su magia verde se arremolinó alrededor de ella, envolviéndola en una suave sensación de bienestar.

Solo ahora se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro y lo natural que eso se sentía. Pero a estas alturas, ya no sabía si esta intimidad procedía de Saul o de la esmeralda. Para encontrar respuestas, buscó su mirada, y los ojos verde intenso que encontraron los suyos parecieron responder a su pregunta.

Con torpeza, se apartó de él.

—Sigamos avanzando.

Saul la estudió por un momento, luego asintió.

—¿Crees que podrías secar primero nuestra ropa? —Le dedicó su sonrisa tan encantadora, que, para su vergüenza, provocó un revoloteo en su estómago.

La chica le devolvió la sonrisa, contenta de poder ayudar por una vez. Reunió su calor, lo dejó fluir hacia sus palmas y lo deslizó

despacio por su túnica. Luego se arrodilló y pasó las manos sobre sus pantalones. Saul se quedó quieto, solo su pecho subía y bajaba con rapidez. Patricia también contuvo la respiración, demasiado consciente de su cuerpo bien definido. Con todas sus fuerzas, se concentró en el cálido vapor que se elevaba de la tela, formando pequeñas ondas. Mientras subía por su trasero, tuvo cuidado de evitar cualquier contacto innecesario. Por último, le secó la espalda hasta los hombros antes de dar un paso decidido hacia atrás.

—Gracias —susurró cuando ella volvió a estar frente a él. Su mirada recorrió su cuerpo de forma lenta antes de apresurarse a apartar la vista.

Solo entonces se dio cuenta de cuánto revelaba su ajustado vestido mojado. Bajó la mirada al suelo y utilizó su calor creciente para secarlo.

—Continuemos. —Sedar y los otros druidas, que habían permanecido mayormente secos gracias a sus capas impermeables, avanzaron pisando fuerte.

La chica los siguió con decisión, queriendo dejar Vallesland lo más rápido posible. Casi prefería la nieve. Podría adormecer sus sentimientos, pero el frío podía combatirse con fuego. En esta horrible tierra, estaba a su merced.

No quería estar sola en este lugar, pero por desgracia, la necesidad la obligó a detenerse.

—Los alcanzaré —dijo, quedándose atrás.

Saul miró por encima de su hombro en su dirección.

—Deberíamos permanecer juntos.

Ella señaló los arbustos a su lado.

—Yo… bueno…

—Ah… sí… Claro.

Tampoco le gustaba, pero era mejor aliviarse mientras aún estuvieran bajo el dosel de hojas de Saul.

—Ten cuidado. —Este dudó, pero luego asintió y siguió caminando.

Como algo se movió entre la maleza a su lado, se apresuró. Justo cuando estaba arreglándose la falda de nuevo, algo azul destelló en el borde de su visión.

Giró la cabeza y miró hacia abajo a un pequeño duende cuyas orejas puntiagudas sobresalían por dos agujeros en un sombrero de cuero. Su piel arrugada era azulada, su nariz plana, y su sonrisa parecía maliciosa.

—Se ven todo tipo de cosas por aquí, ¿verdad?

—No se molesta a la gente cuando está haciendo sus necesidades —retó indignada, saliendo de detrás del arbusto.

Remond Everlight había escrito que los seres más peligrosos venían en los disfraces más hermosos. Siguiendo esa lógica, este tipo no debería suponer una gran amenaza.

Siguió caminando, pero él la siguió pisándole los talones.

—Esperé hasta que terminaras.

Patricia realmente no tenía ganas de seguir hablando de sus funciones corporales.

—¿Quién eres tú, de todos modos?

—¿Quién eres tú?

—Yo pregunté primero.

Los labios del duende se retorcieron en una sonrisa, revelando una fila de dientes afilados.

—Bueno, bueno —dijo en fingida rendición—. Digamos que soy… un amigo de lo inusual. Tengo un instinto especial para los lugares donde el equilibrio está un poco… alterado.

Patricia alzó las cejas.

—¿Un amigo de lo inusual?

—¡Exacto! Y a veces, cuando me apetece, estoy dispuesto a… enderezar las irregularidades. —Se rio por lo bajo, un sonido gutural que solo hizo que Patricia sospechara aún más.

—¿Irregularidades? —repitió una vez más.

—Dinámicas de poder desequilibradas, tensiones entre los elementos, grietas en el tiempo… cosas así. Podría ayudarte. —El duende encogió sus hombros escuálidos—. Por supuesto, solo si el precio es adecuado.

La chica se detuvo.

—¿Qué tipo de ayuda ofreces? —No tenía intención de hacer negocios con este tipo, pero sentía curiosidad de todos modos.

El duende levantó un dedo y dio un golpecito al ala de su sombrero, sus ojos brillando con sospecha.

—Depende de lo que estés buscando. Por unas monedas, respondo preguntas simples. Por sumas mayores, incluso puedo intervenir en el gran esquema de las cosas.

Parecía que no era mejor que un gnomo erudito.

—No llevo nada encima para pagarte.

Estaba a punto de seguir caminando, pero se detuvo cuando recordó otra nota de la carta del padre de Eyra. Duendes azules. Estaba tolerado pellizcarlos. Pero, ¿qué pasaba entonces?

—¿Qué eres tú?

—¿Y a ti qué te importa?

Sin pensarlo dos veces, estiró la mano y lo pellizcó en el hombro.

—¡Ay! —Se frotó el lugar y la miró con rabia—. Bien, ¿qué quieres saber?

—¿Vas a responder a una pregunta así sin más?

—No te hagas la tonta. Me pellizcaste. Ahora suéltalo. —Su fingida amabilidad desapareció en el aire; en su lugar, quedó una cara malhumorada, con las mejillas tornándose moradas.

—¿Cómo puedo ayudar a Saul para que podamos salir de Vallesland ilesos?

—¿Por qué no le ayudas con todo lo que tienes para ofrecer?

—Solo tengo mi fuego, y no puedo usarlo contra la naturaleza, porque eso solo empeoraría todo.

—¿Y por qué no aceptas que él es quien te está sacando de aquí?

Patricia refunfuñó entre dientes.

—No me gusta sentirme tan impotente.

El duende se encogió de hombros.

—Entonces deja de sentirte impotente. —Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones holgados y se alejó arrastrando los pies.

—¿Eso es todo? ¿En serio? —le gritó.

—Sip —respondió sin darse la vuelta.

Patricia puso los ojos en blanco. Qué conversación más absurda.

—¿Todo bien? —le llamó una voz desde la otra dirección.

—Sí.

Siguió las huellas en el barro y se encontró con Saul, que la esperaba en la siguiente curva con expresión preocupada. Los druidas parecían haberse adelantado.

—¿Con quién hablabas?

—Me acabo de encontrar con un duende azul —dijo poniendo los ojos en blanco mientras continuaban caminando uno al lado del otro.

—¿Dónde? —Saul miró hacia atrás, claramente entusiasmado—. ¿Cómo era? ¿Lo pellizcaste?

Patricia se rio de su curiosidad.

—Un enano desagradable con piel azul. Y sí, lo hice. Pero aparte de soltar un par de comentarios sarcásticos, no pasó nada.

—Vaya… —Saul echó un último vistazo por encima de su hombro —. Decepcionante.

Caminaron en silencio durante un rato, Saul bastante despreocupado, ella todo el tiempo en guardia. El tamborileo sobre sus cabezas fue disminuyendo poco a poco, y cuando finalmente salieron de debajo del dosel de hojas, la fuerte lluvia había dado paso a una suave llovizna. La chica, sin embargo, no confiaba en la calma. No se relajaría hasta que hubieran dejado atrás la frontera. Debía de estar muy cerca, porque la temperatura ahora era gélida y la vegetación también estaba cambiando cada vez más. El suelo ya no era musgoso, sino que se volvía cada vez más duro, y los densos helechos verde oscuro cedían el paso a árboles sin hojas cuyas ramas se elevaban hacia el cielo gris con retorcidas curvas.

Sedar los condujo más allá de una piedra gigante, tras la cual se abría un valle yermo.

—El arroyo de allí abajo marca la frontera. —Señaló el curso de agua que serpenteaba por la parte más profunda del desfiladero.

En el lado de Vallesland, el terreno rocoso apenas estaba cubierto por una pizca de escarcha, mientras que al otro lado se extendía una fina capa de nieve. Solo ahora Patricia se dio cuenta de lo acostumbrada que se había vuelto a todo lo verde. Sin duda no echaría de menos la naturaleza traicionera de esta tierra, pero extrañaría la variedad que ofrecía a la vista.

Sedar señaló una colina en territorio estraorano.

—En esa dirección encontrarán una cabaña. La casa real recoge allí a los visitantes diplomáticos y los escolta hasta la capital.

—¿Por qué Lianneh no nos recibió allí? —preguntó Patricia.

—Es probable que quisiera intimidarlos un poco. —Comenzó a descender por un sendero muy transitado.

Patricia apretó los dientes en silencio y lo siguió.

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿La vas a matar?

Él soltó una risa seca.

—Oh, lo que más duro le resultará a Lianneh es que la dejemos caer en el olvido.

Patricia sonrió con satisfacción. Tal vez tenía razón.

—No la subestimes, es discípula de Veridion. Él le habrá otorgado poder —intervino Saul.

—En cuanto regrese, nuestra tribu celebrará un tribunal y decidirá su destino.

Patricia descendió con cuidado por la pendiente, con los ojos fijos en la frontera. Le habría encantado correr los últimos cincuenta metros, pero el suelo de piedra helada era traicionero, y un paso en falso podría hacerla rodar con demasiada facilidad.

Cuando sonó un sordo estruendo, se quedaron paralizados. Un escalofrío recorrió la espalda de la chica mientras el suelo comenzaba a temblar, al principio apenas perceptible, luego cada vez más fuerte, hasta que los temblores hicieron que las rocas bajo sus botas se tambalearan. Miró a Saul, que observaba nervioso a su alrededor.

—¡Sigue avanzando! —instó.

Escombros se desprendían de las laderas y rodaban ruidosamente hacia el valle. El terreno se volvía cada vez más impredecible. Ella perdió el equilibrio varias veces, apenas encontrando apoyo en la gravilla suelta que se deslizaba bajo sus pies. Y a pesar de sentir cómo sus piernas también temblaban, mantuvo el ritmo.

El estruendo se intensificó, pareciendo abrirse paso desde las profundidades. El suelo vibraba cada vez con más violencia. Los temblores la hacían tambalearse, y chocó con Sedar, quien se había detenido.

En el siguiente momento, entendió por qué lo hico, y sus ojos se agrandaron. Bajo el arroyo, la tierra se abrió y se tragó el curso de agua.

La fisura se ensanchaba, dibujando una línea irregular a través del gélido desfiladero como si quisiera manifestar la frontera. Se apresuraron, y cuando alcanzaron el fondo del valle, ya tenía varios metros de ancho.

Plantas retorcidas surgieron del abismo; con un rápido movimiento, Saul agarró la mano de Patricia y tiró de ella hacia atrás. Raíces arañaron los bordes de la fisura y se arrastraron hacia ellos con movimientos chirriantes. Troncos se dispararon hacia arriba. Enredaderas y ramas brotaron de ellos como brazos huesudos, entrelazándose en una pared gruesa e impenetrable. Espinas plateadas, que recordaban a puntas de flecha, brotaron de cada ramita.

—No —susurró Patricia sin aliento, su mirada recorriendo la creciente pared. Estraora estaba a solo unos metros de distancia, y sin embargo su tierra natal de repente parecía inalcanzable.

La ira surgió dentro de ella, y el fuego se agitó por todo su cuerpo. Una llama cobró vida en su palma, lamiendo entre sus dedos y creciendo con cada segundo. El impulso de desatarla sobre la madera de la barrera se volvió casi abrumador. Pero reprimió el deseo, sabiendo que la naturaleza respondería a cualquier ataque con el doble de fuerza. Con los dientes apretados, dejó que el calor fluyera de nuevo dentro de sí, donde, como un río hirviente de lava, continuó esperando ser liberado.

Saul se acercó a la pared de espinas, con el ceño fruncido.

—Ten cuidado —advirtió, pero él no pareció escucharla. O no quería hacerlo.

La magia verde brotó de sus manos, expandiéndose como un aura, y finalmente se transfirió a las enredaderas. Reaccionaron al instante, contrayéndose y retorciéndose como una cesta llena de serpientes, hasta que, despacio —muy despacio—, se aflojaron y retrocedieron ligeramente. Ya se veía un pequeño hueco en el denso tejido cuando la madera se acercó a Saul con un horrible crujido y se envolvió alrededor de sus muñecas en un instante. Aunque Patricia

gritó, la madera trepó por sus brazos, atando sus hombros y su pecho.

Sedar y los otros druidas estaban a su lado, sus maldiciones murmuradas eran un claro testimonio de su impotencia.

—¡Hagan algo! —gritó.

Sedar sacó su varita, apuntó a la madera y susurró un hechizo, pero no tuvo efecto. Al igual que los encantamientos de los demás.

Patricia corrió hacia Saul, pero unas ramas cubiertas de espinas azotaron el aire, obligándola a retroceder. No podía hacer nada más que observar cómo las extremidades se enroscaban alrededor del cuerpo de Saul, apretando… arrastrándose sobre su rostro. Pronto, solo su mano sobresalió, tanteando la madera como si buscara una salida. Una y otra vez, la magia verde de Saul destellaba, impregnando el entramado de madera y haciéndolo ceder por un momento, pero cada vez su fuerza disminuía de nuevo. Cuando incluso su mano ya no era visible, las enredaderas retrocedieron, arrastrándolo con ellas hacia la tierra de la que habían surgido.

El corazón de Patricia latió acelerado, sus dedos se crisparon mientras las llamas en su interior se rebelaban una y otra vez. No podía usar su fuego contra la naturaleza, pero tampoco podía dejar a Saul valerse por sí mismo.

Nunca en su vida se había sentido más impotente.

Entonces deja de sentirte impotente.

Las brasas ardieron en su pecho; la más pequeña chispa sería suficiente para encender un poderoso fuego.

Las ramas, detrás de las cuales la silueta de Saul había sido apenas visible hacía un momento, se hundían cada vez más profundo en la zanja.

Entonces deja de sentirte impotente.

Desafiando toda razón, Patricia desató las llamas que había contenido durante tanto tiempo. Con su siguiente respiración, el aire alrededor de sus dedos se encendió, y lanzó una bola de fuego hacia la madera.

Las llamas serpentearon por la barrera, lamiendo las ramas y la corteza húmeda. La masa enmarañada se alzó de inmediato, agitándose salvaje.

Sin otra opción, la chica lanzó otra oleada de fuego, provocando que las plantas se dispararan hacia ella, intentando atraparla. Esquivó hacia atrás… pero no lo bastante rápido. Una raíz espinosa se enroscó alrededor de su tobillo, clavándose en el hueso y casi derribándola. Con un grito, dejó ir el dolor para que no se convirtiera en parte de su rabia, y concentró todos sus pensamientos en Saul. Conjuró su imagen, su sonrisa, sus ojos invernales azul plateado y su mirada decidida, y se concentró en el calor abrasador dentro de ella. Un sentimiento familiar que creía haber perdido comenzó a agitarse. Una lluvia de chispas en su estómago. Un crepitar bajo su piel. Una corriente incandescente elevándose dentro de ella en luces rojas y doradas que bordearon su visión, explotando en un destello ardiente en lo más profundo de su alma. Y sonriendo, dejó que sus instintos la guiaran y con un último suspiro, estalló en llamas.

19

EYRA



En algún momento, las fuerzas malignas se darán cuenta de que pretendes terminar lo que Celest Vestan una vez comenzó. A partir de ese momento, debes ser muy cautelosa, porque los dioses harán todo lo posible para desviarte de tu objetivo.

Carta de Remond Everlight a su hija Eyra Everlight

—¿*Qué hace Madame Moryena aquí?* —preguntó Eyra a su hermano.

—*Vivienne te lo explicará.*

Claro, Vivienne.

—¿A qué se debe el honor? —La chica examinó a la bruja una vez más de pies a cabeza. Se veía diferente. Mucho más guapa.

Esta última se unió a Naran. Estaban de pie un poco demasiado cerca para el gusto de Eyra.

—He sido aceptada en la red de Sephos —explicó con un deleite no disimulado, lo que sorprendió a Eyra una vez más. Hasta ahora, siempre había parecido muy reservada, con una voz tan silenciosa como la de un elfo invernal.

Naran sonrió de oreja a oreja.

—Ahora es nuestra propia lierro personal, por decirlo de alguna manera.

Madame Moryena le dio una palmada juguetona en el brazo, el cual había crecido hasta alcanzar un tamaño impresionante en tan poco tiempo. Al parecer el trabajo en la forja estaba surtiendo efecto, porque puso a su hermano en forma en los últimos días.

—¿Por qué mejor no me llamas perro faldero?

—Eso sería cruel. Un perro faldero solo es bonito y nada más. Tú eres realmente útil.

Madame Moryena puso los ojos en blanco con una sonrisa.

—¿Están…? Quiero decir, tú y ella… ¿Esto es…? —Eyra titubeó, incapaz de decir las palabras. Su hermano pequeño era adulto, sí, pero no debería tener una… Cielos, ni siquiera quería pensarlo.

—No. Soy demasiado joven para ella.

Eyra suspiró aliviada.

Naran se encogió de hombros.

—Es solo cuestión de tiempo.

La chica reprimió un gruñido y volvió a dirigirse a la bruja.

—¿Cómo funciona esa aceptación en la red?

—Sephos se me reveló. Había leído mucho sobre él y sabía que su poder es dorado. Solo puede ser visto por aquellos a quienes ha aceptado, entre los que ahora me incluyo.

—¿No se suponía que las brujas no estaban permitidas en el círculo élite de videntes? —Eso era lo que ella misma le dijo tiempo atrás.

—En general, así es, ¡lo sé! ¿No es emocionante?

—¿Y también me dirás qué dijo?

—Por eso estoy aquí. Creo que me ha elegido para estar a tu lado. La profecía te concierne a ti.

Su expresión solemne explicaba por qué había emprendido este largo viaje en lugar de solo confiar la predicción a Naran. Se lo estaba tomando muy en serio.

—Espero que presagie nuestra victoria sobre las gemas. —Eyra rio, aunque un poco nerviosa.

Incluso Naran miraba a la bruja con interés.

—No ha querido contarnos nada hasta ahora.

—Pensé que querrías ser la primera en escuchar las palabras de Sephos.

Su tono ominoso hizo que el estómago de Eyra se revolviera. Madame Moryena se limpió las manos con un poco de torpeza en su demasiado ligero; completamente inadecuado para el invierno.

La inquietud de Eyra se intensificó.

—Suéltalo ya.

La bruja respiró hondo.

—Tres compañeros, tres príncipes, en un corazón entrelazados, el invierno acaba cuando por ellos el mundo ha llorado. La Fuente es amor, la Fuente es poder, cuando ella une las piedras, su obra encuentra su luz al renacer.

Toda la sangre desapareció del rostro de Eyra, su fuego se agitó y amenazó con sobrepasar sus límites. *Cuando por ellos el mundo ha llorado.* Su pecho se contrajo como si una banda de hierro lo rodeara. ¿Cuál podría ser la razón de esas lágrimas? ¿Sus muertes? ¿Acaso los dioses matarían a sus compañeros?

Apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas de sus manos, provocándole dolor. Su fuego quería liberarse: una luz roja brillante nublando su visión.

—¿Sabes lo que se supone que significa eso?

La bruja retrocedió un paso, cautelosa.

—No —respondió con suavidad, levantando las manos en gesto conciliador—. Es solo una profecía, una pista. La entenderás cuando llegue el momento adecuado.

—¡Pero quiero entender ahora por qué se supone que el mundo debe llorar por mis compañeros! —Su voz se quebró. Lava corría por sus venas, el fuego azotando todo su cuerpo.

¿Sería posible que ya fuera demasiado tarde? No podía contactar con Noah y, en su última conversación, había descubierto que ahora él era el portador de la piedra de las hadas. Por los altos poderes, había sonado tan débil.

—Eyra, tranquilízate. —Las palabras de Naran apenas le llegaron. Sus pensamientos giraban en un incontrolable torbellino de miedo, ira y desesperación.

—¿Y se supone que de verdad esta profecía viene de las fuerzas del bien? —logró articular.

Madame Moryena asintió.

—Estoy bastante segura.

Entonces tenía que impedir que sus compañeros se adentraran en ese peligro.

—Eyra —susurró Naran con urgencia, agarrándola por los brazos. Su agarre fue firme—. Detente. —Su tono suplicante la hizo dudar.

Miró a su alrededor. Sus llamas se habían extendido a una silla de madera, el aire resplandecía por el calor. A estas alturas, tanto su padre como Sophie también se habían alejado de ella; e incluso Theo revoloteaba frenético hacia la puerta.

¡No podía perder el control en su presencia!

Conteniendo la respiración, cerró los ojos. Tal vez, aún no había ocurrido nada. Saul estaba vivo. Habló con él. Y Fayette estaba con Noah. Ella nunca lo dejaría morir. Además, Lazar estaba de camino hacia ellos.

Este pensamiento calmó las llamas que ardían en su interior. Sus hombros se hundieron y respiró profundo. Se obligó a ello. Lentamente, muy lentamente, el fuego disminuyó hasta convertirse en un débil resplandor en las puntas de sus dedos.

Saul, Patricia, Noah, Fayette, Lazar… ninguno de ellos podía ir a esa Fuente. La profecía de Madame Moryena… Su línea de pensamiento se detuvo de golpe. ¿Y si era una discípula? Quizás los dioses enviaron a la bruja para desviarla. ¿Tal vez esta profecía era una advertencia de las fuerzas malignas? ¿Un último esfuerzo para detenerla antes que sus compañeros destruyeran las piedras?

Eyra se enderezó y asintió a la bruja.

—Muchas gracias. Consultaré con mis compañeros.

Naran, que mientras tanto había apagado la silla, entrecerró los ojos.

—¿Cómo? ¿Están cerca?

—Tengo mis métodos para comunicarme con ellos —respondió sin más, en caso de que en verdad no se pudiera confiar en la bruja. Casi esperaba que su sospecha fuera correcta, porque entonces no habría un futuro en el que el mundo tendría que llorar por sus compañeros.

Todas las miradas se dirigieron a Theo, y Eyra les dejó creer que él la ayudaba a comunicarse con ellos. Por un instante, deseó poder

hablar también con Lazar a través de esa gran distancia. Aun así, tan rápido como vino, se reprendió por ese pensamiento, ya que él tendría que reclamar el cristal de hielo para obtener esa habilidad, o romper su promesa a Saul y entregarle la llave de los sueños. Pero por los altos poderes, sino lo echaba tanto de menos. Su abrazo. Sus consejos. Su calma estoica cuando una tormenta furiosa estallaba a su alrededor.

Miró al grupo.

—¿Podría tener un momento a solas, por favor?

—Maravilloso. Todos vamos a ignorar que esta es mi habitación —refunfuñó Naran mientras seguía a Sophie, Theo y Madame Moryena hacia fuera.

Su padre se quedó atrás, esperando hasta que su hermano desapareció por el pasillo.

—Las palabras que me llegaron procedían de una fuente confirmada. Esta profecía, sin embargo, podría ser obra de las fuerzas malignas —expresó lo que ella también estaba pensando.

Eyra repitió la antigua profecía en su mente, buscando alguna pista que pudiera ayudarla. *El blanco hará que los colores caigan. Para vencer a la más fuerte de las gemas, tres piedras de color tienen que hallar, sin que se retraigan, y unirlas en la Fuente de la Creación a blanco sin problemas. Si el cristal de hielo ese poder llegara a tocar, todo el mundo su fuerza sentirá sin dudar. Y entonces en el sur de Estraora reinará la calma, sin invierno perpetuo, ni gema que la reclama.* No decía que alguien tuviera que morir. Pero tampoco garantizaba que sobrevivieran.

—¿Conoces alguna forma de contactar yo misma con las fuerzas del bien?

—No, siempre necesitas un vidente de la red de Sephos.

Eyra se limpió el rostro.

—Hay algo más que tengo que decirte.

Su padre le prestó toda su atención, mirándola expectante.

La chica tragó saliva.

—Tanto Saul como Noah son ahora portadores de una gema.

—Oh, cielos santos. —Tras un suspiro, se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Están logrando mantenerse firmes frente a los dioses?

—No sé nada de Noah. Saul parece estar bien.

—Entonces esperemos que tus dos compañeros sean tan fuertes como tú.

—Lo son. —Estaba convencida de ello—. Por cierto, gracias a nuestro vínculo de compañeros y la magia de las piedras, podemos hablar entre nosotros a largas distancias.

—Eso es asombroso. —La comprensión apareció en sus ojos—. Así que por eso querías estar sola. Aconséjales que sean cautelosos, pero ten en cuenta que esto podría ser una trampa. —Colocó su mano en la mejilla de ella y la acarició—. Nos veremos más tarde. —Con eso, también abandonó la habitación de Naran.

En el momento en que la puerta se cerró con un clic, buscó su vínculo de compañeros, ese ligero tirón en su pecho, el hilo invisible que la guiaba hacia ellos. Pero alcanzó la nada. Solo había vacío, frío e infinitamente quieto. El pánico parpadeó dentro de ella. Buscó de nuevo, encontrando al fin el principio y sintiendo una vibración tentativa al final. ¡Noah! ¡Luego Saul! El alivio la inundó. Eso significaba que estaban vivos. Agarró con fuerza el hilo y tiró de él, pero se le escurrió entre los dedos como humo perdido en el viento.

—*¿Dónde están?* —Las palabras se desvanecieron sin ser escuchadas en la cámara vacía—. *Por favor…* —Cerró los ojos, concentrándose.

La presencia de Noah estaba distante; podía sentirlo, pero él no respondía. Dirigió su atención hacia Saul y se estremeció cuando destellos de miedo la golpearon como relámpagos salvajes, impulsos poderosos que le dieron un vistazo devastador de su desesperación. Claramente estaba en serios problemas.

La sensación desapareció tan rápido como llegó, pero dejó tras de sí un incendio forestal que se extendió por su cuerpo. Un temblor recorrió sus dedos, luego las llamas estallaron con toda su fuerza. Chispas volaron por la habitación, el mundo se difuminó en un parpadeo de rojo y oro, y su calor dejó un rastro de devastación a su paso.

Cuando su visión se aclaró, las llamas lamían el armazón de madera de la cama, devoraban los libros, consumían el marco de la puerta y hacían brillar la oscura piedra de las paredes. Naran iba a

matarla. Pero hoy no tendría la oportunidad, ¡porque ella tenía que llegar hasta sus compañeros!

Con este pensamiento, su juramento despertó: empujó contra su determinación, ganó ventaja y forzó su concentración en otra dirección, haciéndola cambiar sus prioridades. Eyra jadeó. Su corazón le gritaba que partiera de inmediato hacia Saul, pero la magia de su promesa redirigía su impulso de vuelta a la misma razón que la había traído a los cuarteles del Tren Rojo en primer lugar.

El compromiso que juró pesaba más que su propia voluntad.

No había nada que pudiera hacer.

20

PATRICIA



Pocos discípulos renuncian a sus dioses. Porque aceptar más magia es fácil. Abandonarla, sin embargo, significa enfrentarse a la propia debilidad y aceptar el vacío que deja atrás el poder perdido.

Diario de Remond Everlight

La raíz que Patricia estaba sosteniendo cayó al suelo en pedazos luminosos, y luego su forma ardiente se abalanzó contra el entramado de ramas. Dondequiera que sus manos de fuego tocaban las plantas, las llamas devoraban la madera, dejando marcas carbonizadas. El olor a corteza quemada llenó el aire mientras las chispas se dispersaban y encendían más fuegos ahí donde alcanzaban.

Una y otra vez, las ramas salían disparadas desde la abertura, atacándola como si intentaran sofocar su fuego; pero Patricia las reducía a cenizas: dejaba fluir su calor y luchaba en dirección hacia donde Saul había desaparecido entre las ramas.

Finalmente, algo verde brilló a través de la pared, que ardía en diferentes lugares. Era solo una luz tenue, pero fue suficiente para mostrarle el camino a la mujer de fuego.

Contuvo sus llamas, atrayéndolas con fuerza hacia sí, y se movió hacia el destello verde. Con cuidado de no tocar a Saul, atacó las

enredaderas que lo sujetaban. Las plantas sisearon; e incluso algunas volvieron a cerrarse alrededor de la cintura del elfo, otras se envolvieron alrededor de la esmeralda del bosque, pero el fuego de Patricia las cortó, y los trozos amputados cayeron sin vida.

Temblando, Saul arrancó los últimos hilos de su pecho, liberó su rostro y la miró con una mezcla de incredulidad y fascinación.

—Salgamos de aquí —susurró ella, con la voz como un suave crepitar.

El chico obedeció y comenzó a trepar. Trampas ardientes se abalanzaron sobre él, pero Patricia las obligó a retroceder y las mantuvo a raya para que pudiera escalar a través de los restos incandescentes.

Antes de que alcanzara la cima, ella se lanzó hacia delante y quemó una abertura circular hacia Estraora. Saul saltó a través del hueco mientras la chica devolvía a su lugar las enredaderas que volvían a dispararse.

Una vez que ambos estuvieron al otro lado, ella miró hacia atrás. Sedar estaba más allá del fuego, su rostro era un borrón detrás del calor resplandeciente. Ligeramente encorvado, miró a través del agujero y levantó la mano en señal de despedida.

Estaba liberado de su juramento, libre para regresar y apoderarse de la regencia, seguro de que Saul, con la esmeralda del bosque, no se interpondría en su camino.

Este por su parte devolvió el gesto. Luego, con el ceño fruncido, estudió la pared que ahora se había transformado en una red de líneas brillantes. El crepitar de la madera era el único sonido mientras miles de chispas giraban entre los gruesos copos de nieve y caían despacio hacia el suelo.

—Salgamos de aquí —instó, aunque esperó a que ella se moviera antes de empezar a correr.

Patricia voló por la pendiente a su lado. El aire a su alrededor crepitaba mientras el viento helado rozaba su piel. Sus poderes iban en disminución y su manto de llamas comenzaba a parpadear inestable, pero permaneció en su forma ígnea, ya que su ropa se había convertido en cenizas. La simple idea de caminar desnuda por

la nieve la hizo estremecerse, así que se aferró a los últimos vestigios de su magia.

Con cada metro que recorrían, la tensión seguía disipándose. En su lugar surgió una profunda satisfacción, un fuego que crepitaba con suavidad y la calentaba desde adentro. Lo habían logrado. La esmeralda del bosque estaba en su poder y habían dejado atrás Vallesland. Ahora su camino conducía a la Fuente, donde completarían su tarea.

Pero primero, tenían un último obstáculo que superar, uno que pesaba mucho en su alma.

—Puedes quitarte la esmeralda del bosque ahora. Estamos en Estraora.

—Vayamos primero a la cabaña.

—¿Por qué esperar?

—Estoy exhausto. La magia me está ayudando a soportar la marcha.

—*Saul* —dijo con severidad.

—*¡Después!* —respondió él, con no menos dureza.

La esmeralda del bosque se encendió y su magia se expandió hacia fuera, envolviéndolos en una familiaridad que nunca se había sentido más extraña como en ese momento.

El elfo se detuvo en seco y se frotó los ojos.

—Lo siento.

Como no hizo ningún movimiento para quitarse el collar, parecía estar disculpándose solo por su tono.

Patricia estaba a punto de hacer una réplica mordaz, pero él levantó una mano, se llevó un dedo a los labios y la silenció con un breve movimiento de cabeza.

—Eyra. Está fuera de sí porque no podía contactar conmigo y sintió mi miedo.

Patricia resopló, no porque él estuviera hablando con su compañera. El hecho de que hubieran encontrado una forma de comunicarse era lo único bueno de la esmeralda del bosque. Pero ella estaba ansiosa por terminar esta conversación.

Después de unos minutos, él volvió a dirigirse a ella.

—Tuve que contarle todo, golpe por golpe. Ahora está tranquila.

—¿Está bien?

—Sí. Lo está. Aunque está preocupada por Noah y echa de menos a Lazar. Lo interesante es que el plan de Madame Moryena parece haber funcionado. Sephos la ha incluido en su red. Eso es motivo de celebración; permite una comunicación más cercana con las fuerzas del bien. Sin embargo, la profecía que recibió no fue del todo alentadora.

—¿Qué dice?

—No recuerdo las palabras exactas. El trabajo estará hecho cuando la Fuente una las piedras. Y el invierno pasará cuando el mundo llore por sus tres compañeros. Algo así.

Patricia tragó saliva, sintiendo un destello de pánico dentro de ella.

—¿Y qué se supone que debemos hacer con esa información?

—No vamos a cambiar nuestro rumbo por ahora. Eyra seguirá intentando contactar con Noah. Si lo consigue, puede enviarlo hacia nosotros. Entonces podremos resolverlo juntos.

No le gustaba esta profecía, pero se ocuparía de ella más tarde. Acababan de escalar una montaña tan alta y ahora solo quería disfrutar de la vista un momento antes de enfrentarse al siguiente pico.

—¿Tienes alguna idea de cómo saldremos de aquí?

—Gypara está esperando una señal nuestra. Theo se asegurará de que esté informado de nuestra ubicación.

Patricia suspiró aliviada. Al menos eso eran buenas noticias.

Mientras caminaban en silencio, buscó más argumentos para persuadirlo de que se quitara la esmeralda. Como probablemente seguiría obstinado, decidió dejar el asunto hasta que llegaran a la cabaña. Ya vería entonces qué excusa tendría.

—¿Así que puedes convertirte en fuego otra vez? —preguntó Saul rompiendo el silencio, con un cálido resplandor en su rostro—*. Me alegro mucho por ti.*

—Parece que todo lo que necesitaba era la motivación adecuada. —Y el consejo de un duende azul sabelotodo.

La expresión de Saul se volvió solemne.

—Te debo la vida.

Patricia sonrió con picardía.

—*Y ya sé cómo puedes agradecérmelo.* —No lo había salvado para perderlo ahora por culpa de la gema.

—*Ah, ¿sí? ¿Qué tienes en mente?* —El brillo travieso en sus ojos revelaba que tenía una idea muy diferente de cómo podría mostrar su gratitud de la que ella tenía.

Una sensación de hormigueo como innumerables chispas recorrió el estómago de Patricia. Con una sonrisa cómplice, decidió dejar que el malentendido flotara en el aire.

—*Te lo diré más tarde*.

Un leve rubor tocó las pálidas mejillas de Saul, y mientras subían juntos la colina, su mirada seguía desviándose hacia ella.

Su pregunta sobre qué podría estar pasando por la mente de él pasó a un segundo plano cuando un profundo crujido rompió el silencio. Se giró y observó cómo el muro resplandeciente de madera carbonizada se derrumbaba bajo su propio peso. Las brasas se esparcieron por el valle, siseando y humeando, con algunas chispas perdidas volando hacia ellos y extinguiéndose en el fresco aire nocturno.

Patricia observó cómo los últimos puntos rojos se desvanecían en la nieve, luego le dio por completo la espalda a Vallesland y se deslizó por la pendiente cubierta de nieve.

Ante ellos se alzaban las Montañas de la Tormenta, suaves colinas superpuestas unas sobre otras hasta transformarse en picos más empinados y escarpados que parecían tocar el cielo.

Saul señaló hacia la distancia.

—Allí, ¿ves eso?

Patricia miró en la dirección que él indicaba y divisó una pequeña cabaña perfilada al borde de un pequeño bosque, medio oculta entre los árboles. Ese debía ser el lugar donde Vallesland alojaba a sus visitantes de estado antes de ser escoltados a Reundaris.

Patricia se deslizó por la extensión nevada mientras Saul avanzaba con dificultad por la nieve, que ahora le llegaba hasta las rodillas. Un viento helado cortaba a través de la noche que se cernía y arrancaba las últimas fuerzas de la chica. Con cada metro, su

fuego titilaba cada vez menos, sofocado por el frío opresivo, y el paso de Saul también se ralentizó.

Cuando llegaron a la cabaña, la cual se alzaba solitaria bajo la protección de los árboles cargados de nieve, su fuego se había reducido a un pequeño destello.

Los escalones que llevaban a un diminuto porche crujieron bajo las pisadas del elfo.

Patricia dudó, permaneciendo en la nieve. No se atrevía a entrar en la cabaña de madera. El riesgo de incendiarla era demasiado grande. Pero no tenía ropa para cubrir su desnudez tras la transformación, y Saul solo llevaba pantalones y una simple camisa. Él los necesitaba para sí mismo. Pero ella no podría mantener su forma de fuego por mucho más tiempo.

El chico se volvió confundido.

—¿Por qué no vie…? —La pregunta murió en sus labios, y se quedó paralizado a medio gesto cuando el fuego de Patricia se extinguió por completo y sus pies cálidos se hundieron en la nieve helada.

El elfo no se movió. Solo sus ojos se deslizaron por el cuerpo de ella, deteniéndose en cada curva, pareciendo grabar cada detalle en su memoria. Casi podía sentir físicamente el peso de su atención; y un suave hormigueo recorrió su piel, derritiendo incluso el frío a su alrededor y devolviendo su fuego a la vida.

Como si solo ahora se diera cuenta de que la estaba mirando con fijeza, sus ojos se ensancharon.

—Oh, perdóname —murmuró, con la voz espesa.

Comenzó a darse la vuelta, pero Patricia mantuvo su mirada, prácticamente obligándolo a seguir mirándola mientras subía los escalones hacia el porche. Para su propia sorpresa, ni un rastro de vergüenza se agitaba en su interior. ¡Este era Saul! *Su Saul*, pensó, con más vacilación. Sin importar lo que dijeran las circunstancias. Lianneh podría ser su esposa, Eyra su compañera, pero él le pertenecía a ella. Nada, ni el pasado, ni otro compromiso, ni razón alguna, podría cambiar este hecho. Lo quería a su lado, y quizás, solo quizás, ese era exactamente el lugar donde él mismo quería estar.

Se detuvo a un paso de él. Lo último del frío desapareció y su entorno se desvaneció en segundo plano. Todo lo que quedó fue un silencio sin aliento, lleno de sentimientos no expresados y una excitación que vibraba por cada centímetro de su cuerpo.

Las manos de él se movieron por un momento en su dirección, luego retrocedieron indecisas. Su rostro contenía la pregunta silenciosa de si ella sentía el mismo deseo.

—Así no —susurró.

Saul había dicho una vez que no esperaba nada especial de un primer, segundo o tercer beso. Pero siempre se había atrevido a soñar que el milésimo sería perfecto. Ella veía las cosas de manera diferente. Su primer beso juntos, si es que se le podía llamar así, no había sido ni romántico ni voluntario. El siguiente tenía que ser perfecto, y cuando sucediera, no quería mirar a unos ojos verde musgo, sino a unos azul plateado que le calentaban el espíritu. Quería sentir la magia verde que provenía de su corazón, no la de la gema que colgaba de su cuello.

El elfo tragó saliva con dificultad cuando ella levantó las manos y las colocó en sus ásperas mejillas con suavidad. Sus dedos se deslizaron lentamente hacia abajo, siguiendo la línea de su mandíbula y rozando la fría piel de su cuello hasta que alcanzaron por fin la tosca cadena.

Con un jadeo, él se apartó y negó con la cabeza. Dudó unos segundos y luego se dio la vuelta sin decir palabra alguna y se dirigió a la entrada.

En el momento en que se paró frente a la puerta, la cerradura brilló. Quizás lo reconocía como el portador de la esmeralda del bosque, o tal vez como alguien bendecido con una gran cantidad de magia de la naturaleza.

Después de un suave clic, se abrió, y en lugar de dejarla pasar primero como de costumbre, huyó hacia el interior de la cabaña.

Ella lo siguió y observó cómo apilaba leña en la chimenea con ahínco. Ni siquiera le pidió que encendiera los troncos como de costumbre, sino que tomó las cerillas, e incluso cuando le trajo una manta, no la miró a los ojos.

Patricia se envolvió en la gruesa lana, inhalando el aroma de cedro y humo viejo, y observó la cabaña, cuyo sencillo exterior no insinuaba en absoluto el interior. Tapices finamente tejidos adornaban las paredes revestidas de madera oscura. Una chimenea de mármol, donde ahora crepitaba un suave fuego, formaba el corazón de la habitación, y cortinas de terciopelo verde esmeralda mantenían fuera la luz del día que se desvanecía. En la esquina había una enorme cama que podría acomodar muy bien a cuatro personas.

La suave alfombra amortiguaba sus pasos mientras caminaba hacia Saul, pasando junto a la mesa baja de caoba oscura. Sobre ella, alguien había dispuesto una bandeja de copas de cristal resplandeciente, junto a una hilera de cuencos de plata llenos de frutos secos y frutas deshidratadas.

Como si necesitara algo que hacer, Saul agarró la tetera y se apresuró a salir para llenarla de nieve. De vuelta del frío, encendió el fuego bajo la placa de cocina.

Patricia lo siguió.

—Te hice una promesa, Saul.

Él se quedó inmóvil, luego cerró la puerta de la estufa y se levantó, pero no se volvió para mirarla.

Patricia se estremeció, y no solo por el frío. No le gustaba esta distancia, no soportaba tener algo entre ellos.

—¿Puedes mirarme, por favor? —Ajustó la manta sobre sus hombros.

El elfo se volvió hacia ella con expresión obstinada.

—Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

—Lo entiendo. Recuperaste lo que perdiste.

—Igual que tú.

—Mi fuerza seguía dentro de mí; solo pensaba que la había perdido.

—Patricia… —dijo suplicante.

—Eres un elfo invernal poderoso, Saul. Eso es suficiente. —Dio un paso más cerca—. Tú eres suficiente.

—Mis propios colores están bastante equilibrados. La mayoría de los elfos invernales estarían contentos con eso, porque me resulta

fácil encontrar mi centro. Pero desde que perdí la magia de Lazar, siempre me ha faltado algo. Apenas podía sentir mi magia verde, ¿sabes? Excepto… —Sus miradas se encontraron.

Patricia sonrió con dulzura.

—Si te ayuda, no me apartaré de tu lado.

Sus ojos se agrandaron. Luego dejó escapar una risa triste.

—Entiendo por qué siempre te alejas de mí. No es… —Un músculo en su mandíbula se tensó—. No estaría bien. Sedar dejará vivir a Lianneh. Soy y seguiré siendo un hombre casado.

—No en tu corazón. —Se acercó más, hasta que apenas la distancia de un brazo los separaba.

La expresión de Saul se tornó atormentada.

—Nunca podría darte un vínculo de compañero.

—Soy una mujer de fuego. No tenemos esas cosas, así que no valoro ese tipo de conexión.

—No sé… Debería… —Suspiró y se pasó una mano por el cabello —. Mereces mucho más.

—Puedes ahorrarte tus discursos. He sido tuya durante mucho tiempo.

Saul parpadeó. La duda en sus ojos mostraba que el significado de sus palabras aún no le había llegado del todo. Pero poco a poco, las comisuras de su boca se elevaron, y esa inquebrantable determinación con la que podía poner el mundo patas arriba volvió a su rostro. Levantó la mano, la colocó en su mejilla, y recorrió sus labios con un roce ligero como una pluma.

—No tengo mucho que ofrecerte, Patricia. —Pronunció su nombre con suavidad, casi con reverencia, como una oración—. Pero te doy mis días, mis noches, mis sueños; y cada respiración, cada pensamiento, cada momento. —Su sonrisa se hizo más profunda, volviéndose increíblemente cálida—. Y, sobre todo, mi corazón. —Su mano tembló al soltarla y alcanzar la cadena dorada.

Los segundos pasaban, pesados como el plomo, mientras los músculos de su cuello se marcaban, grabados por la batalla interna que estaba librando. Después de un rato, exhaló con brusquedad y apartó la mano de la cadena, cerrándola en un puño.

—Yo… no puedo. —Los hombros de Saul temblaban; ella casi podía sentir físicamente su tensión.

Patricia pensó que iba a rendirse, pero entonces bajó la cabeza. Una súplica silenciosa para que ella lo ayudara.

Con suavidad, con mucha suavidad, tomó la cadena; y con cuidado de no tocar la piedra preciosa, la sacó por encima de la cabeza de Saul. Él jadeó y se encorvó como si ella le hubiera arrancado un pedazo de su propio ser. Cerró los ojos por un momento, con la respiración entrecortada, luego abrió los párpados, se enderezó y evaluó el amuleto en las manos de ella.

—Se acabó —susurró con suavidad.

No se movió, pero su atención permaneció en ella mientras dejaba a un lado la esmeralda del bosque y buscaba en los armarios un recipiente adecuado. Finalmente, en el rincón más alejado de una estantería, descubrió una pequeña caja metálica. Estaba hecha de estaño pesado y opaco, y estaba decorada con ornamentos entrelazados.

Guardó la esmeralda dentro y cerró el cofre, lo que pareció hacer que la magia de la piedra se alejara de ella. Pero quizás era el alivio de que Saul hubiera renunciado a la gema lo que le daba esa sensación de ligereza.

Colocó la pequeña caja en el aparador y volvió junto a él, que no se había movido ni un centímetro durante todo ese tiempo. Vacilante, buscó en su rostro algún signo de emoción, y su corazón dio un salto de alegría cuando miró sus ojos. Ya no eran verdes, sino que brillaban con un familiar azul plateado, tan claro y tranquilo como la superficie de un lago de montaña helado.

Acunó su rostro una vez más. La manta se deslizó en silencio de sus hombros, pero no le prestó atención. Decidida, se puso de puntillas y respiró un breve beso en sus labios.

Saul acunó la nuca de ella, justo cuando la tetera empezó a silbar.

Soltando una suave maldición, la apartó del fogón y volvió junto a ella. Sus manos encontraron su cintura con vida propia y la atrajo hacia él. Su aliento se mezcló con el de ella, y un latido después, sus suaves labios volvieron a cerrarse sobre los suyos, tiernos al

principio, luego más exigentes. Patricia se dejó llevar por su contacto, perdiéndose en el juego de su encuentro, en los suaves mordiscos en su labio inferior, en los roncos sonidos que escapaban de su garganta. Era como si el mundo a su alrededor hubiera dejado de existir; solo existían sus besos y su calor que la consumían y volvían todo lo demás insignificante.

Los dedos de Saul vagaron por su espalda, rozando su piel desnuda y dejando un hormigueo que la hizo estremecerse de deseo. Cuando finalmente se separó y la miró a la cara, lleno de asombro, una calidez envolvió su corazón, haciéndole olvidar por completo el frío invernal.

—No uno entre mil —sonrió—. Un segundo beso perfecto.

Sus manos se deslizaron más arriba por sus costados, mientras sus pulgares rozaban la curvatura de sus senos. El brillo en sus ojos revelaba que el contacto había sido cualquier cosa menos accidental, y aun así su expresión mantenía esa misma pregunta de nuevo.

Con un breve asentimiento, le dio su consentimiento para continuar. Todo su cuerpo anhelaba su cercanía, pero parecía que él quería llevar su paciencia al límite. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, dejó que sus dedos se deslizaran por su cabello, sus hombros, su escote y por el contorno de sus senos hasta sus caderas. Evitaba con terquedad todos los lugares que más lo ansiaban.

Su mirada seguía con reverencia sus movimientos, y soltó una risita cuando un pequeño chisporroteo de chispas crepitó sobre su piel donde la tocaba.

Se mordió el labio inferior.

—Yo… ¿Alguna vez has…?

La incertidumbre en sus ojos revelaba que él era tan inexperto en esto como ella. Nunca había seguido las noticias sobre la familia real, pero incluso a ella no se le había escapado su reputación de mujeriego. Sin embargo, desde que lo conocía, sabía que no era así. Y se alegraba por ello.

Lentamente, negó con la cabeza.

—Entonces esperaremos.

—No. —Su respuesta fue tan rápida como firme. Nunca había estado tan segura de algo.

—¿De verdad quieres darme este regalo a mí?

Asintió.

—¿Y tú, a mí?

—¿Cómo supiste…? —Se interrumpió y frunció el entrecejo—. ¿Hice algo mal?

—No. Todo lo contrario —se apresuró a decir.

Él exhaló, la tensión en sus hombros cedió un poco, y una magia verde los envolvió. Su magia verde.

Lentamente, bajó la cabeza, su aliento acariciando su mejilla antes de que sus labios rozaran los de ella con suave ternura. No había prisa en su movimiento, ni impaciencia; se tomaba su tiempo, como si quisiera saborear cada segundo.

Ella siguió la caricia ligera como una pluma de sus dedos mientras recorrían el arco de su espalda antes de deslizarse más abajo con suavidad. Cada centímetro que sus manos recorrían ardía como un rastro de fuego puro, y deseaba que hiciera más… que perdiera el control. Pero Saul se detuvo de nuevo, estudiándola, como si buscara en sus ojos el más mínimo signo de duda.

Patricia levantó los brazos y los envolvió alrededor de su cuello, atrayéndolo un poco más cerca y apoyándose contra él.

Tela. Demasiada tela los separaba. Pero no tuvo la oportunidad de desvestirlo, porque cada pensamiento se dispersó como la niebla cuando él selló su boca con la suya una vez más.

—Y yo soy todo tuyo —murmuró entre besos, sus palabras poco más que un susurro ronco.

Un temblor lo recorrió, y su magia rojo intenso lo envolvió por completo.

—No tienes idea de cuánto te deseo.

Sus caricias se volvieron más seguras. Le agarró las caderas con firmeza y la empujó hacia atrás hasta que chocó contra la cama.

Patricia agarró el borde de su túnica y él la ayudó, y pronto la prenda yacía en el suelo junto a ellos.

Su mirada se deslizó sobre su torso con avidez, desde sus anchos hombros sobre su firme pecho hasta los músculos oblicuos de su

abdomen que desaparecían bajo la cintura de sus pantalones. La luz de la chimenea jugaba en su pálida piel, y las sombras parpadeantes hacían que los contornos de sus músculos resaltaran con más claridad.

Saul alcanzó su cinturón, desabrochó la hebilla y se despojó de sus pantalones.

Antes de que pudiera estudiarlo más de cerca, la atrajo con él hacia la suave cama, en la que casi se hundió. Segundos después, estaba sobre ella, sosteniendo su peso con sus brazos. Solo su ropa interior los separaba.

—No sé qué hice para merecerte, Patricia Regotar. —Sus dedos rozaron muy suavemente su rostro, trazando su nariz y su barbilla.

—Simplemente ser tú.

—Soy tuyo —murmuró de nuevo, más profundo esta vez, con su voz vibrando de deseo.

Ella sonrió con picardía.

—Creía que los elfos invernales expresaban sus sentimientos con menos ardor. ¿O cómo era? Sin tormentosas declaraciones de amor, sin gestos efusivos, solo un entendimiento silencioso.

Su mano encontró el camino hasta su cintura y le hizo cosquillas.

Patricia soltó un gritito y rio, retorciéndose debajo de él, pero él dejó caer el peso de su cuerpo sobre ella, inmovilizándola contra el colchón.

Un gemido escapó de sus labios cuando sintió la dureza de él presionando contra su centro.

Ella también empujó sus caderas hacia arriba, y el ambiente desenfadado se desvaneció al instante. Sin aliento, se miraron con fijeza, demorándose en el momento, del cual Saul fue el primero en romper. Su cabeza descendió y sus labios se cerraron alrededor de su pezón, acariciándolo. Patricia arqueó la espalda, inclinándose hacia la caricia y disfrutando de la forma en que su lengua la rodeaba. Gradualmente, la ardiente sensación de tirón que se extendía en su núcleo se apoderó de todos sus pensamientos.

Cuando él volvió a posar su boca sobre la de ella, fue con una nueva urgencia, y ella sintió cómo abandonaba por completo su contención. La besó de forma profunda, sus labios explorando los

suyos, retirándose solo un momento para luego volver más exigentes un instante después.

Ella tiró de su última prenda de ropa y él se liberó de ella.

Con curiosidad, envolvió su mano alrededor de su dureza. Palpitaba, dura y gruesa, en su mano. Patricia había estado cerca de los fanfarrones amigos de su hermano las suficientes veces como para saber lo que les gustaba a los hombres, así que subió y bajó la mano con una ligera presión.

El hombre dejó escapar un gruñido gutural y sus dedos se deslizaron con decisión sobre su cuerpo y Patricia jadeó cuando desaparecieron entre sus piernas. Mientras hundía su cabeza en la curvatura de su cuello y cubría su piel con besos, encontraron sin titubeos el punto que le quitaba el aliento. Con suaves movimientos, avivó aún más su deseo.

—Más —susurró ella—. Más.

—Menos… —jadeó él al mismo tiempo, lo que provocó una breve risa por parte de él que ella acompañó.

Con los dientes apretados, echó las caderas hacia atrás, escapando de su agarre.

—Dame un segundo. Quiero disfrutar de esto un poco más.

—Oh, por supues…

Su frase se perdió en un gemido cuando él introdujo un dedo en su interior. Despacio, lo movió hacia dentro y hacia fuera, una y otra vez; y la tensión dentro de ella continuó aumentando, pero no era suficiente. Esta vez, se echó hacia atrás, pero solo para tirar de él encima de ella.

Saul no siguió su silenciosa petición de inmediato.

—También podríamos solo…

—¡No!

Sonriendo, depositó un beso en su sien antes de colocarse sobre su cuerpo y su peso la hundió aún más en el suave colchón. Su rodilla se deslizó entre sus piernas, separándolas con suavidad, luego la punta de su masculinidad presionó contra ella. Agarró sus caderas, queriéndolo atraer más, pero él se detuvo, buscando su mirada antes de inclinar sus caderas hacia adelante, centímetro a centímetro.

El tiempo pareció detenerse mientras él besaba un temblor de sus labios. Un breve dolor ardió en su interior, y ambos se estremecieron al unísono cuando la llenó por completo. Su cuerpo necesitó un momento para acostumbrarse a su invasión. Saul no se movió. Cubrió su rostro de besos, esperando hasta que sus músculos cedieron y toda la tensión la abandonó antes de volver a moverse. La observaba con atención, como si buscara la más mínima reacción, mientras se retiraba dolorosamente despacio y volvía a llenar su vacío.

El ardor disminuyó poco a poco, dando paso a la sensación de ser arrastrada por un torrente de calor y deseo. Cada uno de sus movimientos la arrastraba más profundo en este remolino, empujándola más hacia el borde de un precipicio, más allá del cual les esperaba una caída interminable. Patricia se aferró a sus hombros, sintiendo la magia bajo su piel, el juego de sus músculos. Él mantuvo el ritmo, controlado, pero llevado por una pasión que habría esperado de un hombre de fuego, pero nunca de un elfo invernal.

Con cada embestida, su conexión parecía estrecharse más y más; una luz verde los envolvió en una reconfortante seguridad mientras la magia roja amplificaba su lujuria mil veces más. Sus corazones latían al unísono y la intensidad creció hasta que todas las fronteras entre ellos se disolvieron y la chica ya no supo dónde terminaba Saul y dónde comenzaba ella. Sus dedos se clavaron en su piel mientras el clímax rodaba sobre ella en oleadas, arrastrándola a las profundidades. Sus labios se separaron, dejando escapar un ronco sonido.

Saul reaccionó a ello, ajustando sus movimientos y ralentizando sus embestidas como si quisiera saborear los últimos segundos.

—Saul… —Su respiración era entrecortada, su voz apenas un susurro.

Su cuerpo se tensó antes de que sus músculos se relajaran y se hundiera sobre ella. Respirando pesadamente, apoyó su frente contra la suya, y permanecieron allí en ese maravilloso momento que Patricia deseó poder conservar para siempre.

21

FAYETTE



No importa el número de personas que nos rodean, sino su firmeza. Celest Vestan nunca estaba sola, pero a menudo se sentía solitaria. Su hermano era aún demasiado joven para ser su apoyo, y hacía tiempo que había perdido a sus padres. Andris la había abandonado porque no podía someterse, y con eso, Belgor seguía siendo su única ancla. Por eso sus posibilidades de éxito son mucho mayores. Porque los caminos más difíciles a menudo se comienzan en soledad, pero rara vez se terminan de esa manera.

Redacción similar en las cartas de Remond Everlight a Fayette Dupont, Eyra Everlight y Saul de Eisenburg

Fayette abrazó con más fuerza a Noah mientras observaba al dragón volando delante de ellos con aleteos pausados.

—Noah necesita magia cuanto antes.

No solía hablar con Lazar en sus pensamientos. El hombre de su hermana era demasiado serio para ella, y sus respuestas monosilábicas, que rara vez revelaban más de lo necesario, ponían a prueba su paciencia. Sin embargo, esto era una emergencia.

—¿Qué le ocurre?

Fayette le ofreció un breve resumen de lo que había sucedido.

—¿Aguantará un poco más? Mientras estemos en Oritea, Kian podría lanzar contra nosotros a sus fuerzas apostadas en las fronteras. En suelo estraoriano, sería un acto de guerra.

Fayette comprobó una vez más el pulso de Noah. Su estado parecía no haber cambiado. Y dado que hacer un descanso atraería a innumerables hadas hacia él y llamaría la atención sobre ellos, deberían esperar a estar en Estraora para aterrizar.

—Lo conseguirá. Por cierto, ¿cómo nos encontraron?

—Noah ahora puede intercambiar pensamientos con Eyra a grandes distancias. Le dijo que necesitaba ayuda, y ese resplandor azul era más que visible desde lejos.

Cierto. Noah había dicho que Lazar venía hacia ellos.

—¿Traen las dos piedras preciosas con ustedes? —También había mencionado eso.

—Sí.

Y ahí estaba. ¿Por qué era tan tonta como para hacerle al elfo una pregunta cerrada?

—¿Quién es esa mujer que va delante de ti en el dragón? ¿Y por qué no está Eyra contigo? ¿Le ocurrió algo?

—Es Lyra, la jinete de Zeros. Eyra tuvo que regresar al puesto norte del Tren Rojo. Es una larga historia.

—Este vuelo va a durar un muy buen rato. ¿Qué tal si me la cuentas?

Un profundo suspiro resonó en su mente, pero cedió y le relató todo lo que había sucedido. Fayette solo tuvo que interrumpirle una vez para pedirle que hiciera volar al dragón más despacio. Rosalind estaba haciendo todo lo posible, pero era mucho más pequeña y estaba agotada por la lucha. Pero una vez que aprendió a mantenerse en la estela de Zeros, sus alas ya no batieron de forma tan frenética, y planeaba a través de la noche que se aproximaba.

Cuanto más se acercaban a la frontera, más cambiaba el aire. Con cada minuto, la temperatura descendía, y pronto los copos de nieve ya no se derretían en su piel, sino que se posaban sobre ella como un velo frío que parecía querer extraerle hasta el último resquicio de calor. Cuando la nevada finalmente le robó la visión, Fayette supo que estaban en Estraora. Maldijo el hecho de no poder

transformarse en su forma de hada, más resistente al frío. A pesar de las cuerdas con las que había envuelto a Noah, este seguía deslizándose hacia un lado, obligándola a sujetarlo. Al menos había conseguido guardar de forma segura el cofrecillo con la piedra en el abrigo de él. Porque cuando llevaba esa cosa en su propio cuerpo, el cosquilleo seductor la volvía loca.

Con los dientes castañeteando, aguantó hasta que su visión se aclaró y la jinete del dragón señaló un pequeño claro nevado al borde de un denso bosque de abetos. El dragón redujo la velocidad, inició un descenso y extendió sus alas en toda su gloria, mientras aterrizaban en el suelo con una suavidad absoluta. Rosalind le siguió, excavando un largo surco en la nieve hasta que por fin se detuvo.

Lazar se bajó del dragón, saltó los últimos metros y se dirigió hacia ellos con la mirada llena de preocupación. En cuanto llegó a Rosalind, se puso a trabajar en las cuerdas que mantenían a su hermano en su sitio.

Como Fayette había perdido toda sensibilidad en las manos, se deslizó de manera bastante poco elegante de la criatura. Al impactar, un dolor punzante le recorrió la pierna derecha donde Kian la había golpeado. Antes de que pudiera fallarle, se transformó en su forma de hada y observó impotente cómo Lazar desataba los nudos de las ataduras de Noah. Sus rasgos estaban tensos, su frente surcada por profundas arrugas, mientras sostenía a su hermano y lo bajaba del lomo del hipogrifo con sumo cuidado.

La cabeza de Noah se hundió en su hombro, y sus extremidades colgaron flácidas a sus costados. Excepto por el débil subir y bajar de su pecho, parecía completamente sin vida.

—La magia azul está siendo drenada de él —repitió en voz baja lo que ya le había explicado a Lazar durante el vuelo.

Este colocó a Noah en el suelo cubierto de nieve y se arrodilló a su lado, le apartó el cabello de la frente con un gesto sorprendentemente suave, le abrió el abrigo y le descubrió el pecho, sobre el que colocó su mano. Un resplandor rojo envolvió sus dedos, brilló un momento, y luego la magia comenzó a fluir de manera constante.

La jinete del dragón, que también había desmontado para entonces, se acercó a ellos, pero mantuvo la distancia. Fayette no le prestó atención; toda su concentración estaba en Noah, cuyas mejillas se iban tornando rojas. Se sintió aliviada al ver que su respiración ya se hacía más fuerte, pero al momento siguiente un sonido de dolor escapó de él, haciendo que se le encogiera el estómago.

La magia roja de Lazar parpadeó y cambió a un verde intenso que presumiblemente envolvió a Noah en un capullo de confort. Esta vez dejó escapar un suave suspiro, lo que hizo que el corazón de Fayette diera un pequeño brinco. Su mirada estaba fija en su rostro mientras la pulsante magia de Lazar continuaba fluyendo, filtrándose en la piel de su hermano. Sí, Reena había fracasado hasta ahora en matarlo. Pero si despertaría o no con la ayuda de los otros colores mágicos de Lazar era, hasta ese momento, nada más que pura suposición.

—Vamos —susurró Lazar con tensión.

—¿No está funcionando?

—Sus reservas deberían haberse llenado hace mucho.

El ánimo de Fayette se hundió, y un gemido se le escapó.

Entonces se detuvo: la respiración de Noah continuó acelerándose. Sus dedos se crisparon, y un temblor recorrió su cuerpo.

—¿Noah? —Su voz tembló. Con aleteos inciertos, se posó en su hombro—. ¿Noah, puedes oírme?

Despacio, como si luchara contra una pesadez de plomo, sus párpados se levantaron. Parpadeó aturdido, pero sus labios ya se movían en una sonrisa torcida.

—Estaba soñando contigo —graznó, como si no hubiera hablado en semanas.

—Bienvenido de vuelta. —Fayette tragó saliva, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

Quería abrazarlo, sostenerlo con fuerza y sentir que de verdad estaba con ella. Pero eso era difícil en su forma de hada, y después de una transformación, volvería a estar expuesta al frío. Ni siquiera

ella era tan imprudente. Así que simplemente se quedó allí y se acurrucó contra su cuello.

—Estaba tan asustada.

Él arrugó el ceño como si rebuscara en sus recuerdos.

—¿Lazar estaba haciendo de pesimista sin remedio otra vez?

Una risita ahogada se le escapó, un sonido entre la diversión y la desesperación.

—Sí, algo así.

La magia verde bajo la mano de Lazar, que aún descansaba en el pecho de Noah, se desvaneció.

—Creo que podemos estar de acuerdo en que ha vuelto a ser el de siempre. —Casi como si de una madre se tratara, Lazar abotonó la túnica de Noah y se levantó despacio. Su rostro mostraba su habitual severidad, pero en sus ojos había una profunda y amorosa calidez—. Recargaré tu magia cada tanto hasta que hayamos destruido la piedra de las hadas. Cuando te sientas con fuerzas, por favor intenta hablar con Eyra.

—¿Con fuerzas para hablar con ella? Eyra no es para tanto —bromeó, pero ya estaba cerrando los ojos, y Fayette pudo notar por su amplia sonrisa que en verdad estaba hablando con su hermana. Cuando volvió a abrir los párpados, miró a Lazar—. ¿Sabes algo sobre una cabaña en la frontera con Vallesland donde la familia real de Eichenklang aloja a algunos invitados de Estado?

—Sí, sirve como punto de transferencia entre nuestros países. Vallesland pidió permiso para construir la cabaña en nuestro suelo en aquel entonces. Hace unos años, uno de nuestros embajadores se alojó allí antes de ser llevado a Reundaris. Yo diría que está a unas cinco horas de vuelo al norte de aquí. ¿Por qué?

Noah dejó ver una sonrisa radiante.

—Porque Patricia y Saul nos están esperando allí. Eyra me hizo prometer que no iríamos directamente a la Fuente. Al parecer, hay alguna nueva profecía que deberíamos conocer. Saul nos contará más después. —Con algo de esfuerzo, se incorporó, pero mantuvo el hombro estable para que ella pudiera seguir posada en él.

Con expresión abierta, se volvió hacia la jinete del dragón.

—Buenas noches. Soy Noah. Usted debe ser Lyra.

Fayette se preguntó qué habrían discutido él y Eyra en tan poco tiempo. Eyra podría no ser tan taciturna como Lazar, pero tampoco era una charlatana. Dejó a un lado su asombro y se volvió hacia lo que la cortesía exigía.

—Y mi nombre es Fayette. Soy la hermana de Eyra.

La mujer de fuego los saludó en voz baja. Había algo demacrado en ella, y su mirada parecía traspasar hasta el alma.

—*¿Podemos confiar en ella?* —le preguntó a Lazar.

—*Sí.*

—*Bien.* —Como Lazar era una persona mucho más desconfiada que ella, tomó su palabra.

—¿Deberíamos realmente desviarnos y darles a los dioses más tiempo para unirse contra nosotros? Podríamos encontrarnos con los demás en la Fuente—sugirió Lyra.

—Tu objeción es válida. Pero creo que sería prudente que todos tomáramos aliento antes de comenzar —respondió Lazar—. No ayudará a nadie si llegamos todos exhaustos.

—Un hombre sabio, aunque gruñón, mi hermano —comentó Noah.

Fayette soltó una risita.

—Esa es la descripción perfecta de Lazar en una frase.

Como para estar a la altura de su reputación, el elfo dejó escapar un gruñido bajo.

—Asombroso lo rápido que has vuelto a tu mejor forma.

—Lo cual te debo agradecer a ti.

—Si me sacas de quicio, simplemente te daré un poco menos de magia.

—Como si fueras capaz de hacer eso. Soy tu hermanito, después de todo, y me quieres, ¿recuerdas?

—No, porque me lo estás recordando a cada instante… casi siempre, cuando te has metido en problemas y necesitas que alguien te salve.

Fayette sonrió de lado a lado.

—Para eso están los hermanos.

Lyra observaba la conversación con los brazos cruzados y una expresión de vigilancia silenciosa. No dijo nada más, pero su postura

hablaba por sí sola. Tal vez Lazar confiaba en ella, pero Lyra los miraba con una saludable dosis de escepticismo.

Noah abrió el bolsillo del pecho de su túnica, y Fayette no necesitó que se lo pidiera dos veces. Voló dentro y se acurrucó contra su pecho.

—Me han dicho que tienes el rubí de fuego y el cristal de hielo contigo, Lazar. Patricia y Saul también tuvieron éxito. Vamos a juntar todas las piedras en un solo lugar. —Noah dio una palmada.

Fayette sintió un escalofrío. Apenas podía creer que hubieran llegado tan lejos. Pero había algo que no la dejaba en paz.

—¿Qué hay de Reena? ¿La escuchas?

—No desde que me desperté.

No estaba segura de si eso era bueno o malo.

—¿Cuál fue la última cosa que te dijo?

—Que me quedara en el claro porque quería elegir a una de esas hadas. Después de eso… todo está borroso.

Fayette no habría lamentado que también hubiera olvidado la parte sobre sus numerosas admiradoras, pero su alivio pesaba más.

—¿Entonces, vamos a esa cabaña? —preguntó al grupo.

—A la cabaña —confirmó Noah, y Lazar asintió.

Lyra no dijo nada. Pero como se dio la vuelta y caminó hacia el dragón, parecía estar de acuerdo.

Fayette observó a Zeros más de cerca por primera vez. Era más esbelto que el dragón de Eyra, y comparado con Belgor, cuyo masivo cuerpo no irradiaba más que poder puro, sus movimientos eran sigilosos, casi fluidos. La diferencia más llamativa, sin embargo, eran las escamas plateadas de Zeros, que brillaban bajo la luz de la luna como si estuvieran forjadas en metal reluciente.

Lyra trepó a su lomo con extremada habilidad, cada movimiento tan practicado como si hubiera estado familiarizada con los dragones durante años. Lazar la siguió, y la criatura extendió sus poderosas alas.

Mientras tanto, Noah montó a Rosalind con un impulso bastante enérgico. Con una sonrisa, le acarició el cuello, provocando que un destello azul verdoso ondulara a través de su plumaje. Impaciente, como si hubiera sacado nuevas fuerzas de su recuperación, ella

escarbó con sus garras, se elevó en el aire y siguió una vez más al dragón.

Fayette se hundió en el bolsillo del pecho de Noah, disfrutando de su calor corporal que se filtraba a través de la tela de su camisa. Podría acostumbrarse a que su magia roja fuera dominante.

De vez en cuando echaba un vistazo al exterior. El paisaje apenas cambió mientras seguían las estribaciones hacia el noreste. La luna bañaba los escarpados acantilados con una luz pálida; todo estaba tranquilo, solo el viento silbaba con fuerza a través de las gargantas. Finalmente, comenzaron su descenso, dirigiéndose hacia un diminuto punto de luz en el horizonte. Al borde de un pequeño bosque, Fayette reconoció una cabaña de la que emanaba un tenue resplandor.

Esperaba con ilusión ver a Saul y a Patricia de nuevo y sentía mucha curiosidad por escuchar su historia.

Aterrizaron en nieve profunda y fresca, y mientras los demás avanzaban con las rodillas hundidas en la nieve, ella voló hasta la ventana. Miró curiosa al interior, y lo que descubrió le dibujó una enorme sonrisa en la cara. ¡Vaya, vaya, vaya!

Para entonces, todos habían llegado al porche. Lazar llamó con firmeza, pero no hubo respuesta, lo que no sorprendió en absoluto al hada.

—¿Saul?

Esperó un momento, luego llamó de nuevo, esta vez más fuerte. Seguía sin haber respuesta. Su cuerpo se tensó como si se preparara para encontrar a un extraño en lugar de a sus dos amigos.

Fayette reprimió una risa, voló hacia él y se posó en su hombro.

—No tienes ni idea de lo que te espera ahí dentro —dijo con voz ominosa.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —preguntó alarmado.

Fayette estaba más que encantada.

—Deberías prepararte para una sorpresa —respondió con fingida seriedad.

—Fayette… —gruñó, golpeando una vez más contra la madera.

Antes de que pudiera seguir burlándose de él, se oyó un golpe sordo desde el interior de la cabaña.

—¡Ya voy! —Finalmente, la puerta se abrió, y allí estaba Saul, vestido solo con pantalones y el cabello despeinado.

Detrás de él, Patricia apareció en la puerta. Llevaba la contraparte correspondiente a su atuendo: la camisa de Saul, demasiado grande para ella, que le llegaba casi hasta las rodillas.

La mirada de Lazar se deslizó lentamente de uno a otro. Luego levantó la mano y quitó a Fayette sin ceremonias de su hombro.

Noah estalló en carcajadas. Fayette se enderezó justo a tiempo antes de aterrizar sin gracia en las tablas del suelo y maldijo en voz baja para sí misma.

—Te lo merecías —replicó Lazar, impasible. Fue el primero en entrar, abrazando a Saul y dándole una palmada en la espalda.

—¿Qué viste exactamente por la ventana? —preguntó Noah.

—Digamos que no llevaban mucha ropa y se estaban dando calor el uno al otro.

—Vaya, qué grato desarrollo. —Noah se quedó indeciso junto a sus hermanos por un momento antes de decir—: Oh, qué demonios. —Y atrajo a ambos hombres en un abrazo.

Un calor seco procedente de la chimenea envolvió a Fayette mientras entraba volando en el lugar. Lyra entró de último y cerró la puerta tras de sí.

Esta última y Patricia se estudiaron la una a la otra; era evidente que se conocían, pero se limitaron a un breve asentimiento. La tensión entre las dos era más que palpable.

Fayette, por otro lado, no tenía intención de ser despachada tan fríamente. Así que se transformó de vuelta y abrazó a Patricia.

—Es tan bueno verlos a ambos otra vez. —Un poco más bajo, le susurró al oído—: Y me alegro por ustedes dos. Hacen buena pareja.

Estaba bastante segura de que el encanto superficial de Saul rebotaría en esta mujer de fuego, y eso era algo bueno. Él necesitaba a alguien que pudiera ver más allá de la fachada y sacarlo de su caparazón.

—Gracias —respondió Patricia, y esa única palabra revelaba lo feliz que era.

En el momento en que los tres elfos invernales se separaron, Noah la tomó de la mano y la atrajo hacia él. Rodeó su cintura con

el brazo y, con un suspiro, selló sus labios con los suyos. El beso fue profundo y lleno de deseo; sus dedos aferraron la tela de su vestido como si nunca quisiera soltarla. Sus labios se movían con una certeza natural, suaves pero firmes. Sabía cómo cautivarla, y cuando mordisqueó su labio inferior, un burbujeo similar al champán recorrió su cuerpo. El calor de su tacto, su latido bajo su mano, su agarre firme… todo ello hizo que el mundo se desvaneciera por un momento, hasta que notó el silencio que había caído sobre la cabaña. Empujó contra su pecho, haciendo que la soltara, y miró hacia tres rostros curiosos.

—Ya era hora —gruñó Lazar.

—Ya puedo ver el titular. —Saul dibujó un semicírculo en el aire con la mano, con una sonrisa de oreja a oreja—. El príncipe mujeriego por fin sienta cabeza.

La preocupada mirada de Noah se dirigió hacia ella, y ella le dio una palmadita en la espalda.

—Tranquilo. No voy a huir.

Todos menos Lyra se rieron. La mujer de fuego había permanecido cerca de la puerta, sin mostrar reacción alguna. Todo el alboroto del reencuentro parecía hacerla sospechar.

—¿Tienen hambre? Esta cabaña está sorprendentemente bien abastecida. ¿O están cansados? —preguntó Saul—. Pueden acostarse primero, si quieren. La cama aquí es enorme.

—Como bien lo sabes. —Los ojos de Noah brillaban de diversión.

—Yo, por mi parte, aún no puedo dormir —dijo Lazar con rapidez, como para ahorrarle a Saul la vergüenza de una respuesta.

Saul abrió algunos armarios y encontró algo para que él y Patricia se vistieran. Una vez estuvieron un poco más decentes, rebuscaron en la cocina y sacaron algunas provisiones.

—Carne seca, queso curado, verduras en conserva… Oh, incluso hay dátiles aquí. —Patricia levantó un tarro.

Saul se frotó el estómago.

—Me muero de hambre.

—Después de tanto esfuerzo físico, es perfectamente comprensible —añadió Noah.

Las mejillas de su hermano adquirieron un rubor encantador.

—Sí, exacto. El viaje ha sido agotador —contestó, reconduciendo la conversación hacia aguas más seguras.

Noah se rio con voz ronca.

—Uno pensaría que por fin te habrías quitado ese palo del trasero, ahora que has…

Lazar le dio una palmada en la nuca.

—Déjalo en paz.

Patricia puso los ojos en blanco y colocó la comida sobre la mesa mientras los demás se hundían en las sillas con un suspiro de satisfacción.

Fayette se frotó la pierna derecha, donde el dolor era ahora solo una punzada sorda.

Por supuesto, Noah no pasó por alto el gesto.

—¿Estás herida?

—No merece la pena mencionarlo. Estaré bien para mañana.

—Si no lo estás, veremos a un sanador antes de continuar el viaje.

—No será necesario.

Noah la estudió un momento más*.*

—Ya veremos.

—Ni se te ocurra empezar con esa actitud autoritaria. Me las he arreglado muy bien sola hasta ahora, y el hecho de que estemos juntos no significa que puedas darme órdenes.

Las comisuras de su boca temblaron.

—Oh, ya estoy deseando ver todas las escenas que vas a montarme. Será tremendamente entretenido.

—Retira eso.

—Bien, no entretenido. Pero sí aterrador.

Ahora ella también tuvo que sonreír.

—Mucho mejor.

Lyra miró alrededor, un poco desorientada, y por fin tomó asiento en el sillón del rincón, con su mirada fija en el grupo.

—Ven a sentarte con nosotros, Lyra —la instó Patricia con un tono inusualmente distante.

Ella dudó antes de seguir la petición y acomodarse en silencio en la última silla libre.

En silencio, Fayette preguntó a Noah si sabía qué había ocurrido entre las dos mujeres de fuego. Él no tenía ni idea, pero transmitió la pregunta a Lazar con la misma discreción. Un momento después, anunció que las dos habían sido mejores amigas en el pasado. Fayette intuyó un jugoso cotilleo y se dirigió ahora hacia Lazar para obtener más información. Pero él —de forma bien obstinada— se mantuvo callado y bloqueó su décima pregunta diciendo que no era ningún reportero del Heraldo de Nieve.

Menudo aguafiestas.

—Bueno —comenzó Saul. Apoyó el brazo con naturalidad en el respaldo de la silla de Patricia y le acarició el hombro—. ¿Cómo les ha ido a todos?

Todos comieron con avidez mientras Noah y Fayette se turnaban para relatar cómo habían caído en las garras de Reena. Saul dejó que Patricia hablara para informar sobre sus aventuras; y después, Lazar describió lo que él y Eyra habían experimentado. Cuando su voz se apagó, un silencio pensativo invadió la pequeña cabaña.

—El reinado de Saul debe haber sido el más corto en la historia de Vallesland. —Fue Noah quien rompió el denso silencio.

—Y tú eres el Rey de las Hadas menos parecido a un hada que jamás ha existido —le devolvió Saul.

Lazar tomó un trozo de carne seca.

—Sí, podría pensarse así, pero en los últimos siglos, la corona en la que estaba engastada la piedra ha pasado por las manos de muchos que no eran hadas.

Noah le dio un puñetazo juguetón en el hombro.

—Nuestro sabelotodo, como siempre.

—Incorrecto. Como siempre, el único de los tres que conoce los hechos.

Noah sacudió la cabeza, divertido.

—Si no te tuviéramos, todos estaríamos perdidos, ¿verdad?

—Ya es bastante asombroso que lograran conseguir las otras piedras —respondió Lazar, impasible.

—Y, sin embargo, aquí estamos todos.

—Casi todos. —Saul dejó escapar un suave suspiro—. Falta Eyra.

Lazar apretó los labios hasta formar una fina línea. No solía mostrar sus emociones, pero en ese momento, resultaba evidente lo mucho que echaba de menos a su compañera.

Noah cerró los ojos. Tras un rato, anunció:

—Ella también desea estar aquí con nosotros.

El rostro de Lazar se ensombreció, como si pudiera ocultar su dolor tras su máscara de frialdad.

—Tenemos que hablar sobre cómo proceder.

—Lo haremos en un minuto. Primero, veamos esas cosas. —Noah metió la mano en su abrigo, que colgaba sobre la silla, y sacó el pequeño cofre con la piedra de las hadas.

Lazar también se levantó y sacó dos pequeñas cajas de su equipaje. Mientras tanto, Patricia tomó una caja de hojalata de un aparador y la colocó junto a las otras.

Todas las miradas se centraron en los cuatro recipientes, por cuyos contenidos habían luchado tanto.

—Eyra pidió que discutiéramos la profecía de Madame Moryena. —Saul rompió una vez más el silencio—. Pero he olvidado las palabras exactas, y desde que me quité la esmeralda, ya no puedo hablar con ella.

—Bueno, tenías cosas más importantes en la cabeza —replicó Noah.

—Déjalo de una vez —intervino Lazar una vez más.

—¿De qué trata esa profecía? —presionó Fayette.

Al igual que ella, Lazar y Lyra miraron alrededor interrogantes.

Noah entrecerró los ojos como si estuviera escuchando a Eyra.

—Tres compañeros, tres príncipes, en un corazón entrelazados, el invierno acaba cuando por ellos el mundo ha llorado. La Fuente es amor, la Fuente es poder, cuando ella une las piedras, su obra encuentra su luz al renacer. —Inclinó la cabeza de un lado a otro—. La bruja afirma que es una profecía de Sephos. Pero Eyra lo duda.

Fayette tragó saliva con dificultad y tomando la mano de Noah, la apretó con fuerza. Todo en su interior se tensó ante la idea de que esta profecía pudiera hacerse realidad.

—Las fuerzas del bien difícilmente nos enviarían a este viaje solo para decirnos justo antes del final que vamos a morir. —Noah abrió

el debate—. No tiene sentido.

Saul asintió.

—Ese también fue mi primer pensamiento.

—¿Y cuál sería la alternativa, de todos modos? —preguntó Patricia—. Si lo estoy entendiendo bien, Eyra tendría que ir a la guerra si no destronamos a Lorelai destruyendo el cristal. Eso ni siquiera es una opción.

Saul tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Tal vez esto solo sea un intento de las fuerzas malignas para asustarnos. Eyra debería tener cuidado con Madame Moryena. Seguiremos con nuestro plan y arrojaremos las gemas a la Fuente. Entonces Lazar podrá reclamar el trono y traer la paz a la tierra.

Patricia colocó su mano sobre los inquietos dedos de Saul, y el suave tamborileó cesó.

—Pero ¿por qué Madame Moryena me ayudó a separarme de Emberis si es su discípula?

Saul se encogió de hombros.

—Quizás sirva a otra fuerza maligna.

—La cuestión es qué están haciendo los dioses ahora mismo, de todos modos. —Noah miró con fijeza un punto indefinido en la pared de madera. Tras unos segundos, miró a Fayette—. ¿Puedes proporcionarme un poco de magia azul?

Aunque no sabía por qué se lo pedía, le transfirió un poco de magia a través de sus dedos entrelazados.

Noah esperó un momento, y luego su expresión se iluminó.

—Parece que Reena se ha rendido por ahora. Al menos la magia no se disipa de inmediato. Tal vez se ha dado cuenta de que ya no puede castigarme de esta manera. Además, está demasiado callada. No es que me queje…

—Solía hablar bastante —intervino Fayette.

—Eyra acaba de decir que también hay silencio por parte de Emberis. ¿Qué hay de ti, Saul? —Noah sacó algunos frutos secos de un cuenco. Fayette no podía entender cómo aún tenía ganas de comer. A ella ya se le había ido el apetito.

—La esmeralda del bosque funciona de manera diferente. Tienes que tocarla para estar bajo la influencia de Veridion. Durante el viaje

hasta aquí, cuando llevaba la gema, tampoco dijo nada.

—Excepto su amenaza de encontrar la forma de matarte —señaló Patricia.

Saul se encogió de hombros.

—Ya lo ha intentado… y fracasó.

—Al menos todo parece indicar que los dioses están de acuerdo —concluyó Patricia.

Saul se frotó los ojos.

—Debemos esperar que estén tramando un plan juntos.

Lazar, que se había mantenido al margen hasta ahora, tomó aire profundamente.

—Arrojaré las piedras a la Fuente yo solo.

—¡De ninguna manera! —objetaron Saul y Noah al unísono.

Fayette tomó un dátil y lo lanzó en dirección a Lazar.

—Iremos todos juntos.

La idea de que fuera Noah quien se enfrentara solo a este peligro le resultaba insoportable. Nunca le haría eso a su hermana.

Saul los miró uno por uno, con una mirada penetrante.

—¿Entonces está decidido? ¿Nos mantenemos en nuestro plan?

Todos asintieron, incluso Lyra.

—Por supuesto, solo tienes que llevarnos hasta la Fuente y luego puedes irte —le ofreció Lazar a la mujer de fuego.

—Que me condenen si no hago todo lo posible para detener a Emberis.

Fayette sentía cada vez más curiosidad por la historia de Lyra. ¿Qué podría haberla llevado a desarrollar tal odio hacia el creador de su pueblo? Pero ese misterio tendría que esperar, ya que un profundo cansancio se iba apoderando de ella cada vez más.

—Deberíamos dormir un poco.

Un chillido estridente cortó el silencio de la mañana. Fayette se volvió hacia la ventana, donde el sol se alzaba perezosamente sobre las colinas cubiertas de nieve, mientras su luz se dispersaba de manera parcial a través de los cristales escarchados. Había esperado ver a Rosalind en el cielo; pero en su lugar, dos hipogrifos surcaban el aire: Gypara había llegado.

Fascinada, siguió a las dos criaturas mientras volaban más allá de la ventana en patrones irregulares. Entonces su mirada cayó sobre innumerables puntos azules brillantes que emergían de la niebla matutina con lentitud. Entrecerró los ojos y los observó despacio. Las luces se acercaban. Una sensación inquietante se extendió en su pecho, y su ánimo, ya sombrío, decayó aún más.

—Necesitamos establecer turnos de vigilancia.

—¿Por qué? —preguntó Patricia.

Fayette señaló con la barbilla hacia la ventana.

—Digamos que el Rey de las Hadas atrae mágicamente a sus súbditos.

Todos siguieron su mirada, y Saul se rio.

—Nunca te han faltado admiradoras, pero esto es un nuevo nivel.

Noah gimió.

—Podría prescindir con gusto de ese honor.

—Y lo mejor es que incluso te quieren por tus cualidades interiores, no solo por tu buen aspecto —añadió Saul.

—No. Les interesa su estatus —corrigió Patricia—. Eso es casi peor que reducirlo puramente a su apariencia.

Fayette no salió en defensa de Noah. Después de todas las bromas que él mismo había hecho hoy, se merecía esas burlas.

—Yo haré la primera guardia —intervino Saul con una sonrisa. Parecía que no era tan persistente cuando se trataba de llevar una broma hasta el extremo.

Fayette reprimió un bostezo y después de ayudar a despejar la mesa antes de transformarse en su forma de hada, voló hasta la cama. Se posó suavemente sobre una almohada. Los próximos días serían una dura prueba. No creía en esta profecía, no podía creer en ella, o de lo contrario suplicaría a Noah que cancelara su plan. Y si estaban caminando hacia una trampa preparada por las fuerzas malignas, se liberarían de ella y burlarían a la muerte.

A estas alturas ya tenía bastante experiencia en eso.

EPÍLOGO



Las Llanuras de Hielo se extendían ante Eyra en un mar plateado de escarcha y frío mortal. Ráfagas cortantes golpeaban contra su cuerpo, empujando remolinos de nieve que bailaban a su alrededor como fantasmas y atravesaban su capa. Y, sin embargo, el viento era su salvación, así que se dejó caer en el abrazo gélido del invierno. Solo él mantenía a raya el fuego que corría por sus venas, un calor abrasador que no cedía. Cada respiración traía una nueva oleada de calor, amenazando con incendiar su alma hasta que no quedara de ella más que cenizas.

Avanzó tambaleante, con pasos vacilantes. Sus rodillas cedieron y sus manos se hundieron en la nieve. El hielo se evaporó bajo sus dedos con un siseo. Intentó incorporarse, pero sus piernas parecían de plomo, pesadas por la fatiga y el miedo a haber enviado a sus compañeros a una muerte segura.

Noah le dijo que partirían hacia la Fuente de todos modos. Que debían continuar su camino, aunque nadie supiera cómo terminaría.

Ante eso, había discutido, se había enfurecido; e incluso se deshizo en amenazas, hasta que… finalmente, no tuvo más remedio que ceder entre lágrimas. Habían llegado tan lejos; no podían rendirse ahora. No por una profecía incierta.

Serenándose, cerró los ojos y llamó a la magia ancestral. A Emberis.

Siguió un largo silencio.

Entonces un peso opresivo se unió a ella, una presencia oscura que se extendió por sus pensamientos como una brasa caliente; y una voz, suave como el terciopelo y tan poderosa como el fuego de un herrero, dijo:

—Eyra, ¿qué puedo hacer por ti?

No había pensado cómo manejaría esta conversación. Ahora, sin embargo, era demasiado tarde para pedir tiempo para reflexionar.

—¿Por qué ya no me hablas?

Lo que realmente quería saber era: ¿Qué estaban tramando él y los otros dioses?

—No sé qué hay para decir.

Oh, cómo odiaba ese tono arrogante, que le gritaba en la cara que Emberis creía tener ventaja.

—¿Qué están planeando?

—Nada. Todo está como debe estar.

—¿Porque por fin voy a la guerra?

—Entre otras cosas.

Los labios de Eyra temblaron. Su familia estaba caminando directo hacia una trampa. Eso era más que obvio.

—Perdona a mis compañeros. ¡Por favor! —suplicó en un arrebato de impotencia.

—Ya veremos, Eyra. Ya veremos.

Quería preguntarle qué quería decir, pero Emberis ya se había retirado, dejando tras de sí un vacío que se llenó con todas las palabras que ni siquiera pudo decir.

Su lucha ya no era solo contra el invierno, la Orden o Lorelai. Habían declarado la guerra a los dioses, y los dioses estaban listos para responder.

POSTFACIO



Queridos lectores,

¡Espero de todo corazón que os haya gustado el libro!
Si queréis estar al tanto de las nuevas publicaciones, suscribíos a mi boletín: https://ktsteen.com/es/newsletter

¿Seguimos en contacto?
Puedes encontrarme aquí:

https://www.facebook.com/people/KT-Steen-Espa%C3%B1ol/61581920881419/

kerstin@ktsteen.com

Muchas gracias por haber leído este libro, ¡hasta pronto!
Atentamente,
Kerstin

©2026 K.T. Steen